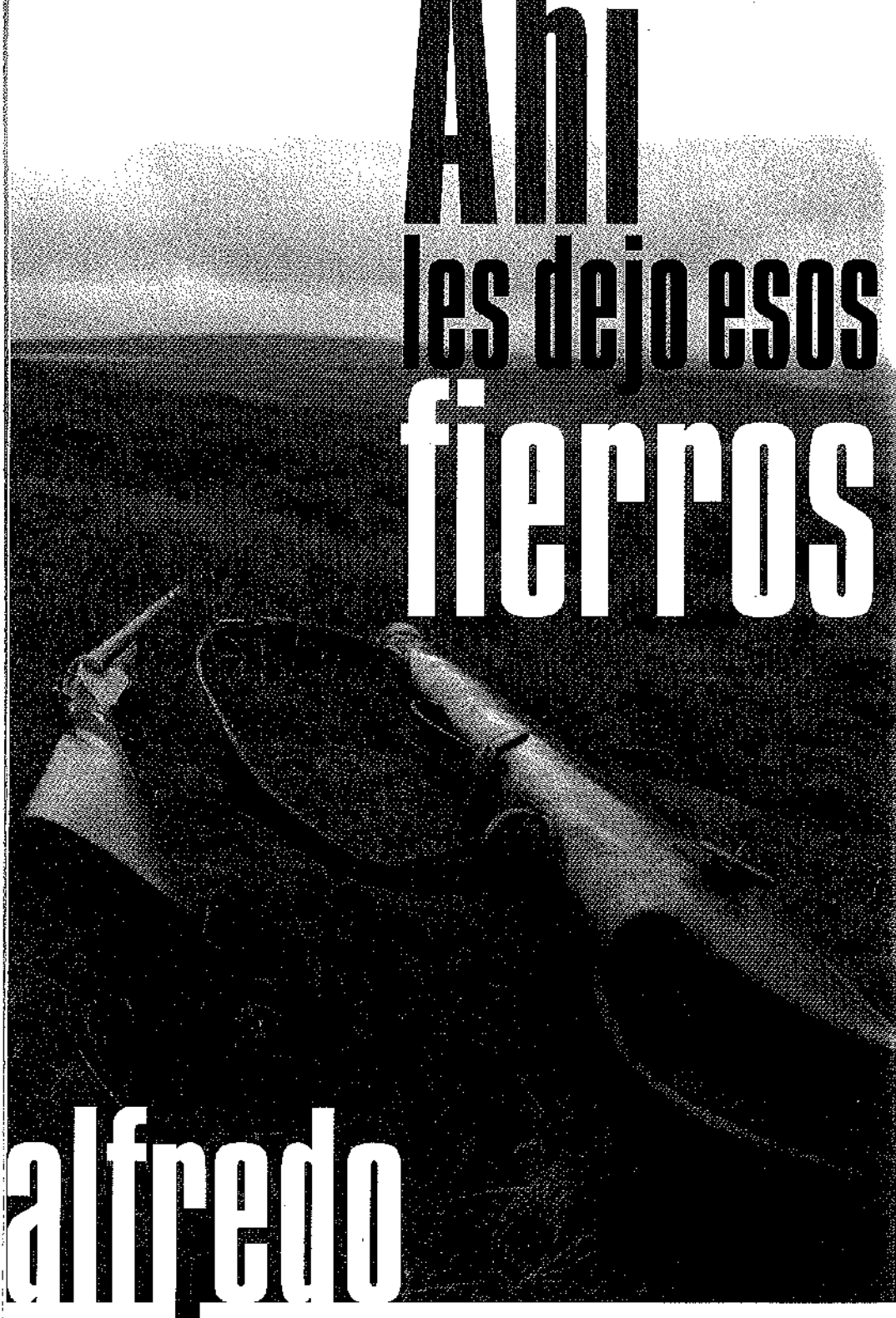
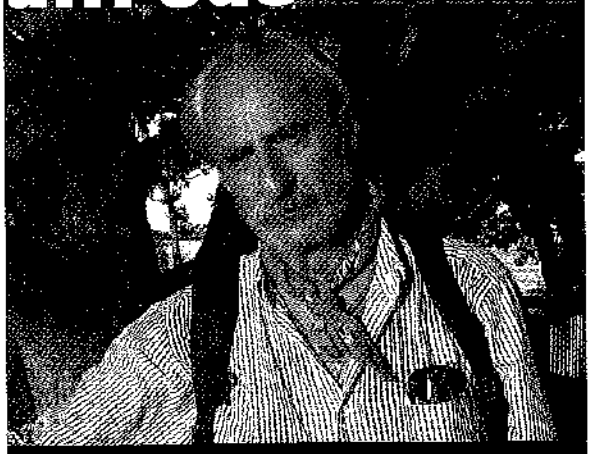
Ahí les dejo esos fierros



alfredo molano

AGUILAR

alfredo molano



© María Constanza Ramírez

Escritor, cronista, investigador y sociólogo. Columnista del diario *El Espectador* desde 1995. Colaborador de revistas y periódicos nacionales y extranjeros. Conferencista y profesor invitado en universidades colombianas y extranjeras sobre temas relacionados con la historia del conflicto en Colombia. Ganó el Premio de Periodismo Simón Bolívar en 1993 al mejor reportaje en televisión con «Chencho: La Fuerza de la Tierra», de la serie documental «Travesías». Entre sus libros se encuentran *Del Llano llano* (1996), *Trochas y fusiles* (1994), *Siguiendo el corte* (1989), *Selva adentro* (1987), *Los años del tropel* (1985), *Desterrados* (2001), *Aguas arriba* (1990), todos estos en Punto de Lectura; además de *La tierra del caimán* (Aguilar, 2006), *Espaldas mojadas: historias de maquilas, coyotes y aduanas* (2005), *Penas y cadenas* (2004), *Apaporis: viaje a la última selva* (2002), *Rebusque mayor* (1997), *El tapón del Darién* (1997), *Así mismo* (1993) y *La colonización de la reserva de La Macarena* (1989); la mayoría de ellos basados en la realidad de las zonas excluidas del país.

Cuando la guerra se extingue en sus propios métodos, los medios empiezan a transformarse. Cuando las promesas se diluyen, las luchas se convierten en ficciones. Y cuando las armas comienzan a ser cada día más pesadas, se regresa a la búsqueda de la identidad sin ellas.

En *Ahí les dejo esos fierros* el autor retrata seis historias de vida desgarradoras, historias de desmovilización, reencuentros y desarraigo; desde la contradicción de la selva hasta la soledad del despojo.

Alfredo Molano les da voz a dos personajes que nunca antes había abordado: el ideólogo, perteneciente a la clase media trabajadora y profesional, cuya lucha revolucionaria se gestó en las aulas universitarias a mediados del siglo XX, y el militante de los grupos paramilitares, producto de la división de la sociedad y la complejidad del conflicto colombiano.

Un libro imprescindible para desentrañar los orígenes y las más profundas realidades y motivaciones de los distintos procesos de desmovilización y reincorporación a la vida civil, que han tenido y tienen lugar en Colombia.

«Cuando una se acostumbra a andar armada, estar sin armas es como pasar desnuda.»

ISBN: 978-958-704-878-0

AGUILAR

otros títulos en

AGUILAR

Días de memoria
Jorge Cardona

Los periodistas literarios
Varios autores

Vida de un escritor
Gay Talese

Retratos y encuentros
Gay Talese

Las guerras en Colombia
Alma Guillermoprieto

Primeros auxilios
Soledad Moliner

Cocina de la capilla
Madame Daguet

Bestiario del balón
Varios autores

SoHo
Varios autores

Una gringa en Bogotá
June Carolyn Erlick

5 en humor
María Teresa Ronderos

Las formas de la pereza
Héctor Abad Faciolince

Ahí les dejo esos fierros

alfredomolano

BANCO DE LA REPUBLICA
BIBLIOTECA
ALFONSO PATIÑO ROSSELLI
TUNJA

AGUILAR

AGUILAR

© 2009, Alfredo Molano
© 2009, El Áncora Editores

© De esta edición:
2009, Distribuidora y Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S. A.
Calle 80 No. 9-69
Teléfono (571) 6 39 60 00

- Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A.
  Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires
- Santillana Ediciones Generales, S. A. de C. V.
  Avda. Universidad, 767, Col. del Valle,
  México, D. F. C. P. 03100
- Santillana Ediciones Generales, S. L.
  Torrelaguna, 60. 28043, Madrid

Diseño de cubierta: Ana María Sánchez B.
© Fotografía de cubierta: Chris Steele-Perkins/ Magnum Photos.

ISBN: 978-958-704-878-0
Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*
Primera edición en Colombia, agosto de 2009

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser
reproducida, ni en todo ni en parte,
ni registrada en o transmitida
por un sistema de recuperación
de información, en ninguna forma
ni por ningún medio, sea mecánico,
fotoquímico, electrónico, magnético,
electroóptico, por fotocopia,
o cualquier otro, sin el permiso previo
por escrito de la editorial.

A 1231228

Contenido

Uno
A lo bien 11

Dos
Alias Desconfianza 41

Tres
Doña Otilia 65

Cuatro
Adelfa 75

Cinco
Hospital de sangre 153

Seis
Ahí les dejo esos fierros 179

Agradecimientos

A Adriana Camacho, cuya dedicación escrupulosa
a la corrección de mis errores da fe de su generosidad.
También a Alejandra Salazar, Alix María Salazar,
Felipe León, Irene Lara, María Constanza Ramírez,
Marcelo Caruso, Marta Cecilia Ocampo, Marcelo Molano,
Martha Arenas, Marco Fidel Vargas, Pilar Posada,
Oscar Augusto Cardoso y a la Cooperación de la Embajada
Real de los Países Bajos, la Fundación Patrimonio Natural
y Parques Nacionales por la ayuda en la elaboración
de Alias Desconfianza y Doña Otilia. Las opiniones
expresadas en estos textos son del autor y no reflejan
necesariamente la posición de la Embajada.

Uno

A lo bien

Yo a Tarazá le debo lo que soy, ahí conseguí lo que tengo, ahí aprendí lo que sé. No es como dice mi mamá, que en ese pueblo, que era nuestro, yo no conseguí más que vicios. Cierto que aprendí a tomar, a meter perico y a vivir rico. Andaba relajada en una 4x4 Prado con aire acondicionado, bien uniformada, vistiendo a lo bien y con fierro cortico. Todo mundo nos respetaba. También conocí al Bachiller, un regalito del cielo. ¿Cómo olvidarlo? Aprendí cosas que desde afuera parecen feas pero que desde adentro son necesarias. Allá, por primera vez me tocó demostrar que yo era quien era: me mandaron liquidar a una *guerrilla* que no había querido colaborar. La habían detectado haciendo una remesa en una cooperativa que era nuestra, pero que nadie sabía. La siguieron y cuando ya tenía todo organizadito y se montaba al carro, le caímos. No supo qué decir ni qué explicar. Temblaba. Se le bregó: que de dónde era, que para dónde iba, que quién era su mando. Pero ella se ranchó. Sólo me confesó su nombre: Graciela. Ni lloraba. Miraba al suelo y por más amenazas, gritos y golpes, nada dijo. Entonces el Bachiller dio la orden: «Al piso. Llévenla al quebradero». Él era así, decía lo que tenía que decir en plata blanca. Y al quebradero la estábamos llevando cuando él, mirándome con esa mirada de diablo que tenía, me dijo: «Aprenda usted a hacerlo. Mire a ver cómo hace, pero cuando yo vuelva a verla, que sea cuando esté ya aprendidita».

A mí se me heló la sangre. No quise, por mujer que éramos ella y yo, dejarla tocar de arma blanca. Yo misma le disparé a la cabeza. Ella no la movió. Estaba amarrada para que en el momento de disparar no se pudiera errar el tiro, y arrodillada para que a uno le quedara el coco a la altura de la cintura. El tiro le abrió la caja de par en par. Así la despedimos porque, como decía el Bachiller, había que hacerla ir humillada.

Ella no fue la primera. Ni supimos su nombre verdadero. Después de la primera vez, me tocó hacerlo muchas veces, hasta perder la impresión. Ella se quedó a vivir en el sueño. Yo cerraba los ojos y la veía desenterrarse, levantarse y perseguirme. Yo la miraba viva en una loma, en la trocha donde se quedó mirando al piso, y aunque se mandó enterrar, nunca se fue. El remedio, me dijo el Bachiller, «es obedecer la orden una y otra vez, y acercársele más al cuerpo del condenado». Un día me dio un machete para completar un despelleje que ya habían comenzado a hacerle a un muchacho que ni era guerrillo. Eso fue más duro porque el vivo grita y babea y bota sangre y a uno lo salpican esas sustancias calientes de miedo.

Duré ocho meses andando a lo bien. De noche subíamos a la base y de día vigilábamos. El Bachiller me mandaba cada rato a la *zona*, donde me encargaban de conversar con las mujeres del oficio. Ellas siempre saben mucho y si uno se hace amiga de ellas, cuentan lo que les han contado. Los hombres son flojos en la cama y para compensar cuentan cosas que hacen fuera de ella. Muchas son mentiras, pero una que otra es verdad, y esas verdades son las que una busca y a una la orientan. A una le cuentan de todo y de todos. Ahí una pesca también lo que hacen o no hacen, o mejor, quieren hacer, los nuestros. Es como si una se metiera por boca de ellas, en sus ojos. Que fulanito le lleva la mala al mando, que zutanito quiere volarse, que perencejito habla con la guerrilla. Mucho se conoce por boca de ellas. Yo creo que los mandos permiten que los muchachos vayan a las zonas para saber qué tienen en

mente hacer. En cambio a nosotras, las mujeres, sí no nos dejan meter con civiles. Para una meterse con ellos tiene que ser de asiento y de tiempo. Yo no estuve conforme con ese modo de desigualdad ni en las autodefensas ni en la guerrilla. Y eso que en la guerrilla hay más igualdad, más consideración con la mujer. Allá, si se trata de un bulto de remesa, pese lo que pese, lo cargan hombres y las mujeres por igual. ¡Y por aquellos filos! Yo recuerdo en Dabeiba cuando, recién ingresada, todavía en mis seis meses de prueba —que es lo que ellos dan por seguridad, para no reclutar cosas que no sirven—, vi esos filos que nunca terminaban, que parecían una escalera al cielo; o esos rodaderos por donde el bulto llega primero al infierno que una. Los camaradas se apiadaban al comienzo de las primíparas y sobre todo de aquellas como yo, que no éramos netamente campesinas, porque yo nací en Cali y viví ahí en Aguablanca hasta la edad de doce años. A mi papá lo arruinaron. Era carpintero, pero en una de esas bajadas que se pegaba la harina, quedó sin trabajo, no pudo responder por las deudas y nos tocó volarnos para Dabeiba, donde mi mamá tenía un hermano acomodado. Allá llegamos para un 8 de enero: mis papás, mi hermana, mayor un añito que yo, y mi hermano, que apenas medio gateaba. Mi tío comenzó a echarle los perros a mi hermana desde cuando la vio. Ella es bonita, tiene el cuerpo bien hechecito y unos ojos voladores. Mi tío la seguía para donde ella fuera. Le ayudaba en todo oficio que le tocara. La espiaba cuando se bañaba y llegó a gatearle por la noche. Mi hermana nada decía porque tenía miedo de que le desautorizaran la queja; mi mamá también, de fijo, lo sabía, pero, pienso ahora, debía temer un escándalo porque, al fin, de mi tío dependíamos. Ella se fue haciendo señorita con ese miedo.

Hasta que un día llegó a la casa una comisión de la guerrilla. Nosotros no conocíamos más gente armada que los pocos policías que pasaban por el barrio buscando a quién montár-

sela, ni más soldados que los que miraba uno de permiso, por ahí en la terminal. Pero mirar hombres de guerra, nunca. Nos impresionaron. A mi hermana más que a mí, seguro por lo volantona que estaba ya. Tomaron tinto, preguntaron y se fueron. Volvieron como al mes. Y esa vez se quedaron más tiempo. En la comisión venía una mujer anegrada y fuerte que le puso el ojo a mi hermana. Y mi hermana, de seguro, a alguno de los muchachos. Lo cierto es que a mi hermana desde esa vez se le miraba como interesada en esa vida. Hasta que un día la invitaron al comando. Mi papá no se negó porque era difícil un no. Duró no tres días, como habían dicho, sino ocho. Mi mamá ya estaba nerviosa. Darcy, mi hermana, volvió con una sonrisa que no le cabía en la cara. Los muchachos, como llamaban por allá a la guerrilla, cogieron nuestra casa de pasadero y después de posadero. Un día Darcy dijo en la comida: «Mañana me voy con ellos». A mi tío se le atragantó el caldo. Gritó: «Esos son comunistas, son asesinos, son viciosos». Mi mamá se echó a llorar y mi papá se quedó callado, como pensando. Mi hermana se fue a dormir y, de seguro, a soñar. Al amanecer oí que silbaban. Ella se rodó de la cama, se echó al hombro la bolsa de los útiles y hasta ahí fue hija de familia.

A mí me fue gustando esa vida. Una se veía elegante con camuflado y más con fusil. Así que mi Darcy comenzó a hacerme carantoñas y un día me rendí y le pedí ingreso a la mujer que comandaba las comisiones que arrimaban a mi casa y que por nombre de guerra se llamaba Karina. Era fuerte, seria, pero quería mucho a mi hermana y, de paso, a mí. Una madrugada me les pegué y tras el silbido de Ricaurte, el mando de la escuadra y marido de mi hermana, me fui. En el comando me dijeron: «Usted tiene seis meses para arrepentirse. Después ya es un cuadro militar, una guerrillera hecha y derecha, y la obediencia, la lealtad y el valor son obligatorios. Cualquier falla de una de las tres *des* —deserción, delación o derrotismo— se paga con la vida». Y me echaron el equipo a

la espalda. Al primer filo, yo dije: «No, no soy capaz de esta vida». Las piernas me temblaban, el resuello se me iba y la lloradera se me metía por la noche. Karina me consolaba y me daba cartilla. Me bajaba el peso del equipo, pero ni así yo arriscaba a coronar los filos con el grueso de la comisión. Es lo que tiene de diferente con las autodefensas, que una poco carga porque carros y buenas bestias es lo que una tiene con ellas. O por lo menos lo que nunca me faltó.

A los ocho meses de andar en Tarazá, me mandaron con una contraguerrilla móvil al Chuzcal. No es muy lejos, pero es una zona más esquiva, más peligrosa. La compañía en que me tocó tenía treinta hombres, yo era la única mujer y eso tenía tanto de un lado como de otro. Era reina, pero también sierva. Nuestra misión era vigilar y hacer registros y, si se presentaba el caso, combatir. No siempre, pero se arriesgaba el pellejo, sobre todo cuando se montaban operativos a campo abierto. Tendría yo veinte días de andar en esas cuando me nombraron, sin saber por qué, comandante de escuadra. En las autodefensas hay muchas oportunidades y muchas garantías. No es como en la guerrilla, que el que entra de guerro sale de guerro después de veinte años de tirar monte. Aquí no. Es distinto. Hicimos varios operativos grandes. En el primero que hicimos una granada de mortero me levantó y me jodí la mano izquierda. El mando me relevó de los operativos muy peligrosos y me nombró su escolta. Yo andaba con él para arriba y para abajo. Por arriba, íbamos a ver al Ejército o a la Policía, al DAS o a la Sijín. Tratábamos con ellos. Al gobierno es fácil comprarlo y es barato todo arreglo. Hacíamos operativos conjuntos con el Ejército. A veces los soldados o policías se ponían nuestros uniformes y brazaletes, y otras veces, nosotros los de ellos. Uno iba a la fija. Los alcaldes, se diga el de Caucasia o el de Tarazá, no era que colaboraran, era que tenían número de mando. Todo el gabinete colaboraba con nosotros y la gente nos quería y nos respetaba. Hasta

el cura andaba con nosotros. Hizo un bazar para ayudarnos y se mantenía en el comando recochando y chismoseando.

Por abajo también había actividad. Una vez cayeron dos guerrilleritas en un combate. El mando, Marcos, me dio la orden de investigarlas y de proceder. Sabía qué quería decir. Me las entregaron sucias y malolientes. Yo casi me desmayo cuando caí en la cuenta de que una de ellas, la más jovencita, había sido parcera mía en Dabeiba. Le dije: «Niña, mire, no sea boba, colabore, dígame cualquier cosa que me sirva y sálvese; la guerrilla la usa como si usted fuera una res, la vende en cualquier momento. Los comandantes son los que echan bueno y aprovechan lo que los guerreros, y sobre todo las guerreras, hacen. La vida vale mucho, véngase a trabajar con nosotros. Usted sabe que muchos parchan con nosotros y dejan de andar maleteando por esos filos y obedeciendo los caprichos de los cuchos. ¿Qué come allá? Ni fríjoles, sólo arroz ahumado y mico, cuando se encuentra».

Ella lloraba y lloraba. Una noche pensé que no me tocaba proceder como me tocó hacer con la otra, que bastó un solo rafagazo y la empujaron al río. No todos los morracos se destripaban. Algunos, como ella, con uniforme y todo, se botaban enteros para escarmiento de sus compañeros. Ella casi me engaña. Por fin habló, pero para decirme que tenía un hijo, que la dejara volar. Estuve en la puerta de decirle que sí, que corriera. Cuando me di cuenta de mi debilidad, me dio soberbia conmigo y para quitármela, procedí. Duré también muchos días viéndola levantarse del hueco donde la mandé enterrar —porque fue la única gracia que le concedí cuando me dijo: «Por lo menos no me bote al río, para que algún día mi hijo sepa que me mataron sin hablar»—. Soy creyente de que los muertos no se van rápido, se quedan como atalayando lo que han sufrido. Había otros guerrillos muy cobardes que en cuanto una les gritaba se humillaban y aceptaban colaborar, y colaboraban que era un gusto, contaban lo que sabían

y se inventaban el resto. Los desertores y los repintados eran muy importantes, eran nuestros ojos adentro de la guerrilla. Teníamos también gente que aceptaba colaborar y devolvíamos a su Frente para vendernos la información. Era una información muy rica porque casi siempre era cierta.

En esas andaba yo cuando una tarde, desde una cuchillita tendida, iba a reportar las novedades del día. «¿Aló, quién modula?», pregunté. «Aquí Marcos, siga». «Aquí Tatiana, comandante. ¿Cómo sigue de su accidente?» Yo sabía que le habían pegado un tiro de sedal en una pierna y que eso lo tenía turbado. «Ahí —respondió—, aliviadito. ¿Y qué más?» «Nada». «¿Y por allá hay novedades?» «Sí, Marcos, sucede que me quiero ir de aquí, estoy como aburrida, mándeme recoger». Y sin más, me dijo: «Listo, mando por usted. Voy a llamar a Tuchín para que vayan por usted y se va para La Caucana, allá la pasa mejor. Allá se le presenta a Sangre. Usted lo va a distinguir en el momento por ese olor a cobre que tiene, pero no pare miente en eso. Yo hablo antes con él y todo bien». Sangre era malo, malo. Era sabido que a un guerrillero de la civil lo había despellejado vivo desde el pie hasta la rodilla.

Como a los veinte minutos —yo ni me había arreglado—, llegó el carro, llegó el propio Tuchín y me dijo: «Tatianita, atalaje sus cosas y vámonos». Yo, más contenta, hice maleta, me cambié el uniforme camuflado por uno negro y limpio que usábamos para ciertas ocasiones y me monté con Tuchín en su camioneta. Llegamos a La Caucana directo a un colinchadero. Así se les dice a los bares donde hay viejas. Nos pusimos a tomar como si fuéramos amigos; sin escoltas ni subalternos ni nada. Hay zonas en donde todo es nuestro y sobran las seguridades. Ahí amanecimos y al otro día, con ese guayabo, tuve que ir a presentarme al comando y, para más dolor, sin Tuchín, que tenía un operativo ese día. Yo no había probado el trago fino, hasta esa vez y lo hice ya en la madru-

gada. Cogí mi colectivo y me le presenté como a las once de la mañana a Veinticuatro, el mando. «Por fin llega», me dijo, golpeado. ¡Era muy cismático! Se quedó callado como para achicarme, y agregó: «Usted va es para donde Caimán». Y a mí, con ese guayabo que ya reventaba por dentro, me tocó callarme y echar travesía a pie para la compañía de Caimán. Llegué por la noche a los cambuches y me pusieron en la escuadra del Bachiller. Bien. Me dieron la dotación: hamaca, toldillo, plástico y fusil, un R-15. Ya estaba por dormir cuando siento que levantan el velo del mosquitero y el Bachiller me pregunta: «¿Qué hubo? ¿Me va a dar cambuche esta noche?» Yo le respondí, ofendida: «Y esto, ¿a usted qué le pasa?; vaya a pedírselo a quien se lo da. ¿Está trabado o qué?» Uno no le da cambuche sino al socio, no a quien le va levantando el velo. El Bachiller bajó el tono y me dijo como rogándome a las buenas: «Deme cambuche que mi hamaca está mojada». Yo, turbada, le dije: «Bueno, hágale a ver, pero se va a estar quietico». «Sí», dijo él. Se acostó. Nos pusimos, una para un lado y el otro para el otro, a hablar mierda toda la noche, hable y hable mierda. Al otro día nos levantamos tarde, ya había pasado la formación. Apenas nos vieron, soltaron risitas y alguien dijo: «¿Y qué, comando, amaneció casado, o qué?» Yo me puse roja y el Bachiller, como si nada, respondió: «Sí, así parece». Delante de todos el Bachiller mandó formar y anunció: «Tatiana es la segunda al mando. Romper filas». Yo no sabía qué decir. Me fui a la rancha a raniar con otra mujer que era la guisa, como haciéndome la desentendida. Al rato llegó él y me dijo: «¿Qué, me va a lavar los bóxer?» «¿Qué? —salté yo—, ¿usted qué se ha creído, que me compró?» Él se quedó mirándome sin revirar, y dijo calmado: «Es una orden, Tatiana». Y no dijo más. Volteó la espalda y yo cogí los bóxer, fui al río, los lavé y lavándole los bóxer me enamoré. No mucho después quedé embarazadita.

2

Mi hermana tuvo su bebé en la guerrilla cuando andábamos por el Chocó. Es como decir que Danilito es chocoano, así no sea negrito. A Ricaurte, su papá, le falta una mano que se llevó una granada, pero es blanco y bien plantado. Con ellos dos estuvimos en el río Atrato, a pesar de que Ricaurte me había advertido: «Eso por allá es muy duro, es fangoso y uno vive mojado día y noche». Pero siempre es mejor tener un mando amigo en lo mojado que un mando intenso en lo seco. Era mi cuñado.

Yo estuve con ellos en la pelea de Bojayá. Porque fue una pelea de días con los paras que entraban en lanchas del Ejército y protegidos por el gobierno. Resultó en una matazón de civiles. Cuando me salí de la guerrilla, los manes del DAS me investigaron y yo les conté todo tal como estos ojos lo vieron y lo lloraron. Yo estaba ahí junto al pelado que tiró la pipeta, un negrito de ahí, de esos ríos. Con esa cagada le pusieron el apodo de Tirofijo, por recochar y burlarse de él. Porque la pipeta cayó entre la iglesia cuando lo que se quería era totiársela a los paras que nos disparaban morterazos, atrincherados en las paredes de la sacristía. Ellos estaban por fuera y la gente del pueblo estaba por dentro. El pelado no tuvo la culpa, o sea, el pelado no tuvo la culpa de haber tirado esa pipeta allí; la verdad, no, yo puedo sostener que no, el pelado no tuvo la culpa. El muchacho fue de malas. No calculó bien las coordenadas y no supo manejar las distancias. Y la bomba cayó entre la gente, desgraciadamente.

Lo sancionaron muy duro. En las FARC la vida es dura, por cualquier cosa la sancionan a una. A mí, mi propio cuñado Ricaurte me sancionó, por olvidar una olla en una rancha, a cavar día y noche una trinchera. Hay momentos muy duros. Una se aburre de ellos. Hay momentos también —¿para qué va una a mentir?— muy alegres: por ejemplo los diciembres.

Son lindos. Se hacen farras, se baila, se rumbea. Hay guerrilleros que tocan bien el acordeón, la flauta de millo, la marimba, la tambora, y hay hasta buenos compositores. Por ahí todavía guardo un CD con vallenatos revolucionarios. Tienen un himno que hay que cantar por obligación todos los días. Es bonito, todavía me gusta cantarlo.

Cuando llegué a trabajar con el Bloque Mineros en Caucasia, recién entrada, pichoncita estaba. Me confundía, y en vez de cantar los cantos de las AUC, cantaba el himno de las FARC y en más de uno sembré la sospecha de ser una infiltrada. Para mí fue muy difícil adaptarme a la vida de los paras, aunque es más civilizada. En el Bloque uno rumbea. Si una quiere irse a rumbear, se va. Si le va mal, la retienen o le rebajan el sueldo, pero eso de gritos y de marchas y de malos tratos, no, nunca. A una la tratan bien. Por ejemplo, cuando yo cumplí dieciséis años, Sangre, el mando del sector, mandó desocupar la mejor discoteca de Tarazá, la Milenio, para celebrar mi cumpleaños, con orquesta y todo. *Olpar* libre, perico libre. Una no tiene por qué aburrirse cuando manda, cuando le obedecen y cuando la miran con respeto, así para ganárselo haya que hacer lo que se tiene que hacer. Sobre todo, una no tiene la ley detrás persiguiéndola, porque una, a la hora de la verdad, es la ley. Eso cambia mucho. Por eso fue que mi hermanita se voló de la guerrilla. No fue porque tuviera diferencias con Ricaurte. Ella estaba encoñadita y así fue que quedó esperando, pero, con los chulos encima, era como la oveja defendiendo su cría. Cuando salió a tener su bebé en mi casa —porque mi mamá es enfermera—, le dijo a mi papá: «Ayúdeme usted a volarme». Y se voló. Cuando llegaron por ella, al mes y medio, ya estaba en el Ejército. Y yo amarrada. Porque tan pronto Ricaurte supo que su mujer estaba dando dedo, la pagana fui yo. No tuvo contemplación. Me mandó amarrar. Quince días, de noche y de día, yo con mi palo entre los brazos. Me despedí del mundo porque dije: «De rabia,

Ricaurte me mata». Pero no me mató. A los quince días echó a hablarme y a tratarme bien. Eso sí, tenía que guindar cerca a él, muy cerca, cada noche más cerca, hasta que terminé en su chinchorro. Así arreglamos la diferencia.

Mi hermana se dio mañas de hacerme llegar una carta. Me decía que no siguiera en las que estaba, que qué hacía yo maleteando penas cuando en el batallón me daban garantías. Me hablaba de su nueva vida, de su bebé, de lo feliz que estaba viviendo a lo bien. Que un teniente se había enamorado de ella y quería sacarla a vivir sin zozobra. La carta me taladró, me fue taladrando, sobre todo en aquellos días de frío en que hay que hacer guardia, en que hay que levantarse a las tres de la mañana a la rancha, cuando un mando la humilla a una. Y un día, cuando ya Ricaurte me tenía confianza, me mandó a mi casa para que mi mamá le comprara una droga que se necesitaba. Yo bajé a Dabeiba, me encontré con ella. Tenía la intención de hacer bien hecho el mandado porque me había acomodado con Ricaurte. No sabía que la cartica de mi hermana me había calado calladita. Yo tenía orden de no salir de la zona y ni pisar la carretera. Yo estaba en una caleta, esperando a mi mamá, pero el que llegó fue mi papá: «Mija, si está aburrida, me avisa». Él era minero, sabía catear ríos y peñas, y tenía suerte. Mi mamá regresó, todo bien. Se entregó la droga y yo le dije al pelado que me acompañaba: «Dígale a Ricaurte que yo subo mañana, que tengo una mensual que chorrea. Que me haga el favor de disculparme». A la tardecita, llegó mi papá y me dijo: «Todo está listo, mija, vámonos». Él me pasó el río en unos neumáticos que consiguió, me metió entre una caja, me echó hojas de plátano encima y fruta más encima, y pasamos. En la carretera me alcanzó mi mamá. Ella no podía quedarse porque la limpiaban. Un señor muy formal, conocido de mi papá, nos llevó.

Llegamos a Apartadó. Mi mamá llamó a mi hermana. Ella pasó al teléfono. Tenía la voz quebradiza y le dijo a mi

mamá de una: «Estoy detenida en el batallón». Ella se había entregado acabando de cumplir los dieciocho añitos; era, pues, mayor de edad y tenía por obligación de la ley que pagar los delitos que había cometido. Nos preguntó dónde estábamos y no acabamos de decirle cuando llegaron del batallón a recogernos. A mí me agarraron como si fuera un bichito: me patasarribiaron entre una camioneta de vidrios polarizados y a mi mamá en otra. Nos separaron de una. «Chao», me gritó mi mamá. Y yo: «¿Cómo así? ¿Qué es esto, Dios mío? ¿Para dónde me llevan?»

Ni en la guerrilla había yo sentido tanto miedo. Me bajaron en un batallón grandísimo con unos helicópteros más grandes que los que yo conocía. Me hicieron cambiar de ropa: sudadera y tenis; me tomaron fotos, me investigaron, me pusieron a tocar piano, me gritaban unos, me consentían otros, me deseaban todos. Me dieron clases para hablar por radio y pedirle a la guerrilla que se rindiera. Me mostraron un catálogo de fotos de todos los comandantes de las FARC, todos. Los que habían sido, los que eran, los que serían. A todos los tenían fotografiados: Karina, el Manteco, Jacobo, todos, todos. Me mostraron fotos de compañeritos, amigos míos, que el Ejército había pelado. Me mostraron videos de bombardeos a casas de gente en Cañas Gordas, en el Paramillo. Yo lloraba y lloraba. Me pasaron un video de un bombardeo contra nosotros, donde nos veíamos corriendo, buscando trinchera. Nos veíamos clarito todos. No sé cómo lo harían, parecía de magia. Y comenzaron a preguntarme por los nombres de cada uno de los que salían, así salieran de espaldas. Preguntaban: «¿Y quiénes cayeron aquí y allá?», mostrándome el video. Yo les contestaba: «No, papitos, eso para que a uno le caiga una bomba encima es difícil. Ahí no cayó nadie». Ellos se embejucaban y más rabia me hacían sentir. ¿Qué culpa tenía yo de que las bombas nada nos hubieran hecho? «Eso es problema de ustedes, no mío», les grité por fin. «Peliona, revoltosa,

alzada», me insultaban. Fue horrible. Le cogí una rabia al Ejército que nunca me pasó. Yo los odio. Me encerraron en una pieza sin luz y me pusieron un soldado en la puerta. No me abrían ni para ir al baño. Me tocó hacer en los rincones. Poco sí, porque no comía nada. Pero la sed me iba matando. Mi pensamiento era solo uno, volarme de nuevo, para donde fuera. A los tres días, abrieron la puerta. Entró una ráfaga de luz como si fuera un balazo de mortero. En cuanto me repuse, apareció frente a mí un teniente. Muy amable, me invitó a bañarme al casino de oficiales y después a comer fino, sobre mantel y con cubiertos. Me conversaba de una cosa y de otra, pero nada que tuviera que ver con armas, ni con gente armada ni gente del monte. Estuvimos todo el día de aquí para allá. Yo me preguntaba: «¿Para dónde irá tan señor?» Para ningún lado ese día, ni esa noche, que ya pasé en una celda limpia y con un catre. Pasaron varios días. Él me buscaba para seguir conversando de nada. Una tarde me dijo: «Me voy, ahí queda en buenas manos —y me dio una tarjeta—: si me necesita alguna vez, llámeme». Y se fue.

Se fue él, pero llegó el juzgado promiscuo de familia de Apartadó. Yo era menor de edad y cargaron conmigo, a pesar de que el batallón no quería soltarme. Pero el juez, que era un corbatón, se impuso: los militares no tenían por qué tenerme presa y ni tenían derecho a indagarme y menos a usarme como me habían usado. ¡Ni siquiera me pagaron el fusil que les entregué! Hubo problemas entre unos y otros, se gritaron, pero al fin los civiles me llevaron. Y a un hotel fui a dormir. Y al día siguiente a Bienestar Familiar en Medellín, donde, según la ley, me han debido llevar sin humillación desde el principio. El juez de menores ordenó mi alojamiento en una cárcel de menores. Era horrible. Como en la guerrilla: levantada a la madrugada, filas, gimnasia, órdenes, órdenes, clases de buena conducta, mala comida, mala cama. Y haga oficios varios: barrer, limpiar baños, ayudar en la cocina, limpiar el

patio, lavar ropa, arreglar ropa, coser ropa. Y unos exámenes médicos algo peligrosos, hechos por una médica enamoradiza que más tocaba y provocaba que examinaba. En dos días más que hubiera estado en ese acoso y me coge de cuenta de ella.

A los diez días vinieron por mí un par de señoras muy serias y me llevaron a su oficina. Me invitaron a sentarme, me ofrecieron gaseosa y me dijeron: «Tatiana, su mamá no demora, ya viene. ¿Quiere verla?» «Pues está por demás la pregunta», contesté yo. Al rato llegó. Yo feliz. La abrazaba, la besaba, llorábamos. De pronto me dijo: «Mija, tiene que ser muy fuerte». «¿Qué pasó, mamá? ¿Qué pasó, mamita?» Como un rayo me pasó por el corazón: mi papá. «¿Qué le pasó a mi papá? ¿Qué le pasó?» «Pues hija, ¡mataron a su papá!» «¿Pero cómo así? ¿Cómo así?», gritaba yo. «Sí, mija; su tío, en cuanto supo que usted se había volado, fue y le sapió a la guerrilla, y la guerrilla mandó por el viejo. Él estaba mineando y, sin más, lo mataron. Él lo sabía. Era de lógica, pero no quiso esconderse. Era como si supiera que ese era el precio de la libertad suya, mija. Eso así fue».

A mí se me vino el mundo encima. Todo se oscureció. Yo di en golpear a mi mamá gritándole que había sido por mi culpa, por mi culpa. Casi me enloquezco. Terminé en el consultorio de la sicóloga. A los tres días me dieron la boleta de libertad para que mi mamá me llevara. Pero ¿para dónde? ¿Para dónde íbamos a coger? A Dabeiba no podíamos volver. En Cali ya casi nadie nos conocía. Mi hermana vivía en Cúcuta. La única esperanza, según nos dijo la directora de Bienestar, era que yo me acogiera a mis derechos como desmovilizada, y así lo hicimos. Fuimos a la Cuarta Brigada, esperamos todo un día a que el general nos recibiera porque nadie, nadie quería decir nada hasta hablar con mi general, que por fin, a las nueve de la noche, nos recibió para decirnos que sí, que bueno, que pasáramos por un chequecito que nos podían dar. Pero sólo tres días después, y estábamos en viernes, total

hasta el miércoles, y el miércoles: «El chequecito no lo ha firmado mi general; mañana», y así, hasta el sábado, cuando ya no había bancos.

Total que con el chequecito pagamos el hotel y los pasajes para Bogotá. Mi mamá había decidido ir a dar la queja al ministro, a los generales, al Presidente, a donde fuera: nuestra tragedia tenía que ser pagada. Llegamos al Hotel Bogotá con sesenta mil pesos. Si en dos días no arreglábamos el problema, terminaríamos quién sabe dónde, en la calle pidiendo. En el Ministerio de Defensa nos recibieron. Nos oyeron. Y nos dijeron: «Les pagaremos el hotel una semana con comida y los pasajes para Medellín y Dabeiba. Y no hay más. Estamos en guerra y aquí no se viene a llorar los pecados que se cometen por allá. Y punto». Volvimos al hotel. A mí el Sagrado Corazón de Jesús me iluminó: «Mi teniente es la solución». Llamé. Muy formal: «Sí, lo que quieras, Tatiana, lo que digas. ¿Dónde te recojo?» En tal parte. Pasó en su carrazo, una camioneta de vidrios negros con calefacción, radios, televisor. Pero iba de civil, con bluyines y sin corbata. Un churro. Llamé a mi mamá y le dije: «No me espere en tres días». Siempre son tres días para todo. Y en tres días el hombre me dijo: «Tengo unos amigos en Caucasia. ¿Será que usted quiere trabajar con ellos?» «¿Hacer como qué?», pregunté. «No, pues lo que usted aprendió y sabe hacer». Yo sospeché mal y le reviré: «Con ustedes, ni muerta, después de como me han humillado, no tiro un tiro por ustedes». «No —me dijo—, no somos nosotros, son gente bien de Caucasia. Usted conoce bien por esos lados y esa gente va a meterse ahí. Usted puede ayudarles». Sin embargo, nada que me decía quiénes eran esas gentes tan queridas. Pero me dijo: «Ellos le dan tanto y tanto mensual y si gana grados, le aumentan, y por cada positivo, le dan una prima». Yo comencé a entender, hasta que le pregunté: «¿Y esa gente son los paracos?». «Positivo —dijo—. Yo conozco allá al comandante Marcos de las Auto-

defensas. Usted va y habla con él de parte mía. Si usted acepta ahora, yo lo llamo enseguida y arreglamos». «¿Y mi mamá?», pregunté. «La ponemos a vivir como una reina en Caucasia, donde no corre peligro».

Yo llegué feliz a donde mi mamá y le dije: «Nos vamos, mami, nos vamos. Conseguí trabajo en Caucasia y usted se va a vivir conmigo». Y nos fuimos. Ella iba de gancho ciego porque nunca le dije en qué iba a trabajar, sólo le aseguré y le juré que no era de vagabunda ni de prepago. Ella como que lo sospechaba, pero después de tanto dolor y de tanta humillación, no quedaba de otra. El teniente nos dio los pasajes para Medellín y los de Medellín a Caucasia. Dejé a mi mamá en el mejor hotel, busqué a John Freddy, que era el parche de Marcos. Listo. Claro, todo bien. Me llevaron a una finca hermosa, como de película, como la de *Bonanza*: caballos finos, dos piscinas, carros, alcobas enormes, jacuzzi, canchas de tenis. Ya acomodadita y bien vestida —porque para todo me dio el teniente—, apareció un hombre de unos sesenta años, de bigote, pelo al rape, seco pero amable, y me dijo: «La felicito, ha tomado el buen camino. Cuénteme: ¿Quién es usted?» «Pues yo —le respondí, un poco corrida—, soy de las FARC». El hombre abrió los ojos, yo comprendí, y corregí: «Fui de las FARC». Después supe que era el propio Cuco Vanoy.

3

A mí se me dio nada cuando al cabo de unos días me tocó cuidar una caleta de coca por los lados de Puerto Libertador. No era una sino varias, pero tampoco era yo sola la cuidandera. Era un ejército de muchachos los cuidanderos. Mis tíos en Cali trabajaron con el Alacrán, y en mi casa el cristal iba y venía. Yo miraba de niña esos paquetes que olían a feo, como a gigantes, pero nunca probé lo que era. Sólo me olía como a rancio. Los

descargaban en un sótano que había en la casa, y a nosotros los pequeños nos encerraban en la terraza, pero desde ahí nos pillábamos todo el ajetreo. A veces nos llevaban a las tierras que mis tíos habían comprado por allá cerca de Salvajina, al lado de las del Alacrán. A ellos, que eran dos, los mataron, y por eso, ahora entiendo, tuvimos que ir a escondernos a Dabeiba.

Cuando me dieron la orden de trasladarme a Puerto Libertador yo no tenía idea del trabajo. Temía sólo que me tocara matar otra vez, porque eso no es buen programa y uno con las autodefensas lo que busca es estar bien, de lujo. Si no fuera superbacano andar con los paras, era mejor andar con la guerrilla. Cuando una se acostumbra a andar armada, estar sin armas es como posar desnuda. Una se aguanta mucho por ellas. En la guerrilla, a una, si bien le va, le dan un camuflado cada año, un par de cacheteros, y de vez en cuando un champú. Es el único lujo de una guerrillera: andar con el cabello brillante y bonito. Con las autodefensas nada falta. O por lo menos a mí nada me faltó en los años que estuve con ellos. Ingresada, cumplí los dieciséis años. Cuando me dijeron que me presentara en Puerto Libertador, yo pensé que mi destino era alguna ejecución. Pasa que para probar a las nuevas, y para meterla a una de cabeza, toca hacer cosas feas. Pero eso de mochar cabezas y jugar fútbol con ellas no es cierto, yo nunca lo vi. Eso tan horrible no lo vi. En las autodefensas pican al hombre que toque, tan-tan-tan, al hueco y listo: quedó muerto. Hubo, sí, un mando al que la guerrilla le había matado un pariente. En un operativo cayó un guerrero de las FARC. A ese sí le dieron una matada refea. Ni rezando se me quitó el miedo de haber visto lo que vi. Lo amarraron en el suelo, le dieron pata hasta dejarlo hecho un costal con huesos, el mando le pasaba el machete por las piernas cortando en carne viva, después por los brazos, y le preguntaba: «¿Le duele? ¿Le duele? ¡Soo malparido!» Después por la cara: sin nariz, sin

labios, sin orejas. Y el hombre vivo: la carne saltaba sola. La guerrilla hacía también sus cosas. Un muchacho que se nos perdió en una balacera, apareció con la cara comida de ácido. Cuentan que cuando mi papá estaba haciendo un *cúbico* para lavar, llegó la escuadra de la guerrilla. «¿Qué hubo, mijos, qué más?», dizque preguntó él, aunque ya sabía a qué venían. «Nada, cucho, ¿y usted en qué está? ¿Sacando oro o haciendo su hueco?» Él se volteó a mirarlos cuando recibió el culatazo que lo dejó sin sentido. Ahí lo rafaguearon y lo dejaron desangrar sin moverlo. Por eso cuando cumplió su tiempo en el cementerio de Dabeiba, y mi mamá quería llevarse los restos para Cali y enterrarlos junto a los de su hermano, mi papá estaba buenesititico. No olía y estaba entero. Quien muere desangrado no se pudre, porque lo que daña el cuero es la sangre estancada. Cuando a mí me mandaban a hacer operativos de limpieza, no se me daba nada hacer lo que tuviera que hacer, pensando en la suerte de mi papá.

Cuidando caletas fue como vine a enviciarme al perico. Cada quince días, cada mes, la mandaban a una a caletear. A todos nos gustaba el oficio, era un premio. Se lochaba, se metía perico y se tomaba. Hacíamos turnos para no dejarnos sorprender, aunque eso todo estaba arreglado por arriba y nunca Antinarcóticos llegó a molestar. La coca venía lista de los cristalizaderos todos los días, y todos los días salía por el río o por el aire o por la tierra. Salía y salía sin que nadie la parara. La marihuana sí escaseaba. O mejor, estaba prohibida. Algún muchacho la fumaba, pero los mandos eran muy severos en eso. A quien cogían enmarihuanado lo sancionaban, le cobraban multa y se la descontaban del sueldo. Y hasta llegaron a amarrar a alguno para que cambiara de vida porque era muy aferrado a la yerba.

Lo mejor en las autodefensas es esperar el paguito mensual, porque uno hace planes con esa plata, y lo peor es ser sancionado, verla llegar mermada. Los pelados se la gastan

con muchachas de la vida y hasta terminan casándose con ellas. Son mujeres que sufren mucho y saben mucho; saben todo lo que pasa en un pueblo. También saben cosas de bien. Ellas fueron las que me enseñaron a maquillar, a echarme perfumes y a saber que con lo de una no se mete nadie. Es lo bueno de los paracos, que viven en este mundo y no como los guerrillos, que andan sufriendo en su sueño. Si una baja a un pueblo es cuando va de civil y a hacer lo que tiene que hacer, pero una no lo vive, ni conversa con la población. La guerrilla fue antes una bacanería, la gente la quería porque todo lo repartían en igualdad. ¿Que cogían un camión con remesa? Pues lo repartían, había igualdad y por eso peleaban. ¿Que hicieron un retén y cogieron diez pacas de arroz? Cinco para nosotros y cinco se las repartían a los campesinos. Eso sí tenía la guerrilla. Que la guerrilla repartía el mercadito cuando tenía. Ellos no eran de llegar a una finca a matar gallinas, marranos y acabar con todo. No. Le decían al campesino: «Compa, necesitamos una gallinita». «Claro, sí». «¿Cuánto vale?» «Tenga». En cambio, sin decir nada contra nadie, los paracos llegábamos a una finca y agarrábamos lo que fuera, de piel, de pluma o de escama: terneras, gallinas, marranos. Y a comer. Para qué, no lo voy a negar. A mí me tocó, yo cogía gallinas mientras los civiles corrían del pavor. «¡Llegaron los paracos!» Y piérdanse por caminos, quebradas y montes. Claro que una tenía sus partes donde nadie corría ni se asustaba. Nos apoyaban. Por ejemplo, en lo que era Tarazá, El Guaimaro, La Caucana, en todos esos pueblitos nos querían mucho. Porque uno llegaba allá y los enaltecíamos. Y nos íbamos y todo seguía normal. Cuando nos metíamos al monte, donde sabíamos que se mantenía la guerrilla, el campesino, claro, salía corriendo, y muchos no aguardaban sino que salían con la guerrilla. Por eso sabíamos qué zonas estaban con nosotros y qué zonas con ellos. Yo digo que cuando la guerrilla descubrió el secuestro, se le dañó el corazón.

El modo de pelear es distinto entre nosotros y ellos. La guerrilla usa la emboscada y ahora la mina quiebrapatas. Preparan una emboscada con mucha anticipación, saben de caminos y de trochas y de atajos, y montan los operativos. Estudian nuestros movimientos. En cambio, las autodefensas entran y ratatatatá: a lo que vinimos. Listo. Sin agüeros. ¡Vamos para adentro! Si nos matan es por falta de coordinación de mandos. Las bajas no importan mucho porque siempre hay pelaos que quieren ingresar. Para las autodefensas sobraba gente. Teníamos que poner coladores para no llenarnos de tropa.

4

Un día nos llamaron a filas, a formar. Sonaba un run run, sólo un run run, como dando vueltas en el campamento. Había expectativa. A pleno sol formamos las 24 filas del comando de a diez por fondo: doscientos cuarenta hombres, o mejor, unidades. A las 10, cuando ya el mono la va montando, estábamos en silencio. Uno detrás de otro. Con la «fresca» de las 12, el run run volvió: Entregar armas. Yo estaba *solnolienta* y casi no entendía. Entrega de armas. Sí, tienen razón porque éstas están viejas, peladas, pesan demasiado. Necesitan armas buenas, fierros que ameriten, había dicho Sangre. Por eso cuando el señor comandante Cuco Vanoy se puso frente a todos nosotros —venía de camuflado— y gritó: «Asunto: entrega de armas», yo grité: «¡Viva! ¡Viva!» Y todos me miraron como diciéndome, estúpida. El comando de escuadra me dijo: «Malparida, entienda: no nos van a entregar, nosotros las vamos a entregar». ¡Me pareció increíble! Entregar las armas cuando íbamos ganando la guerra. ¡Qué va, mierda! En el peor de los casos, las vamos a cambiar, como ya lo habíamos hecho una vez. Don Vanoy siguió su discurso: Se entregarán

todos los fierros, pero a sus mandos, y ellos les entregarán otros distintos. «Si ve, si ve: es cambio de viejos por nuevos». «Vieja malparida, entienda: los van a cambiar por viejos, por más viejos». «Y esos —dijo Don Vanoy—, esos, los entregarán a las autoridades el día 25 en La Caucana, a las autoridades de la Patria. No hay discusión. Ustedes irán ahora a la civil. Irán desarmados. Les harán un cuestionario ese día. Y ese día, ante quien sea, no pueden decir nada más sino que su comandante era yo, Cuco Vanoy, y que no saben más nombres porque todos los mandos tenían un número distinto y no un nombre, como decir Juan Valdez. No. Digan cualquier número. Y otra cosa: no digan con cuántos hombres actuaban en cada comando, muchos, digan, o pocos, pero no den números. Y por último, que quede bien claro: ustedes fueron reclutados a la fuerza por el Bloque Mineros. Ustedes no estaban aquí por voluntad propia. ¿Entendieron?» «Síiii, síiii». Todos gritaban, felices o no, pero todos gritaban. Yo no. A mí no me sonaba el trato. Yo estaba contenta y a lo bien, era difícil estar mejor. Pero no había nada qué hacer. Donde manda capitán, no manda marinero. Don Cuco no dijo más; era hombre de pocas palabras. Sangre agregó: «Desde el día en que ustedes entreguen los fierros que les vamos a cambiar por los que llevan en adelante, ustedes van por cuenta del gobierno del presidente Uribe. Les pagarán un sueldo, tendrán derecho a salud, terminarán bachillerato o entrarán a la universidad, les ayudarán a conseguir trabajo o se los ofrecerán, les colaborarán para que compren casa, y sus papeles quedarán limpios». Cada ofrecimiento me subía el ánimo; me parecía que el negocio mejoraba.

Al romper filas se oía un murmullo por todos lados. Comentarios van, comentarios vienen. Yo estaba de acuerdo con unos y con otros, lo que quiere decir que no había entendido bien de qué se trataba el paso que nos iban a hacer dar. Porque la entrega fue una orden como las que nos daban para

un operativo. Echaron a llegar gentes desconocidas. Nos cabriamos, pero Sangre nos dijo que eran unidades de otros bloques. No parecía. No se les notaba formación. Andaban como desorientados, miraban para todo lado, poco hablaban. Poco prácticos. Después llegaron unos camiones. Venían de Montería por la central, escoltados. Traían las armas que íbamos a cambiar. Unas pocas buenas y muchas malas: escopetas, fusiles Garand, M-1, y armas cortas. Alguien dijo, no sé cómo descubrió, que eran los fierros que el Ejército decomisaba. No sé. Pero había unos AK-47, el mejor fusil que se haya hecho. Nosotros también lo teníamos, pero todo entró en el cambio. Como a la semana se anunció ya la reunión en La Caucana. Llegamos temprano. Yo ya estaba ilusionada con probar la nueva vida, volver a estar con mi hijo, verlo crecer, quererlo. Nos mandaron hacer una plataforma donde se irían a sentar los mandamases que venían del gobierno, y nuestros mandos. A medio día llegó la caravana: 4x4 blindadas, carros del Ejército, la Policía, carros de los diplomáticos. Había ambiente. Habíamos instalado *picó* grandes en las cuatro esquinas, mesas largas y hasta parasoles para que las autoridades no se asolearan. Sonaban vallenatos compuestos por Pedrito, el bajero, y cantados por un muchacho de Aguachica que ya no recuerdo cómo se llamaba. De pronto, nos ordenaron formar, en orden y silencio. Soltaron el Himno Nacional. Todos muy emocionados nos mirábamos y a todo lo que decían, aplaudíamos. Fuimos entregando, una por una, el arma que nos dieron para entregar. Después el cuestionario: Nombre, edad, estado civil, lugar de nacimiento, unidad a la que se pertenecía, nombre del comando, acciones a confesar, y huellas digitales, firma. Nos dieron una ficha con la foto que nos tomaron, un número y un sello del gobierno. Después, abrazos, despedidas, lágrimas, felicitaciones, tiros al aire, cerveza, ron, y, al final, perico. Lo de siempre. Al otro día, levantamos el campamento en ese guayabo y bajo ese sol que cuando cae,

suena. Nos repartieron: unos a Montería, otros a Medellín, otros de un solo tirón a Bogotá. Ahí llegué yo a la concentración del Barrio Atenas. Ahí nos albergaron a varios unas pocas noches mientras nos repartían en las «casas de paso». Al Atenas llegó un grupo de la Fiscalía para tomar declaraciones: casi las mismas preguntas que nos habían hecho, unas pocas nuevas, como por ejemplo: frentes donde hubiéramos estado, nombres de los comandantes, acciones en que hubiéramos participado, dinero recibido y nombre y lugar de residencia de los familiares. Estas sí, preguntas jodidas sobre las que no habíamos recibido cartilla. Las visitas se repitieron y cada día los fiscales se ponían más serios y pedían más detalles. La cosa se estaba poniendo fea. Protestamos a los pocos mandos que nos dejaron. No sé qué harían, pero los fiscales no volvieron. Volvió una comisión de la OEA a conversar con nosotros amigablemente, de confianza.

Andar sin armas, andar desarmado era sentirse un objetivo, un blanco o lo que también llaman una diana. Me sentía suelta, desorientada y hasta sin futuro. No me acostumbraba a moverme sin el peso del fusil. Faltaba. En el abismo. Me despertaba y buscaba dormida el frío del cañón, el gatillo, la culata. Había entregado mi poder, estaba entregada. Sin el fierro era casi otra persona, nadie. Una pesadilla. Ya no dependía de nadie, nadie me daba órdenes, nadie me mandaba. Sentía un hueco día y noche. Sin armas, ¿de quién dependía? ¿Cómo podía defenderme? Ya no existían ni mandos ni tinieblos, ni mozos, ni maridos. Estaba sola y vacía.

En el Atenas no duré sino dos semanas. Me trasladaron a una casa en Teusaquillo. Una casa grande, vieja, frente a la iglesia de Santa Teresita. Ahí nos tocaba de a cinco mujeres por cuarto. A lado y lado de nuestra casa quedaban las de hombres. La situación mejoró y ya empezábamos a recochar. Me tocó con Adelis, Yohana, Sandra, Mary y una tal Betty. Cuando me presentaron con Betty, quedé muda. Paralizada.

Era el retrato vivo de la muchacha aquella que el Bachiller me había ordenado ajusticiar, Graciela, que enterramos en una loma y que durante muchas noches me visitó. Los pómulos salientes, los ojos negros y brillantes, ojos gachos como los del vallenato, la boca grande, los dientes lindos, el pelo negro —motilada corto a los lados y largo atrás—, el mismo tamaño y la misma manera cismática de ser. Hablaba poco. Era cortante. Parecía estar siempre dando órdenes. Me miró, me saludó con una sonrisa, pero no me estiró la mano. Le asignaron la cama frente a la mía. Al principio yo no existía para ella, pero ella sí para mí. Era como haber echado para atrás en video. Yo la miraba arreglarse el cabello. Lo hacía despacio, en silencio, sin espejo. Lavaba sus interiores todas las tardes, comía poco y salía a trotar en sudadera y tenis todas las mañanas. Yo abría el ojo y la miraba. La estudiaba. Por la noche, era lo último que yo miraba y no cerraba mis ojos hasta verla acostarse y voltearse. Una noche me pilló mirándola, sonrió y cerró los ojos. Casi no pude volver a dormir. Madrugaba a mirarla. Al principio me impresionó y casi pido traslado de casa: no voy a vivir con un fantasma, pensé. Pero, poco a poco, el fantasma se volvió de carne y hueso. Luego fue apareciendo ella. Me la pasaba mirándola y, más que eso, atalayándola. Me sentía preparando un operativo. Tomaba distancias. La espiaba. Ella no se enteraba de la revolución que me causaba: todo lo que hacía me parecía bien hecho. Casi no se trataba con nadie. Miraba televisión sin mirarla, como pensando en otra cosa. Miraba desde lejos. No se pintaba, se vestía como una sardina y ya no lo era. Pedí cambio de habitación, me lo negaron; pedí cambio de casa; me lo negaron. Estaba perdida. No podía aceptar que me estuviera pasando lo que me estaba pasando. A mí siempre me habían gustado los machitos y mientras más varones fueran, mejor. Había estado encoñada y enamorada. No podía entender ni aceptar lo que me pasaba. Resolví acostarme temprano, antes

que ella. Voltearme para el rincón y levantarme más tarde, después de ella. Pero así y todo, ella seguía marcándome. Yo me miraba al espejo y le preguntaba a mi cara: ¿Quién es usted? ¿Qué busca? ¿Usted es así? Nada. Sin respuesta. Ella seguía haciendo su caminito.

Cuando nos pagaron nuestros primeros 560.000 pesitos la tomadera fue general. Rumba. Se alquiló un equipo y se invitó a una fiesta a las 4 de la tarde. Los hombres venían a nuestra casa. Comenzamos con la timidez de las fiestas entre desconocidos. Unos sentados frente a otros sin decir nada y sin mirar mucho, pero todos tomando en cuenta el menor parpadeo de los demás. Todos moscas. Ella estaba sin arreglarse. Nadie bailaba. Y como en las fiestas de 15, a las mujeres les tocó comenzar a sacar a los caballeros. Unos sabían bailar, otros eran pesados. Yo bailaba con una y con otra, hasta que ella me miró, se vino, me cogió de la mano y me sacó a bailar. Se me fue la respiración. Bailaba bien. La luz la había disminuido para que la timidez cediera. Nada decía. Le pregunté de dónde era. No me respondió. Le dije que yo la conocía. Nada me respondió. Pero yo le sentía sus manos sudorosas y su respiración agitada. Sentía sus senos en los míos, mis puntas se endurecieron buscando las de ella. Se acercó más a mi cara. Sentí su cabello y, de un instante a otro, su lengua se metió rápida y tibia debajo del lóbulo de mi oído. Traté de retirarme, pero ella me apretó la mano como dándome una orden. Dudé. Y caí. No fue más. Pero fue todo.

De noche nos despedíamos de cama a cama, sólo mirándonos, pero comíamos juntas, una al lado de la otra. Yo seguía tratando de hablarle, pero ella seguía con su silencio y su repelencia, que, tengo que confesar, me enamoraba. No dejaba de ir a trotar. Una mañana le pregunté si podía acompañarla. Me dijo: «Camine». Salimos por la 45 hasta la Nacional, y trotamos por esos prados. Al día siguiente, fue ella la que me buscó y, sin decir nada, me invitó a trotar. Así varios días,

varios. Hasta que un día se le desamarró un zapato. Paró el trote. Me miró, subió el pie al andén. Me sentí atrapada: me agaché, le amarré los cordones y, sin levantarme, la miré. Tenía la mirada dura, pero dulce, retadora. Me entregué. Sentí que ella se me entraba, que me había ganado y me asaltaba. No tenía defensas. Todo había sido inútil. La gana podía más que la pena. Si había entregado las armas, podía también sin vergüenza entregármele a ella. Digo: ella me llenó el vacío que me dejó la entrega de armas. Me entregué. Y fui directo, como el día que entregué el fierro.

Comenzamos a conversar más seguido. A veces hasta andábamos cogidas de las manos. Hacíamos fila juntas para comer, para bañarnos, para cobrar los 560. Yo quería saber de dónde venía, si venía de un bloque o de un frente, si era de las autodefensas o era de las guerrillas. O era infiltrada. Tampoco me importaba mucho. Yo la atendía. Le lavaba su ropa, toda su ropa, menos los cucos, por pura fidelidad. No olvidaba que lavando unos bóxers había caído. A veces yo creía que ella todo lo sabía. En las convivencias que nos hacían, siempre estábamos juntas. Nos ponían a decir pendejadas, a mostrarnos que todos éramos iguales, que FARC, ELN, autodefensas eran lo mismo-que lo que había era dolor-que había que superarlo-que había que perdonar-que todos éramos jóvenes y teníamos la vida por delante-que el que nos hubiéramos equivocado no era para vivir arrinconados-que éramos otros-que hacíamos patria-que teníamos que combatir la violencia en nosotros para combatirla afuera. El gobierno fue soltando. Querían que estudiáramos. A unos les facilitaron acabar bachillerato; a otros, inscribirse en la universidad, y a otros, a los que no teníamos deudas, ingresar a las filas de la fuerza pública. Unos cogieron para un lado y otros para otro. Nosotras entramos a estudiar al SENA dizque programación y sistemas. Íbamos juntas. Pero no teníamos ojos sino para mirarnos. Ya de frente. Ya hablábamos de nuestros amores, ya nos declara-

mos. Ella mandó cortarme el cabello, pero me prohibió llevar las uñas largas y pintadas. Mi vida iba a su paso, ella marcaba la marcha. Las compañeras de casa se pillaron el romance. Se burlaban a escondidas y hasta en público. Nos llamaban las *cóncavas* porque dormíamos una contra otra. En las noches yo esperaba oír que se moviera de su cama. Oía sus pasos firmes y livianos como cuando se va a hacer una emboscada. Se acercaba agachada, silenciosa. A mí me cubrían los escalofríos cuando levantaba las cobijas y se metía empujándome al rincón de la cama. Y después sus piernas frías, sus rodillas buscando caminos, sus manos rondándome, escalándome, resbalándose sobre mis hombros, sobre mi cadera rendida, su aliento en mi nuca, sus dedos disparando. Había dejado las armas para tener paz y ella estaba en guerra, sitiándome hasta doblegarme, reduciéndome a ser suya. Yo era su botín de paz.

Estudiamos un tiempo hasta cuando el gobierno nos ofreció hacernos préstamos para comprar una finca, un apartamento de vivienda popular o montar un negocio. Podíamos para una cosa y otra, además de estudiar, trabajar, y si decidíamos hacer un préstamo, se nos ofreció ayudas de Familias en Acción. Si teníamos niños, como era mi caso, podíamos también ser Familias Guardabosques si conseguíamos finca, y de todas maneras podíamos ser Cooperantes, es decir, vivir de informar al Ejército los movimientos sospechosos o las personas sospechosas que pilláramos. Sumando gallos y gallitos, podíamos vivir juntas. Pero no sabíamos por cuál programa definirnos. La finca nos gustaba y ya nos veíamos por allá en el Guaviare engordando novillos; o en Cazucá en una casa atendiendo una miscelánea o un café internet. Le dimos mucha vuelta a todo. Cada cosa tenía su más y su menos; su poquito y su mucho. Se nos ocurrió que la única forma de salir adelante era haciendo cualquier cosa, pero cooperando con información para el gobierno. Pedimos un curso en el

das. Lo pasamos, y luego otro con la Brigada de Institutos Militares. Allá volví a encontrarme con mi teniente, que ya era mayor, y al que matarían días después en una emboscada en Pailitas, Cesar. Era el Dos del Batallón La Popa. Salimos a trabajar. Recontando cuentos míos porque ella nunca me soltó prenda de su pasado. Le propuse: «Betty, montemos un rumbiadero y, en chaques de información, manejemos una casa de mujeres». Me dijo: «No, usted va y se me enamora». Pero como yo le temía, no la contradije. Después, trotando una mañana, le repetí: «Donde hay amor no hay desconfianza». Me miró, y aceptó. ¿Dónde sería? Pues donde dé más rendimiento, donde haya más acción, porque se trata es de ganar. ¿O no?

Dicho y hecho: ahora, vamos a comprar una casa en San José del Guaviare. Allá se trabaja seguro porque es una zona asegurada y porque no deja de haber mucho caso, de unos y de otros. El gobierno aceptó y en un par de semanas, firmaremos las escrituras. Por mal que nos vaya, habremos vivido lo que de felicidad se reparte. Ella aceptó vivir con mi hijo, que ahora está con mi mamá y Dayana en Cúcuta. La gente que se monta en el bus de Cooperantes, al año ha librado el préstamo y hace papeles para comprar carro. Después uno puede montar una buena ganadería para vivir de ella. Este gobierno no nos ha salido calceto, a pesar de que una vez nos tocó hacer huelga, paro y protesta porque se retrasó hasta seis meses con nuestros sueldos. Tuvimos un encuentro de combate con el esmad. Nos gasearon. Fue una pelea en la que uno no sabía dónde estaba porque sabíamos pelear para el gobierno y no contra el gobierno. Éramos sus amigos, pero nos trataba como a sus enemigos. No importa, nosotras, las Cóncavas, hemos comenzado una vida nueva, no tanto, digo yo, por lo que hacemos, porque seguimos haciendo lo que veníamos haciendo, sino porque estamos enamoradas.

Dos

Alias Desconfianza

Yo no tengo buena memoria para mi historia. Les tengo mucho miedo a las fotos y no me gusta conversar de cosas pasadas. Ellas deben quedarse donde pasaron. El pez muere por la boca. A mí no me mataron de joven y no quiero que me maten de viejo. Morirme tendré, pero no por mano ajena. Las patadas que me cabían ya me las dieron y no estoy para aguantar otras. Hasta no hace mucho, el comandante Desconfianza tenía orden de captura. El gobierno anda descargando veneno por todo lado. Yo tenía mi diario de combate, pero como me han corrido tanto, quién sabe dónde se quedó, dónde se pudrió. O, peor, quién lo tiene. Se refundió en una de tantas carreras, porque yo no he hecho nada distinto de favorecer mi pellejo. ¡Que no encuentren ese diario!

Yo he vivido harto en la guerra. Me moví por todo el Sumapaz, por Marquetalia, por el Duda, recorrí el Huila. Todo eso lo anduve con Vencedor y con Barbajecha, y con toda esa gente guerrera que conocía de monte. Al camarada Jacobo fui yo el primero en entrarlo al Sumapaz. Arrastré a Ramón López, que era el Secretario Nacional de Autodefensa, hasta La Uribe. Con Isauro Yosa, capitán Líster, estuve en Viotá en un congreso del Partido Comunista.

Estaba yo muy pequeño en la escuela de Peñas Blancas cuando bajó Erasmo Valencia al Sumapaz. Yo tenía ocho añitos. Lo recibió una cabalgata de cien bestias, con aguardiente, pólvora e himno nacional. La encabezaba Juan de la

Cruz Varela. ¡Que viva el compañero Valencia! ¡Que viva el compañero Varela!

La maestra de la escuela puso el estandarte de Colombia en el camino. Erasmo venía entumido, encima un pedazo de caballo y debajo de un encauchado de hule.

Mi mamá era de Pasca, hija de una ancianita, Natividad Ausique, conquistada por un sargento cuando la Guerra de los Mil Días. Murió de 120 años, con el pelo negro y la dentadura blanca. Tenía los pies cotudos, es decir, chapines, de tanto andar. Por ese lado soy indio. Mi papá era de Une, Cundinamarca. No sé cuándo se encontró con mi mamá. Sería que él se vino a trabajar a Pasca. Se casaron y en Cabrera pararon. En ese entonces estaban parcelando la tierra que fue de los Pardo, y mi papá se había conseguido una finquita en la vereda Santa Marta. Eran treinta fanegadas y le costó setenta centavos. Tumbó monte y fundó finca. Esas parcelas habían sido dadas a unos viejos Fernández en unas hoyas grandes. Lo que siempre pasa: los ricos abarcan todo lo que pueden para después vender, de poquito en poquito y bien caro. Así se hacen los grandes capitales. Mi papá logró comprar dos fincas e hizo potreros donde mantenía ganado. Nos enseñó a trabajar el páramo, esos pajonales enfrailejonados donde el frío es rey de espadas.

Como soy de la vereda Santa Marta, tenía que andar hora y media a la escuela, que quedaba en Peñas Blancas. No había más donde aprender a leer y a hacer cuentas para que no lo tumbaran a uno. No aprendí nada en seis meses, que en verdad eran tres, porque tenía clase día de por medio. Y ni eso, porque me escapaba a coger granadillas y les pegaba a los niños que habían ido a clases. Cuando mi papá fue a saber de mí en la escuela, yo tenía 36 fallas y había perdido el año. Aprendí sólo una recitación de Juan José Botero:

Mañana de verano
Qué hermosa está la mañana para salir a pasear al campo,
para ver el cielo azul en los días de verano;
ya cantan los pajaritos del bosque en el arbolado,
qué lindo, qué lindo cantan aquellos seres alados,
por entre verdes maizales, muy felices van a su trabajo.
Con las aras sobre el hombro va el labrador caminando,
mirad aquel hombre dichoso, mirad aquel hombre amado,
oíd que canta amoroso, sueña con sus risueños albores.

Entre los ocho y los veintiséis años trabajé de obrero en el campo, rozando la tierra que fuera, trabajando en lo que saliera. Ganaba dos pesos, y si era por contrato, dos con cincuenta. Fui a San Juan de la China y a Riofrío agricultando papa y trigo. Así fue mi vida, muy pobre.

Mi mamá era partera, y yo, ordeñador de vacas y cuidador de cabras. También tentaba gallinas y sabía hacer mantequilla y cuajar leche. Cuando conseguí una novia, a los diecisiete años, me le fui retirando a mi mamá. «Mijo —me dijo cuando supo—, coja vergüenza; si sigue así, le voy a meter su ajizada —a los niños nos picaban la boca con ají cuando decíamos mentiras o groserías— y si no deja a esa mujer, lo dejo sin herencia». Entonces me fui de la casa. Acotejé lo que tenía, que era una camisa y un pantalón, y llegué a Ibagué. Bogotá me daba miedo, desde el páramo se miraba alumbrar sus luces. De Ibagué me salió un contrato para echar machete en Juntas, Tolima. Allá duré cuatro años y siete meses. Dejé allá a la mujer y regresé a trabajar en Cabrera, de donde ha salido tanto guapo.

Cuando Laureano Gómez fue elegido yo estaba ya dándome coces con los godos. Tenía catorce años. Fui el primero que le pegué a un conservador de Pasca. Le casqué de lejos una pedrada por ser godo. Yo ya me había templado con la muerte de Gaitán. Nosotros éramos muchachos liberales

que charlábamos sobre él, lo seguíamos y mucho lo acatábamos. Se decía que el hombre les daba ropa a los trabajadores, aunque nunca supimos por qué les había exigido uniforme a los emboladores cuando fue alcalde de Bogotá. Oíamos que prometía tierra para los campesinos y herramientas para trabajarla; que daba garantías para vivir. Aquí en Sumapaz lo oímos decir eso con su voz de grito.

Sabíamos ir también a oír a un señor llamado Nicasio Álvarez en San Bernardo, Cundinamarca, nacido en Boavita, Boyacá, tierra goda, que hacía discursos contra Gaitán. Nos daba rabia oírlo. Era como echarle pólvora con un cacho a una escopeta; era como ir a cargar una batería. O una pistola. Cuando mataron a Gaitán, esa batería botó su fuerza y esa escopeta su pólvora, y lo que ya nos hacían a nosotros se lo aplicamos a ellos. Buscamos al viejo godo de Boavita para matarlo, o al menos para descuerarlo, pero cuando le echamos mano, no fuimos capaces; apenas le dijimos: «Aquí no vuelve; si vuelve, es muerto». Pusimos retenes en las entradas del pueblo y no dejábamos entrar a ningún conservador. Para las elecciones de Mariano Ospina, no dejábamos ir a los godos a votar en Cabrera. A mí se me atravesó un conservador y lo cogí por la oreja hasta que la sangre que botaba me resbaló los dedos y se me escapó. Ahí principié a cuajarme y a sentirme bueno para la lucha. Para un miércoles de ceniza bajamos a Cabrera. Había un comerciante rico que vendía la sal que necesitábamos para el ganado cada vez más cara. Nos dio rabia y ese día, después de misa, le saqueamos el almacén y nos llevamos no sólo la sal. Así seguimos hasta cuando subió Urdaneta, el Sordo, y ya fue una guerra de muerte entre los dos partidos de siempre: unos mataban liberales y otros mataban conservadores. O sea, nos matábamos unos con otros.

La pelea nos hacía organizar. Ya salían grupos, cuadrillas y poco a poco, nacieron los frentes de lucha. Hubo dirigentes nacidos en Viotá que vinieron a probar su valor en Sumapaz.

El páramo tiene salidas para donde uno vaya. En todo eso de Cabrera, de Fusa, de Pasca nacieron grupos de mujeres y de juventudes, sindicatos, juntas. Así, como quien no quiere la cosa, fueron saliendo las autodefensas campesinas. Las nuestras. La orientación que recibimos de Viotá o de Bogotá era la de prepararnos para la guerra, porque la única manera de obtener la paz era por medio de las armas. Nos daban charlas: ¡La plata, el oro, el uranio, el platino, las riquezas de la tierra, la del suelo y la del subsuelo y no sé qué, todo, todo se lo llevaban los gringos, y nosotros no teníamos derecho a ponernos un arete de oro! Había cabezas muy poderosas, como la de don Juan de la Cruz, que nos sabían hablar, aunque él nunca estuvo armado de arma larga; cargaba un revólver como para despachar y cuidarse de un atentado, pero nunca lo vimos con fusil al hombro. Arma chica sí, porque atendía a todo mundo y nunca estuvo seguro de que alguien no le descargara un tiro.

Anduve y recorrí todo ese páramo. Andaba de casa en casa y de tanto en tanto arrimaba a la mía en Cabrera. Tenía en el páramo un padrino, además de tío, que se llamaba Porfirio Buitrago. Él fue el primero que me habló de la guerra que se venía y de la necesidad que teníamos los jóvenes de salirles a los chulavos para defender esa tierra que se luchaba desde los años treinta. Muchos de esos colonos habían peleado en la guerra con el Perú y el gobierno les había prometido tierras en Sumapaz, que era paja y frailejón.

Cuando quemaron el puesto de La Concepción donde anidaba la Policía chulavita, empezamos a guerrear. En esa toma murió el capitán Solito, que venía del sur del Tolima y era un guerrillero ya curtido. Entonces a don Juan de la Cruz le tocó coger el mando, pero él no era de armas; era un político que echaba la cabeza por delante. A la casa de mi padrino llegó un muchacho armado y contó lo de La Concepción. Nos gustó, y de ahí en adelante el gusto se lo daba el dedo en el gatillo. Me nombraron candidato para ser secretario de

la autodefensa del alto Sumapaz. Acepté y me eligieron. Y de ñapa me dieron cargos en todos los comités que había, hasta en el femenino.

Fui dirigente del comité regional en el propio Secretariado, trabajé dieciséis años organizando y encabezando grupos de la autodefensa. Llegué a tener ciento diez y ocho grupos con ochocientos y pico de hombres, preparándolos para el combate cuando dieran la orden, que la dieron varias veces. Cuando la cosa se puso negra, enviamos gente a Marquetalia. Yo mismo llevé gente nuestra y conocí a Manuel cuando éramos muchachos.

Del partido comunista no he recibido nada, ni plata ni nada. Estuve en una capacitación que me hicieron en una escuela de cuadros clandestina durante tres meses en Bogotá. Nos recibieron en la estación de buses, nos vendaron los ojos y sin ver, nos descargaron en una casa y de ahí en un carro al sitio de entrenamiento. Ahí estuvimos con guerrilleros sabidos, gentes que le habían guapeado al Ejército en Roncesvalles, en Vegalarga, en Guachicono. La salida fue igual. A la edad de veintiséis años, el Estado Mayor me mandó una carta en la que me nombraban secretario de todas las autodefensas campesinas del Sumapaz. La he guardado porque no quiero que ese secreto se vuelva historia y no quiero figurar en ninguna parte. Con eso nada se saca y mucho se apuesta. Lo que hice, lo hice por voluntad propia y por mi gente. Eso no merece honores.

Un compadre que murió hace poco me preguntó en ese tiempo: «¿Usted cómo ve estas reuniones de ahora en el Palmar y para dónde nos llevan?» Le dije: «Yo tengo cosas, pero no las digo». Dijo: «Garlemos y nos guardamos el secreto». Dije: «Nos llevan ciegos para el lado del partido comunista; ¿no ve que sólo hablan de la Unión Soviética y de China Popular?» Estábamos curiosos. Pero entonces llegó la Violencia y tuvimos que arrancar para el monte a defendernos. A los

poquitos días, y sin un combate, me pusieron mi alias: Desconfianza. Uno no escoge alias, como no escoge destino. A veces uno hace el alias y otras veces el alias lo hace a uno. Era un nombre raro porque todos escogieron ser Nerones o Terrores o Neblinas. Me llamé así durante muchos años sin que nadie supiera quién era yo. Nos pusieron a fundar bases del partido. Le dije a mi compadre: «Estábamos en lo cierto, se acabó el secreto: tocó saber qué es eso de comunismo».

Allá en el hoya del Duda, donde Julio Suárez, me tocó la primera charla y allá ingresé a una célula del partido. La pelea estaba casada, ya se comenzaba a luchar por lo que ahora se lucha, por lo que se está haciendo ahorita. Cuando estuvimos contra Laureano era una pelea por colores. Se mataba al conservador porque era conservador y el conservador mataba un liberal porque era liberal. Así fue esa guerra. Si a mí, por ejemplo, no me gustaba un vecino o un pariente, me arrimaba a los comandantes guerrilleros y les soplaba en el oído: «Ese es godo», y vámonos. En eso hubo cosas injustas, cuentas alegres. Cuando pasamos a ser manejados por el teniente general Rojas Pinilla, amainó la sangre por unos días.

Luis Emiro Valencia llegó hasta arriba y desde esa vez nos distinguimos. Fue a conversar con don Juan. Él quería ayudarnos y conocer el ejército de autodefensas. Yo recogí ciento cincuenta hombres, de los mejores, y los entrené para una presentación militar; sacamos las armas que nos habíamos ganado y que eran puros chopos viejos, pedazos de fierro. Luis Emiro no venía a vernos, sino a ver qué tenía don Juan. Yo he sido malo para discursos y recitales, pero me mandaron leer un cuaderno de cuatro planas frente a Luis Emiro que no llegó solo sino con doña Gloria, la hija de Gaitán, el hombre por el que nos hacíamos matar. Yo cajón lo escribo con G. Leí un poco y me cansé. Don Juan ordenó: «Pásele el material a fulano». Quedé sudando y sin poder moverme, hasta que Luis Emiro le dijo a don Juan: «Qué belleza, camarada». Ahí

yo grité: «¡Aaa-ten-ción, firrrrmesssss, alinear, arrrrr!» Luis Emiro, impresionado después de presentarle armas, nos dio ciento cincuenta mil pesos, una suma muy grande en esos días, y nos dejó nueve fusiles y una pistola mágnum que yo cargué muchos años. Más tarde vinieron unos camarógrafos a filmarnos: hicimos el *paro*. Unos éramos de la guerrilla y los otros del Ejército. Formamos el tiroteo. Avanzábamos unos, retrocedían otros, unos por los llanos, otros por las lomas, otros por las orillas de las quebradas. Unos quedaban muertos, los otros seguíamos vivos; unos hacían triunfos, los otros derrotas. Daba risa. Se llevaron las películas para la Unión Soviética. Por allá andarán en un museo. ¿O las quemarían? Más tarde todo fue de verdad. La risa de la presentación nos dejó y comenzó el miedo. Luis Emiro y doña Gloria nos ayudaron bastante, bastante. Después de su primera visita, nos mandaron cincuenta pares de botas *minguerra* y cincuenta uniformes.

En el Sumapaz daban candela. Juan de la Cruz no era comandante, era jefe. Él era un dirigente, un estratega, jamás peleó; peleaba sí, pero con la pepa, que manejaba como un berraco. La pepa más berraca de la guerrilla. Se reunía con el Estado Mayor y «bueno —les decía—, vamos a cambiar los planes; hay esto y esto; aquí y aquí hemos avanzado, pero como falta esto, aquello no lo podemos hacer, hay que cambiarlo». El mayor Barbajecha y el mayor Vencedor venían del Tolima. Cruzaron por Villarrica y arriba de Cabrera se tastasiaron con el Ejército y hubo ferias y fiestas; fruta a la lata, como se dice ahora. Todas estas cabezas llegaron a Sumapaz, como Bolívar, a pelear. Sabían que aquí había abierto el camino Erasmo Valencia, y tras él venían. Porque antes el Sumapaz todo era de los Pardo Rocha, propietarios de grandes haciendas donde los trabajadores las trataban peor que a bestias: se les daba un par de días libres a la semana para que trabajaran la parcela que el patrón les había prestado, y el resto de la

semana tenían que trabajar en tierras del dueño. Si cogían un venadito, había que pagarles la obligación trabajando una semana entera para ellos, porque eran dueños de todo. Erasmo llegó a abrirnos los ojos. Luchando, jodiendo por todos lados, logramos que el gran latifundio de los Pardo se convirtiera en muchas, muchas fincas: ¡No era más el problema! ¿Quién hizo todo eso? Erasmo Valencia y don Juan. Por eso muchos de los que luchaban por la misma causa en otras partes vinieron aquí a buscar tierra. O a pelear por ella. Y nosotros, al ver que ellos venían armados y que eran berracos, pues les abrimos los brazos. Al contrario también sucedió: cuando aquí nos golpearon, ellos, en el Llano, en el sur del Tolima, en el oriente del Tolima, nos acogieron y nos protegieron. Así se formó ese bloque que todavía anda por ahí.

Con don Juan anduvimos todo lo que yo cuente. En la Violencia él iba como estratega y yo como su guardaespaldas. Él era el que dirigía todo: era secretario político, jefe de finanzas, comandante, secretario de autodefensa. Trabajábamos juntos. A donde él iba, iba yo.

La Concepción era un pueblito del Plan. La autoridad superior estaba en Cabrera, y en La Concepción mandaba un inspector que se mantenía con aguardiente, por el frío que hace en ese páramo. El hombre mandaba requisar el aguardiente para tomárselo él. Las rondas eran diarias. Humillaban a la gente, hasta que un día la gente dijo: «No más». Y un viernes santo, ya con toda la comandancia que había llegado del Tolima, se fueron a pelear con meras escopetas de fisto y algún *grass*, que de viejo parecía que hubiera sido enterrado tras la Guerra de los Mil Días. La única arma de combate que se llevaba era un *apagallamas*, un fusil ametralladora punto 30 de siete milímetros. Por encima del cañón trae una camisa con huequitos que no dejan que haya humo y que saben apagar las llamas cuando el caño se recalienta. Por eso se llama *apagallamas*. Se había cogido en Villarrica y era un arma muy

respetada. Con esa misma tumbamos un avión en Villarrica, que todavía les duele, y otro en Venecia, por el lado de Cabrera. Con ese fierro pusieron a los chulos de La Concepción a bailar. Botaba tantas vainillas como pasos de baile daban los policías.

En el repliegue dieron por guardar ese fusil entre el monte para poder andar. Lo subieron por allá sobre un palo envuelto en carpas. Era un monte cerrado donde nunca nadie entraba, y si entraba, no salía. Cuando nos mandaron a buscarlo, nada había. Nos iban a montar un juicio por descuido y colaboración con el enemigo, pero yo, que aunque no hubiera estado en La Concepción, soy desconfiado, dije: «Se lo robó un oso». Y así pasó: encontramos una carpa aquí, otra más allá, otra mucho más lejos y por fin el apagallamas. Un oso se lo había robado. El fusil estaba lleno de miel. Nos reímos mucho, y desde ese día me llaman Desconfianza

Es que los tolimas son berracos, han peleado, son bravos. Nos animaron: vamos a hacerles la fiesta en La Concepción para que salgan de para afuera, a Cabrera, y nos quitamos ese pereque de aquí. La Policía era asesina. Salía a la ronda de chirrinche y volvía con ganado y con las manos peladas del yatagán que repartía. La Concepción era un pueblo liberal al que tenían muy apretado los godos con la Policía. El pueblo se acabó, se volvió cenizas. Falleció, se puede decir, pero antes de que falleciera se hizo lo de la pista, donde caía avión grande; era la fuerza bien sentada del Ejército para andar por esos páramos en que la gente no lo ayudaba siquiera con agua de panela. Pero era también una pista muy usada por los ganaderos grandes, que habían descargado diez tractores para hacer potreros. La orden era: «Haiga lo que haiga, hay que acabar con esa sinvergüencería», y de una vez entró la gente y desbarató la pista a punta de dinamita. Se quemó lo que había: la torre, las mangas de orientación del viento y los tractores. En la pista se rompieron treinta y dos cunetas a punta de dinamita.

Quedaron unos hoyonones que no dejaron volver a caer avión, un arma muy poderosa que teníamos que inutilizar. Los tractores no sirvieron para arar tierras, sino para hacer retrancas con el caucho de las llantas, y bocines para jugar tejo con los empaques de los cilindros. Don Juan se puso berraco cuando supo lo de los tractores: «Ustedes —dijo— no son un ejército de maleantes, sino una tropa de liberación: ¿Cómo fueron a destrozar los tractores, que nos hubieran servido para arar la tierra? ¡Lo que se le coge al enemigo no es para ustedes, es para la comunidad! Ustedes no son salteadores de caminos sino soldados de la revolución. ¡Así esos tractores hubieran sido para los Pardo Rocha, nos habían servido!»

La gente que salió replegada del Sumapaz cuando no se pudo resistir más la embestida eran guerrilleros de combate que se reunían con el Estado Mayor y decidían qué hacer, dónde hacerlo y cómo hacerlo. Era la ley. Había que dar golpes duros para hacer la revolución: teníamos que hacerle para adelante. Valían todas las ideas, la idea del uno y la idea del otro, y tiene la palabra el uno, y tiene la palabra el otro. Avanzamos poco a poco, sin darnos mucha cuenta y sin ser derrotados, hacia La Uribe, para el Meta, para el Llano.

Así fuimos haciendo posesión en el Alto Guayabero, en el río Papamene. Allí, donde murió Manuel, se organizó la primera base militar del partido. Nos le fuimos metiendo al Llano, donde estaba Plinio Murillo, el capitán Veneno, nacido en Chaparral, que había peleado al lado de Guadalupe Salcedo y de Dumar Aljure. Aljure terminó de amigo del gobierno y de enemigo nuestro, pero Guadalupe fue siempre leal. Veneno era enemigo de las Fuerzas Armadas y de las dictaduras y además era comunista; salió y nos acompañó unos días en el Sumapaz; llegó por el Huila. Nos dijo: «En el Llano hay mucho que hacer». Y para allá cogimos. El único tropezón era Aljure, que estaba en el Guayabero y hasta trapiche montado tenía ya. Apenas nos vio se enfureció con los

comunistas, y nos enredamos en una pelea a muerte. Fueron dos tocones y salió, pero se nos perdió; salió volando en una balsa hecha con vástagos de plátano, y con ocho hombres. Sabía que no podía enfrentarse con nosotros. Le tumbamos gente y comimos buen plátano y nos llevamos buena panela. Le salimos a Mesetas, pero él se refugió en el Ariarí, en su tierra, Puerto Limón. De esos combates, pocos sí, salió Jacobo, para el Alto Ariari.

A Jacobo yo lo había entrado al Sumapaz. Lo recibí en Pasca, lo crucé por el páramo, lo bajé Duda abajo y reventamos en el Papamene. Él iba a conocer. Había pedido en el Comité Central, según me contó, que quería salirse de la central obrera, donde trabajaba, para meterse al monte. A los pocos días bajó un delegado de Bogotá y le aprobó el traslado. Jacobo tenía una lengua brava; movía todo con la lengua y con un dedito. Tenía un grito de empuje que emocionaba: «Ni para tomar impulso se da un paso atrás, todos para adelante. Hasta la revolución, siempre». Con la autorización de venirse a las selvas lo llevé al Duda y por ahí salimos al Ariari.

Años después lo volví a encontrar en el Guayabero, donde se había citado una conferencia. Fue en esa la tercera vez que me encontré con Manuel Marulanda, que había llegado antes y nos estaba esperando con ochenta arrobas de pescado seco para toda la gente que iba a la reunión, llamada Segunda Conferencia, porque la Primera se había hecho en el Duda. Yo andaba con don Juan y cuarenta y cinco delegados que bajábamos de Sumapaz y Villarrica, de Viotá y del Magdalena Medio. Iba Ramón López, delegado del Comité Central del partido comunista y secretario general de los comités de autodefensa. Iba también Gilberto Vieira, joven, muy cachaco a pesar de ser paisa. Nos hicimos amigos y desde entonces yo lo visitaba de tanto en tanto en su casa de Chapinero para oírle consejos, que daba con esos deditos flacos como si no tuvieran coyunturas. Fue entonces también cuando conocí

a Isauro Yosa, alias Comandante Líster, un hombre que era todo astucia. Entramos por una quebrada muy cruel llamada la Corcuncha; teníamos que hacer cadenas hasta de diez hombres para poder pasar las mulas, porque esas aguas revolcaban lo que tratara de atravesarlas. La corriente arrastraba piedras, se oían sonar desde la orilla, parecía la boca del fin del mundo. Yo soy bravo para el agua, pero con panela. Los de páramo no sabemos de aguas corrientosas porque más que pasar, nos cae. Íbamos ochenta hombres y ahí quedamos. Logramos comunicarle a Manuel, que estaba más adentro, y él nos mandó gente para sacarnos adelante. Hicimos dos canoas y cruzamos la gente ahí. Toda llegó a la conferencia; emparamada sí, pero sana.

Cuando Manuel nos vio llegar a salvo, nos felicitó; creía que habíamos naufragado. Él había estado en la Primera con Chaparral, un comandante del Tolima muy afamado; me le parecí y me saludó como «don Chaparral chiquito». Yo no era tan chiquito, pero lo recibí como una condecoración por haber guiado a toda esa gente hasta donde él estaba. Me abrazó con un solo brazo porque el otro lo tenía vendado y en cabestrillo; lo habían herido de un tiro, el único que le dieron en toda su vida. Tenía el brazo medio perdido, pero se aguantó la conferencia. Cuando terminó, recibí la orden de don Juan de llevarlo hasta Pasca para que allí pudieran atenderlo los médicos de Bogotá. Yo con esa responsabilidad tan enorme. Lo atravesé por el páramo por Tripadeyeguas y lo fui cruzando, cruzando, hasta que lo entregué sanito y coleando en Pasca. A los veinte días volví por él; el hombre ya estaba echando baile. Se alivió del brazo para siempre. Volví con él para el Duda. Esta vez lo esperaba Jacobo. Se reunieron para seguir juntos hasta el final. ¡Ese par de tigres juntos! Uno pantera y el otro mariposo.

Mi mujer, Otilia, me había peleado duro cuando me iba a ir para el Duda. Fue un error haberle consultado, porque

no colgó la pandereta hasta el día que regresé. Me dijo: «No vaya por allá, que lo van a matar; lo que es a usted, si lo encuentran en una zona de guerra, lo pelan. Lo pelan de seguro. Por más que usted goce con lo militar, no salga por allá». Porque a mí me gustaba entrenar gente, brincar de un lado a otro, sacudirme, trotar. Yo he sido nervioso, inquieto. No me gusta estar en el mismo sitio dos veces. Ahora, ya viejo, toca calmarse.

Los viejos nos hacemos viejos andando y cuando llegan los años hay que parar a esperar, y mientras tanto hay que entretenerse recordando. Por eso vine a reventar en esta loma de páramo. Arranqué para acá sin despedirme de nadie. Tomé tinto, monté en una mula que todavía anda conmigo y a buscar dónde poner los huesos para dejarlos descansar. Me trajo un muchacho que había oído de mí. Me dijo: «Camarada, yo puedo llevarlo a un sitio donde sólo pasan cazadores, y eso no todos los días». Me dejó en la casa de un compadre mío que había volteado conmigo en tiempos de las autodefensas. Yo había sido nombrado secretario de la autodefensa y parte de ese encargo era cuidar las conferencias, los plenos, las reuniones de núcleo, es decir, vigilar para que los compañeros pudieran reunirse y discutir tranquilos los planes o programas. Mi primera misión como autodefensas me la encomendaron para defender, si había necesidad, la reunión de la Primera Conferencia, en la que estuvo Chaparral. La otra parte era entrenar a los muchachos.

Yo estudiaba a los mejores, a los más conscientes, a los más firmes. Los charlaba primero antes de proponerles algo. Cuando yo estaba seguro de que podían cumplir, les preguntaba: «¿Usted quiere formar parte de un grupo de autodefensa que es así y así, que tiene comandante, tiene secretario, tesorero y todos los cargos?» Si decía sí sin vacilación, ahí mismito quedaba nombrado. Había muchos, muchos núcleos, todos bien escogidos, todos de cuna conocida. Teníamos au-

toridad, o mejor, éramos ley. Nuestra misión era cuidar los intereses de la gente para que no hubiera robos; ni robos ni muertos. Entrenábamos en orden cerrado: giros, trotes, órdenes: ¡Atención, fir! ¡A la iz-quier-da! ¡A la de-re-cha! El orden abierto era simulacro de combates sorpresivos: montar la emboscada, atacar, golpear, recoger armas, pertrechos, uniformes, botas, zafarse, atacar de nuevo por el flanco izquierdo, por el flanco derecho, diluirse. A veces iban mujeres a mirarnos, porque era como hacer una película. Era como hacer la guerra, pero con público.

En las autodefensas no había mujeres. Algunas nos ayudaban a hacer inteligencia, pero combatientes de fusil y canana, sólo la mujer del finado Vencedor, La Negra. Era muy arrecha, muy franca para el combate. Era tolimense. No se le quedaba a nada. Siempre detrás de su macho. Peleaba de verdad. Andaba con un mero revólver en la cintura porque su puesto era de mando. Peleó en Cabrera, se atrincheró en la Vuelta de la Muerte, atacó a un combo del Ejército y le mató ochenta hombres. Hubo fusiles para mucha gente; fusiles máuser, alemanes. La Negra peleó hasta quedar sin un solo tiro, dando candela en esa trinchera. Después eso mismo hizo con su marido, Vencedor: le dio un tiro y lo mató. Vencedor era jodido. Un gran comandante, el mejor que hubo, el más afamado para el combate. Pero jodido.

Una vez, andando yo con él, recuperé cuatro pares de botas en un combate con el Ejército. Yo las había repartido: unas para Vélez, amigo mío; otras para Pirueta, también amigo; unas para Vencedor, y otras para mí. Cuando supo, se quedó con las de él y mandó requisar las otras. Después supe que era un castigo para anularme. Quedé de pata al suelo y eso, además de ser una humillación, expiaba los pies hasta sangrar y no poder pararse en ellos. Una guerrilla sin pies está muerta. Por eso dije: «De seguir aquí, voy a buscar qué ponerme para poder trochar». Recelaba de Vencedor. Si me

pillaba, me fusilaba. Me fui a buscar zapatos en Santa Marta, un medio poblado vividero de sapos. Ellos le habían quemado la casa a mi papá y por eso yo hice lo mismo en la casa de un enemigo reconocido. Tenía perros bravos y sacaba fique. Le eché candela. Bajé más abajo y en otra casa encontré un par de alpargatas de cuero de res y suela de llanta. Con esas combatí hasta conseguir otras botas. Ya Vencedor era finado. Pero el vicio siguió: los uniformes que uno de raso conseguía apostando la vida en un encuentro, les pertenecían a los mandos. Una vez que me mandaron para el Duda a traer unas cargas de arveja, dejé mi uniforme bien escondido en mi casa. Cuando regresé, me lo había requisado otro comandante. Tuve que mantenerme con un pantalón raído que traía y dar órdenes con él. Se fue acabando a pedazos: primero una manga de pierna, después otra, y por último se me abrió el fundillo hacia atrás: las autodefensas que yo entrenaba se reían de mí.

Ahí en el Plan no fue sino lo de La Concepción y otro golpe en La Cuncia, donde no me hallé. En Villarrica le hacíamos emboscadas al Ejército, a la Policía y a la chulava. Eran combates que llamábamos *esporádicos*. Por allá mataron a un hermano mío por indisciplina, pero también por fallas de los comandantes. A mí de fijo me apuntaban, pero nunca me dieron. De golpe yo maté, no sé, eso nunca se sabe. Y si se sabe, no se dice. Era una guerra y en la guerra se mata. La guerra no es para repartir confites. Me admiraron la forma como yo comandaba, y tenía fama porque nunca quise decirme mentiras, ni decirlas. Un comandante mentiroso es un peligro para todos.

Cuando la evacuación esa, cuando la Marcha a La Uribe, por allá quedaron unos, y los otros volvieron a sus tierras. Eso sí daba lástima y tristeza: gente, mujeres y viejitos cargando guámbitos y desde esas tierras, desde El Pato y desde el Guayabero, cruzaron por el Sumapaz: unos salieron puallá,

otros se quedaron en el Duda. Allá había gente que llevaba una vaquita y con eso se sostenía. Ordeñaban la vaquita, tomaban leche por la tarde, le ponían enjalma, le cargaban el trasteo y dele. Así fue la situación pero, ¿quién sabe?, porque en eso hay una independencia que es de lo militar a lo civil; los civiles salieron puallí, a resolver su situación, porque ahí no podían estar. Eso era berraco, y uno estaba atento a otra cosa, con su maleta y su pedazo de azadón para trabajar en lo que le saliera. Yo, por ejemplo, duré sin saber de mis padres, de nadie de esa gente, dos años, porque ellos salieron. Unos cogieron para Pasca, otros para Une y todo eso, ¿y quién les iba a dar razón de yo? Y yo saber de ellos, eso no. Ellos por allá trabajando, jodiéndose, y yo por eso me metí para abajo, al Duda, para el Guayabero, para Marquetalia, donde me enredé todavía más con la gente.

Jacobo nos enseñaba táctica y estrategia. Yo no distinguía qué era lo uno ni lo otro. Pero el hombre decía: «El caso no es distinguir, sino saber hacer». Táctica: usted se pone aquí, por ejemplo, y sabe que el enemigo viene de allá. De inmediato tiene que saber si el sitio donde usted está es el que usted domina o si es el sitio que el enemigo consiguió para molerlo. Entonces, si usted es un buen comandante, un estratega militar, usted no pelea donde el enemigo quiera, sino donde usted puede dominar al enemigo. Entonces usted aquí no pelea, entonces se va, y se va hasta que llegue a un terreno donde sea de nosotros, y desde ahí sí le vamos a hacer. Y llegó, los molió y saltó. Tiene que ser un estratega militar y así pelear hasta donde hubo parte, y donde no hubo parte se echa mano de la estrategia de los santo y seña, o señales, que es decir: uno está peleando, hijuemadre, y ya se siente vuelto mierda y está que sale a poner el huevo a otra parte, y sale uno, y entonces la consigna es que cuando uno diga "avancen", es para retroceder y salir y dejar eso solo. Y uno dice: "Avancen para encima de esos no se qué, que los tenemos dominados", y avanzan y

sueltan unas grandes ráfagas para allá como si tuvieran mucho parque, y se perdieron, y va uno a dar al carajo y los deja uno entretenidos y salvó toda su tropa. Pero si uno de pendejo se está ahí, y démosle y démosle, y no tiene absolutamente nada, llegan y le matan la gente por dárselas de berracos. Y no: correr no es defecto, no es cobardía, y así tiene que ser un estratega. Si uno no es estratega, se jode. Yo no perdí gente —¡virgen santísima, eso no!—, y estoy vivo».

En esa marcha al Guayabero duré tres meses, andando todos los santos días con maleta. Me pelé todo. Llegué sangrando de pies y manos. Sin camisa, porque andar con cuatro arrobas al hombro no deja escoger buen camino; a uno se lo lleva el peso y pone la pata donde cae. Manuel decía: «La marcha al Guayabero es larga. Los guapos van en la cola empujando a los de adelante, porque la guerrilla camina al paso del más lento; y si los flojos se dejan atrás, nunca se llega a donde se va». Andábamos de apuro. Un día de aquí para allá, otro día a la Totuma, al siguiente a hacer cambuche al Tunal, después troche para abajo y para más abajo, un día de descanso para preparar gatos y recatos, y hágale, cañón abajo, corra montes, suba lomas, baje cordillera, cruce cuchillas y dele y dele. Y el maltrato siguiéndole a uno los pasos. «El que pierde el paso, más cansado llega», decía Marulanda. La guerra ahí es contra los calambres que engarrotan las piernas y por más que se quiera, ni un paso se puede dar.

Fue lo que me pasó en Bajo Oriente, arriba de Cabrera. Iba a montar una emboscada y no pude llegar a donde la había pensado porque los calambres no me dejaron mover. Había dejado puestos de centinelas alrededor del comando. Uno de los guardias se me durmió y se nos metió la chulamenta por ese hueco. Cuando el muchacho se dio cuenta, le había saltado toda la dentadura de un tiro que le entró por la boca y le salió por la cabeza, pero no se me murió. En cambio, esa imprudencia de la tropa nos permitió reaccionar y ponerlos a correr

monte. Dejaron botados unos fusiles raros que no conocía. Eran ocho. Muy pesados y con una munición gorda. Cuando se los llevamos a Jacobo, que estaba en el páramo de Paquiló conversando con don Juan, nos dijo: «Son cohetes antitanques». Como por allí los tanques no les servían y nuestro enemigo eran los helicópteros, los ensayamos y les bajamos dos de sus juguetes. El combate fue por el Altamisal, debajo de la colonia de Villamontalvo, pero arriba de Villarrica. Por allí salíamos, o mejor, salió Joselo hacia El Pato, límites entre Caquetá y Huila. Él era comandante sin agüeros, compadre de Manuel, que sabía combatir con su par de aguardientes entre pecho y espalda. Pero era tan frentero, que nadie le anotaba las fallas contra el reglamento. Esquivando y esquivando, trochando lo más y combatiendo lo menos, llegamos a las cabeceras del Guayabero, de donde nos desprendimos hacia el Cerro del Bus, nuestro llegadero por aquellos días. De ese campamento salían muchas comisiones.

Cuando las conversaciones de Manuel con Belisario, ya era otra vida, ya habíamos salido del atasco. Las FARC eran un ejército en toda ley. Eran una organización de masas. Ellas vivían su lucha y yo la mía: recoger grandes remesas de Bogotá y entregarles a los que venían de allá con ochenta, con cien mulas para bajar la carga desde Sumapaz a La Caucha, que era el comando, más arriba de la propia Casaverde, donde conversaba Marulanda con John Agudelo y con todo el mundo. Fue cuando Jacobo quiso construir el mejor hospital militar del país y Marulanda le puso luz eléctrica a Casaverde. Cada cual en lo suyo. Un médico uniformado trajo los mejores especialistas de Cuba y de la Unión Soviética para atender no sólo a los guerrilleros, sino a la población civil. El hospital costó ochocientos millones de pesos. Jacobo quería un lujo de hospital y le dijo al médico: «¿Le doy dos pesos más y me completa la obra?» El otro dijo: «Sí, claro, camarada». Yo lo saqué con esos dos pesitos de más en mula. Se fue

y nunca volvió. Eso fue lo que mató de infarto al viejo. Me dieron la orden de rodear el hospital y defenderlo. Lo cerqué de autodefensas. Ahí no llegaba el Ejército porque todo, hasta el paso más secreto y la entrada al páramo más difícil, estaba controlado por nosotros. Pero Jacobo no tuvo hospital para recibirlo porque ya estaban más abajo, en el Rincón. Jacobo era un hombre muy estricto. Se les volaba a sus escoltas y se perdía. A veces me llamaba y me decía: «Desconfianza, cójame esa india que se me voló. Tráigamela como pueda». Y la compañera llegaba sana y salva al comando a dar explicaciones.

Cuando estuve en la escuela nacional de cuadros resultó una información que nos puso a volar: Chispas se iba a meter al Sumapaz a darle a don Juan. Chispas había sido comandante guerrillero. Era propio de Cabrera y no era el otro Chispas, el Teófilo Rojas, un asesino. No, este Chispas era conocido por nosotros, pero se lo había ganado el Ejército. En el Sumapaz no había quien lo desafiara, tenía gente jodida. Jacobo nos ordenó coger esa fiera porque tenía información de que iba a meterse al Sumapaz. Yo pedí permiso para enfrentarlo y me fui a buscarlo. Me fui a pata. Yo estaba descansado, tenía las uñas limpias y el cuero de los pies blandito. Conseguí dos muchachos, recogí mis aparatos y me enrumbé por la cordillera de la Cascada. Reventé debajo de donde Pedro Moya. Por ahí bregando salí y llegué a las fiestas de Santa Marta. La malicia lo orienta a uno. Pero a veces lo orienta mal. Las fiestas estaban prendidas y a mí me gustó una muchacha. Me puse a bailar y a enamorarla, sin dárseme nada, cuando de golpe una luz en el monte allá, y otra más allá, y otra por aquí. No había lugar para dudas: era el enemigo. «Se nos metió», dije, y salí en carreras a ver cómo lo atajábamos. Salté por un barranco y caí en una mata de chilco. Oí la voz del capitán: «¡Cojan a ese hijueputa, cójanlo vivo o muerto!» Me había delatado un sapo, Daniel, que después quedó en un

camino. Me mataron un muchacho que yo quería mucho, era muy noble. Cuando él cayó, yo sentí un fogonazo en la boca. Los soldados se tiraron a cogerme, yo saqué el revólver y les quemé la carga entera. Ellos retrocedieron y yo me les volé, me guarecí detrás de una peña y al otro día, amaneciendo, comenzaron a echar pito y a recoger su gente para echarme mano. Fui por Chispas y lo que traje fue un quemonazo en la boca. Chispas era el mejor. Mejor que Barbajecha, que Solito, que Anzola, el mejor. Mejor que Riogrande, hermano de Anzola. Era un militar la berraquera para dar revólver. Lo cogía así y así, le daba la vuelta, apuntaba desde la cintura y ahí ponía la bala. Era una belleza para apuntar. Cuando ya se terminó todo eso, se disolvió el movimiento guerrillero y pasamos al movimiento de masas, me topé a Chispas en Cabrera: era un ladrón de ganado. Lo mató la Policía. No hay peor ofensa para un alzado en armas, cualesquiera que fueran, que dejarse matar de un policía. Por eso, yo no quiero hablar más. La lengua se me fue.

Tres

Doña Otilia

Mi marido tuvo que irse de mi casa desde el año 90. Le tocó salir porque vivía perseguido desde hace muchos años. Hoy vive en San Bernardo. Salió derrotado, les repartió a los hijos lo que tenía y se fue. A mí me quedaron solamente dos hectáreas. Yo soy nacida, criada y todo aquí en Sumapaz, de la vereda de Las Vegas. Mi familia era de Une. Desconfianza era de Cabrera, de la vereda Santa Marta. Cuando lo conocí aún no vivía perseguido; se llama Comandante Carreras, pero lo apodaban Desconfianza. Él entró a la guerrilla desde el 55, pero venía alzado desde Cabrera, tiempo atrás. La guerrilla llegó en el 53 desde Villarrica; entraron por allá entre esos montes y el primer combate fue aquí en La Concepción. Me acuerdo porque fue esa vez cuando conocí los tiroteos; nunca había oído algo así. La guerrilla no se fundó aquí; llegó desde Villarrica con el compañero Juan de la Cruz.

En el 54, cuando se entregaron las guerrillas en Cabrera, tuvimos una paz de un año. Dos de mis hermanos, Eliécer y Emilio, que eran de la guerrilla de Juan, se entregaron en Cabrera. Por ahí anda un libro que tiene una foto tomada el día que se entregaron. Ahí están con el Comandante Caballo, pero yo no distingo a ningún otro.

En el 55 ya había guerra otra vez, porque no se pudo arreglar nada con el gobierno. Ese año mataron a mis dos hermanos. Al comenzar nuevamente la persecución de la gente llegó don Juan, un primero de mayo, a decir que tocaba volver

a coger las armas porque no había nada que hacer. Unos días después de eso, el 20 de mayo, fue cuando mataron a uno de mis hermanos en el Tunal y lo enterraron en Paquiló. No sólo a él; esa vez murió mucha gente. A doce muchachos, todos de la región, los mató el Ejército.

A mi otro hermano lo mataron por el lado de Gutiérrez, como en septiembre del mismo año. A él sí lo pudimos sepultar en el mismo páramo donde cayó. A los dos los mataron en la guerrilla de Don Juan, que había sido amigo de Erasmo Valencia desde hacía mucho. A Valencia no lo alcancé a distinguir. Mucho lo oí nombrar, pero yo no lo distinguí. Cuando murió en Bogotá, mi papá fue al entierro.

Fue por esos días cuando conocí a Desconfianza. Conocí también a Joselo, a Gavilán, a Eusebio Prada, a Vengador y a Barbajecha, que murió en Cabrera. Desconfianza venía como guerrillero a la vereda Santa Marta de Cabrera, donde vivía su papá y de donde salimos derrotados ese mismo año. Llegaba con la tropa de Santa Marta, de abajo, de Peñas Blancas. Nos dijeron que teníamos que irnos porque ellos ya no podían atajar al enemigo, que nos fuéramos para que no nos mataran, porque la tropa venía arrasando con todo: casas, gente, ganado, todo lo que fuera. Desconfianza fue el que llegó a decirnos que era mejor que nos fuéramos. Don Juan hizo una reunión como a las seis de la tarde y volvió a decir que tocaba coger las armas, porque ya no había nada que hacer. Dijo que ya era imposible atajar a los que venían, que al otro día teníamos que desocupar porque ellos se levantaban, y los que quedaban no eran capaces de contener al Ejército. Eso fue el primero de mayo del 55. La gente de armas tenía experiencia. Había hecho lo de La Concepción, donde murió el Comandante Solito, pero quedaron otros.

Tocó irnos; nosotros con mi papá y mi mamá huimos para Une. Volvimos aquí solamente en el 57. Cuando volvimos, ya había habido conversaciones y se habían arreglado los

problemas; esa vez no hubo entrega de armas ni nada, pero cuando llegamos, ya había poquitos. Desconfianza fue de los pocos guerrilleros que quedaron, eso sí, y fue cuando lo conocí. Él siguió trabajando de guerrillero organizando las masas, sobre todo a la juventud, que era lo más desorganizado; era por si en cualquier momento volvía la violencia.

No se volvió a ir para donde los papás en Santa Marta, pero iba a visitarlos. Vivió por aquí de arrimado, porque no tenía nada; se quedaba en una parte o en otra. Pero sucedió que por allá en el Llano, en Mesetas, mataron cerca del río La Cal a los hermanos de don Juan, a Dionisio y a Campo Elías, y yo no sé por qué le echaron la culpa a él; le echaron esos muertos a Desconfianza, con ser que él estaba conmigo en Cabrera por esos días, pero como era afamado, se ganó esos sumarios. Don Juan mismo sabía que eso no había sido así. Ahí lo persiguieron, le pusieron abogado y le sacaron los papeles. Entonces quedó libre, pero fue muy poquito; andaba ya más tiempo con nosotros, aunque él, desconfiado, se movía mucho y muy rápido. Juan de la Cruz ya había muerto cuando encontraron que el de la culpa había sido uno de los mismos hombres de él.

La verdadera causa de tanta pelea era defender la tierra y la vida, que al final para nosotros era lo mismo. Todo comenzó entre liberales y conservadores. Nosotros éramos liberales. Cuando mataron a Jorge Eliécer Gaitán, mi papá dijo que los liberales teníamos que defendernos porque nos iban a acabar los godos. Después de la paz del 54 vino la guerra de Villarrica y La Cortina, una trinchera larga y movible que los liberales, que ya éramos comunistas, hicimos para parar la tropa. A la tropa se le peleaba, pero a los aviones, que eran los que hacían el daño, no. A nosotros en Une nos tenían muy bien informados de todo. Estábamos organizados. Yo desde ese tiempo soy del Comité Femenino. A Villarrica la desocuparon a bala limpia porque era liberal. Nosotros queríamos a la guerrilla porque nos defendía, a pesar de que la llamaran

chusma. Al principio le temíamos, pero después la queríamos. Así me enamoré de Desconfianza. La guerrilla defendía lo que Erasmo Valencia había sembrado, la lucha por la tierra, que comenzó rebelándose contra la obligación de pagarles a los terratenientes dos o tres días de trabajo, a cuento de nada. Era una esclavitud. Fue la organización de Erasmo. Yo estaba muy pequeña, pero me acuerdo de los cachos que tocaban para llamar a las reuniones. Eran largos y torcidos.

Un día la guerrilla llegó a La Concepción y comenzó a quemarse con la tropa. A un hermano mío lo cogieron, lo acusaron de chusmero, lo tuvieron preso como quince días y lo soltaron porque no tenía nada que ver. Él no sabía nada. Algunos sí sabían de la chusma; eran pocos, pero nada decían. Yo tenía catorce años. Estábamos inocentes de qué era lo que estaba pasando. Entonces nos reunieron para decirnos quiénes eran los buenos y quiénes los malos y para contarnos qué era lo que estaba pasando en Villarrica: habían llegado los pájaros a matar gente y la gente había tenido que levantarse en armas y ponerse a pelear. Pero contaban también que las guerrillas no habían podido con tanta tropa que les echaban y que habían huido correteados para los lados del Huila. Después de todo eso fue cuando llegaron aquí. Eran gente decente, no se les oían ni malas palabras, y nosotros teníamos miedo porque era gente que uno no conocía, pero luego ellos comenzaron a llevar muchachos de las veredas, y los muchachos todos amañados con ellos, y entonces como que nos fuimos acostumbrando a ellos y empezamos a ayudarles.

Ya después dijeron que no eran liberales, que los perseguían por ser comunistas, y nos explicaban todo eso. Antes oíamos hablar mucho de Erasmo Valencia, pero no se oía del partido comunista ni nada de eso. Yo realmente no lo alcancé a conocer a él, pero me acuerdo cuando murió. Eso fue en Bogotá y decían que había muerto muy pobre, porque él había luchado era por la tierra de acá. Él venía y la gente lo

quería mucho; había luchado por que los de aquí tuvieran un pedazo de tierra, porque al principio la gente aquí no tenía tierra, eran arrendatarios de los señores Pardo, y eso todos vivían pagando, pagaban con días de trabajo, eran como sirvientes, y lo que hizo don Erasmo fue que los organizó para que lucharan por una propiedad. Cuando eso yo todavía era pequeña, pero les escuchaba los cuentos a los papás. Se sabía que los que se habían organizado eran gente muy unida.

Antes de conocer a Desconfianza fui madre muy joven. Estudié como hasta los trece años, hasta segundo, aquí en la vereda. Cuando ya no hubo escuela me tocaba en la casa con mis papás, cocinando y en los oficios domésticos. A veces nos sacaban a recoger papa, pero ahí, en la misma parcela de mi papá. Los hombres trabajaban con el azadón, y a nosotras nos tocaba la cocina. Solamente si tenían un trabajo muy urgente, entonces nos dejaban trabajar, y cogíamos el azadón igual que ellos, pero la mayor parte era en la casa.

Se sembraba por allá abajo, por los lados de La Playa y todo eso; aquí en esta parte no. Se sembraba cebada para mantener las gallinas, que era una buena manutención, pero realmente se sembraba poquito. El resto era papa, pero también poquita, por ahí unas dos cargas, porque éramos muy pobres, y por ahí una o dos vaquitas para la leche, para la comida de los hijos, y así.

Hasta cuando llegó la toma de Casaverde, en diciembre del 90. Los militares no querían la Constituyente y menos que las guerrillas llegaran a un acuerdo para participar en las reuniones. Con la toma volvieron a perseguir a Desconfianza, sin tener por qué, y aunque ya nos sentíamos vencidos, la gente nos ayudó mucho. Cuando bombardearon todo esto y entró el Ejército hasta acá, ya entonces él no podía estar ni un rato conmigo. Si anochecía, no amanecía. Un día en El Tunal, otro en La Playa, uno más en Lagunitas. Él juró que lo que era no se dejaba coger vivo. La gente le ayudó mucho

porque mucho lo quería. Él no le teme a la muerte, sino a la cárcel. Una noche que lo buscaron aquí en la casa no lo toparon porque mi Dios existe para los buenos y pudo volarse por desconfiado y malicioso: se había quedado en el corral del tamo y cuando oyó voces y pasos, voló. A la casa llegaban comisiones del Ejército cada nada, ya hasta tomaban tinto conmigo y con mi hija. Pero a un arrendatario que Desconfianza tenía en el páramo, Ramiro, lo cogieron a culata y le descuadraron un cuadril, de lo cual quedó renco para siempre. Ramiro es de apellido Castellanos y el Ejército decía que era el hermano de Romaña. Falso: aquí no conocimos a Romaña.

Ya después fue cuando mi marido tuvo que irse. Compró un lotecito de tres hectáreas y se puso a sembrar moras, y se amañó y allá se quedó, porque no ha podido volver por aquí. Cuando pasa, pasa para una finca que tiene en el páramo con un par de animalitos.

Yo crié seis hijos: cuatro que eran de Desconfianza y dos que eran míos. De todos nos mataron dos: uno que tuve con Desconfianza y un entenao. Se había ido en el 84 y durante cinco años nadie supo nada de él. Regresó, de paso, en el 89. Total: he perdido a mis dos hermanos en el 55 y a mis dos hijos en este último tiempo. El muchacho iba de comisión para el Bajo Cauca antioqueño. Se estuvo con nosotros un par de días y me dijo: «Mamá, arrégleme usted la maleta, que quiero que sea usted la que me la arregle». ¡Qué maleta era esa! Dos camisas y un pantalón. Se fue el 12 de marzo del 84 —cuando las negociaciones con Betancur— y al otro día estaba cumpliendo ya veinticuatro años. El 20 de enero del 90 vinieron a decirme que lo habían matado en el río Cauca. Lo alcanzaron a llevar a un hospital en Yarumal, pero murió. Allá está sepultado. Yo no he ido a visitarlo. Al otro, que era muy educado, le gustaba leer mucho. Me escribía cartas muy bonitas porque yo era su mamá, aunque fuera hijo sólo de Desconfianza. El papá le decía que se saliera a trabajar for-

mal, que con sólo uno que peleara se pagaba la «obligación» con el futuro. Pero el muchacho, mirándolo a él, ¿qué iba a hacer caso? Cuando le dije que por qué no se salía de allá y se venía a trabajar aquí, o a Bogotá, me dijo que a él le gustaba esa vida y que de allá lo sacarían muerto, si era contra su voluntad.

Cuando estaba Casaverde, venía por acá. Estaba encargado de acompañar las delegaciones que iban a hablar con los camaradas. Bajaba gente y subía gente. Manuel le tenía mucha confianza. Un día pasó, iba de travesía larga, me dijo, y nunca más volvió. Era el 18 de agosto del 89, el día que mataron a Galán. Esos dos muchachos habían estado en las Juventudes que organizó un camarada Enrique Gamboa, llegado de Cuba. El mismo Jacobo vino una vez a un Festival de la Juventud y a darles directrices a los pelaos y quedaron con secretaría y tesorería de finanzas.

Tenemos cuatro nietos. Uno, de nombre Ferney, también me lo mataron. Total: me han matado dos hermanos, un hijo de crianza, un hijo de vientre y un nieto. A mis hermanos los vi sepultar, a mis hijos los mataron y a mi nieto yo misma lo enterré.

El caso de Ferney es muy triste, me quitó media vida de la que me quedaba. Era mi consentido. Se acercaba semana santa y en esos días muchos muchachos van a los páramos a traer cacería: un par de patos, unos conejos y unas truchas. Desde cuando yo tengo recuerdos, esas cacerías se hacen para los días santos. Ferney se fue con unos amigos —dos Cubides y un Delgado, familias de raíz— a la Hoya del Nevado, un sitio especial para lo que iban a hacer. Ahora ya han vuelto los venados soches, una raza colorada y muy ágil: saben salir a mirar el sol y como son de su mismo color, casi no se distinguen. Ferney ya tenía esposa, una niñita joven con un chiquito de cuatro meses. Pasaron primero por el páramo donde tenían un ganadito y un medio rancho. Estaban

haciendo la comidita cuando les llegó el Ejército y los mató. Se habían ido un sábado para regresar el miércoles santo. El Ejército los presentó por allá en Fusagasugá como guerrilleros muertos en combate, y aquí lo vinimos a saber el viernes santo. El papá de los Cubides se fue al ranchito y encontró la comida que estaban cocinando toda tirada, y la ropita que llevaban, seca. Las cobijas se las había robado la misma ley. Cuando fuimos a verlos a Medicina Legal de Fusa, estaban destrozados. A Ferney le habían hecho heridas con una navaja y le habían quitado los genitales. Terrible, y eso que los vimos ya arregladitos. La gente se rebeló en Usme y cogieron a un teniente a preguntarle. Era buena persona y nos contó lo que sabíamos: Los habían matado para presentarlos como guerrilleros. ¡Qué crimen! La investigación que comenzó la Fiscalía no ha terminado y si termina, a los asesinos nada les pasa. Alegarán una equivocación. Ese es el resultado. Ya lo sabemos.

Cuatro

Adelfa

Aunque no hubiera nacido en Piedecuesta, por donde han pasado muchos ejércitos, me crié allá. Y fui al colegio de las monjas porque mi mamá tenía una hermana monja. O, para mejor decir, monjita, porque mi tía no tenía derecho a usar corneta grande, como las monjas ricas, que recibían el hábito a cambio de una dote. Como las monjas son esposas de Cristo, sus padres deben dar a los conventos un aporte y, si es grande, la comunidad les da corneta grande y cargos importantes. Las que dan dote pequeña, corneta pequeña, y a las que nada dan, sólo un velo para cubrirse el cabello.

A estas madrecitas les tocan los oficios: lavar los calzones y los hábitos de las otras, hacerles la comida, arreglarles las celdas. Las ricas se pavonean con sus alas grandes por los corredores, buscándoles a las novicias, y a las alumnas, alguna falla para tener algo en qué entretenerse. Son muy quisquillosas, muy cismáticas, muy orgullosas. Las de alas cortas son las que trabajan y dan clases. Las hermanas de velo son las que ponen el lomo. Su venganza es saber muchos secretos escondidos en las celdas y por eso un convento es un infierno.

Yo tuve muchos problemas con las monjas. A mí no me gustaba arrodillármeles. Mi papá era conservador aunque mi mamá fuera liberal. Propiamente hija de liberales de Piedecuesta. Su bisabuelo había sido guerreante cuando las tropas liberales las mandaba el general Herrera, un macho de machos, un mandacallar. Mi padre era de Soatá, donde vine a

nacer. Había aprendido sastrería cuando su abuelo se arruinó a causa del pago que tenía que hacerle a Su Señoría, monseñor Peñuela, cada vez que salían las cosechas. Él sembraba trigo y los siervos de Su Señoría vigilaban las fincas. Sabían cuánto se sembraba, cuánto daban, a quién se vendían. Y cuando mi bisabuelo iba a recibir la plata, se le cruzaba algún diácono o subdiácono a cobrarle el sagrado diezmo. Lo hacían antes de que se pagara lo que la tierra producía. Por la derecha. Yo me acordaba de esa historia cuando el M-19 cobraba aportes de guerra a los mayoristas de Corabastos.

Pero, volviendo al principio, yo odiaba el santo rosario. Era un tormento aguantar de rodillas los misterios y luego, para peor, las jaculatorias y los *ora pro nobis*. Yo estaba en segundo de bachillerato y un día me rebelé. No quise arrodillarme. Alegué que me dolían las rodillas. La monja que llevaba la voz, la madre Ángel San Gabriel, se botó a obligarme. Primero a gritos y luego se montó sobre mis hombros para doblegarme. Era flaca, casi invertebrada. Si hubiera sido la Madre Hortensia del Santísimo Sacramento del Altar, habría quedado yo untada en el suelo de la capilla. Me iban a expulsar por hereje. Ya estaba escrita la resolución. Mi tía me dio un consejo: acepte una penitencia. Dígale al Consejo de la Comunidad que está arrepentida y que acepta como penitencia usar cilicios o disciplina. Ellas me oyeron y aceptaron. Al fin y al cabo, mi tío era capellán del colegio y le tenían mucho respeto y acatamiento. Él iba los sábados a celebrar la Santa Misa y a desayunar.

Los cilicios eran como una «corona de sacrificio» en el muslo. Se podían usar apretadísimos, apretados y menos apretados. Los usé. No tenía más remedio. Yo quería ser maestra y para eso tenía que llegar a la Normal. Así que disciplina en la pierna derecha, debajo del uniforme azul oscuro. Salvo los días de gimnasia que me dieron como dispensa. Por eso yo el uniforme blanco de los jueves lo adoré.

A los tres meses, la madre Hortensia me dijo muy solemne: «Te cambiaremos el cilicio por tu pertenencia a la Legión de María». «Listo», le dije, «le salgo a esa». Las legionarias teníamos un lugar especial en la capilla. Les ayudábamos a los acólitos, que eran hombres y estudiaban en el colegio de San José. Fue mi primer combate como mujer: ¿Cómo así que las niñas no podíamos alcanzar las vinagreras? La madre superiora me llamó y me dijo: «Lo que pasa es que la mujer no puede ser consagrada porque es la dueña del pecado original». Era un sermón muy largo. Mi tío me explicó, pero yo no tenía oídos para entenderle. Volvió a revolotear, entre velos, alas y sotanas, mi expulsión. Al final trancé por la misma razón: yo quería ser maestra de escuela.

Los sábados después de misa nos llevaban a los barrios pobres de Bucaramanga, unos despeñaderos hechos por el agua. La gente apenas si vivía. A las legionarias las dirigía una ex alumna, la señora Marujita, que era una mujer nervuda como un bejuco, rica, empolvada y regada de palabra. No golpeaba en los ranchos. Entraba como yo me imaginaba entra la virgen al Purgatorio, a redimir desde sus alturas y tules. «¿Dónde están los pelados de esta casa?» Se callaba. Volvía a preguntar, pero los chinos se escondían, y las mamás, temerosas, no sabían qué responder. Por fin doña Marujita se pillaba uno debajo de una cama. Lo sacaba, lo miraba y le decía: «No me tengas miedo, hemos venido a ayudarte». Preguntaba: «¿Dónde está el jabón y dónde la regadera?» Las mamás enmudecían. El silencio se sentaba entre las legionarias. «¿Jabón? ¿Cuál jabón?», dijo alguna una vez, «si aquí lavamos con ceniza y el agua hay que acarrearla». Otra vez, recuerdo, doña Marujita llegó con un bulto entre su carro. El chofer lo bajó y nosotras lo cargamos. No pesaba. Entramos en un rancho de cartón y latas. La señora nos miró asustada. «¿Los pelaos ya desayunaron?», preguntó doña Marujita. «No, señora», respondió temblorosa la mamá de cinco chinos

que se arremolinaban detrás de la mujer. Entonces la doña abrió el costal, sacó un paquete de Corn Flakes y dijo: «Se toma con leche». Nadie hablaba. «¿No tienen leche?», preguntó doña Maruja. Nadie respondió. No se trataba de ayudar. Se trataba de ofender, de hacer valer una diferencia, de hacer sentir el peso del poder. Si yo no lo pensaba así, así lo comprendía. Mi queja y mi llanto los dejé en la sotana de mi tío, que siempre me olía a cirio.

Al terminar el cuarto año entré a la Normal de Bucaramanga. Era el primer año en que era mixta. Nos matriculamos treinta y ocho hombres y diez y siete mujeres. Yo esperaba que mi papá saliera de la Quinta Brigada para regresar juntos a Piedecuesta. Él era trompeta en la banda de guerra. Había tratado de ganarse una plaza en la banda municipal, pero desafinó una nota de una pieza triste que necesitaba mucho pulmón y que la tocaban en los entierros para hacer llorar a los deudos. Y la verdad, era un lamento largo que hacía gemir hasta a los perros del batallón. Mi papá había aprendido el arte de su papá, y él de su papá. Así, se llegaba hasta las guerras. Su bisabuelo tocó en la batalla de Palonegro y desde entonces la trompeta era un trofeo que alcanzó a llegar a las manos de mi abuelo, que tuvo que empeñarla y nunca pudo recuperarla. La de mi papá se la dio un sastre de Susacón que lo aceptó como aprendiz en su casa. Hacía los oficios domésticos y los de la finca a cambio de «parva y enseñanza», como se decía. Pero los sones se le encaracolaron y ya hombre, hecho y derecho, volteó por la trompeta. Aprendió a sonarla y cuando perdió el concurso en el municipio, ganó el de la Brigada.

A veces no podíamos regresar juntos a Piedecuesta porque había una fiesta en el casino de oficiales. Mi papá se había especializado en dos piezas: *El negrito del batey* y *La cumbia cienaguera*. Podía tocarlas toda una noche, y me contaba que los oficiales, más que bailar, pisaban a su pareja.

Pero bueno. A mí en la Normal me iba bien. Por encima de todo yo quería ser maestra, y maestra de primaria, maestra de tiza y tablero. También choqué. El primer choque fue con un profesor de matemáticas. En una clase escribió en el tablero un número de seis cifras y preguntó: «¿Quién es capaz de sacar la raíz cuadrada?» Yo alcé la mano de primeras. Era muy ducha en la operación. Otros fueron levantando la mano con inseguridad. Pasó un compañero, y nada. No dio con el chiste. Yo seguía con mi mano alzada. La movía para que el cucho la viera. Nada. Pasó el segundo, el tercero. Nada. La mano me hormigueaba. Nada. Por fin dijo: esto es así y así, y dio el resultado. Yo me paré y le grité: «¿Acaso no me ve? ¿Es que las mujeres no contamos? ¡Usted debe ser marica!» El hombre enrojeció, bufó, tiró la puerta. Al día siguiente, Consejo Académico: expulsada la señorita. Mi papá habló con el director de la banda, un sargento que, para mi fortuna, era primo del cucho, y se logró echar para atrás la sanción.

Meses después, otro problema. El cura Alipio era capellán de la Normal y no sólo dictaba clases de cultura religiosa, sino de historia. En religión nos hacía recitar las vidas de los santos: San Francisco, San Javier, Santo Domingo, San Martín. Ni una santa. Mejor, pensaba yo. Pero yo mantenía la inquina. De historia sólo nos hablaba de Bolívar y de Núñez, el Regenerador. El destino vive en la punta de una espina. Un día llegó muy orondo, pidió lápiz y papel y dijo: «Escriban la biografía de Miguel Antonio Caro». Yo me paré encendida y disparando: «¿Cuál Caro, si usted no ha dicho una sola palabra de ese señor? ¡Usted no puede preguntar sobre lo que no ha enseñado!» Nadie hablaba. El cura temblaba, las gafas no se le sostenían sobre las narices que se le hinchaban. Pasaron unos días. Yo estaba muy intranquila porque sabía que algo preparaba el cura. Por fin, una tarde en clase de religión preguntó: «¿Qué son los grupos de presión?» Todos nos mirábamos como preguntándonos: ¿y esto qué quiere decir? Él nos mi-

raba a uno por uno. Al fin dijo: «Aquí en este recinto hay un grupo de presión que funciona y actúa al escondido». «¿Qué es un grupo de presión?», pregunté. «Es un círculo infame que inventó Camilo Torres», dijo el cura, «y usted es la líder, la manzana prohibida. Aquí está prohibido presionar a otro para que piense o actué de una determinada manera». Me le crucé: «Entonces, ¿por qué usted lo hace?» Se echó una larga perorata sobre la revolución y sobre el apóstata Camilo Torres, un cristiano de cuna noble, corrompido por los grupos de presión comunista. Perdí las dos materias, pero aprendí a saber quién era Camilo Torres.

Mi hermano, que estaba en el seminario, me lo explicó con pelos y señales. En el seminario ya había echado raíz la Teología de la Liberación. Al año siguiente, mi hermano abandonaba el seminario, se matriculaba en la UIS y se conseguía una novia, que es hoy su esposa. Mi mamá lo aplaudió, pero mi papá lo censuró: «¿Un hijo mío en la UIS, nido de comunistas?» Tenía razón. A los dos años, mi hermano estaba sentado en un Consejo de Guerra. Había sido consecuente con la consigna estudiantil: «A nosotros no nos saca la Policía, nos saca el Ejército».

Con mi grado de normalista debajo del brazo reuní a mi familia. «Me voy a vivir sola», le dije a mi papá. «Como Michín», me respondió. Mi mamá terció: «Ya es una mujer», y un mes después hacía la maleta. Mi hermano había sido declarado inocente y me acompañó a Bogotá, donde yo iba a presentarme en la Secretaría de Educación. Llegamos donde un pariente que nos alojó mientras yo hacía las vueltas. Por presión de mi hermano —el cura razón tenía— presenté también exámenes en la Universidad Nacional. Pasé, saqué el puesto 69 entre 5.432 estudiantes examinados. Quería estudiar Ciencias de la Educación, pero no hubo cupo ese año; tampoco en antropología. Curioso, había cupo en Farmacia.

Dije: «Mejor ser maestra del barrio La Victoria», donde me había asignado la alcaldía.

Yo sentía el orgullo caminando por esos barriales para llegar a la concentración escolar. Los días pasaban volando. Mi tía, la monjita, me había conseguido un cupo en unas residencias de la comunidad. Mi compañera era una estudiante de enfermería que hacía sus prácticas en el Hospital San Juan de Dios. Poco hablábamos. Era muy seria. Llegaba por la noche, embolaba sus zapatos con griffin, planchaba su uniforme y al otro día salía como una paloma. Era de Cáqueza. El viernes viajaba a su pueblo y regresaba el lunes a la madrugada. Años después apareció muerta en un combate con el Ejército en El Líbano, Tolima. Los días de entre semana yo vivía dedicada a mi oficio. Pero los sábados y los domingos la soledad me apretaba. ¿Hay algo más triste que un domingo solitario?

Mi tía trabajaba en un hospicio de huérfanas. Un día llegó muy acongojada. Lloraba. A una de las niñas del orfelinato le habían matado a su mamá, una mujer de la vida en Yopal, Casanare. Se la había dado a las monjitas y mi tía creyó muy cristiano que la peladita, que ya tenía doce años, fuera al entierro. Me comprometí a llevarla. Salimos de Bogotá a la madrugada en bus hacia Sogamoso. Ella dormía en mi hombro. Yo la miraba y me preguntaba: «¿Cómo voy a contarle la verdad? ¿Cuándo?» Mi tía le había dicho que su mamá «estaba muy malita». Nada más. Me tocaba a mí darle la noticia verdadera. En Duitama, que es camino a Soatá, donde yo había nacido, se me rebotaron los fantasmas, los recuerdos. Lloré hasta llegar a Sogamoso. No era capaz de contarle la verdad a la niña. Ella me preguntaba con sus ojitos y yo le huía. La traicionaba. Al atardecer llegamos a Yopal. Se oía un escándalo de pitos y cornetas, carros, camiones, buses. La niña miró por la ventana del bus y yo, azorada y arrinconada, le dije sin saber por qué: «Es el entierro de tu mamá». El bus paraba en ese momento en la estación y el cortejo pasaba al

lado. Ella salió corriendo, alguien la reconoció e hizo detener la procesión. Acercaron a la niña al féretro. La niña no lloraba. Estaba paralizada, miraba sin respirar a su mamá, que conocía en ese instante. Los pitos dejaron de sonar y la gente se arrodilló en silencio. Alguien gritó: «¡Señor, recíbela!» Yo lloraba acurrucada. El desfile continuó hacia el cementerio. Hubo de hacerse un gran rodeo porque las señoras bien del pueblo habían obligado al cura, y a la Policía, a cambiar de ruta para que la muerta, que había sido una mujer de la vida muy querida, no pasara por las puertas de las casas donde sus maridos esperaban decirle adiós.

A la noche apareció el papá. Me rogó que le dejara la niña. Mi tía convino. Regresé destrozada.

2

El viaje a Yopal y la tristeza que me dejó la niña conociendo a su mamá muerta me acompañaron mucho tiempo. Caí en la cuenta de que detrás de las lágrimas, había una realidad muy dura y muy injusta. La dureza de la vida —el hambre, el dolor— hace de la injusticia un combustible peligroso. Por eso algunos curas, los que no son ni aceptan ser parte de la máquina del poder, se ponen al lado de los pobres. Era lo que decía mi hermano, que había vivido la justicia militar en carne propia y que trabajaba al salir de la cárcel con los curas de Golconda. Aunque nosotros nunca supimos a qué sabía la pobreza, yo hervía por dentro al palpar el hambre y la necesidad de los demás. Al barrio La Victoria, donde trabajaba como maestra, asomó su palabra un cura francés, el padre Pierre. Nunca supimos el apellido. Trabajaba con la gente, sudaba con ella, comía lo que le daban y tronaba contra el gobierno. A mí, que era cristiana, católica, que creía en Dios y poco o nada me gustaban las sotanas, Pierre me mostró un

camino nuevo. Con él estudiamos la revolución del Concilio Vaticano II, la Teología de la Liberación, leíamos a Freire y meditábamos con el Evangelio de San Mateo.

A pesar de no haber podido entrar a la Nacional, yo me sentía de allá. Vivía sus luchas, leía en la Biblioteca Central, jugaba básquet con un equipo de sociología y asistía a un círculo de discusión. Leímos el *¿Qué hacer?* de Lenin, *Así se templó el acero* y la *Crítica de la economía política* de Marx, que poco, o nada, entendía. En el 72 hubo un movimiento estudiantil contra dos rectores odiados por los estudiantes: Luis Duque Gómez en la Nacional y Luis Fernando Duque en la de Antioquia. Cerraron universidades, expulsaron estudiantes y profesores, pero la agitación no cesó. Al año siguiente se volvió a la pelea. Yo estaba ya cargada de argumentos y organicé un paro de solidaridad en la escuela de Santa Ana, a donde había sido trasladada. En plena clase, tiré la tiza, me senté en el escritorio y dije: «No trabajo más, estoy en paro de solidaridad con la Nacional». El director me llamó: «¿Qué le pasa? ¿Se volvió loca? ¿Qué tiene que ver lo que aquí hacemos con lo que allá no hacen?» La sugerencia de que el paro era una disculpa de vagos me golpeó la coca. Le tiré la puerta sin revirarle y me fui al patio. Me subí en un asiento y solté una perorata sobre nuestro deber como maestros pobres de estudiantes pobres. Me suspendieron ocho días. Cumplí la sanción con un sentimiento de orgullo y altivez que me hizo sentir parte de una cadena. Quedé iniciada. La gente me reconocía. En una asamblea de la Nacional, fui aplaudida.

La segunda salida fue la de la media jornada. Nosotros los docentes del Distrito trabajábamos desde las siete de la mañana hasta la una de la tarde. El gobierno consideraba ese tiempo como media jornada; nosotros alegábamos que a esas seis horas había que agregarles, y contabilizar, el tiempo de preparación y el de corrección de exámenes. Nos encangrejamos en este punto. Con Elizabeth Mayorga éramos las más

revoltosas. Citábamos a asamblea de la concentración, hacíamos mítines, escribíamos volantes, distribuíamos chapolas, dibujábamos pancartas. Íbamos a otras concentraciones vecinas y rebotábamos a los profesores, a los estudiantes y citábamos asambleas con padres de familia. Nos oían. Nos querían. No hablábamos de nuestra jornada de trabajo, sino de las ocho horas, de los tres ochos, de los mártires de Chicago, de la revolución mundial. Exagerábamos, sin duda, pero eso nos hacía sentir que cumplíamos un deber universal de justicia.

Había un sector de profesoras reacio a nuestro movimiento. Eran tres o cuatro viejitas, todas llamadas en diminutivo: Rosita, Cecilita, Ritica y Esperancita. Todas de suetercito y taconcitos. Se oponían en silencio y daban sus clases a espaldas de nosotras, pero de frente a las directivas. Las ignorábamos. Ellas no. Cuando ganamos la pelea, se nos acercaron a preguntar: «¿En cuánto quedó el salario?» Las miramos con desprecio. Ellas lo sintieron y una de ellas, Rosita, nos dijo con cierta nostalgia: «Cuando los años pasan, una no puede arriesgar como si estuviera joven; ustedes no tienen hijos todavía».

Entré a la Universidad Distrital. Algo me decía que por ahí pasaba una corriente armada. Yo quería estar al lado de ella sin participar en sus acciones. Les tenía mucho miedo a la sangre y a la pólvora. Mis sospechas parecieron no ser vanas. Me invitaron a una reunión de mujeres para preparar un encuentro internacional. Me sentí distinguida, casi alabada, con la invitación. Pero cuando comenzó, alguna de las participantes me llamó aparte. Yo dije: «Aquí fue, llegó el contacto». La compañera me dijo muy circunspecta: «Ésta es una reunión restringida; usted no puede estar presente». Enrojecí, el cuerpo me temblaba, me sentí la mujer más humillada. No le contesté. Nunca volví a reuniones con mujeres solas.

Sin embargo, en la Nacional me pasaron una hojita llamada *Camino Comunero*. Comunero, pensaba yo, es Santander,

Socorro, San Gil, Simacota. ¿ELN? Yo me sentía —aunque no lo quisiera— con el fusil al hombro. Buscaba a quien me dio la octavilla, pero no recordaba su cara. Pasaron semanas antes de que volviera a aparecer el compañero. Me dijo simplemente que fuera a sociología, a tal salón, tal día, a tal hora. El miedo me invadió. No dormía de pensar en el compromiso, en mi casa, en mis estudios. En fin, me veía en un Consejo de Guerra como mi hermano, o como la famosa Mona Mariela.

Temblando de pies a cabeza, me senté a la hora y en el sitio. No fue sino el susto: se trataba de una reunión para «hacer el análisis concreto de la situación concreta». Algo espesa la reunión, algo larga y, sobre todo, algo inútil. Pero volví a la siguiente y a la siguiente. Al tiempo me invitaron a trabajar con «obreros obreros», no con «maestros, que son pobres —dijo el compañero— y explotados, pero no son obreros. En el país no se ha hecho la revolución porque nunca se ha trabajado con obreros, sino con pobres, y los pobres no tienen poder sobre el capital como los obreros, que son los que lo producen». Sonaba convincente, aunque injusto. De todas maneras, terminé en la puerta de la fábrica de Croydon, y a los pocos días en la tolda de la huelga. Yo tenía, digamos, para usar el leguaje de la época, doble militancia: una con el movimiento de maestros y otra con el misterioso *Camino Comunero*. No estaba yo del todo contenta. Recibí la orden de abandonar el trabajo con el magisterio y dedicarme sólo a la organización sindical. ¡Qué monotonía! Sobre todo porque en el magisterio se abrió la hendija con una chapola: «Con las armas, con el pueblo, al poder». Mi día consistía en pillar dónde y quién citaba a una reunión. Fui a muchas. En todos los sindicatos, sedes, conferencias, mítines, esperando la siguiente chapola para cortarle la mano al cliente.

Se preparaba un paro nacional. Había una gran división: la UTC por un lado, la CTC por otro, la CSTC por otro; los maestros por su cuenta. Yo trabajaba día y noche. Hacía lo que me

pedían. Salí nombrada delegada de la concentración escolar al comité de paro distrital. Un revoltijo. En esas: asesinado José Raquel Mercado. Pánico general. Nadie se atrevía a tocar el tema en público. En privado se apoyaba o se censuraba. Mercado era el negociador de los obreros del ingenio Riopaila con el gobierno y con los empresarios. No era un dirigente al que se le tuviera confianza. Se decía que negociaba los paros y las huelgas, a favor de los empresarios, por plata. Hacía pocos días había declarado que en Colombia no se les tenía consideración a los dirigentes obreros como en Venezuela, donde tenían carro blindado y vacaciones pagas. Esas declaraciones tenían ofendido al sindicalismo. Se decía que era enemigo cerrado de todo intento de unidad sindical y que saboteaba el paro que se preparaba. Fue un gran debate en voz baja.

La reacción del gobierno fue usar todas las formas de lucha. Con una mano da uno de sus palazos de ciego: tirar el manotazo a ver qué coge. En general, nada, pero crean terror. Es el objetivo. Con la otra mano, firma la suspensión de 480 docentes, entre ellos yo. Recibido el lapo, la gente comenzó a reaccionar: reuniones a puerta cerrada, asambleas abiertas. Se desplegó una actividad frenética.

En una de esas reuniones de duración indefinida, en las que esperábamos una decisión de la junta del paro, el presidente, un tal Juvenal Nieves, salió diciendo: «Aquí les traigo un abogado para que nos diga por dónde coger». Hubo alboroto general. Yo me subí en un pupitre y comencé a gritar para que me dieran la palabra. Pero, como me sucedía a menudo desde el colegio, no me veían. Grité, patié, tiré el pupitre, hasta que por fin pude hablar: «¿Cómo se atreve usted, señor presidente, a proponernos una solución jurídica a un problema político? ¿Acaso no se trata de una lucha? ¿Es que vamos a aceptar las limosnas legales?» El abogado alegaba que frente a la destitución cabía un recurso de reposición. Yo lo mandé a la mierda en medio de la gritería, a mi favor.

Nieves se paró en la mesa con el perífono en la mano y gritó: «Compañera, váyase usted a freír espárragos; mejor dicho, a hacer obleas».

Regresé con mi derrota. Me quedé pensando: ¿Hacer obleas? Pues hagamos obleas. Obleas de solidaridad. ¿Cómo se hará una oblea? Me puse a buscar la fórmula. Llamé a mi tía la monja. Me dijo: «Harina de trigo, agua y una obleadora». «¿Y dónde consigo ese aparato?» «En San Victorino, en tal sitio». Fui y compré uno.

A los dos días, muy a las siete de la mañana, llegué al sindicato con esa vaina y con la harina de trigo; junté unas mesas, conecté el aparatejo, fui a la cocina, busqué un pocillo, preparé la tal sopa y eché una cucharada en la plancha. Eso se volvió un pegote, comenzó a quemarse, el humero casi hace llamar a los bomberos. Me tocó apagarlo, lavar todo y volver a empezar. La gente comenzó a llegar. Cada uno daba una opinión: que así, que mucha harina, que mucha agua, que muy poco calor. Alguien dijo: «Lo que pasa es que falta aceite». Con el aceite fue peor. Un recién llegado miró y dijo: «No, no es con aceite, es con agua».

Yo miraba callada. No me importaba la oblea, sino la participación de la gente; veía cómo cada quien daba una nueva idea y se metía en el asunto. A las once de la mañana salió la primera oblea: todo el mundo aplaudió. La primera que salió nos la comimos entre todos. Yo me felicitaba por dentro al ver el fervor, la esperanza. Ese imbécil dijo obleas y obleas es lo que vamos a hacer. Un milagro como la repartición del pan. Una oblea era capaz de reunir lo que un discurso no. En la tarde ya teníamos una pila de obleas hechas, crujientes, a la espera del arequipe. A la noche pusimos un puesto de venta en la puerta del sindicato. A la hora no quedaba una sola. Pasamos toda la noche haciendo las obleas. Al día siguiente pusimos una gran pancarta: «¡Exigimos el reintegro de los maestros suspendidos y destituidos!» Esa noche teníamos

reunión en Banaltex. Allá llegamos con la harina, el oblearío y las ganas de rebotar a todo el mundo. Los compañeros nos ayudaron mucho. Pusimos un tarro de saltinas en una esquina de la mesa para que la gente, a conciencia, echara ahí la plata de la compra, sabiendo que estaba destinada para sostener el movimiento. Poco a poco no eran obleas lo que se compraba. Otros mandaron fabricar oblearios para producir obleas solidarias. La producción no sólo ayudaba a sostener la pelea, sino que era la medida y el símbolo de la lucha. Se llegó a tener veinte oblearios y a cocinar miles de obleas. Se batía también el arequipe y se repartía en los puestos de venta el apoyo. De las escuelas del Distrito nos iban a comprar hasta cuando nosotros íbamos y poníamos mesa y obleario. Los niños compraban obleas, era leche limpia, arequipe sano. La organización crecía a punta de obleas, a la gente le llegaba más hacer una oblea, o comprarla, que oírse un discurso político o una orientación sindical o un sermón judicial. La oblea solidaria era un pretexto nacido del movimiento y por eso se sentía como parte de la lucha. Llegó a crecer tanto la industria de la solidaridad, que decidimos empacar obleas y vender en los INEM. En un momento el abogado, empapelado con sus recursos de reposición, solitario en una esquina y en la otra la fábrica de obleas que rumbaba como un panal. El ML, que en ese momento tenía la responsabilidad de dar directrices políticas, no sabía qué decir ni para dónde coger. Mientras tanto, nuestras fabriquitas andaban a toda máquina. Alguien apareció una vez con un bulto de papa: «No sé para qué —dijo—, pero podemos meterle papa al trabajo». De la papa salió el almuerzo y lo bautizamos también, como su hermana mayor, la oblea, solidario. Almuerzos solidarios. Los compañeros traían por la mañana lo que podían, lo que tuvieran, lo que podía estar sobrándoles, y a la olla, que comenzó a llamarse también solidaria. A nadie se le negaba el almuerzo. No dábamos abasto. Llegaba gente de los alrededores y de más allá.

Y para todos había. FECODE se reunía al pie de la olla. Ya no necesitábamos andar detrás de los dirigentes; ellos venían, como la montaña a Mahoma. Así, de la oblea, de la ironía, nació el Comité de Solidaridad. A Juvenal, que era el que me había mandado a hacer obleas, nosotras —había más mujeres que hombres metiendo el hombro— ahora lo mandábamos a comprar cilantro para la sopa. El pliego de peticiones de aquel año se hizo al lado del fogón. Una vez amasamos tamales para los directivos con nombre propio, todos iguales, pero contados. Cuando almorzaban, llegó Socorro Ramírez, que en esa época era una maestra de escuela, modesta, activa y con luz propia. Pidió tamal. «No, compañera, si usted no se apuntó, no hay». Ella, sin rezongos, tomó sopa. Era muy completa. Echaba pata barrio arriba, pasaba chircales, botaderos y cumplía con su trabajo como una hormiguita. La gente llegó a quererla mucho.

Como había distintos sectores políticos en FECODE y nosotras les hacíamos desayuno, almuerzo, comida, cena, refrigerios y demás, se presentaron cosas curiosas. Hubo jefes de cocina que si ellos eran del MOIR y tenían que mandarle la sopa a uno del Partido Comunista, le echaban el pocillo de arroz más bajito y le cambiaban la carne por hueso. Se instaló lo que llamamos el sectarismo de la papa. Éramos el reflejo del movimiento, y tuvimos que corregir sus vicios, digamos, en la fuente.

La oblea solidaria fue una cadena de poder del movimiento sindical. Ayudó a que ganáramos el reintegro. Pasamos hambre, pero al fin volvimos a trabajar. En diciembre de ese año se reunió en Medellín el Primer Encuentro del Sindicalismo. Muchos vieron en ese acto el primer resultado de la ejecución de José Raquel Mercado, que se atravesaba como una vaca muerta en el camino de la unidad. Preparando el encuentro, en *Camino Comunero* se dio una gran tensión. Había unos compañeros que nos habían invadido y querían

trastearnos para su lado, un lado oscuro que no conocíamos. Hubo una reunión insólita: apagaron las luces del salón, apareció una mujer entre sombras, sólo le veíamos la silueta, y nos soltó una perorata sobre el poder del fusil. Nunca supimos si era del ML, prochina. Si era de las FARC, si era del EME. Era dogmática y beligerante. Estuvo también un compañero que años después identifiqué como Clemente, un uruguayo que fue el que cuidó en la «cárcel del pueblo» a Nicolás Escobar Soto, gerente de la Texas, y a quien ejecutó al verse sitiado. Luego tomó la decisión de suicidarse antes de entregarse vivo. Nosotros estábamos a mitad de camino entre las armas y los papeles: teníamos una máquina de escribir eléctrica, robada; una máquina de imprimir esténciles, también robada de la universidad, y una pistola que nadie sabía manejar pero que cuidábamos como si fuera un arma atómica que tuviera cien procesos encima.

Mientras nosotros le trabajábamos al movimiento sindical para el encuentro de Medellín, el M-19 nos trabajaba a nosotros. Nuestras diferencias con ese grupo entrista del EME, que no atisbábamos a saber de dónde venía, era que esos compañeros hablaban del socialismo y nosotros de democracia. Años después entendimos que esa era la diferencia entre la V Conferencia del EME y su VII Conferencia. *Camino Comunero* era de esta línea, sin saberlo.

Salí para Medellín sin un peso. Yo llevaba un gran rollo de propaganda. En la terminal me junté con dos compañeros de la asociación de mecánicos de aviación y otro compañero que llevaba una guitarra. Nos acomodamos en la banca de los músicos y animamos el viaje con canciones condimentadas: toda Violeta Parra, todo Serrat, todo Víctor Jara. Nos alojaron en la Universidad de Antioquia. Se cantó *La Internacional*. Hasta ahí, todo bien, todo heroico, todo emocionante. Alguien presentó una moción para cambiar el orden del día y se armó el despelote. Unos sí, otros no. Nosotros, los rebeldes, termina-

mos en la capilla; los otros, los oficiales, siguieron en el auditorio. Volaban panfletos: revolución, resistencia, insurrección. *Camino Comunero*, el nuestro, hablaba de armas y democracia, un coctel difícil de digerir. Titulaba la primera plana: «La democracia es probable, hay que conseguirla por la vía armada». Nosotros anticipamos en el 76 lo que definió la VII Conferencia del EME, que fue en el 79, y que terminó teniendo que tirarse todos a las aguas negras y envenenadas del río Bogotá, por allá cerca de Apulo.

De Medellín regresé muy activista; me parecía haberle entregado el alma a la revolución, como se le entrega al diablo, con plena convicción, con gusto. Me dediqué a que *Camino Comunero* fuera el camino que cogieran todas esas escuelas del suroriente de Bogotá. Hablábamos en toda reunión que se convocara, y en las que no, también. Escribíamos manifiestos, octavillas, mariposas. Pegábamos afiches. Nos convertimos en unos profesionales del engrudo, que nos quedaba en el punto de oblea, es decir, perfecto. Ni tan claro que chorreara toda la pared, ni tan espeso que necesitara espátula. Teníamos problemas con las pintas porque no todos habían cultivado la ortografía: «¿Revolución se escribe con b grande o con v chiquita?» y alguien, mamándole gallo, le respondía: «Con s». Y así quedó un letrero que pintamos en la carrera décima, antes de una marcha sobre la Plaza de Bolívar, a donde era difícil y arriesgado llegar porque «las armas se nos interponían».

La democracia es posible, gritábamos. Pero con la Policía armada de garrotes, pistolas y fusiles, era muy difícil probarlo. Cuando cayó Allende, cuando lo asesinaron, las armas ganaron el pulso. Era un argumento muy fuerte. Fue cuando comencé a usar boticas de ante y suela de goma. El *Camino Comunero* lo hacíamos a pie. Las boticas se convirtieron, sin querer, en un símbolo y en una autoincriminación. Se decía «andar con el sapo en las patas». Quien las usara,

era de izquierda. Saqué una hoja a mis costillas, la escribía, la imprimía, la repartía: *Organicémonos* comentaba todo lo que sucedía en la zona. A su alrededor fui creando grupitos, tal y como me lo había dicho el *¿Qué hacer?* de Lenin. Con el tiempo, esos grupos de discusión y crítica se volverían comandos. En 1979 el triunfo de la revolución en Nicaragua nos dio más fuerza. Las armas podían ganar y sobre ellas —alegábamos— podíamos construir una democracia. Me enamoré de un muchacho que estuvo con el grupo de colombianos *A Luchar* en la última etapa de la derrota del somocismo. Doble motivo de mi compromiso. Cuando el matrimonio se hace —utopía y pasión—, la vida queda empeñada. Me uní a una organización en la que él trabajaba: *Frente Nueva Escuela*. Tratábamos de ser novedosos en la propaganda. Las tesis, las líneas, los dogmas nos parecían obstáculos para llegar a la gente, para tocar donde dolía y mostrarles el culpable de la herida. Buscábamos. Por ejemplo: en las jornadas del paro, usábamos todas las disculpas que la gente daba. Si alguien decía «No, es que cuando fui joven, yo ya luché», en el periódico aparecía una viejita con gafitas invitando al movimiento. A veces las sugerencias molestaban, pero, para ser claros, no había otra forma. Otro ejemplo: alguien decía: «Yo los acompaño de corazón», entonces dibujábamos una maestra muy elegante con un supercorazón. Es decir, todas las excusas las dibujamos, y todo ese material se lo dábamos a los equipos, y a la gente le encantaba porque la empezaban: esa del corazón es Rosa; esa viejita es Bertha. La que me enamoré de todo corazón fui yo. A pesar de que estaba más cerca del ELN por mi hermano, finalmente el amor me puso en otro camino.

En septiembre de 1977 estalló el Paro Cívico, un movimiento que se venía represando de atrás: una bomba social que nos tomó de sorpresa. Andaba encubierta. La mañana de la convocatoria, el cura de Marsella, un barrio vecino de mi casa, salió a cerrar la Avenida 68. Oí los gritos: el cura Cardo-

na estaba con una gente cerrando la vía, yo me puse mis boticas, me fui corriendo, me metí entre la gente y bloqueamos la entrada del Llano. Ahí nos enteramos de todo lo que sucedía en el país. El movimiento cívico desbordaba las luchas sindicales más radicales. Fue mi primer contacto con un país real: habíamos estado tratando de hacer una revolución y la gente casi nos la hace por encima de nosotros. Fue un gran golpe. Quedamos aturdidos, pero notificados de que caminábamos sobre un volcán.

Al Frente Nueva Escuela yo llegué con treinta compañeros de *Camino Comunero.* Imprimíamos el periódico y lo distribuíamos por todo el suroriente. Ya teníamos práctica en la zona, la gente nos conocía, nos saludaba, nos escondía si necesitábamos. A la salida de una de esas reuniones de siete de la noche a tres de la mañana se me cruzó un muchacho que me había estado mirando todo el tiempo. Me invitó a llevarme a la casa. Yo le dije: «No, compañero, estoy en falda». A la siguiente reunión me pilló en bluyines. No tenía disculpa, acepté. Al bajar por el barrio Galán, me dijo: «Paremos y nos tomamos un tinto». Yo le veía la segunda intención. Pero, como me hicieron probona, acepté el tinto. Me dijo: «Los nicas están haciendo una gran campaña de alfabetización, ayudémosles». «¿Cómo?» dije. «Tengo una idea que a usted le va a gustar: hagámosles a los lápices que podemos mandar una espada de Bolívar en la punta». ¡Quedé estupefacta! A los ocho días habíamos concretado el proyecto: un afiche —*full* afiche— con los lápices como espadas de Bolívar. Es decir, con firma. Pegándolos en las esquinas me preguntó: «¿Por qué usted no se vincula al Movimiento Revolucionario de los Trabajadores, que llaman Los Martínez?» Yo no quise, soy fiel por naturaleza, así supiera quién estaba detrás del Frente.

Cuando se celebraba el segundo centenario del levantamiento comunero, acogimos la iniciativa de suprimir en las escuelas la tal izada de bandera y esas ceremonias patriote-

ras. Le pusimos una letra revolucionaria a un viejo bambuco. La estrenamos en varias escuelas. El paso siguiente fue más atrevido: para el 20 de julio del 79, nos echamos a la calle pidiendo cabildo abierto. Unos meses después se vino encima lo del Cantón Norte, una hazaña que marcó al M-19 y a la izquierda colombiana. La represión fue brutal. Fue como ver en nuestras ciudades y nuestros pueblos las mismas imágenes que habíamos visto por televisión después del bombardeo a La Moneda, donde murió Allende. La mano de hierro del Estado es torpe, tira como los toros cobardes, pero donde cala el cacho, no suelta. Con más miedo que prudencia continuamos nuestro trabajo. Mi amigo, el de los Martínez, seguía insistiendo, pero yo no le paraba bolas. Yo me resistía. Quizá me estaban estudiando ya, porque un muchacho que yo conocía por otro lado, y que era mi segundo en las obleas, me dijo un día, sin solemnidad ni recovecos: «Compañera, mire que quieren hablar con usted». La noticia fue tan amable y cauta, que me encendió el bombillo: es del EME. Me hice la desentendida con un desdeñoso «pues bueno, diga a ver, compa, cómo es la cosa». Me puso una cita a las doce del día en Banderas. Yo debía llevar un ejemplar de *El Tiempo*, abierto en la página de clasificados. No dormí en toda la noche. Me levanté temprano, me puse bonita y compré el periódico. Al medio día, a pleno rayo, estaba como otra estatua. Vi que pasados diez minutos alguien me miraba de lejos. Como soy medio cegata, no distinguía bien quién era el personaje. Cuando se fue acercando, la figura me era más y más familiar, hasta cuando apareció la cara de Luis Montenegro.

Nos abrazamos emocionados porque éramos viejos amigos. Pero desde ese instante él dejaba de ser un igual para ser mi contacto, y después el comandante. Me explicó con mucho cuidado el tema de seguridad. Las redes, los ritmos, los trucos, las medidas, los delitos, las sanciones. Un curso largo. Me arrastró con su atracción: jugar dos y tres papeles

a la vez, de los que sólo uno era verdadero. Era un encuentro con la certeza. Todos dependíamos de todos: una caída representaba la de muchos. Vivía en un cuartico en la 68 con 50. Desde la calle se veía la ventana de su apartacho. Me advirtió: «En el balcón debe haber siempre un florero azul. ¿Lo ve?», me preguntó. «Si no está, algo grave pasó o está pasando. En ese caso, a perderse. Uno sabe lo que sabe, lo que uno no sabe es lo que aguanta».

Unas semanas después me presentó a Uriel. Vi alguna dificultad entre ellos, se les asomaba una pizca de rivalidad que con el tiempo creció. Uriel me enseñó el manejo de armas. Armarlas y desarmarlas, con los ojos abiertos o cerrados, limpiarlas, repararlas, dispararlas, conocer el ojo visor, calcular el blanco, resistir el culatazo. Un curso. Un curso delicado que me iba haciendo sentir el peso de la guerra, el miedo y al tiempo el desprecio a la muerte, el amor a la vida, la fuerza de lo que Bateman llamó la «cadena de afectos».

Poco después me presentaron una nueva compañera, Nubia, a quien también conocía. En realidad, casi todos los contactos que me presentaban oficialmente, yo los conocía y con muchos había trabajado. Éramos una familia que se reconocía, que sabía de su sangre aunque no conociera sus huellas digitales. Con Nubia comenzamos a ir a La Picota. Conocí todos los presos que tenían en ese penal. Les llevábamos regalos, libros, ropa. Ellos estaban muy bien organizados. Trabajaban, discutían, estudiaban, entrenaban y mantenían las líneas jerárquicas. En la cárcel yo ya era una más. La diferencia era que cuando tocaban el timbre para salir, yo podía hacerlo y ellos no.

Con Luis nos veíamos en citas que acordábamos y en los automáticos, encuentros rutinarios en sitios determinados y a horas fijas. El que no llegaba, algo le había pasado. Era otra forma de control. Una de esas citas fue en La Sultana, un sitio que a los vallunos —y al EME— les gustaba mucho por el

pandebono y la avena. Estábamos raneando sin más de cosas, sin oficio, hasta cuando llegó el compañero de la moto. Traía en la mano *El Espacio*. Sudaba. Dijo: «Miren», y abrió el periódico en la mesa: «Cayó imprenta del M-19». Silencio. Luis leyó callado. Uriel no quiso saber el detalle. El compañero de la moto se sentó con nosotros, miró para un lado y para otro y dijo: «Eso pasa porque nos hemos burocratizado y no tenemos cuidado con lo que tenemos, como si fuera nuestro». Hasta ahí el argumento era impecable. Pero continuó: «Deberíamos hacer que cada uno de nosotros tuviera parte en lo que hace». «¿Cómo así?», preguntó Luis. «Pues si yo ayudo en un operativo y tiene éxito, una parte debe ser para mí, debe pertenecerme. Así yo podría cuidar con más interés lo que es colectivo». Luis palideció. No le salían las palabras. Por fin logró decir: «El EME no es una cueva de ladrones asociados. Aquí no estamos para hacer dinero. Por el contrario, estamos en su contra como sistema, compañero. Es distinto recuperar a robar. Nosotros no somos delincuentes comunes; el delincuente común roba para eso que usted dice, para tener sus bienes, para comprarse un carro, una casa; si nosotros entramos a un sitio es porque recuperamos lo que sea y dentro de lo que recuperamos es todo para la organización. No puedo apropiarme de eso. Si los militantes vienen al M-19 para que robemos, entonces no estamos formando militantes políticos, estamos formando bandas de delincuentes. Se equivocó de sitio, compañero». La reunión se disolvió casi a gritos, pecando todos de emotividad excesiva y, sobre todo, de liberalismo. Pero fue la primera vez que oí una crítica a la raíz misma de lo que después se llamaría privatización.

Yo, como muchos compañeros, tenía lo que se llamaba doble militancia. Trabajaba con *Camino Comunero* y con el Frente Nueva Escuela, pero mi verdadera organización era el M-19, al que me debía. Sin embargo, al mismo tiempo, campanita con su pitico me molestaba: me hacía sentir traicionando a

Camino y a Nueva Escuela. Resolví hablar con los dirigentes de todos mis grupos. Todos entendieron y todos me pidieron lo mismo: «Compañera, facilítenos los contactos con los que trabaja». Por supuesto, se los di sólo al EME.

Teníamos muchas actividades. Luis aceptó que yo dividiera mi trabajo entre lo sindical y lo militar. Seguí con el Frente Nueva Escuela, pero abandoné Camino. Yo era maestra de una escuela del Salazar Gómez. Todos los docentes posaban de seriedad. Asistían a reuniones sindicales, pero ninguno parecía muy comprometido con las causas sociales ni con las luchas salariales. Un buen día, Mireya, que era una profesora muy recatada, disciplinada, cumplidora, que era difícil que llegara a matar una mosca, no volvió a la escuela. Pasó el tiempo. Las fallas comenzaron a volverse vacíos, y los reproches, esperanzas. Mireya no aparecía. Nadie sabía nada de ella. Ni siquiera dónde vivía. Era tan cumplidora y tan discreta, que no causaba ni siquiera curiosidad. Hasta que *El Espacio* trajo la respuesta: había muerto en un operativo en la avenida 39 con carrera 16. Una balacera con la Policía. Se decía que había sido sapiada en el intento de robarse un copón del sagrario de la iglesia de los hermanos maristas.

Al M-19 le dio en ese tiempo por los robos sacrílegos. Las iglesias eran un sector que guardaba joyas y dinero de limosnas y que se cuidaba a punta de fe y reverencias. La Policía poco las cuidaba. Se les metieron la mano a varias, incluido el Museo de Arte Religioso de Duitama, que nos metió en un problema porque lo recuperado en peso —en onzas troy— significaba varios millones. Pero muchas piezas eran verdaderas obras de arte, difíciles de vender y además imposibles de fundir por principios políticos. Luis hizo un discurso largo y bien documentado sobre el arte y la revolución, citó a Gramsci, a Lukács, a Trotsky, a Mao. Mejor dicho, al santoral. Pero las armas valían, los operativos también, los profesionalizados comían, tenían familia. Un gran debate.

Para evitar otro, alguien propuso tomarnos las iglesias, pero no para robar casullas, sino para robar a la feligresía. Planeamos varias. Me tocó Santa Rosa de Lima, en el barrio Muzú, cerca de la Escuela de Policía General Santander, que era de verdad un policía más que un militar. La cita era a las seis de la mañana en una cafetería cercana. A la hora llegué yo. Ya estaba Luzhache con su bebé entre la barriga. Pero el compañero que debía traer los fierros, un par de armas cortas, nunca llegó. Decidimos hacer el operativo las dos. Entramos a la iglesia por el centro, despacio, pisando tapete. Las manos metidas dentro de los bolsillos delanteros de las sudaderas, como si lleváramos armas, y encaletada en un maletín una bandera del movimiento: «Con las armas, con el pueblo, al poder». El cura, que estaba diciendo misa, quedó mudo cuando nos vio. Nosotras dábamos a entender que íbamos armadas. Mirábamos a los lados y decíamos: «Descuiden, no es un atraco, es un operativo político, somos de EME». Llegamos al altar. El cura se hizo a un lado. Desplegamos el cartel y lo pusimos sobre el altar. Hice un discurso corto citando a Camilo Torres y hablando del deber de todo cristiano de luchar por la justicia. El cura ablandó y se sumó de rodillas a lo que nosotras decíamos. Nos sorprendió. Salimos despacio, sin mirar para atrás, porque habíamos visto a los asistentes encarretados con el espectáculo y las consignas que hacíamos. Nos esperaba lo peor: una reprimenda violenta del mando que nunca llegó y una autocrítica de mala leche de quien había ordenado el operativo. Nos trataron casi de traidores por irresponsables. Si la Policía hubiera llegado, habríamos perdido dos cuadros porque nadie había podido responder los tiros. «Ustedes, militantes orgánicos —dijo el compañero—, no son dueños de su voluntad ni de su iniciativa en una organización clandestina». Nos sancionaron. Duramos tres meses sin poder acercarnos a los comandos. Días terribles de soledad.

Me volvió a contactar Uriel para darme una responsabilidad menor, casi ofensiva para una persona que, como yo, estaba dispuesta a jugarse la vida. Luis no había vuelto a aparecer. Me dieron la tarea secreta, muy secreta, de hacer los mapas de la escuela de Bello Horizonte. Yo la conocía muy bien, palmo a palmo. Era como mi casa, que entre paréntesis estaba dejando para irme a vivir en el barrio Britalia. Yo vivía con los viejos porque a mi papá lo habían trasladado a la banda presidencial, un gran honor. Vivíamos todos juntos, incluidos mis tres hermanos y mi hermana. Yo había decidido dejar la casa por seguridad. Temía que un día allanaran. Yo ya guardaba fierros, y fierros de verdad, que pesaban y sonaban. Conseguimos con un compañero del movimiento, carpintero él, casado y con dos niños, una casita en una loma alta del Britalia. El día del trasteo había yo contratado una zorra. Eché todo lo que pude, incluido un perifón que usaba en las reuniones del sindicato y en los mítines que hacíamos con maestros. Los chinos de la cuadra me ayudaban a montar cosas y cosas en la zorra. Íbamos andando y los chinos recochando con el perifón: «La profesora se trastea, se cambia de barrio, viva la profesora». Yo sentada al lado del zorrero, me sentía la mujer más feliz del mundo, yéndome a vivir sola, o mejor, sin mi familia, que no era que no la quisiera, sino que quería protegerla. De golpe se armó un alboroto, la gente gritaba, los chinos se botaron de la zorra, yo miré: se me había caído un rollo de manifiestos del EME y habían quedado volando. La gente los recogía y unos leyéndolos y otros no, me los fueron entregando. Pero las siglas del EME, la espada de Bolívar y demás símbolos eran inocultables.

Yo dibujé el mapa de la escuela Bello Horizonte de memoria. Cuando el mando me pidió el croquis, yo le dije: «Esto es así y así, pero no está a escala y falta mirar a ver si hay algún cambio». El compa me contestó: «Descuide, compa, deje así, es suficiente». El mapa era para el comando que iba

a hacer un operativo suicida, como en efecto resultó. Cuatro compas: dos compañeros, Gerardo y Liliana, que eran novios; Hernando Pizarro, hermano de Carlos, y otro compañero se tomaron la concentración de Bello Horizonte, que quedaba frente a las bodegas del IDEMA. Entraron a la escuela, metieron entre un aula a los profesores y a los directivos, entre llantos y ruegos, y a los chinos los metieron al IDEMA a que cogieran lo que en sus casas hiciera falta. Sacaban y sacaban cosas. Una maestra que llegaba tarde se pilló el despelote, dio noticia a la Policía y se formó el tiroteo. Los chinos corrían como cabritos, los compañeros se desorientaron. Los peladitos no dejaban de cargar cosas pese a la balacera que se prendió. Gerardo y Liliana trataron de encaletarse en un sótano, que yo no había dibujado, y la Policía los persiguió a muerte. Él, sabiéndose sin salida en esa ratonera, mató a Liliana y se descargó a su vez un tiro. Quedaron uno encima del otro. La ley le echó mano a Pizarro, y el cuarto se voló. Al saber el resultado, estuve para morirme porque me sentí la culpable de no haber hecho el dibujo a conciencia. La culpa se me hizo insoportable. Yo lloraba y me lamentaba día y noche. Me imaginaba a ese par de pelados en semejante laberinto, bien inexpertos y bien asustados, y yo cargando esa culpa.

Comenzaron las investigaciones, las detenciones. *El Tiempo* dando fuelle. La Policía allanó la casa de Gerardo y Liliana, incautó libretas de teléfonos, cuadernos, diarios y recibos. Uno de ellos era un papel del fiador, un joyero amigo de algún compa del EME. Y lo allanaron también. No lo pudieron capturar y a mi casa fueron a parar. Lo escondimos. El peligro eran los hijos del carpintero, que nada sabía, y la mujer, que sabía menos. Más grave, nosotros hacíamos desde esa loma y en mi casa las interferencias de la televisión. Llegaba el comando con un maletín, sacábamos un palo largo desde la azotea con una especie de plato en la punta y comenzaba la interferencia con consignas grabadas sobre el EME. Quince

segundos, desmontábamos el entable, suspendíamos el operativo y la acción quedaba hecha hasta nuevo intento, ocho o doce días después. ¿Qué tal —pensaba yo— un allanamiento con joyero y fierros y, para rematar, equipo de interferencia? Ni modo. Tocaba dejar el sitio limpio: es decir, conseguirle hospedaje seguro al joyero.

3

Llegó el día del operativo. Tenía que llegar. Lo esperaba ansiosa. El Frente Farabundo Martí iba a sabotear las elecciones en El Salvador, y al mismo tiempo acá íbamos a sabotear las elecciones del 82, en las que salió elegido Belisario. Me citaron en casa de Dorita, una compañera que moriría en el Frente Sur. Compré un pollo para la comida, pero cuando llegué a la reunión, había cinco compañeros más, y del pollo nos tocó de a pedacito por cabeza.

La compañera Anadelia Murillo, quien había estado en La Picota, me presentó al compañero Casanova, que no iría a participar pero, como era un experto en operativos, allí estaba. Cabeza tusa, pómulos salientes, boca pequeña y una parla atropellada. Me dijo sin más: «La hemos escogido para una acción especial porque la consideramos comprometida con nuestros ideales». Un elogio que me hizo sospechar que se trataba de un acto peligroso.

No me equivocaba. Explicó los detalles sobre un plano hecho a mano alzada, muy defectuoso, como habría de comprobar después. Luego hubo silencio. Yo bajé la mirada y acepté el riesgo. Quedó de entregarme más tarde la bomba que iríamos a estallar dentro de la embajada, me explicó el mecanismo de explosión y me alargó un revólver calibre 38 con un «por si acaso» y 25 tiros. Esa noche dormí en casa de Dorita. Charlamos hasta la media noche. Sería la última vez

que la vería. Dormí poco. Los detalles del operativo me zumbaron todo el pedazo de noche que dejé para descansar. A las cuatro de la mañana golpeó el compañero que iría conmigo. No podíamos comer nada porque si resultábamos heridos, el desangre era más peligroso. Aunque en ese nudo de nervios, cualquier cosa que hubiera comido la habría devuelto. Cogimos un bus y nos bajamos frente al monumento de Los Héroes. En la carrera 15 nos esperaba la tercera unidad. Un pelado de bachillerato. Nos habían ordenado soltar el trueno antes de que aclarara. El compañero sería el campanero y nosotros dos llevábamos una bomba cada uno. Él tenía que botarla por encima de la tapia y yo, hacerla estallar en la puerta del garaje.

Dimos la primera vuelta de reconocimiento. Al regresar a la cuadra de la embajada, una empleada del servicio de alguna casa vecina caminaba por la acera. Nos miró. Yo le dije al compañero: «No podemos poner en peligro a una víctima inocente», y dimos otra vuelta a la manzana. Al completarla y estar de nuevo frente a nuestro objetivo, vimos venir a dos celadores trasnochados. También los dejamos pasar y dimos la tercera vuelta. Mi compañero me advirtió, nervioso ahora: «Compa, ponemos las bombas esté quien esté». Llegamos al portón. Al compañero le temblaban las manos y no podía encender la mecha. El frío y los nervios eran insoportables. Yo cogí la bomba y le dije: «Se la tengo mientras la enciende». Le acercó el fósforo y la mecha comenzó a trabajar. Corrió unos metros para tomar impulso y la botó. Yo hice lo mío y corrí a parapetarme en la esquina para evitar que la onda explosiva me golpeara. La bomba del compañero cayó sobre el techo de la caseta de la Policía, y la mía no explotó. Iba a regresar a recogerla cuando se abrió la puerta y el policía salió disparando, cruzó la calle y me pilló doblando la esquina. Mi compañero me cubrió a bala, pero yo quedé en la línea de fuego. La Policía se parapetó y me dio tiempo para ganar una

zona verde en la que me encontré desprotegida. Me paralicé. El compañero paró a tiros a los agentes. Pasaron dos minutos de tiroteo y las piernas volvieron a obedecerme. Me abrí por una callecita estrecha. Corrí hasta cuando me di cuenta de que no tenía salida. Al fondo había una garita de celador. Traté de regresar y al voltear la cara, me encontré con la Policía. Les disparé, pero yo estaba emboscada. Las manos no me daban para recargar los cinco tiros que me quedaban. Al fin logré recargar y volví a quemarles. El sereno de la garita me disparó. Quedé de nuevo entre dos fuegos. Los candelié hasta cuando el arma no disparó más. Vi una barda bajita y salté a esconderme. Sentí las manos pegajosas, me las miré y las vi ensangrentadas. Me dije medio alucinada que esa sangre tenía que ser mía porque a ellos no los había tocado. Sentí un ardor en la cadera, toqué y me di cuenta de que la camisa estaba empapada. No cabía duda: yo estaba herida. Saqué la cabeza por encima de la barda para mirar dónde estaba la Policía y me encontré con el revólver de uno de los agentes que me apuntaba y me disparó. Sentí un golpazo en la cara y un quemón en el estómago. Me habían dado dos tiros más, a boca de jarro. Pensé como en un parpadeo: «Estoy muerta». Se me abalanzaron como perros. Oí gritos lejanos. Creí que me estaba muriendo. Me alzaron del pelo y me dijeron: «Granhijueputa, te vamos a matar, so malparida, perra». Abrí los ojos. Había mil ojos sobre mí. Dije: «Nunca pensé morirme delante de tanta gente». Un policía me levantó la blusa y dijo: «Todavía está viva, remátenla, no tengo munición. ¡Remátenla!», volvió a gritar. En ese justo instante, oí que abrían la reja del antejardín donde estaba tirada, miré de reojo, vi las chancletas de un hombre en pijama y bata. Le colgaba un estetoscopio. Me levantó la blusa con cuidado, me pidió permiso y me dijo en voz baja, casi amable: «Con que poniendo bombitas ¿no?» Me examinó, se quedó mirándome y les dijo a los policías: «Está perdiendo mucha sangre; tienen que lle-

varla inmediatamente a Urgencias». El médico se quedó ahí, no se movió hasta cuando llegó la patrulla y me llevaron. Él me salvó de que me hubieran asesinado. Me tiraron en el baúl de la patrulla, voló ese carro con sirenas y todo, traté de fijar el cuerpo al suelo porque el bamboleo me hacía daño. Un policía me golpeó con el puño cerrado en la cara. Lo miré como a una mierda. Me dijo: «Ahora sí no puede morirse porque va a cantar». Me dije para darme valor: este no sabe con quién se mete. Ellos llevaban la radio a todo volumen: «Cubran las salidas de Chapinero, paren los buses intermunicipales». Mi compañero había parado un taxi, encañonó al chofer y le había ordenado sacarlo de la zona. «Somos del M-19, rápido, obedezca», pero el hombre se paralizó y le dijo, «Máteme pero no puedo moverme». Entonces se subió en Los Héroes a una flota blanca que iba para Tunja. La noticia de las bombas en la embajada de El Salvador se oía ya por la radio. El escándalo.

Llegamos a La Hortúa. La reconocí, había hecho trabajo sindical con médicos y enfermeras. Me recibieron varios estudiantes de la Universidad Nacional. Me tranquilizaron sus miradas.

Llegó un médico y dijo: «¡Quítense, quítense!» Me miró. Mandó traer los líquidos. Me quitaron mi blusa y alcancé a ver la herida. Si no respiraba, la sangre se calmaba; pero cuando soltaba la respiración, se volvía un surtidor. No podía aguantar la respiración. Me voy a desangrar, pensé. Me estaban entubando cuando entraron los agentes del DAS a reseñarme, me cogieron las manos y me sacaron las huellas. Al mismo tiempo una enfermera me hizo la historia clínica: nombre, edad, enfermedades que ha sufrido. Los médicos miraban mientras las diligencias oficiales se cumplían y yo agonizaba. Nombre. No tengo. No voy a decirlo, me dije, quemo a media humanidad. Me callé. Por lo menos así les daba tiempo. Cerré los ojos. Oí: «¿Nombre? ¡Que diga su

nombre!» Al fin el alivio y la complicidad. «Ponga NN», dice el médico jefe, «y en edad póngale veinte años». Me sonreí dándole las gracias. Yo cumplía 32. Alguien dijo: «Está más viva que nosotros». Volví a agradecer. Regresó el médico: «¿Qué pasó? ¿Por qué no han entubado?» Uno de los estudiantes dijo: «Doctor, es que no hay con qué». «¡Con cualquier cosa, pero ya!» El muchacho sacó una cuchillita de una agenda que cargaba, trató de abrirme la piel, pero la cuchilla estaba roma. Se esforzó, sentí la presión, abrió por fin y me puso los líquidos que necesitaba. «¡Penicilina líquida!», gritó el médico. Sentí un quemón de fuego. Me metieron sondas por la nariz, sonda para la orina, me tomaron fotos. Estaba en una camilla metálica fría que contrastaba con mi sangre tibia. Veía luces, relámpagos. Una enfermera se acercó a mi oído y me dijo: «Usted se va a morir porque todo asesino se muere. Y si no se muere, va a quedar paralítica porque le partieron la pelvis». Creo que dormí. Pasaron varias horas, hay pedazos del viaje en que me pierdo. Me desperté cuando la gente hablaba cerca de mí. Oí a una monja que estaba diciendo: «Ya se ordenaron los rayos X, ya está la sala preparada; si usted quiere, vaya revise, pero hay que llevarla a tomarle los rayos X». Me llevaron unos muchachos, pero los policías no me desamparaban; me pusieron sobre la mesa de rayos X, helada, me tomaron los rayos X y me regresaron para la camilla. Dormí bastante rato. Me despertaron porque me iban a llevar para una sala de cirugía, abrí mis ojos y lo único que vi fue policía por todas partes. Cuando me iban a entrar a la sala, también ellos querían entrar, y el médico les dijo: «Qué pena, esta es una zona aséptica; aquí ustedes no pueden entrar. Tampoco se admite gente con armas». Dentro de la sala abrí bien los ojos y el médico me dijo: «Su tipo de sangre no se consigue; usted tiene que decirme quién es para llamar a algún familiar suyo para que le done sangre». «Soy Adelfa Altamirano, sindicalista de FECODE; hoy tenemos una asamblea de la coo-

perativa en la Asociación Distrital de Educadores; por favor, avisen allá que yo estoy aquí».

Una enfermera se me acercó y me preguntó: «¿Quiere algo?» «Una cobija, quiero abrigarme, estoy helada». Dormí. Me despertó un «se la quieren llevar como está, hay que operarla ya; vamos a operarla con lo que haya, con o sin anestesia». El anestesiólogo se había negado a darme anestesia. Un muchacho dijo: «Yo asumo, yo se la pongo. Respire, respire, ¿quiere algo?» Quiero morirme. «Tranquila: mientras haya vida, hay esperanza».

Cuando me fueron a poner la anestesia, lo hicieron con fuerza y me tropezaron la sonda que tenía en la nariz; me dolió e intenté quitarla con las manos, pero sentí que estaban amarradas. Entonces dije: «¡Hijueputa, me amarraron!» Todos soltaron la risa cuando me oyeron. Es el último recuerdo que tengo de esa tarde.

Luego abrí los ojos y tenía encima una lámpara que me alumbraba con una luz muy grande, y me pregunté: «¿Dónde estoy, qué pasó?» Pasaron unos segundos, empecé a hacer memoria, me acordé que estaba en el hospital, miré para todo lado y me di cuenta de que estaba en la sala de recuperación. Pasó una monja, la llamé porque tenía un dolor de muerte en todo el cuerpo, sobre todo en la espalda, quería que ella viniera porque yo trataba de moverme y no podía porque estaba amarrada. La monja se me acercó: «¿Cómo está?» Me duele mucho la espalda, estoy muy cansada, quiero moverme, estoy agarrada. «No, señora, no puede voltearse todavía». «Sólo un poquito, es que tengo las manos entumidas». «Bien, le voy a voltear un poquito las manos, pero con el compromiso de no tocarse el estómago».

Ella me movió un poquito, me acomodó la espalda con una almohada. Veía en el corredor una hilera de policías sentados y haciéndose chistes. Me fui, volví al sueño. «¡Hay que sacarla de esta sala!», gritó el médico. La enfermera respon-

dió: «No hay camas». El médico, enfurecido: «Métanla en maternidad, digan que parió». Me sacaron. Los policías no se desprendían. Yo sentí la angustia retardada del operativo, empecé a trasbocar, el médico trataba de tranquilizarme, una enfermera le preguntó al médico que qué me estaba pasando, él le respondió que era el «reflejo nauseal». El médico empujó, apartó a la gente: «Permiso, permiso, ábranse, quítense, rápido, vamos». Nos metimos al ascensor, se metieron los policías casi encima de mí, yo seguía vomitando. Por fin llegué a la cama, había una enfermera esperándome: «Limpiémosla primero —dijo—, pongámosle algo». Yo me miré y estaba desnuda, sólo con la sábana encima.

La enfermera, muy humana, me dijo: «Usted tranquila, tiene que curarse, nosotros somos los que tenemos que hacer ahora». Me acostaron, me arroparon y los policías encima. Ella les dijo: «Para afuera, esto no es un batallón, esto es un hospital, desde afuerita miran, aquí no tienen nada que mirar, ustedes lo que tienen es que vigilar que ella no se vaya y por el único lugar es la puerta, entonces siéntense allá y no se muevan de la puerta, pero allá afuerita».

Sentí que dormí un buen rato. Me despertó una linternilla en la cara, abrí bien los ojos y me preguntaron: «¿Usted quién es?» Yo no contesté, me quedé callada. «¿Cómo entró al país?» Con esta pregunta yo me dije: «Están perdidos estos hijueputas». Les contesté: «¿Cuál país?» «Usted es salvadoreña. ¿Qué hace aquí?» Para ganar otros minutos, les contesté: «No sé qué hago aquí». «¡Pues tiene que irse ya para la Brigada!»

Salió la enfermera y se les encaró: «¿Cómo? Ella es por ahora una paciente, no una delincuente. Está, además, muy delicada. No puede salir. Es una orden del doctor Ospina». «El general es el que manda». «Mandará en su batallón, pero aquí mandamos nosotros. ¡Qué pena, pero se salen!» «Nosotros traemos órdenes». «Pero nosotros aquí no obedecemos órdenes militares. Se retiran, por favor». «Nosotros no

tenemos nada que hablar con usted, que es sólo una simple enfermera; vamos a hablar con el médico». «Por supuesto, al doctor ya lo estamos llamando».

Llegó el médico y les dijo: «Yo he trabajado todo el día, tengo pacientes, estuve en cirugía y esta es mi hora de descanso para poder trabajar mañana en el hospital. No es justo que ustedes me levanten para atenderlos. Ustedes no tienen por qué venir a interrumpir la tranquilidad de un hospital, y menos a la media noche. Me hacen el favor de salir. Ustedes la trajeron aquí y si no querían que nosotros la atendiéramos, han debido llevarla al Hospital Militar». «Lo que pasa es que ustedes también son de los mismos. De todos modos, mi general dio la orden, porque ella tiene que ir a responder». «Ella responderá cuando sane. Ahora está enferma».

Dormí bastante y cuando abrí los ojos, estaba en pleno día, entraba mucha luz por esas ventanas grandísimas de La Hortúa. Vi las enfermeras cambiar de turno. Me preguntaba en qué iría a parar todo esto. ¿Qué voy a decir hoy, qué me van a preguntar? Tenía que tener respuestas para cada pregunta. Comencé a montar mi historia en la cabeza. Estaba en esas cuando entró un médico, visitó todas las camas, llegó a mi lado, me tocó la cabeza, se me acercó: «¿Cómo amaneció? Saludes de Eduardo y de Silvia, que encontraron su saco de rayas, que no se preocupe, que el otro está bien». Me tranquilicé al saber que mis compañeros estaban pendientes.

El médico se fue, llegaron las auxiliares de enfermería de turno, que son niñas del SENA. La enfermera jefe preguntó: «¿Quién la va a cuidar a ella esta noche?» Una enfermera contestó: «Pues tocará pagar a una enfermera para que la cuide». «¿Quién la va a pagar?» «Pues nosotras hacemos una colecta». La enfermera empezó a hacer la recolecta con la gente. Un policía se quedó mirándola y le preguntó: «¿Usted qué está haciendo?» «Estoy haciendo una colecta, señor, para pagar una enfermera que acompañe a la señora. ¿Cuánto va a

dar?» «¿Usted por qué lo está haciendo?» «Porque se me antoja, porque me da la gana, porque hoy tengo ganas de hacer una colecta».

Le contestó tan feo y duro, que adentro se oyó. Esa noche se quedó la enfermera que me pagaron. Me contó que habían tenido que abrirme el estómago para encontrar por dónde pasó la bala, pero que no había hecho impacto en ningún hueso. Que la cadera estaba bien. Respiré. Me lavó la cara y el pelo, que todavía estaba ensangrentado.

Al rato llegó el médico, me contó la operación que me habían hecho. Yo no entendía nada de lo que me hablaba, mi cabeza estaba en lo que iba a decir cuando iniciara el interrogatorio. Pensaba mucho en mi casa, en mis hermanos, ¿cómo estarán? Me quedé en la cama pensando, cuando miré hacia el pasillo que pasó una señora de afuera. Me pareció conocida. Era domingo y había visitas. Entró al pabellón y saludó a la vecina: «¿Qué hubo, mija? Aquí le traigo estas cositas». La otra la miró sorprendida, pero nada dijo. Mientras tanto, sin mirarme, me dijo: «Adelfa, todo está bien. ¿Usted cómo está? ¿Qué necesita? Su familia ya sabe». La Policía la vigilaba intranquila, pero la compañera no me miraba a mí, sino a la paciente, que estaba cada vez más confundida. La Policía no me quitaba los ojos.

El lunes en la mañana llegaron nuevamente las niñas del SENA, me dijeron que me iban a bañar; la Policía entró primero al baño, revisó todo y salió. Ellas me llevaron en la silla de ruedas. Una sacó del pecho un recorte del periódico. Vi mi foto, que es la foto del carné del magisterio, en primera página, con un titular más o menos: «Maestra terrorista». Más abajo: «Elecciones en El Salvador». Me di cuenta de que en la embajada no hubo muertos, y aparecían las fotos de lo que destruyó la bomba. Me tranquilicé.

Pasaron esos primeros días. Había compañeros que querían rescatarme, montaron operativos de fuga, pero el día de

la vuelta llegó un médico con varios estudiantes y me pidió permiso para explicarles la operación que me habían hecho. Quedamos tristes, y yo con la peluca con que me iban a sacar debajo del colchón.

Pasé una semana sin comer, porque estaba sondeada; llegó un médico y me quitó la sonda; llegó la señora de los almuerzos, me dijo que no fuera a comérmelo todo, me quedé pensando, moví una papa grande, efectivamente había un papel, lo saqué y lo vi, era la letra de mi hermana que me decía que ya tenía abogado. Así, llegó el día de la indagatoria, llegaron de la Brigada con su máquina de escribir. Un tal capitán Velandia dirigía el operativo, me presentó a los jueces militares, se presentó mi abogado y empezaron: «¿Usted sabe por qué está detenida?» «No, no lo sé». «¿Cómo no va a saber, si está herida y está aquí hospitalizada?» «Sí, pero usted no me ha preguntado eso; usted me está preguntado por qué estoy detenida; yo sé que estoy herida, hospitalizada, que me dispararon no sólo lo sé, sino lo veo, pero yo no sé por qué estoy detenida. Más aun, no sabía que estuviera detenida».

Un juececito de uniforme abrió el acta: «Siendo las tantas horas del día tal...», hizo un relato detenido del caso y de los destrozos de la bomba. Al final de teclear, me preguntó: «¿Usted qué hacía a esas horas en ese lugar, por qué pasó en ese momento?». «No sé, yo venía por esa calle cuando empezó un tiroteo, corrí, me persiguieron y me hirieron». «¿Y usted qué hacía a esas horas, de dónde venía, trabaja por allá?». «Yo venía de dormir con un hombre». «¿Quién era el hombre?». «No lo conozco». «¿Cómo así que usted duerme con un hombre que no conoce?». «Lo que pasa es que yo estaba sola en la 19 con Tercera, en ese sitio que se llama Dominó; el tipo se me arrimó, nos pusimos a conversar, luego nos fuimos para la 23 a tomar un café y luego terminamos en el apartamento de él». «¿Cómo era el tipo, qué marca era el carro, cómo estaba vestido, qué carro era?». «Era un carro blanco,

pero no sé qué marca era, yo no sé de carros». «¿Cómo estaba vestido el tipo?». Yo tenía mi carga bien montada y hasta detallé el corte y el color de los calzoncillos; sabía de qué habíamos hablado, cómo era el apartamento, qué habíamos comido. Yo había tenido mucho tiempo para armar mi dispositivo, para organizar el guión, para no equivocarme, para no contradecirme. Una película hasta con música. El abogado me miraba con sorna: «¿Y es que usted acostumbra a dormir con hombres que no conoce?» «Sí». El abogado sonrió. «¿El tipo le dijo en qué trabajaba?» «Sí, él me dijo que trabajaba con el B-2».

El interrogador se volvió hacia sus socios y les comentó: «Esta señora de la única manera que no es peligrosa es en esta cama. ¿Le vio usted algún arma?» «Sí, tenía un arma». «¿Cómo era?» «Un arma ahí, con balas». «¿Grande, corta?» «No sé; corta, supongo; él la puso sobre la mesa mientras hacíamos el amor y yo no miro las mesas de noche en esas ocasiones».

Ellos sentían rabia por mis respuestas, pero no podían ahí, en un hospital, obligarme a decir lo que querían que yo dijera. Ese era objeto de otro interrogatorio. Ya derrotados, el capitán Velandia declaró: «Esta señora se va para la Brigada». Cuando todos se fueron, empezó ahí mismo el nuevo intento de fuga.

Llegó un médico, que era Maguiño, el hermano de Hipólito, yo no lo conocía, se me arrimó y me preguntó: «¿Puede caminar, señora?» «Sí, doctor, yo puedo con un poquito de esfuerzo». Llegó una monja y me gritó: «¡Levántese ya!». Se me vinieron a la cabeza las monjas de ala ancha. Al mismo tiempo llegó el desayuno —huevos, agua de panela, pan—; sentí que un enfermero me ayudó a pararme con afán y que otro me puso las chancletas: «¡Párese, señora, párese ya!» Pero yo estaba débil y además, asustada; esa gente podía ser de la Brigada. Me desmadejé. Me fui para adentro. Ellos se

asustaron. «Siéntenla», dijo alguien. «Échenle aire», dijo otro. «Agua mejor», dijo la monja. Yo miraba aterrorizada porque no entendía de qué se trataba el cuento; las manos nos temblaban a todos. La monja cogió un huevo, lo peló y me lo hizo tragar. Yo comencé a gritar y ellos tuvieron que salir corriendo. El operativo había fracasado.

Detuvieron a mi hermano entrando al hospital y al otro día allanaron la casa. El problema no era mi hermano, al fin de cuentas; era mi papá, que trabajaba en el Batallón Guardia Presidencial, donde tocaba la trompeta. Un chicharrón para el viejo: una hija en la guerrilla. Pensó en anticiparse a los servicios secretos y contarle al general, pero entre los músicos había un señor Ibáñez, pastuso, que vivía renegando: «Estos hijueputas militares, que no hacen sino joder». Todos los días renegaba. Mi papá era muy puntual y hasta le habían reconocido, condecorándolo, que nunca en veinte años había llegado tarde a la formación.

Mi papá llegó al salón de músicos, se uniformó. Llegó el señor Ibáñez y le dijo al viejo: «Cállese la boca. Deje que los militares investiguen, que para eso están. Usted se va a pensionar, pero usted no sabe cómo va a reaccionar el general». En cambio, mi papá decidió ir a visitarme. Él que entra, y a mí que me sacan. Por la misma puerta. Yo lo vi como una sombra y él alcanzó a tocarme con sus manos callosas. Me subieron a un jeep de la BIM rodeado de escoltas en motocicleta y seguido por un camión militar lleno de soldaditos. En la puerta del hospital terminó mi trabajo político legal. Ya no sólo estaba quemada y reseñada, sino en manos de los militares.

Gente que lo quiere a uno mucho deja de quererlo porque se asusta. Y otra gente, que no lo quería a uno tanto, comienza a admirarlo. Es un momento en que todas las cosas cambian. Cuando llegaron los militares por mí, el médico les advirtió: «Ella ha superado la crisis, pero una diarrea puede ser mortal. Se los digo porque hasta aquí ella es responsa-

bilidad nuestra; de aquí para afuera es de ustedes. Quedan advertidos y aquí hay testigos».

Cuando iba saliendo, me encontré con una anciana que trabajaba en la cocina; salía con un vaso de leche y un bocadillo para que no me fuera con hambre. Más adelante, las enfermeras del SENA me acompañaron, me llevaban una maleta que en doce días se había llenado de regalos que me llevaban o me hacían llegar. Me acompañaron hasta la puerta. Seguí sola. Iba a subir al jeep y me desvanecí de nuevo. Caí de rodillas al suelo. No tenía fuerza.

Los soldados me miraron, me paré para no dejarme ayudar de ellos y me senté donde me indicaron. Me llevaron primero al F-2, que era por la sexta. Me entraron a un cuarto lleno de fotos de personas golpeadas: una con el ojo negro, otra con la boca reventada, otra con la cara cortada. Cuadros de horror para horrorizar. Llegó un equipo de filmación para televisión y me dieron unos papeles que decían lo que yo tenía que declarar frente a la cámara: «Soy fulana de tal, estoy aquí porque puse una bomba en la embajada de El Salvador». Entonces yo dije: «Yo soy Adelfa, estoy sindicada de poner una bomba en la embajada de la República Dominicana», y solté una retahíla enredadísima. Dijeron: «Bueno listo, vámonos». Estábamos a punto de salir, cuando me sacaron de nuevo: «Venga, venga, que eso quedó mal hecho. Usted dijo República Dominicana y debía haber dicho El Salvador». Yo les contesté: «¿Pero acaso no son ustedes los que dicen qué debo decir?»

Al rato llegamos. Volteamos frente al Teatro Patria y me di cuenta de que era en el Cantón Norte donde iba a ser interrogada y —pensé— torturada. Me bajaron y sin maleta me hicieron caminar hasta un edificio bajito lleno de puertas como celdas. Se me heló la poca sangre que había recuperado. Las puertas no daban hasta el piso, pero tampoco hasta el techo. Desde adentro me miraban los ojos de la gente que

ya había pasado o estaba pasando por lo que yo en minutos comencé a pasar. Llegamos a uno de esos calabozos, que estaba cerrado con una cadena grande, y me hicieron entrar. No había nada; en la esquina había como una especie de poceta redonda y vacía. Cerraron la puerta. Yo me asomé por el hueco y vi un soldado parado. Me asomé por debajo y le vi las botas. Empecé a observar las paredes y vi que alguien había escrito con un dedo untado de sangre las iniciales del Frente Sandinista de Liberación Nacional de Nicaragua. Me senté en la poceta, subí las piernas, me abrigué con la falda y esperé mucho rato a ver qué pasaba. Luego como de una hora sentí que abrieron el candado, entraron seis militares, cada cual con su silla, se sentaron a mi alrededor. Uno, el más maduro, me dijo mirándome con rabia: «Hoy vamos a hablar de algunas cosas, pero estoy completamente seguro de que dentro de seis días estaremos hablando de cosas muy diferentes». Pensé: aquí la pelea es por la información, la que yo tengo y ellos necesitan. De mí no van a obtener ninguna. Si me muero, ellos pierden; si salgo viva, yo gano. El tipo preguntaba y los demás escribían. Era una escena parecida a la que había vivido en el hospital, cuando el médico les dio clase a sus estudiantes conmigo.

Más o menos las mismas preguntas que me habían hecho en el hospital: dónde había nacido, cuántos años tenía, qué estudios había hecho, quién era mi familia. Cuando preguntaron por mi papá, dije que era sastre. Vueltas y vueltas, las mismas que ya habíamos dado. Ellos lo sabían. Buscaban una contradicción, pero mi película era perfecta. Pasaron muchas horas preguntándome. A los soldados, o quienes fueran, les dolía el brazo de escribir. Afuera llovía a cántaros. Adentro la oscuridad era cada vez más negra. El tipo mayor me miró y ordenó: «Hay que traerle de comer». Trajeron una pasta con una papa salada y un pocillo que tenía como agua de panela, sin cuchara y sin ningún cubierto; el soldado lo traía en la

mano, y el tipo dijo: «Póngalo ahí», y señaló como al lado derecho de él, en el piso. Y me dijo: «¿No va a comer?» En el momento en que él dijo eso, yo sentí que cuando fuera a coger, él iba a levantar el pie e iba a botar la comida; esto lo sentí porque lo había leído, o porque lo intuí. De alguna manera los conocía muy bien, podía anticiparlos. Yo le contesté: «No, yo no puedo comer eso». Él me dijo: «¿Cómo así?» Utilizando yo la terminología de los médicos del hospital, le dije: «Tengo que comer una dieta hiperproteica y blanda, yo no puedo comer eso». «Entonces, ¿qué va a comer? No pretenderá que le traiga de un restaurante. Es lo que aquí comemos todos».

Se miraron, se levantaron con sus sillas y salieron. Yo los oía en la puerta: «¿No puede comer? Entonces esa vieja se nos va a morir. Que traigan un médico del Militar a ver si es cierto. O si no, hay que embutirla aunque sea con edema».

Puse la silla de lado contra la pared, subí las piernas, recosté la cabeza y dormí un buen rato. Al despertar, seguía lloviendo. Sentí un gran desaliento. Desde la leche con bocadillo, casi doce horas antes, no había pasado bocado. «Tengo que recuperarme durmiendo», me dije. «Vendrán toda la noche a interrogarme. No puedo desperdiciar ni un minuto. Vendrá también el médico. Tengo que tener la boca seca para mostrar el peligro de una deshidratación», como me lo habían indicado las enfermeras. «Si siente la boca como un secante, ojo, ahí está la deshidratación». Dormí con la boca abierta.

Así fue. Oí la cadena y un médico vestido de militar apareció. Era la madrugada. Seguía lloviendo. Él se presentó: «Yo soy proctólogo, especialista del estómago». Me fui a levantar y me dijo: «No, no se levante». Y cuando él me dijo que abriera la boca, yo tenía la boca como una piedra pómez. Se quedó mirándome y me preguntó: «¿Por qué le dieron de alta en el hospital?» Le contesté: «Porque no había cama». Me preguntó: «¿Qué ha comido hoy?» Le dije: «Nada». Me miró la colostomía y me dijo que yo tenía que tener una die-

ta especial, comer gelatina, mucha gelatina y beber mucha agua, mucha. Y salió.

En la puerta le dijo al acompañante: «Está deshidratada. Es gravísimo. Ella no puede estar aquí porque tiene un postoperatorio muy delicado; tenemos que tener mucho cuidado, hay que traerle gelatina». El otro le respondió: «Pero si aquí nunca hay gelatina. La que traen es para mi general. Pues que le den de esa o, si no, esa vieja se nos muere aquí». Pasó el día. Sentía punzadas en el estómago. Aquí se trata, volví a repetirme, de quién da el brazo a torcer.

Llegó la noche, estaba muy oscuro, entraron nuevamente como seis, ya no venían tan bien arreglados, traían sudadera algunos; otros, jeans, gorros de lana, empezó nuevamente la preguntadera: «¿Usted quién es, qué hacía?» Era la tercera vez que me preguntaban lo mismo. Una técnica extraña de investigación o, más bien, pura descoordinación entre ellos. O quizá, morbo de machos. ¿Que de dónde venía? De dormir con un hombre. ¿Que qué habíamos estado haciendo? Tirando. «¿Usted tira?» «Yo tiro». «¿Cómo tira?» «Como todos». «¿Cuántas veces lo hicieron? ¿A qué horas salió del apartamento? ¿Cómo era el hombre?» «Era alto, cabello negro, ojos negros». Igualito al que me interrogaba y que también había estado las veces anteriores. «¿Cómo estaba vestido?» «De café y beige. Medias cafés, corbata con rayitas cafés y beige, vestido café, zapatos café, camisa beige y los calzoncillos beige». «¿Acostumbra a dormir usted con hombres que no conoce?» «Sí». «¿Usted por qué duerme con cualquier hombre?» «Con cualquiera tampoco», y los miré de uno en uno. «¿Acaso es un delito?» «¿Usted cobra?» «A veces». «¿Y esa vez cobró?» «Sí, cobré». «¿Cuánto?» Yo no sabía cuánto podían pagarle a una prostituta. Recordé que a un maestro le pagaban dos mil quinientos pesos y dije dos mil ochocientos. «¿Tan caro?», preguntó otro, y todos se rieron. «¿Y dónde está la plata? Porque usted no traía nada. ¿O era a crédito?» Se me alumbró el

bombillo: «Pues alguien se la robó». Quería yo saber si habían encontrado mi revólver o se lo habían robado, lo que en efecto había sucedido. Alguno de los policías que me capturaron se robó el arma. «¿Usted ha hecho teatro?» «No, nunca».

Estuvieron toda la noche preguntando hasta cuando yo vi por el hueco de la puerta que el sol entraba. A estas alturas, llevaba casi 24 horas sin comer, me sentía agotada, no había pasado un trago de agua. Pero me mantenía en pie. La boca se me pegaba, no tenía saliva. Cuando el sol entró con franqueza, se fueron. El centinela que había estado toda la noche oyendo me alargó su cobija porque me vio temblando. Se la agradecí, aunque sólo me tapé las piernas. Olía muy mal.

A eso de las diez de la mañana llegó el médico de nuevo, me miró y me preguntó: «¿Qué ha comido?» Le dije: «Nada». «¿Ni agua?» «Ni agua». Salió y preguntó: «¿Dónde está el OG?» «Por allá». El médico se fue a buscarlo, regresó al rato y le dijo al OG: «Ella tiene que comer». El OG dijo: «Pero mi capitán, ella no quiere comer de lo que hay, y entonces ¿cómo hacemos? Aquí ninguno come a la carta». Al rato vino un soldado a llevarme a la enfermería, pero yo no podía pararme. Me ayudó. Por fin llegamos a la enfermería. Yo tenía la bolsa de la colostomía llena de jugos gástricos. El enfermero era un viejito. Me preguntó si quería vaciar la bolsa en el baño. Le dije que sí. En el baño había un espejo grande, me miré: no me reconocí. Tenía una cara terrible. Estaba vieja. Era casi otra persona. Salí teniéndome de la pared, pero satisfecha: estar en la enfermería era una ganancia, había ganado una batalla. El viejito me dio la mano, me senté en la silla. Me preguntó: «¿Nombre?» Me reí: «Adelfa». Comprendió. Me dijo: «Perdón, es que yo tengo los nombres de todos los que pasan por aquí, por si acaso».

En ese momento entró el médico, me examinó el estómago, que estaba quemado porque los jugos gástricos van haciendo una llaga. Preguntó: «¿Dónde están sus bolsas?» Yo

le contesté: «Donde está mi maleta». Dijo muy serio: «Usted tiene que comer algo, porque así se va a morir».

Me quedé dormida en la camilla, arropada con una colcha Carmencita de tierra caliente que me dio el cucho. A media noche nuevamente los tipos con gorros de lana y sudadera me dijeron: «Bueno, vamos a conversar». Sacaron al enfermero. Me estaban poniendo suero. Se infiltró porque mis venas son delgadas. El brazo se volvió como un tamal. Ellos preguntaban y preguntaban siempre lo mismo. Me daba rabia oírlos con el mismo sonsonete. Hasta ganas me dieron de inventarme otro cuento. El poquito suero que logró entrar antes de que se dañara esa vena me hidrató, pero bien avanzada la noche me sentía superagotada. Pensé en que me iba a volver a ir por el hueco de adentro. «Y usted, ¿dónde estaba en ese momento?» Yo repetía lo mismo. «¿Y usted acostumbra a dormir con hombres?» ¡Qué agotamiento! Uno de ellos dijo: «Lo que pasa es que esta vieja andaba con la estera debajo del brazo». Oía la máquina de escribir, tac, tac, tac, porque esta noche tenían máquina de escribir. En la mañana el mismo tipo de siempre me dijo: «Oiga, firme aquí». Yo abrí bien los ojos, saqué fuerzas, me apoyé como pude y me senté en la camilla, cogí las hojas, que eran como tres escritas por lado y lado, me las leí todas sólo por hacerlos esperar, y al final firmé. Cogieron sus papeles y se fueron. Me acomodé, me volteé, y me quedé dormida. Me despertó un «Soy el proctólogo, médico del estómago, vengo a examinarla». Me sonó a soy Kiri-kiri y vengo de parte del enemigo por los planos del polvorín.

«¿Usted qué ha comido?» «Nada». Me destapó y me preguntó: «¿Y sus bolsas? ¿No se las han traído?» «No». «¡Terrible!» El enfermero se asomó y dijo: «¡Eso es grave!» El médico afirmó con la cabeza: «Ellos creen que no, pero esto es grave». Fue por allá y preguntó: «¿Quién está a cargo de esto?» «Mi general». Cinco horas después regresó: «Que mi general dice que va a venir». En ese momento todo

mundo comenzó a correr, a poner orden, a barrer. Viene mi general. ¡Recojan todo y organicen todo, que viene mi general! Efectivamente, llegó el general; todos marchaban al lado del general; llegó, se acercó y me dijo: «¡Oiga! Aquí el médico dice que usted tiene que comer no sé qué; muestre a ver qué es lo que tiene que comer». Cogió una carpeta donde el médico había escrito lo que debía comer: «¡Papilla, gelatina! Aquí no hay nada de eso, aquí no come eso ni mi general; esto se le puede vender en el casino de oficiales; si hay quien pague esa comida, se le puede dar». El general me preguntó: «¿Usted tiene plata?» Yo tenía plata porque las enfermeras habían hecho una colecta y me habían dado plata; yo la tenía en un sobre en el brasier, pero yo prefería darle la plata a un soldado para que se la fumara en marihuana. «O que alguien pague», dijo el general. «Puede ser FECODE», agregó alguien de perverso.

Les cogí la caña. Así se podía saber afuera que yo aquí no estaba comiendo. El general salió. Regresó a la madrugada, furioso; echaba chispas por boca y ojos: «Esos hijueputas de FECODE me sacaron un comunicado que dice que la estoy dejando morir de hambre. ¡Malparidos! ¡¿Qué tal estos hijueputas?! ¡Por ponerme yo de güevón a resolver esta vaina! ¡Que se muera! ¡Déjenla morir para que vean! ¡Qué tal esta parranda de hijueputas!» Había un teniente joven, monito, que cada vez que entraba se miraba en el espejo y me decía: «¡Usted se va a morir aquí! ¡Usted se va a podrir aquí porque usted aquí está sola, aquí se muere!» Volvió el proctólogo y dijo: «A mí no me jodan más; si quieren un morraco, que se lleven de aquí a esta vieja; yo no la atiendo más».

Me llevaron al consultorio del médico general, que atendía en escritorio, y le dijeron: «Doctor, manda decir mi general que atienda a esta paciente». Él me miró el estómago. Los jugos gástricos se habían regado porque el pegante de la bolsa ya no funcionaba; yo tenía una llaga. Me tocaba y

me sacaba los pedacitos de carne. Me miró y gritó: «¡Esto es gravísimo! Esto es de especialista», y siguió atendiendo a sus soldados. El viejito me dijo: «Terminarán por sacarla de aquí. Ya verá».

Así fue; me sacaron en la camilla y me metieron en la ambulancia. Allí iba un soldado con una pierna quebrada; iba otro soldado de pie, medio acomodado, teniendo el suero, y me llevaron al San Juan de Dios. Me recibió el médico que me había visto y les dijo a los soldaditos: «Miren, ustedes tienen hospital; ustedes la enfermaron porque yo la entregué caminando y como ustedes tienen hospital, cúrenla».

Me volvieron a meter en la ambulancia; yo oía que llamaban por radio: «¡El médico no quiso recibirla, que tenemos hospital militar y que la llevemos allá!» Y contestaban: «¡Tenemos hospital para los militares y no para los hijueputas guerrilleros; esas ratas de mierda que se mueran. Llévenla a La Misericordia!» Nos fuimos para La Misericordia. Ahí dijeron que no atendían esos casos y me llevaron a la Caracas con Primera, a otro hospital. Supongo que estaban haciendo tiempo de sitio en sitio a ver si yo me moría. Estaba como en lo que llaman ahora «El paseo de la muerte». Si llegaba viva al Hospital Militar, había ganado otra batalla. Yo iba con mucho calor en esa ambulancia, estaba haciendo mucho sol; el soldado que llevaba el suero se acomodaba de una manera y de otra y todos decían: «¡Hijueputa! ¡Hijueputa!» Subieron al Hospital Militar y dejaron al tipo que iba con la pierna enferma. Eran como las cuatro de la tarde, el carro andaba, cuando volteé a mirar; Teatro Patria, pensé: otra vez para allá, ay hijueputa. Volvieron y me metieron a enfermería y cuando el enfermero miró, dijo: «¿Otra vez? ¿No resolvieron esto?» El enfermero todo angustiado me volvió a poner en la misma cama, con la misma colcha, y los tipos se fueron. El enfermero se me acercó y me preguntó: «¿Usted quiere algo? Yo le compro en el casino lo que quiera».

Me acordé que en los campos de concentración la gente tomaba leche cortada y le dije: «Yo quiero un yogurt». Saqué y le di la plata del yogurt. Él fue y me compró el yogurt con unas galletas de soda. Yo me comí todo; estábamos los dos solos en la enfermería; me dormí. Cuando abrí los ojos, vi que el viejito estaba fijo mirándome y me preguntó: «¿Cómo se siente?» Pensé: si le digo que bien, sólo me van a dar yogurt de aquí en adelante y no me sacan para otro lado. Entonces le dije: «Me siento muy mal». Él se asustó y me dijo que no le fuera a decir a nadie que él me había regalado un yogurt «porque usted se muere y a mí me van a echar la culpa». Me parecía tenaz que el enfermero y el médico estuvieran preocupados de que les fueran a echar la culpa de mi posible muerte. Yo le dije: «Tranquilo que no le digo a nadie, confíe en mí». Se fue y volvió con un oficial que había y le dijo: «Yo no estoy más aquí con esta paciente porque se va a morir y yo no voy a tener esa responsabilidad porque yo no soy ni médico, ni especialista, ni nada de eso; sólo soy un simple enfermero y no tengo que responder por una persona que se me muera aquí; llévensela para donde quieran, prefiero que me echen; ya me voy a pensionar, pero prefiero un echada». Él se encontraba muy angustiado porque pensaba que me había caído mal el yogurt. Al rato entraron otra vez, con camilla y todo, y me volvieron a sacar; era de noche; yo pensaba que quién sabe dónde me irían a tirar estos hijueputas; cuando paró la ambulancia, logré asomarme y vi que estaba en la clínica Fray Bartolomé. ¡Claro! Yo tenía derecho a esta clínica, tenía todos mis papeles, me entraron, me pusieron en el piso, vi al abogado y me dijo: «Ya la van a atender». Me ubicaron, entró un teniente y otro; una enfermera dijo: «Pónganla aquí, que ya la van a atender». Me pusieron en la camilla y se fueron; entró el doctor, me levantó la falda, se enfureció y dijo: «¿Quién trajo esta paciente?» «Unos militares» «¿Dónde están?» «Allá afuera».

«Irresponsables, ¡¿dónde andan?!» Yo lo oía gritar por todos esos corredores llenos de enfermos. Regresó y dijo: «¡Se fueron esos hijueputas! ¡Esto es lo más impresionante que he visto! ¿Quién la ha visto últimamente?» «El médico del Cantón Norte». «¡¿Qué clase de médico es ese?! ¿Dónde la tenían?» «En la enfermería». «¿Qué tipo de enfermería es esa? Hay que retirar esta bolsa inmediatamente, usted se está gangrenando». Trajo un líquido como la milanta y me lo regó por la herida, que en verdad ya olía. «No la toquen, déjenla ahí».

Me formuló otros medicamentos, me ubicaron en una habitación, me tomaron muestras de sangre. Al anochecer, una doctora me dijo: «Usted tiene una anemia aguda. Si no come, se va a morir». Yo ya había ganado varios combates, y ahora entre civiles, podía comer. Pero ya no quería. Oía venir el carrito de la comida y me escondía debajo de las cobijas. Sentía mi estómago perdido.

Llegaron la dietista y la médica, se sentaron con el plato, conversaban, se reían, «cómase este huevito», me decían, y yo comía por el esfuerzo que yo veía tan grande de verlas ahí con el plato. Había alguien en la clínica que todos los días me mandaba el periódico; el abogado gestionó la visita de mi familia; mi hermana venía; volví a ver a mi mamá. Las enfermeras también se encargaron de cuidar mucho mi estómago; la guardia de policía se metía al cuarto a fumar y las enfermeras la sacaban a gritos. Era como una pelea de perros y gatos.

Un día superé la anemia gracias a la médica. Me curó a punta de paciencia y de queso. Pero la recuperación me botaba de nuevo al abismo del Cantón, de la Brigada, de los generales. La clínica que me dio de alta, y la Brigada que me volvió a solicitar.

A las cuatro de la tarde llegó una enfermera y me dijo: «Abajo hay motos, policías y ejército, ya la van a sacar». Llegó el policía que había estado custodiando todo el tiempo y

me dijo: «¡Hasta hoy nos vemos; mi general ordenó que usted va a estar otra vez bajo la responsabilidad del Ejército!» Yo los veía pasar de aquí para allá. Por fin llegó Rafael Barrios, el abogado, y me dijo: «Acabo de meter un memorial, pero es probable que hoy no lo lean y entonces se la llevan».

Eran las cinco de la tarde, estaba todo listo para mi traslado cuando llegó una señora y dijo: «A mí me da pena, pero la señora no puede salir porque debe ciento cincuenta mil pesos a la clínica, y además yo no puedo autorizar su salida porque no sé si su nombre es Adelfa. Necesito su cédula. ¿Quién la tiene?» «Pero señora —dijo un capitán—, si todos sabemos que ella es». «Bueno —contestó la funcionaria—, si usted va a pagar la cuenta, es otra cosa». «Yo no tengo por qué pagar». «Por eso yo no puedo dejarla ir». «Pero mi general mandó a decir». «Dígale a su general que venga y firme. Y que me traiga la cédula». «Pero señora, lo que pasa es que la cédula de ella se encuentra en el expediente». «Puede estar en donde sea; pero yo sin cédula no puedo dejar salir a nadie de aquí».

Daban vueltas, iban y venían, llamaban. A eso de las seis de la tarde volvieron: «Mire, señora, que ya se consiguió la cédula; la trae un soldado». «Yo —dijo la funcionaria— trabajo hasta las seis». Y se fue.

Mi abogado respiró: «Esta situación nos da un tiempito; ya mañana el memorial que pasé estará radicado y el juez tiene que resolver algo». Era un juez militar. Pero así y todo, no se les dio gusto. Al día siguiente el parqueadero estaba de nuevo lleno de carros militares y uniformes. El capitán presentó papeles y recibos. Nada se podía hacer.

Me sacaron por el pasillo en una silla de ruedas, la gente se despedía desde las puertas de las habitaciones, y cuando salí al parqueadero oí que aplaudían de todas las ventanas, oía vivas, el aplauso se generalizó. El capitán se puso rojo de la ira. El abogado discutía con el juez. La gente seguía aplaudiendo. El capitán abrió la puerta del jeep del Ejército y la

gente comenzó a chiflar. Qué emoción sentía yo. Pero el carro no arrancaba. El abogado se paró enfrente a discutir cada vez más fuerte con el juez y con el capitán. Pasó una hora. La gente seguía en las ventanas. De un momento a otro, llegaron a un acuerdo y el abogado me ayudó a bajar del jeep. Nuevamente el aplauso. «Ahí está mi pueblo —decía yo—. Ese es. Por ese pueblo lucho».

Los militares miraban serios; la gente aplaudía feliz y no cesó de aplaudir hasta cuando regresé a mi cama. Recordé a mi mamá cuando días antes en la clínica me había dicho: «El pueblo no sabe agradecer, no entiende, es ingrato. Te sacrificas por nadie».

Sentía la emoción de que la gente estuviera conmigo en la pelea. Llegó Rafael y me dijo: «Adelfa, esta es otra batalla ganada; vamos a ver qué va a pasar mañana, porque estamos en la discusión; tenemos veinticuatro horas para resolver esto». El oficial de la Brigada se arrimó y me dijo: «Usted como que no quiere abandonarnos». Se fue otra vez. Al día siguiente llegó Rafael como a las siete y media de la mañana. Me dijo: «La van a sacar hoy». «¿Para dónde?» «No sé, porque ya está el juez otra vez aquí; hemos hecho todo lo posible».

Llegaron nuevamente los policías y me sacaron. La gente de nuevo en las ventanas. Yo me despedía desde el parqueadero levantando los brazos y haciendo la V de la victoria. Sacaron pañuelos blancos y hasta sábanas por las ventanas. El aplauso fue atronador.

A las nueve salió la caravana; me trasladaron con un batallón entero. Tomamos la carrera 30, volteamos por la 80 y vi la cárcel del Buen Pastor. Me tranquilicé. Llegamos. Era un sábado. El juez estaba parado en la puerta del penal. Se quedó mirándome y me dijo: «¡Espero que sepa agradecer!» «Yo no tengo nada que agradecerles a ustedes», le respondí con mucha serenidad. Ya estaba en manos civiles.

4

Si en la cárcel uno vive pegado de la salida, cuando sale queda pegado al patio, a las compañeras, a las guardianas, a los muros, al baño, a los corredores, a la comida y, sobre todo, al olor a creolina, sudor y perfumes baratos. Pasa la rumba de la primera noche en libertad, pasa el guayabo del día siguiente y después viene la pregunta: bueno ¿y ahora qué? «Ahora —me dijo Silvia—, la soledad». No oí, pero me llegó el eco. La soledad. *Hola soledad, no me extraña tu presencia*, dije como para despistarla. La soledad, vine a saberlo meses más tarde, no era sólo de compañía, era de trabajar clandestinamente.

Yo me había formado en el sindicalismo, en reuniones, asambleas, manifestaciones, discusiones, votaciones, respeto a las mayorías, al razonamiento. La clandestinidad es otra cosa: obediencia, silencio, pobreza y casi, casi castidad. Alguien dijo por ahí en algún libro que el revolucionario era un asceta, un monje, un redentor. En la clandestinidad se acaban la discusión, la voz de la mayoría, las reuniones, y se depende de lo que la organización dé para sobrevivir. El EME estaba en una situación difícil, una de esas crisis de encrucijada. El proyecto de ser una guerrilla fuerte pasaba por guerrear en el campo y no sólo en las ciudades. Teníamos apoyo popular en Cali, Bogotá, Bucaramanga, pero no teníamos un mazo con qué romperle a la oligarquía siquiera una vértebra. El Flaco lo decía, lo insistía: «Necesitamos un ejército y eso no podemos hacerlo sino en el campo, en la selva». Y para eso teníamos que formar cuadros militares de mando. Cuba y Libia nos ayudaron. Necesitábamos no sólo masas, sino fusiles, y no sólo los fusiles, sino misiles. Se seleccionaron los mejores cuadros, los que respondían más al espíritu del M-19, los más capaces en la política y los más vivos. Viajaron a Cuba y a Libia y se entrenaron. Era el año 83. Gran parte de nuestra élite estaba en la cárcel. Quedábamos libres unos pocos. Casi

todos en la clandestinidad. La represión militar no aflojaba. El Flaco Bateman había muerto y no teníamos ni de lejos un sustituto, aunque hubiera reemplazantes. Las tropas de la Escuela Militar que venían de Cuba y que entraban por el Mira habían caído. Un momento terrible.

Me ordenaron participar en la toma de *El Bogotano*, un periódico vespertino y amarillista pero muy leído, por las viejas empelotas que ponía en la contraportada. Y yo como era anfibia —al decir de Fayad—, a quitarme la capucha y a mostrar la cara. Se trataba de que el periódico le hiciera a Pilar —o sea, a mí— una entrevista en la que hacíamos la apología de nuestras operaciones en los Frentes Sur, mandado por Boris, y Occidente, mandado por Pizarro; leeríamos un comunicado en conmemoración de la muerte de Bateman, perdido en las selvas del Darién un año atrás. Dejamos filtrar también la idea, vaga de todas maneras, de una tregua para conversar. Las FARC, pese a lo acordado, habían declarado un cese al fuego, lo que le daba al Ejército la capacidad mayor de concentración de tropas sobre nosotros. El operativo de *El Bogotano* no era muy peligroso, pero como sabíamos que no podíamos controlar todas las llamadas ni todas las salidas, había riesgos.

Yo vivía con Silvia en el barrio El Carmen. Ella me acogió, me consintió y me quiso. Pero la soledad apretaba. Yo estaba encargada de organizar nuevos cuadros. No era yo la reclutadora. Conmigo hacían el segundo curso, el de formación política y militar. No es que yo supiera de guerras, pero al haber sufrido en carne propia la bestialidad del enemigo y al haberse ido para la escuela militar de Cuba los cuadros más entendidos, los que quedamos tuvimos que asumir por fuerza responsabilidades para las que no estábamos preparados. La clave era seguridad, o sea fidelidad y fe, que es casi lo mismo.

A una de esas citas de mírame sin mirarme miré a un pelado llamando por teléfono; no sé por qué razón me fijé

en él. Estaba segura de que era a quien me habían mandado contactar, pero no podía mirarle la cara, que era lo que tenía que mirar porque el detalle era un lunar en la quijada. Yo podía reconocerlo por esa clave, pero él no podía saber quién era yo, hasta cuando le diera el santo y seña. Estaba segura de que él era el nuevo compa, y en efecto, al voltearse, le pillé el lunar. Era un pelado alto, flaco, se movía con cierta flexibilidad. Me gustó su cara. Debió de sentir que yo era su contacto, y desde ese momento su mando, porque se vino sin titubear y me preguntó: «¿Usted sabe dónde hay por aquí una agencia de empleos?» Era la consigna. Conversamos más de lo mandado. Y me gustó en la misma medida.

Como yo era el mando, lo cité para el día siguiente en una cafetería del Centro. Yo lo estudiaba. Le preguntaba mil cosas a la vez y él me respondía una por una. Era un muchacho diez años menor, o sea que tendría unos veintidós años. Había terminado bachillerato nocturno y había sido ruso, o sea albañil. Le fui descubriendo habilidades físicas, pero poca formación política. «No importa —dije—, yo lo emparejo». Pero la emparejada fui yo. Me enamoré sin haber hecho con él ni un operativo juntos. Sospecho ahora que era un poco débil. Atrevido sí. Y eso me prendió del hombre.

Estudiamos una recuperación económica. Se trataba de asaltar una casa donde un amigo de un amigo de otro amigo tenía unos dólares encaletados. Era simple la acción: golpear, encañonar, buscar, inmovilizar y cerrar la puerta. Lo hizo solo, con un campanero, que fui yo. Impecable. Salió del edificio como si paseara. A los tres meses, y después de varias recuperaciones, unas económicas y otras de armamento, lo llevé a vivir con nosotras. Unos días, porque tres cuadros clandestinos era un riesgo alto. Conseguimos una pieza para los dos. Allí lo amé. Allí montamos un operativo de alto riesgo, el robo de unas armas a una central de celadores. Él iba armado de una subametralladora. Se trataba de un traba-

jo de gran rapidez. Una vez adentro, se tenía que actuar en treinta segundos obligando a los empleados a tirarse al suelo mientras dos compañeros recogían los fierros del armerillo. Teníamos información suficiente. El asalto fue perfecto. Los fierros, recuperados. Faltaba la corona: salir, y ahí se enredó la cosa. Por aquello del fortuito, un policía que andaba ya de civil se pilló el agite. Disparó bien parapetado, la balacera alertó a otros policías que dejaban la estación y se trabó el combate. Al tirarse al suelo, el pelado largó la metra, que quedó tirada a tres metros de donde él se refugió. Los tiros se concentraron en ella. Al ver que no tenía con qué responder, lo cogieron como a un conejo. Los otros pelados lograron abrirse, pero el mío cayó. En la cárcel Modelo lo amé. Y en su celda quedé embarazada. Yo lo acepté tal como se lo había dicho a Silvia: «El trabajo clandestino y la crianza son incompatibles, pero si alguna vez quedo preñada, no aborto». Decidí tener el niño, que fue niña y nació en el 84.

Poco tiempo después, en agosto de ese mismo año, nos reunimos en Corinto para discutir con el gobierno de Betancur, tan asediado por los militares como nosotros, los términos de un diálogo. Acercándose a la plaza, fue herido Pizarro, que llegó con el brazo en cabestrillo, como el Che en Santa Clara. Pizarro, que también había estado en Cuba, había obtenido muchos éxitos militares. Estaba curtido. Cuando entró al Cauca, que era zona del Sexto Frente de las FARC, desaparecieron a dos mandos medios que conocían el terreno y eran gente afilada. Se supo que los habían cogido las FARC. Pizarro hizo contacto con el Sexto y acordaron entregar a nuestros hombres en la quebrada tal, el día tal. Fue un trato entre comandantes. Nosotros llegamos retardados porque para el EME eran montañas desconocidas, y encontramos dos bultos sangrantes: eran los compañeros destrozados. El mensaje era claro: «Esto es nuestro, váyanse». Después vino la batalla de Yarumales, en la que el EME mostró su capacidad

militar y donde el gobierno, pese al bombardeo, recibió un golpe fuerte que nunca fue reconocido por la prensa. También con nuestra victoria se les mandó un mensaje claro a las FARC: no somos una guerrilla de papel. Una de las grandes limitaciones del EME en el Cauca fue que no teníamos bases sociales en qué apoyarnos, y sin ellas estábamos derrotados.

Después de los combates de Yarumales vino la Novena Conferencia. Yo llegué como delegada del Comando Distrital. Al llegar a la zona de reunión, estaban en una lomita Navarro, Fayad, Iván Marino y Pizarro. Me saludaron muy cariñosos. Yo había hecho fama por mi resistencia. Fayad me preguntó: «Adelfa, ¿y con quién vas a trabajar?» «Con quien ustedes decidan, comandantes». La Novena Conferencia tenía, entre otras, la responsabilidad de elegir un comandante general, y los candidatos estaban en esa lomita. Faltaba Boris. Yo no quería escoger porque destapaba mi preferencia para suceder al Flaco.

A los pocos días Fayad me propuso que trabajara con él. Acepté. Salí con Chalitas y con Alberto a recorrer la zona para comenzar a echar raíces. Chalita, con su sombrerazo, era muy apreciado, y Alberto, un maestro de escuela, tenía también prestigio. Andar con ambos era una gran suerte. Las jornadas eran de noche porque de día hacíamos las reuniones. Caminar a oscuras fue para mí una prueba de fuego. Yo rodaba cada tres pasos, avanzaba de penúltima, antes de quien cerraba la marcha. Alberto se preocupó y me enseñó que de noche se debía «catear» con la pata izquierda, muy sensible, y sostenerse con la derecha, más fuerte. Fue un curso que duró una semana larga. Admiré el conocimiento que tenía Alberto. Sabía de ganado, de palmas, de pastos, de construcción, de historia patria, de geografía del África. Admiraba también la palabra de Chalita. El hombre organizaba una manifestación en un camino. La gente lo seguía porque sabía hablarle, porque usaba sus términos y su forma de hacer las frases.

Una madrugada llegamos a una casa. Salió una mujer muy bella, joven, a saber qué se nos ofrecía. Le contamos quiénes éramos. Era la hija mayor de un matrimonio campesino acomodado. Tomamos café y nos invitaron a reposar. Organizamos una reunión con los vecinos. Después de almuerzo, Olga, como se llamaba la mujer, se me acercó y con una sencillez tan bella como ella me preguntó: «¿Usted tiene algo con el Capitán?», refiriéndose a Alberto. «No, nada —le respondí—, sólo andamos juntos». «Es que a mí me gusta», afirmó mirándolo, y meses después se fueron a vivir juntos. Los mataron en el Tolima, tres días antes de firmar el acuerdo de paz con el gobierno.

Una noche vimos unas luces de linterna avanzar por un camino, nosotros íbamos por el borde de una quebrada a salir al camino, pero las luces, en lugar de seguir por donde iban, torcieron quebrada abajo. Estaban a punto de encontrarnos cuando la vanguardia nos reportó que eran las FARC. Santo Dios, qué haremos, pensé yo. Chalita dijo en voz baja: «Al agua». Nos metimos paso por paso al agua helada porque estábamos casi en el páramo. El agua nos daba al cuello. Nos defendía el matorral. Sosteníamos las armas afuera del agua y la respiración dentro de los pulmones. Nosotros, una escuadrita de siete, no les sosteníamos a los 25 hombres de las FARC un combate de cinco minutos.

La Cordillera Central daba contra el cielo. Me acordaba, mirando esa cordillera, de mis clases de geografía: tan pálidas, tan planas, tan muertas. Regresamos a Robles. Habíamos caminado mucho. Yo tenía los pies destrozados. Me encontré con la Negra Vásquez y me preguntó: «¿Y cuántas veces se cayó, compañera?» Yo que la voy a saludar de beso antes de responderle, me resbalé y al suelo fui a dar. La Negra casi se desternilla de la risa. Ella y todos los que estaban ahí: Arteaga, Raulito, Ismael Santamaría.

La que no me reiría después fui yo. Navarro se negaba a darme la credencial para la Conferencia porque yo había llegado a Robles acompañada por uno de mis mejores milicianos, Pacho Francisco. Yo me envenené con Navarro. Alfonso Jaquin, el comandante Pombo, transó: «Adelfa, no se preocupe; pídasela a Pizarro». De nuevo me pillé que había cierta campaña electoral para nombrar comandante general y yo no quería comprometerme pidiéndole un favor a Pizarro. El derecho era que Navarro, que tenía esa función, me la extendiera. No obstante, en la elección de Iván Marino todo fue muy limpio. Muy emocionante ver a esos cinco comandantes —Fayad, Iván Marino, Navarro, Pizarro y Boris— todos fogueados, todos valientes, todos generosos, renunciar a las ambiciones personales. Recuerdo el discurso de Iván Marino renunciando antes de la votación: «Mi disposición es aceptar el mando de quien salga elegido, soy un soldado de la revolución». Y después, silencio. Un silencio sobrecogedor de un instante, como ese que Chalita decía que caía cuando cesaban los tiros en un combate: «He estado en muchos combates, tiroteos que parecían eternos, combates donde la vida se olvida. Pero en todos hay un momento— añadía— en que cesan los tiros y cae un silencio infinito sobre el campo de fuego».

De la Novena Conferencia a Corabastos, donde teníamos un trabajo social y político muy avanzado con los pucheros o pequeños vendedores que tenían su sitio en la Plaza España, y que cuando la alcaldía los metió en Corabastos los blanquearon. O mejor, les respetaron su puesto un par de meses y después los desconocieron. Entonces esos pucheritos pelearon al principio solos y luego apoyados por nosotros. Fue una lucha clásica entre los grandes comerciantes, respaldados siempre por las armas del gobierno, y la gente del pueblo, los pequeños revendedores. De ese enfrentamiento salieron algunos cuadros para nuestras estructuras y el odio visceral de FENALCO contra el EME. FENALCO y los gremios empresa-

riales nos tenían el ojo puesto desde cuando comenzamos a repartir víveres y leche. Al principio era a tiros. Deteníamos en la madrugada un camión de leche a la entrada a Bogotá, cargábamos cantinas o bolsas en nuestro camión, casi siempre robado, y repartíamos el producto a la gente pobre de los barrios pobres. Acciones simbólicas, pedagógicas, que a los empresarios les significaban pequeñas pérdidas económicas y a nosotros grandes ganancias políticas. Caímos una vez a una empresa lechera llamada La Pradera, de la familia Pradilla, ganaderos muy ricos y conocidos de la Sabana de Bogotá. Salió el gerente: «No, muchachos, tranquilos, no se preocupen, nosotros mañana les entregamos la leche bajo el tercer puente de la autopista». Aceptamos. Al día siguiente, efectivo: llegó el camión, pusimos al lado el nuestro. Íbamos a comenzar el traslado cuando apareció el gerente: «No hay problema, señores, pero fírmenme este papel en que se comprometen a no volver a hacerlo». Nosotros nos miramos atónitos y burlones. Yo firmé, con cédula.

No todos fueron tan fáciles. La de El Pomar fue grave y peligrosa. Habíamos asaltado un camión y llevamos la leche al barrio La Aurora, donde un dirigente de la Anapo Socialista, nuestra aliada, era conocido. Cuando comenzamos a distribuir las bolsas llegó la Fuerza de Tarea Disponible de la Policía, nos rodeó y se lanzó a repartir palo a todo el que tuviera una bolsa de leche. Nuestros operativos se hacían cada vez más difíciles en las ciudades. Ya la Policía le fue cogiendo el tirito a una lucha que ignoraban cómo reprimirla. Fue el caso de Las Malvinas el 30 de septiembre del 85, un mes antes de la toma del Palacio de Justicia. El comando del operativo era de unos veinte compañeros, la mayoría pelados de universidad. El objetivo era asaltar varios de los camiones que traían plátano y arroz del Llano por carretera, de Villavicencio. No sabíamos que estábamos infiltrados por el F-2, y cuando se cargaba el segundo o el tercer camión, cayeron

sobre los compañeros cientos de policías, los cercaron y los asfixiaron. Asesinaron a once milicianos desarmados y rendidos. Una muchacha de apellido Ezpeleta, de la Universidad Nacional, se escondió en la casa de una familia del barrio, cerca de donde se había montado el operativo. Ella corrió y logró refugiarse. La Policía llegó, allanó y como no la encontraba, sacó a toda la familia de la casa, los acostaron en el suelo con niños y todo, y los amenazaron con matarlos si no decían dónde se había encaletado la pelada. Ella oyó y salió con las manos en alto. La sentaron en la acera y delante de la familia la fusilaron. En ese mismo mes trágico cayeron en un combate desigual con el Ejército en Cali Iván Marino y su hijo.

Así llegamos a la toma del Palacio, noviembre 6, año 85 en la memoria. En la organización se discutió con mucha fuerza la ejecución de José Raquel Mercado (¿fue un juicio popular legítimo ante un tribunal armado, o fue una ejecución sumaria, un asesinato?), y esa polémica aún estaba viva en el momento en que se propuso el operativo del Palacio de Justicia. El EME se había reunido en España con Betancur y luego en Panamá el Flaco trató de reunirse con un representante oficial del gobierno, intento en el que perdió la vida. Se había firmado un acuerdo de tregua y diálogo en el 84. La tregua la incumplía el Ejército. Nosotros poníamos la queja ante la Comisión de Verificación y nada pasaba. Nada. La Comisión se las tragó enteras, sin respuesta. Habían sido muchas y muy fundadas. Teníamos copia de cada una. La verdad es que Betancur nada podía hacer contra el Ejército, y en cambio el Ejército hizo lo que quiso con él.

El diálogo, por el otro lado, tenía un defecto de cuna: por parte del gobierno no era adelantado por funcionarios con poder, sino que eran unos delegados particulares sin capacidad de tomar decisiones. Ninguna de las dos instancias andaba. Desde los acuerdos con Betancur nos habíamos preguntado qué haríamos si el Presidente no cumplía. Nos desvelaba el

hecho. Nosotros no podíamos poner siempre los muertos. La manipulación de la prensa era cínica y repugnante. Desvirtuaba nuestras denuncias. Los gremios nos acusaban de boleteo y de asociación con el narcotráfico. Unos días antes del operativo, yo le había oído decir a uno de los pucheritos de Corabastos que el EME se iba a tomar el Congreso. Yo le pregunté a mi mando y me respondió que esa locura no estaba en los planes. Lo dejé pasar. Hubo, entre bambalinas, una discusión muy fuerte sobre si juzgar o atentar contra el Presidente por incumplimiento de lo pactado. Se resolvió, en la cúpula de la estructura encargada de estudiar el caso, llevar al Presidente a juicio, pero no ante el Congreso, una institución decadente, corrompida y desprestigiada, sino ante la Corte Suprema de Justicia, un organismo respetado y en ese momento presidido por el doctor Echandía, un jurista muy prestigioso. Fueron los argumentos de Alfonso Jaquin, profesor de derecho penal, y Andrés Almarales, político y también jurista proveniente de la ANAPO. Era una idea simple pero peligrosa. Se presumía que los militares no aceptarían la humillación del Presidente, pero tampoco optarían por sacrificar a los magistrados. El Presidente, como comandante supremo de las Fuerzas Armadas, ordenaría su repliegue para evitar una toma sangrienta. En realidad, lo que se buscaba, con ingenuidad e irresponsabilidad, era hacer una simple denuncia armada desde el corazón del país sobre las violaciones a la tregua y el fracaso de los diálogos. Había una oposición muy fuerte al argumento político de Almarales y Jaquin: si el EME está contra el orden estatuido, ¿cómo puede escoger a la máxima instancia de ese orden para que juzgue lo que debía juzgar el EME?

Yo viví la toma desde lejos. Estaba en Bosa en trabajo político. Hacía un sol brillante de verano, caía a plomo. Sudaba. De repente, de una ventana salió una mujer y me gritó: «¡El EME se está tomando la Plaza de Bolívar!» Entré corriendo. Eran las primeras imágenes: la gente corría, se oían tiros, el

desconcierto era general. Las cámaras de televisión temblaban. Entonces, pensé, sí, era cierto lo que me había anunciado el pucherito. Regresé a mi casa. Busqué a mi mando. Me dijo: «Si logramos resistir doce horas, ganamos». Lo miré escéptica. Nos sentamos en casa de una amiga común a oír radio y a mirar la televisión, que todavía Noemí no había ordenado controlar. Oí la histórica respuesta del asesino de Plazas a un periodista: «Aquí defendiendo la democracia, maestro». Las horas pasaban. En un momento comenzaron a salir los rehenes; vimos —lo juro— a Andrés Almarales levantando los brazos y haciendo con las manos la V de la victoria. Nosotros no nos movíamos. Esperábamos una respuesta como la que se le dio a la recuperación de los cinco mil fusiles. En la noche seguíamos oyendo los boletines y los tiros. A la media noche, se suspendió la transmisión por radio y televisión. A las dos fueron los bombazos, los oímos. Eran brutales. Pensábamos en nuestra gente metida en esa ratonera, en los magistrados desesperados ante la impotencia o ante la debilidad del gobierno, y hasta en el mismo Presidente, secuestrado por los militares, vengándose con sevicia. El Palacio ardía. Los tiros iban dejando de oírse. «Si amanecemos —dijo mi mando—, vencimos». Volví a mirarlo, esta vez con tristeza. Ya no podíamos seguir mintiéndonos. En la mañana seguíamos sin dormir. Ocho días después, cuando todo estaba consumado, la catástrofe de Armero salvó al gobierno de un juicio político. Álvaro declaró por *Radio Macondo*, una emisora clandestina nuestra, que el EME desplegaría en secreto sus fuerzas para ayudar a la gente afectada. Fue cierto: mandamos una fuerza a trabajar con las víctimas en ese barrial. Después matarían a Álvaro. Todavía duele ese crimen.

En el 88, ya con Pizarro de comandante general, participé en la reunión que llamamos Campo Encuentro, para responder la misma pregunta de siempre: «¿Para dónde vamos?» Una pregunta que tiene tantas respuestas como buenas inten-

ciones, que casi nunca se cumplen. A veces uno va para un lado y la vida para otro. El tema de fondo era una evaluación del operativo del Palacio. Muchos decían, y yo con ellos, que si no hubiéramos realizado esa locura, habríamos quedado como las FARC, en la manigua, y la consigna del Flaco era la contraria, salir de la oscuridad y golpear en la cabeza. Pero la cabeza no eran los magistrados, ni siquiera los militares: las cabezas de la oligarquía eran varias. A los magistrados los había dejado arder porque no eran cabezas de la oligarquía, sino simples altos empleados del Estado. Se estudió el tema. ¿Cabezas? ¿Quiénes eran las cabezas? Se pasó revista a varias: Lleras, Turbay, Ospina, Gómez, Carrizosa, Herrera, Umaña, Santos, López y hasta Samper. Se habló caso por caso y se dejaron pendientes investigaciones de inteligencia para definir posibilidades y prioridades. Así se originó el secuestro de Álvaro Gómez Hurtado. De todas maneras, Pizarro emitió una declaración que terminaba gritando: «¡Vida a la Nación, honor a las Fuerzas Militares, muerte a la oligarquía!»

Cuando todavía quedaba amor, mi ex compañero me avisó: «Piérdete». Me perdí sin mirar ni oír noticias. Nada pasaba. Una semana con mi niña sin mirar por la ventana. Pura disciplina. Al domingo siguiente a medio día: «Secuestrado Álvaro Gómez Hurtado». Me comenzó la preocupación por el muchacho, que a lo mejor había participado. A Dios gracias no se oía decir nada de tiros ni de muertos. A Maza Márquez, director del DAS, le preguntaron en una rueda de prensa: «¿Cree usted que fue el M-19?» «Esos bandidos terroristas han sido exterminados, están liquidados. Habrá unos pocos como ratas en sus madrigueras» (y yo sin salir de la mía). «Entonces, general, ¿quién fue?» «¡La mafia!», respondió en su costeñada.

Álvaro Gómez era un ser humano de gran inteligencia y muy astuto negociador político. A la organización la tramó con el argumento de que si lo mataban, ganaban sus enemi-

gos y eso no nos convenía a ninguno. Duré mucho tiempo hasta entender la frase. O, mejor: cuando lo mataron y todas las pistas apuntaban a los militares, todo quedó claro. Creo que él solo llegó al acuerdo de su liberación. Uno de los síntomas fue que retiraron por completo al Ejército de las montañas del Cauca para permitir que Felio Andrade Manrique se reuniera con la comandancia sin tanto peligro. Allá se hizo el negocio. Habrá que reconocer que quien de verdad abrió las puertas para la negociación fue Gómez Hurtado, y el operativo lo hicimos para secuestrarlo y luego dejarlo en libertad.

Nos reunimos por fin en Santo Domingo, Cauca, para definir la oferta de desmovilización que hizo el presidente Barco. Se discutió mucho. De manera muy intensa y acalorada. La mayoría aceptaba la desmovilización como un paso hacia la acción política legal. Si la guerra es la política por otros medios, decían los defensores, la política es la guerra por otros medios; pero los dos medios al tiempo eran imposibles, aunque la oligarquía así los empleara. Tres votos fueron negativos. Temían que la entrega de armas equivaliera a poner el pescuezo en la guillotina. Pero sólo fueron tres votos. Hubo uno curioso: ni sí ni no. La entrega de armas fue una ceremonia fúnebre para muchos. Los muchachos se habían enamorado de sus fierros; sin ellos sentían un vacío profundo; tenían miedo de andar de civil. Las armas son poder puro, en el dedo. Soltar ese poder era también perder la libertad, estar sometido a la voluntad de otro y ese otro era —ni más ni menos— nuestro enemigo, el que nos había decretado la muerte. Era renunciar al futuro.

5

Me fui desesperando del desempleo, del rebusque y del empleo. Todo me sabía igual, a mierda. El desempleo es buscar

sin dignidad la zanahoria prometida; el rebusque es aguantar el garrote que nos damos entre nosotros, los iguales, y el empleo es peor: es comerse la zanahoria envenenada.

Al dejar aquella mañana los fierros y volver a la vida civil —porque los de la civil también entregamos—, no sabíamos que lo que habíamos entregado era más que las armas, era la ilusión de un mundo mejor, justo, limpio, luminoso. La organización no se desmoronó al otro día, la muerte fue lenta. Agonizó como agoniza un armadillo, poquito a poco, sin darse cuenta. Entre discusiones y peleas interminables nos fueron sumergiendo en la vida de los que buscábamos salvar. Una vida del mismo color todos los días. Al principio, pensaba, seguiré igual pero ahorrándome la zozobra del miedo. Mentira, el miedo hace falta, es un compañero que se echa de menos; cuando no es terror, da fuerza, enerva. Es guía. A veces teníamos que recurrir al terror para recordarnos que éramos los mismos de antes y nos inventábamos allanamientos, cárceles, desapariciones. No porque el gran aparato represivo hubiera desaparecido, sino porque lo necesitábamos para no dejarnos desvanecer. Pero el mecanismo se oxidó y frente a nosotros no quedaba sino una realidad: la necesidad del techo y del pan. Teníamos que conseguirlos sin la humillación de volvernos choferes de taxi, artesanitos de *agáchese*, y lo peor, amas de casa. Nosotros —una parte de nosotros— nos negábamos a botar las banderas a la alcantarilla. Queríamos seguir peleando y vivir de la pelea. Se hizo imposible sin regresar a las armas, y los que dijimos que había que dejarlas no teníamos vuelta atrás. Pero tampoco podíamos seguir adelante sin meternos de barriga en la gran máquina del sistema, sin ser engullidos por ella. El desempleo era nuestra realidad. Se podía aguantar viviendo de otros, de los que trabajaban, de la familia, de los amigos, de los compañeros. Pero unos y otros no resistían la carga sin cobrarla, bien fuera con una mirada, con un gesto, con una agresión; con dejar el baño sin papel

higiénico, con cambiar las guardas de una cerradura, con mirar la nevera y decir: no hay ya nada. Yo no tenía el cuero tan duro como para aguantar tres veces un tiro de lado. Ni de frente. Por eso un día dije: «A la calle, a buscar como todo el mundo. ¿Acaso soy distinta a mi pueblo?» Una cosa sí tenía clara: no volver a ser maestra ni por una hora.

Me contrataron como «mesera aseada». «Eso sí», me dijo la patrona, entregándome un delantal usado y sudado, «tiene que guardarse el cabello entre la cachucha porque un solo pelo —me repitió, señalándome la cabeza con el dedo—, un solo pelo y quedamos en la calle las dos y las otras. Nos cierran el negocio. La clientela puede aguantarse todo, uñas sucias, delantal mugroso, pero un pelo en la sopa y pegan el grito y ese grito se oye en la Secretaría de Higiene y todos quedamos otra vez en la acera». El restaurante El Corrientazo y otras cosas quebró. Y no por las uñas sucias ni los pelos, sino porque a la patrona la asaltaron dos compañeros a los que yo tuve la franqueza de contarles dónde trabajaba y qué hacía. Lo hice como para matar el fantasma. Y me dejaron sin el pan y sin el queso.

Como yo sabía de gente, como yo trabajaba por la gente y sabía sentir sus dolores, pensé que lo mejor era buscar por ese lado. Digamos: no de pueblo, sino con el pueblo. Eso quería decir algo como participación de la comunidad, una chanfa que estaba de moda. No me quedó tan difícil pedir cacao después de haber servido sopa de fideos, y al Ministerio de Salud fui a parar. Había conocidos y compañeros. Los primeros se llamaban por nombre y apellido; los segundos, seguían llamándose por sus alias. Desde portería hasta secretaría general había compas, que eran en esos pasillos y oficinas como el santo y seña. La Oficina de Personal me mandó a un pueblo que yo no había oído nombrar, Acandí, en Urabá, a organizar talleres de primeros auxilios, salud comunal y participación. Un nombre más largo que el trabajo que había que hacer.

No era fácil. No. Era delicado porque había gente peligrosa. Todavía los paras no se conocían ni por este nombre ni por su apellido. Había narcos. Grandes narcos que sembraban de vacas sus haciendas y tenían a su mandar cuadrillas de peones armados y obedientes. ¿Quién no es obediente cuando depende de un salario? Pero había también *esperanzados*, gentes del EPL que eran casi los mismos. O por lo menos en lo que hacían eran muy parecidos: manejaban la seguridad de los patrones.

De todas maneras, me bajé del bus que me llevó de Medellín a Turbo, me acomodé en la panga con dos motores 175, atravesamos el golfo de Urabá a golpes de ola en el culo y hasta Acandí. Era un pueblo de mulatos, negros y un blanco, el enfermero. Caluroso y, desde el color de mi piel, peligroso. El enfermero, un muchacho honrado, quisquilloso pero comprometido, que cada día dejaba ver como una confesión obligada su codo quebrado, me ayudó mucho. Una noche, borracho, se estalló: «Me gustan los pelaos que juegan fútbol en la cancha». Lo tranquilice: «Fresco, hermano, eso no es pecado; y si es pecado, yo se lo perdono». Desde ese día, como decía mi tía monja, lo vi despercudido. O despercudiéndose, ganándole la pelea a la vergüenza.

Yo organizaba talleres. Ya fuera en Santa María, ya en Tudela o en Arquía, una comunidad de los pocos indios cunas que todavía andan sobre el planeta. En Santa María, que no era la Antigua del Darién, sino sólo Santa María porque la Antigua desapareció sin dejar rastro, había historias. La más conmovedora era la de un español, misionero joven, que había llegado casi solitario a donde el finado monseñor Duarte Cancino —que Dios lo perdone— a pedirle que se le permitiera trabajar en ese confín al servicio de los pobres. Trabajó como peón de cercas, trabajó como vaquero, trabajó al jornal, fue aserrador en Juradó sacando los últimos palos de comino crespo que había en la región, pero trabajó siempre como mi-

sionero. No hablaba de religión ni de dios ni del diablo, pero sabía hablar de todo haciendo lo que hacía. De tal modo que era muy querido. Fue avanzando en su trabajo de misionero, que era el mismo con el que se ganaba la vida. Hasta cuando los patrones, que después resultaron los Castaños, lo mataron. Lo mataron, digo yo, con sus manos, o con sus armas, porque esas bestias eran, además, cobardes. Nadie lo reclamó. Ni la ley ni la Diócesis ni sus amigos ni sus enemigos. Quedó tirado desangrándose en el patio de la concentración escolar donde estaba jugando básquet. Duró tres días sin que nadie siquiera lo mirara, como si no hubiera existido, como si no fuera un cadáver. Cuando comenzó a heder, le echaron una volquetada de tierra con creolina, lo arrastraron amarrado a un cable y a la ciénaga fue a dar.

En Arquía traté de parar el alcoholismo de los indígenas. Habían arrendado sus tierras del resguardo y se gastaban la plata en trago sin mover un dedo. Sentados en las puertas de sus ranchos rodeados de las vacas de los ganaderos. Estaban derrotados, aislados, desmoralizados. Sabían que eran gente condenada a desaparecer y ninguna luz les alumbraba ya. Se los comían las enfermedades y el aguardiente. Yo estaba dispuesta a todo.

A Tarena había que llegar a caballo. A nosotros los de salud pública —el enfermero, un médico que venía cada quince días y yo— nos dejaban unos caballos que más andaba un espantapájaros que esos táparos. Duraba el día —si hacía bueno, si no llovía ni relampagueaba ni caían rayos y centellas, como era la costumbre— atravesando ganaderías de cinco pelos, con quinta de hacienda —donde uno no se podía arrimar por los perros o por los escopeteros que siempre había— y unos llanos largos sombreados de tanto en tanto por un samán o una ceiba, hasta cuando iba uno llegando a la nochecita, antes de que oscureciera porque yo iba sola, y de noche no soy gato. Peor que el camino eran los talleres. La gente iba a ca-

tear de qué se trataba. Estaba acostumbrada a las reuniones con politiqueros, donde les daban promesas y un almuerzo, o a reuniones de catequesis, donde ni almuerzo les daban, pero a las que había que ir porque el cura sigue siendo el cura, amigo de los políticos, amigo de los ganaderos y, sobre todo, leal a Monseñor. A los talleres que yo hacía llegaban, saludaban, se sentaban y contaban las horas primero y luego los minutos faltantes para el refrigerio. Yo veía que no me miraban, yo sabía que poco les quedaba. Pero un taller es como ir a una función de cine sin película. El ritmo del bostezo indica la hora. Después del refrigerio, de nuevo el taller. Aprendí a distinguir a los talleristas profesionales de los refrigueristas ocasionales. Los primeros hacen siempre las mismas; hablan el idioma de los conversatorios y demás eventos: conocen las palabras y las pausas, saben empezar con un florilegio a la «profesora» y saben echar puyas para aumentar su prestigio. Nunca discuten las respuestas que uno les da porque no las oyen, y los segundos tampoco. Los otros son verdaderos asistentes, asisten. Se sientan, miran por la ventana, si la hay, o al tablero, si existe. Son capaces de guardar silencio horas y sólo conversan, preguntan o discuten durante los refrigerios, siempre cuidándose de no tocar los temas del taller.

A pesar de todo, seguía teniendo la ilusión de que el pueblo organizado podía hacer respetar sus derechos. Eso pensaba. Y venía pensando una tarde cuando oí el zumbido de un algo que relampagueó en el aire, seguido de un mugido de res: un negro grandote y fuerte como una gran estatua de carne y hueso había decapitado a otro a mi lado. La cabeza del muerto rodó por el declive de la calle y paró en la alcantarilla por donde corrían las aguas negras. Yo quedé petrificada. Pensé que el segundo machetazo era el mío. El negro me miró con los ojos inyectados de horror y de sangre, botó el machete y corrió a perderse. Al principio, el silencio total. Después el murmullo. Por fin, el grito. Un grito colectivo,

de todos. Los que habían visto y los que nada vieron, que poco a poco fueron todos, toda la población. Nadie vio, nadie supo. Sólo yo declaré ante la Policía que llegó de Turbo tres días después a hacer el levantamiento del cadáver, cuando ya las moscas habían puesto sus huevos. Declaré lo que vi. No supe por qué habían matado al muerto. Lo mataron frente a mí: «Oí, señor agente, el vuelo del machete. Sentí el golpe, oí caer el cadáver desgonzado y descabezado. Le vi los ojos abiertos y la boca sangrando. Y no sé más, señor agente, no sé más; lo único que sé es que me quedo aquí el tiempo que gaste haciendo mi maleta. Me voy. Por favor, llévenme en la panga en que llegaron. No quiero saber más de este pueblo, ni de esta tierra, ni de la sangre que aquí corre».

Regresé a Bogotá, una ciudad que uno no quiere y que sin embargo no sabe vivir sin ella. Le caí a Mireya. Desde «aquellos días» no la había vuelto a ver, hasta cuando la encontré muy elegante, de vestidito sastre gris ratón con cuellito de terciopelo negro, pelo pintado y dedo parado. Había sido una compañera muy importante en varios operativos. Me recibió en su apartamento. Un sitio bien amoblado con sillones y tapetes, cuarto de baño con toallitas varias, flores secas sobre el tanque de agua del sanitario y alcoba de huéspedes. Nos emborrachamos con ginebra, un trago desconocido para mí, que se me subió a la cabeza en segundos. Cuando traté de pararme, no podía. Ella me ayudó y, además, me acostó. Al día siguiente me contó que trabajaba en un negocio «fabuloso, compa, fabuloso»: la venta de una vaina para enflaquecer llamada *yerbaligth*. Me explicó los pormenores: «Usted vende y gana, no sólo dinero, sino categoría y, automáticamente, pone a trabajar a otro que desde ese momento trabajará para usted, y todo lo que consigan los trabajadores hacia abajo será en parte para usted. Las primeras ventas son las más difíciles; después, todo es suyo. Yo trabajo poco. Ahora trabaja para mí la cadena de rebuscadores que conseguí y que a la vez ellos

consiguieron, y así. Es como poner a trabajar lo que el Flaco Bateman llamó la "cadena de afectos", que sigue siendo una muralla protectora, pero en vez de ser de pendejadas, ahora es económica, de plata, compa, de platica, contante y sonante. Es fácil colocarla, todo el mundo es vanidoso y por ahí cae, por ahí se les afloja el bolsillo a los más apretados. Basta con que tengan barriga, pescaditos, michelines, y ya está, negocio celebrado, papel firmado y alimento entregado. Se le llama alimento a ese bebedizo. El otro requisito es que usted, compa, necesite trabajar, tenga necesidades. ¿Y quién no las tiene? Las necesidades saltan unas encima de otras y hacen pirámides de necesidad. Es como en aquel sitio: basta ponerle el pecho a la voluntad y uno sale como saliendo, como salimos, por nada, de tanto embrollo en "aquellos días"».

Yo, en ese guayabo que andaba, le dije que no podía abrir la boca para no vomitarme, pero que más tarde, cuando el limón me hiciera efecto, hablábamos. A los dos días tenía yo resuelto el problema: me haría vendedora de esa droga alimenticia. Ella me advirtió: «Eso sí, compa, no puede seguir despeinada y vistiéndose así como va. No tengo nada contra esa manera de vestirse, la gente es libre de vestirse como quiera, de hacer de su culo un candelero; lo que pasa ahora es que ese candelero aquí es de oro y no de plomo. Yo le voy a prestar un vestido mientras tanto y esconda esa mochila, esos bluyines y esos tenis para los domingos por la tarde. Aquí es con berraquera, las cosas entran por los ojos y usted se les tiene que meter entera».

Tres días después yo estaba a la cacería de mi primera víctima. ¿A quién caerle, si todos mis conocidos y conocidas eran —digo, habían sido— gente de la organización? Me vestí con lo que ella me dio y le llegué a Silvia. Me recibió con el amor de siempre. Mucho la había querido, por no decir amado. Ella me había enseñado el arte del engaño para sobrevivir. Seguía sobreviviendo ahora, pero sin engañar a

nadie, sin embalar a nadie, sin mentir. Me dio una lección de dignidad que me hizo sentir una traidora, el peor sentimiento que uno puede tener porque remuerde, remuerde, vuelve y muerde. Con todo, me dio tres señas y a tres compas les golpeé. Uno había sido comandante. Buen comandante, astuto, de pocas palabras. Hábil con los fierros y de sangre fría en los operativos. Pero de esa palabra poco le quedaba. Trabajaba con el gobierno, tenía oficina, carro oficial y escoltas. Y, por tanto, barriga. Se la acaricié por encima del chaleco y le solté un «papito, tienes que rebajar esta montañita». Se puso colorado. Mejor todavía, pensé siguiendo las instrucciones de Mireya. Le había tocado la vanidad. Se afilió a la cadena. La única condición, le dije diciéndole lo que me habían dicho, es que cuando le digan qué bueno estás, papito, digas: «gracias a *yerbaligth*». Me gané un billetico y subí el primer escaloncito. Después vinieron otros pocos. Más eran los no que los bueno, y pocos bueno llegaban a volverse firma en un cheque. Los tacones me pesaban, el sastre me asfixiaba y la carreta me hacía sentir infeliz. Saqué cuentas morales, resté gustos y decidí regalarle a Mireya el sastre nuevo, y volver a mis forros. Arrendé una pieza con lo que alcancé a juntar y adiós tentación. La cabra al monte tira, como dice el dicho.

Pasaban los días. Llenaba formularios. Me volví una experta en contestarlos, tramitarlos y aceptar el «su hoja está sobrada, pero por ahora, nada. En quince días deme un telefonazo». Mientras tanto, la cuenta del arriendo sumaba, desayunaba tinto, almorzaba lentejas y comía calambre. Tenía que volver a los pasos andados, ya que los otros no me llevaron a ninguna parte. Pensé muchas noches en volver a ponerle precio a la vida, en volver a los fierros. Los fierros son los fierros y uno, con uno en la mano, se hace obedecer: «Muestre a ver, bájese de lo que lleva, ¿o quiere que le echen tierra en la boca? Al piso, so malparido, gonorrea». La sola imagen de ese cuadro me hizo bajar del carro en que casi es-

taba embalada. Nada. Con mis principios y con mi dignidad, así sea al infierno.

Una noche me encontré con un familiar olvidado. Ahora era rico. «Nada de Soatá —me advirtió de entrada—, nada de tías ni de primos: el cruel pago al contado. Hay un buen trabajo. Honrado, para gentes honradas como tú». Le dije sin más: «Meto». Y metí. El primer problema era que tenía que trabajar en Bucaramanga, a donde se había corrido mi gente de Piedecuesta, y yo no quería volver a tener que ver con ellos ahora que era mayor y seguía pelada. Era como regresar derrotada. El siguiente problema, el que más me dolía, era tener que dejar Bogotá, no por ella, sino por él.

Era un golpe al alma. Habíamos ido encajando sin sentirlo y, sobre todo, sin saberlo. Lo había conocido en un tropel cuando estábamos pollos y nos cruzamos varias veces en la civil y después, cuando entregamos la esperanza. Era mayor que yo, mucho mayor. No era acuerpado. Usaba el cabello largo, aunque las entradas le iban ganando pedazos de frente, que era de por sí amplia. Parecía pretencioso porque era tímido. Pero a mí me llegaba más lo que contaba que lo que, a veces, trataba de escribir; sobre todo sus cuentos de niño. Había nacido rico. Su familia tenía haciendas y el niño se crió como lo llamaban los peones que trabajaban para su padre: amito. No tuvo como niño cuadra donde jugar con otros, y ni vereda porque los hijos de los campesinos eran eso, hijos de campesinos con quienes le tenían prohibido juntarse. Aunque lo hacía a escondidas. Él y su hermano, que fue durante mucho tiempo su compinche, se escapaban a jugar a policías y ladrones, pero al contrario de lo que se podía esperar, ellos, los hijos del mandacallar, eran los ladrones. Aunque ese lado tenían que ganárselo peleando, porque todos querían ser los malos. Se conocían todos los montes y las lomas de la vereda, todos los caminos y las trochas. Por eso en la guerrilla a él no le dieron tan duro las marchas. Por eso también, cuando

entró al colegio, no sabía tratar a los niños de ciudad. Y esa distancia nunca pudo brincarla. Sabía oír a los campesinos, los entendía, sabía de su fascinación por los relojes y por las máquinas, sobre todo por las de trillar el trigo. A la hacienda donde nació, llegaba una vez al año, en verano, cuando las gavillas ya estaban secas, la máquina de trillar, un nombre que era un título. Llegaba desde el pueblo jalada por dos yuntas de bueyes. Se oían. Contaba desde lejos las maldiciones de los gañanes, siempre enemistados con los bueyes, y el chirrido de los goznes de la máquina, que era, como todas, roja. Acomodada al lado de los montones de trigo, comenzaba a rugir su motor de gasolina, que era una novedad para los niños, que sentados en una lomita miraban las correas batientes que hacían rodar los engranajes de la trilladora. Por detrás, los peones la alimentaban, y por delante, por donde tenía garfios que parecían los dientes de un animal gigantesco, botaba el tamo. En el centro, por un hueco discreto, botaba el grano. Sabía recordar con detalle y se engolosinaba en ello. Me metió en su vida como me envolvía en sus cuentos. Nos descubrimos el cuerpo como quinceañeros y nos lo gozábamos entero y por partes, al detal y al por mayor. Teníamos orgasmos largos que tardaban en irse porque había que trabajar con paciencia. A veces, no obstante, saltaban como la tapa de una botella. Nos hacían olvidar las armas, escondían los miedos. Por eso me costaba dejarlo. Lo dejé mirando al suelo, derrotado, una mañana en el terminal. Quería romper para siempre esa página.

El tercer problema, el más áspero, el más indignante, era el trabajo que tenía que hacer. Se trataba de una empresa naciente y bien financiada que negociaba cartón y plástico. Los almacenes de cadena, que en las ciudades crecían como pulpos arruinando las tiendas de barrio, botaban a la calle lo que consideraban simples desechos sin valor y por eso se lo regalaban a los recicladores de carritos de balinera. Un gran almacén bota miles de toneladas al mes que, sin proponérse-

lo, alimentaban a miles de familias. Mi oficio consistía, de entrada, en hablar con los recicladores y decirles, simplemente, según mi supervisor: «No más, búsquense otra cuchara». Lo que me ardía no sólo era tener que verme obligada a obedecer la que nombraban con tanto orgullo «política de la empresa», sino saber que esa empresa, precisamente esa, la única donde había podido conseguir trabajo, era ni más ni menos que de los hijos gente muy encumbrada en la política y el Ejército. O, para ser más exacta: una compañía entre los hijos del que había sido secretario de gobierno de Turbay y los hermanos de un general que mandó en el Cantón Norte. Yo no podía creerlo cuando lo supe. Yo, que he luchado echando mi vida por delante por los pobres, contra la injusticia y las desigualdades, los abusos y la brutalidad de los ricos, ahora tenía que mandarlos a la mierda, quitarles la comida y, sobre todo, a favor de un par de niños ricos que hacían fortuna amparados en el poder burocrático de sus familias. Me reventaba la ironía, el sarcasmo del destino: tener que volverme un agente de mis enemigos, un agente al servicio de su bolsillo. Trabajar para ellos, directamente, sin más ni más. Era humillante. Demasiado humillante. El trabajo en una fábrica, en un almacén, en el gobierno se justificaba porque después de rendir armas —que, aunque nunca quisimos aceptarlo, fue lo que terminamos haciendo— fuimos reducidos a tener que aceptar las reglas del juego. Pero ahí, la explotación, la extorsión del sistema, se disimula con el salario, con el crédito, con la prima y la cesantía, con el anonimato de las fuerzas que nos atenazan. Pero en el oficio que tenía que hacer esas fuerzas estaban, para mí por lo menos, desnudas: el poder de los ricos y la necesidad abierta, menesterosa, de los pobres; del reciclador que, en su miseria, dobla el cartón, lo vende a reducidores, compra dos papeletas de bazuco y media botella de aguardiente, para sobrevivir otra noche al frío y al hambre. Sin embargo, tener que ser yo, que había luchado a sangre y

fuego contra esa brutalidad, quien le rapara la comida a la gente, para que dos riquitos se llenaran sus bolsillos, me parecía casi imposible de creer y de tener que hacerlo sometida a un régimen de trabajo infame. Yo tenía no sólo que decirles a los recicladores que se fueran a la mierda, sino luego espantarlos dándoles instrucciones a los cuerpos de seguridad de las empresas para mantener a esa gente alejada de las zonas de los grandes almacenes. La cuestión era de nuevo, como me dijo mi conciencia, el dilema: o ellos o yo. Lo mismo que en una pelea con el Ejército. La cruel y brutal diferencia era que ahora pesaba en el otro lado: contra la gente que defendí. Me sentía una traidora, una regalada, una esquirola, una alcahueta, una criminal. Llegué a sentir odio por mí en aquellos días y sobre todo en aquellas noches. Aquellas noches en que desamparada, sin él, sin dinero, sin casa, en una pieza arrendada a crédito, tenía que enfrentarme a una de las más denigrantes batallas de mi vida: la guerra contra los chinches, contra batallones de chinches que, ávidos de sangre, de mi sangre, salían en tropel de sus nidos hechos en las profundidades oscuras de mi colchón a buscar su comida, que era yo, mi cuerpo. Los sentía desde cuando comenzaban a mover sus patas como garfios diminutos, desde cuando en sus barrigas asquerosas comenzaban a segregar los jugos gástricos que los hacían salir de sus cuevas en orden de batalla para ir a comerme. Los sentía treparse por la piel de mis piernas, de mis nalgas, de mi pescuezo y clavar sus picos infectados en mi cuero, traspasarlo, sacar mi sangre. Alcanzaba a veces, con suerte, a pillar uno entre mis dedos enfurecidos y saltar sobre mi cama, su mundo, con la intención de exterminarlo y de exterminarlos uno por uno y no poder, no saber cómo matarlo, cómo matarlos a todos. La sensación espantosa de saberme invadida por esos seres diminutos y ávidos, de vientres rojizos y peludos, que no se detenían ante mis gritos ni mis súplicas, ni huían de la luz que encendía desesperada, no

huían a su madriguera al ver que yo con mis tenis aplastaba sus vanguardias y sus retaguardias, y, sobre todo, tener que soportar la rasquiña que me producían los venenos que me inyectaba a cambio de mi sangre y el hedor asqueroso que expelían sus cadáveres sobre mi colchón, se volvió para mí la absoluta y definitiva imagen viva de mi derrota.

Cinco

Hospital de sangre

El sábado 5 de octubre del año 2002 llegamos a Santuario, tierra de café de la que mi papá mucho hablaba porque trabajaba con la Federación Nacional de Cafeteros. Yo me acababa de separar de mi marido, un niño bien de Pereira que no sabía ni quería trabajar. Picaba aquí, picaba allí, y a la hora de la verdad, nada. Un día de aquellos en que una quiere volar, cortarse el pelo, hacerse la uñas, me fui a visitar a mi papá, que vivía en Manizales, también separado. No lo encontré y regresé a Pereira. Abrí la puerta de mi apartamento donde vivíamos y oí un movimiento raro. Pensé que los niños, Daniela y Juan David, ya habían regresado del colegio, miré el reloj y cuando levanté la mirada, vi a mi marido tratando de ponerse el pantalón saltando en una pata. Ella, su moza, se tapaba con la sábana. Lloraba.

Yo grité y después me callé. Salí corriendo al apartamento de mi mamá, que vivía a una cuadra. Me consoló: «Para mejor será», dijo. Yo trabajaba en la clínica La Luz desde cuando me gradué como enfermera auxiliar. Quise estudiar medicina, pero las notas no me dieron. Había estudiado en el Colegio Cooperativo y un profesor me inclinó hacia las ciencias de la salud. Era un hombre bello. A la clínica llegaban muchas veces tipos uniformados y heridos, que yo suponía soldados, aunque nunca entendí por qué, habiendo hospitales militares, los llevaban a una IPS privada. En Santuario se hizo la luz cuando llegamos a una vereda cercana al pueblo y co-

mencé a ver gente uniformada que no era del Ejército, porque andaban con los camuflados sucios, no tenían insignias y en cambio sí llevaban brazaletes de las AUC, Bloque Risaralda. La noche anterior mi jefe, el doctor Ancízar, directivo de la clínica, me había dicho: «Prepárese para una emergencia rural». Extraño, pensé. ¿Emergencia rural? Pero como aún tenía yo el moco vivo de la separación, lo olvidé hasta el día siguiente, cuando pregunté qué llevaríamos para la «emergencia rural», y lo dije con sorna porque de todos modos era raro.

Llegamos a un caserío a orillas de la carretera que lleva de la vereda La Esperanza a la vereda La Mina. Yo estaba desconcertada, con miedo, no me atrevía a preguntar nada. El jefe lo sintió y me tranquilizó: «Mona, son seres humanos» «¿Qué habrá que hacer con esos seres humanos?», pregunté. «Usted es profesional y sabe muy bien qué debemos hacer», me dijo mientras entrábamos a un galpón maloliente y oscuro donde había diecisiete hombres heridos en el piso y cinco muertos arrumados en un rincón. Me paré firme, pedí un rejo, lo guindé de punta a punta y empecé a colgar sueros, a canalizar venas, a parar hemorragias, a limpiar heridas, en fin, a preparar los heridos para que el jefe los fuera revisando. Limpiamos, cortamos y suturamos. Llamé a mi vecina para que se hiciera cargo de mis hijos y me solté a hacer curaciones tres días seguidos en los que gasté todos los guantes de cirugía que llevábamos y terminé usando los de la cocina. Casi no dormíamos, pero aprendí a descansar en hamaca. Al final, cuando vimos que la mayoría de los heridos estaban estables, montamos a los pocos que no habían reaccionado para atenderlos en Pereira.

Todos los muchachos estaban muy agradecidos; salían de las casitas y de las caletas a despedirse y darnos las gracias. Yo me sentí reina. Me había dado entera. No sólo trataba de curarles las heridas, sino que les lavaba en la quebrada los uniformes y las medias. Ellos estaban muy conmovidos con mi

comportamiento. Al salir, se me acercó el comandante sonriendo y me dijo: «Mona, muy querida vos, quedamos muy agradecidos con vos, fuiste muy valiosa en esta operación», y me dio un paquetico que metí en el bolsillo de mi bluyín como haciéndome la desinteresada, aunque yo sentí que se trataba de un paco de billetes. En el camino de regreso lo toqué varias veces. Al principio con miedo. Me sentía algo culpable, pero después con curiosidad: eran muchos billetes, pero «¿cuántos serán?», me preguntaba. La curiosidad me mataba, me carcomía. Yo tan necesitada de plata que estaba y lo que latía entre mi bolsillo podía ser una guaca o un paquete chileno.

Al bajarme de la ambulancia en la clínica, lo primero que hice fue ir al baño a contar cuánto había. Nerviosa los miré uno a uno, los conté, los reconté, los volví a contar, me restregué los ojos muchas veces. No había duda: dos millones de pesos en billetes de cincuenta. ¡Una fortuna! Yo que vivía endeudada con mi mamá, que debía colegios, que no me compraba una falda, que el sueldo no me alcanzaba sino para pagar las cuentas de servicios y el arriendo, tenía en mis manos un paquete con dos millones de pesos. ¡Ni la Cenicienta cuando le cupo el zapato de cristal! Salí corriendo para el apartamento, alcé a mis hijos, los invité a comer pizza, compramos televisión y una cama-camarote para que dejaran de dormir en colchonetas. El papá los había abandonado. A mí no, porque yo no lo quería. Pero a ellos sí, y no volvieron a saber de él hasta cuando lo mataron días después de que yo me había entregado a la Fiscalía. Entonces sí lo lloré.

2

El médico jefe me recibió el lunes siguiente con un «ya ve cómo pagan ellos los servicios voluntarios, ¿no?» Sin querer-

lo, en silencio, yo hacía cuentas: si por una semana me dieron lo que me dieron, ¿cuánto me darán por un mes, por un año? Tenía muy presentes las caras de los niños durmiendo en sus camas nuevas, la tranquilidad mía pagando la energía, y cuando el jefe me decía emergencia rural, yo ya sabía que tenía que ponerme las botas de caucho y preparar la ambulancia. Se me olvidaba el sufrimiento que cargaba de no haber podido estudiar medicina en la Universidad de Caldas. Poco a poco me fui dando cuenta de que los paramilitares eran gente corriente, que sufrían la guerra y que, como a mí, les hacía falta el dinero. En todo el Eje Cafetero, según decía mi papá y uno lo palpaba en las calles, el trabajo era escaso y mal pago; las fincas no daban la base y la ciudad se llenaba de desplazados que llegaban de todas partes, inclusive de Santuario. Había gente de Riosucio, de La Virginia, de Mistrató, que hacía más barato el jornal y así mismo más escaso. Yo pensaba antes de conocer a los muchachos del bloque Héroes y Mártires de Guática, al que pertenecía la mayoría de los heridos y de los muertos, que si tanto los herían y los mataban era por un hechizo que les habían hecho los muertos no enterrados de la vereda La Mina. Estaban tan malditos, que el comandante Macaco tuvo que contratar con las iglesias de Pereira y de Manizales misas de sanación para contrarrestar la epidemia de muertos. Los pelados del bloque no eran malos; los malos eran los guerrilleros que mataban y asesinaban, robaban y secuestraban. Los paras se defendían. Antes de conocerlos, para mí eran todos iguales, aunque yo les temía más a los paras. Pero después de tratarlos, como sucede con todo el mundo, una se da cuenta de que a lo más, son como una.

Yo iba cada ocho o cada quince días a Santuario a curar y a consentir a mis muchachos. Les tomé cariño y ellos a mí, porque no había vuelta que no les hiciera ni mal que no les curara. Era como el hada madrina de esa gente tan necesitada de mamá. Y no sólo atendíamos a los que trabajaban

con los Héroes y Mártires de Guática, sino que comencé a asistir también al Bloque Central y a otros más lejos, como el Bloque Catatumbo, y a una columna desprendida de éste que trabajaba por los lados del Zulia en Venezuela. Todo me lo pagaban muy bien al principio, pero con la confianza y con mi dedicación a ellos, fueron mermando el paco y distanciando más los pagos. La cosa es que una va formando con ellos familia y con eso también pagan, o mejor, se disculpan para que una haga las cosas de amistad. Me daba cuenta poco a poco de que de amor y de amistad, la mitad de la mitad. Y es mucho.

Una tarde se me acercó el comando, que era un hombre respetuoso y un poco seco que había sido suboficial en el Ejército, y me preguntó: «Mona, ¿usted nos haría un favor muy grande?» «Sí, claro, diga usted no más de qué se trata, que aquí está este pecho», le dije. «Pues resulta que el Bloque Caquetá —me fue contando poco a poco— está sin enfermera. ¿Usted podría ayudarnos un par de meses mientras llega la propia, que está con paludismo en La Caucana?» Yo le contesté que sí, que claro, que yo como enfermera tenía el deber de ir a donde se me necesitara. «Bien —dijo—, entonces aliste sus cosas que mañana sale para Florencia, Caquetá, en un vuelo chárter directo. Va con un médico especialista que será allá su jefe. Déjenos el número de su cuenta y nosotros le consignamos lo que usted sabe, porque allá no va a necesitar ni una aguja».

Yo me fui arrepintiendo a medida que arreglaba mis cachivaches y hablaba con los niños y con mi mamá, pero tanto ellos como ella entendieron, aunque esa noche se despidieron chillando. Cuando despegamos al otro día del aeropuerto Matecaña de Pereira eran las seis de la mañana; caímos al aeropuerto de Larandia a las siete y diez minutos. Mis hijos —pensé— se estarán despertando. En la puerta de la avioneta me esperaban el médico y un muchacho seco y callado. Mi nuevo jefe era un hombre de buena pinta, con barba en-

trecana, de unos cuarenta años y costeño. Después sabría que había servido en un batallón norteamericano en la Guerra del Golfo. Era traumatólogo, pero tenía una gran experiencia en hospitales de sangre. Lo llamaban Bob. Pasamos por Florencia sin parar. El acompañante nos dijo que iríamos directamente a Valparaíso, donde nos esperaba una lancha rápida para llevarnos a nuestro sitio de destino. El hombre poco hablaba y toda pregunta la respondía con un «ya lo sabrán». A medio día llegamos a una cancha de tejo donde nos esperaba un comando con su escuadra y dos mulas. Al ver que yo andaba de tenis, el comando mandó pedir unas botas de caucho que parecían sin estrenar. No supe si esto era un buen o un mal augurio. La mula era pequeña y sonsa, «especial para usted», me dijo la unidad que la ensilló. Yo la única mula que había visto era Conchita, la de Juan Valdez. La agradecí porque les tengo pavor a las culebras, que me parecen animales del diablo.

El viaje fue largo. Pasamos muchas quebradas, subimos y bajamos lomas, atravesamos un chupadero que parecía sorberse las bestias, el sol no perdonó hasta las seis de la tarde y los mosquitos nos hicieron calle de honor. Yo dije: «Aquí no resisto ni una semana». Al bajarnos, entumidos de cansancio, se nos presentó el comando superior, Doblecero, ex teniente del Ejército, con un «sigan a ver y acomódense donde se les indique». Muy huraño. Esperaba otro recibimiento, venía de voluntaria y no de combatiente regular. El tono me pareció sospechoso. No dormí esa noche. Al día siguiente, como a las 5 de la mañana, mis sospechas comenzaron a cumplirse cuando fuimos presentados como el equipo médico. Doblecero nunca hizo referencia a que yo era el reemplazo de la compañera que vendría de La Caucana. A renglón seguido, a quien llamaban Miguelito, que se convertiría en mi apoyo durante varios meses, nos arrimó las mulas. Montamos y al rayo de las doce llegamos a un campamento en medio de la

manigua. Era un rancho hecho con palmiche y madera, largo y estrecho, casi como un corredor. No digo mentiras ni exagero: había veinte hombres y dos mujeres prácticamente en coma. Al final, un espacio cerrado con dos hamacas y dos mesitas también de madera. Ahí nos acomodaríamos Bob y yo. Nos pusimos los guantes y comenzamos a mirar de qué se trataba tal horror. Cuando preguntamos por qué tantos y tan malheridos, Miguelito nos contestó: «Amiga, estamos en una zona enemiga; aquí el que no es guerrillero es el diablo». El «hospital» estaba defendido por cincuenta hombres armados hasta los dientes y con unas caras de ferocidad y de miedo que hacían presentir un ataque en cualquier momento. Lo primero era lavar las heridas pero, ¿con qué agua? Bob dijo: «Habrá que usar gaseosa que no sea negra —es decir, ni Coca-Cola ni Pepsi-Cola— como desinfectante». Un milagro. Las heridas no sólo estaban infectadas, sino hasta engusanadas. Tuvimos que amputar una pierna y terminamos a las tres de la madrugada entre gritos y horribles olores. El médico se acostó, pero yo no tenía corazón para dejar a esa gente sola. Amanecí cuidándolos y dándoles ánimo.

Así pasó la primera semana, y la segunda. Doblecero no se aparecía. Hablaba por radio dos o tres veces diarias con el comando militar del hospital y dos veces habló con Bob, que tampoco me decía nada. Yo había ido por una semana o diez días y no había señas de que íbamos a regresar pronto. Al contrario, cada día llegaban nuevos heridos. Dábamos de alta a dos e ingresaban tres. La cuenta no era favorable. Pero yo seguía ingenuamente haciendo cuentas y sacando reglas de tres. Si por un día, tanto, por diez, tanto, y si es un mes, tanto y tanto. Una tarde Bob me dijo: «Me voy, Mona, tienes que quedarte porque todavía hay mucha gente que no está estable y pueden caer al hoyo otra vez. ¿Los dejarías?» Sabía mi respuesta. Al despedirse se rio con cierta tristeza. Nunca volví a verlo. Tampoco nunca llegó la enfermera de La Caucana.

3

Los primeros días fueron de espera, diría casi de esperanza. No podía aceptar la idea de verme forzada a un trabajo voluntario. Debía haber alguna equivocación, alguna chanza, alguna hendija por donde salir. Las AUC se portaban conmigo muy bien, yo les había tomado mucho cariño y sentía, a veces, hasta pasión por sus ideas. De la esperanza pasé a la desesperanza, luego a la ira y, por fin, después de tres meses, a la aceptación. Tenía que conformarme. Mi única preocupación eran mis hijos, que había dejado con su abuela. El papá era como si nada, un buenavida, incapaz de una responsabilidad y menos aun de un sacrificio. Me permitieron hablar con mi mamá: «Tranquila, vieja; esto se prolongó, pero estoy bien; pronto volveré; por favor, no descuides a mis niños». Pero no fui capaz de hablar con ellos.

Una vez que no vi puerta de salida, me dediqué en cuerpo y alma a mi oficio, a ser una cabal enfermera de guerra. Organicé un dispensario móvil. Muchas veces era más fácil ir al sitio donde estaban los heridos que traerlos a donde yo estaba. Me dieron cinco mulas y diez hombres. Un hospital de sangre que podía competir con un Segundo Nivel de cualquier ciudad. No me negaban ninguna droga ni instrumento. Cada vez que herían a un mando, agregaban a mi gente los guardaespaldas del comandante. Tenía poco tiempo para quejarme o para consentirme amarguras. No había un camino distinto al que me iba abriendo la guerra, porque era una guerra la que vivíamos. Las Autodefensas eran un ejército. Todos los días tenía que atender heridos o certificar bajas; todos los días debía hacer exámenes de admisión a los recién reclutados, porque no todo el que quiere es admitido en filas: tiene que demostrar que puede y el primer examen de esta materia lo hacía yo. Un examen físico de aptitud. Yo examinaba columna vertebral y clavícula, porque esas son las

partes maestras para cargar el morral; también el varicocele. Creo que yo soy la mujer que más testículos ha tanteado porque hay que contar: mil doscientos hombres del Bloque Risaralda, mil del Bloque Sur, del Bloque Norte examiné más poquitos, pero en Caquetá había unos dos mil.

La rutina comenzó a envolverme. Tenía que presentarme a las seis y me levantaba a las cinco para poder ir a bañarme a la quebrada antes de que fueran a hacerlo todos. Yo no me desnudaba delante de los hombres, así yo los conociera empelotos a todos. De manera que no faltaban miradas detrás de los palos. Las que más me incomodaban eran las de los micos. Esos animales eran como niños adolescentes. Sabían que yo arrimaba a las cinco y me esperaban encaramados en los palos. Me miraban con ganas, se reían, se empujaban para impedir que uno me mirara más y terminaban masturbándose y chillando de contentos. A las seis comenzaban las curaciones, ya había mujeres; a las ocho pasaba por donde el ranchero a tomar tinto y a ordenar las dietas blandas para mis pacientes. Entre las nueve y las diez recibía los encargos que había hecho y que siempre me llegaban con puntualidad. Luego recibía a mis hombres de escuadra, que me acompañaban hasta el día siguiente y me daban el santo y seña para la noche. Una equivocación en el santo y seña es fatal y más en las regiones donde estábamos rodeados por la guerrilla o detectados por el Ejército. Si el acuerdo es decir sol y usted dice por equivocación luna, está muerto.

Algunos días eran de trabajo rutinario, pero había otros de sobresaltos, de carreras, de miedos sueltos que le caían a una por la nuca. Muchas podrán decir que estuvieron en los comandos, pero pocas pueden decir que estuvieron en la lucha. La verdad es que mujeres armadas y que salieran al combate, pocas. Muy pocas. La gran mayoría eran prostitutas que traían o mandaban traer. Yo contra eso no tenía objeción, porque era una manera rápida y eficaz para aligerar

de energías a los combatientes, evitar deserciones y tener a los muchachos contentos. El problema eran las enfermedades venéreas. Yo tuve que curar gonorreas al por mayor, no pocas sífilis, y hacer cientos de exámenes de sida. Los hombres en guerra se vuelven más necesitados de sexo, hablan de eso día y noche, usan palabras inmundas para referirse al otro sexo. Las necesidades de una relación sexual llegan al homosexualismo y por eso muchos muchachos tienen su compañero, aunque casi nunca lo aceptan, y por eso las vulgaridades y las chanzas que se hacen unos con otros tienen doble sentido. Era tanta la necesidad, que cuando yo llegaba de un viaje largo, acostumbraba a dejar mis mulas lejos del campamento para que comieran de noche. A la mañana siguiente no amanecía papel higiénico en el depósito. Era gracioso ver cómo las mulitas movían su colita y la levantaban al aire cuando pasaban sus novios por la mañana. Ahí había recocha general. Había hasta noviazgos permanentes, celos, peleas. Había ratos de alegría.

A mí me gusta la navidad. Soy feliz con las velitas, con la nieve, con Santa Claus, con los moños dorados, los pinos, las ponsetias rojas. La primera navidad yo me encargué de arreglar el galpón en que estábamos durmiendo, aunque yo dormía en un rancho que organicé como consultorio. Puse ramos de flores, unos moños con cintas doradas, decoré un árbol con envases de cerveza en lata cortados entre las tapas, que quedan igualitos a bolas de Nochebuena, y me di mañas para que nos cocinaran un marrano asado, unos buñuelos y una natilla. Los muchachos invitaron a sus hermanos y a sus papás. Cuando acabábamos la cena oímos un estruendo como salido del centro de la tierra y nos botamos al suelo. Morterazos, cilindros, metralla .60 y después granadas y fusil venteado. Se oían los gritos de los civiles y las maldiciones de los patrulleros. Nadie acertaba a reaccionar, porque la balacera venía de todas partes. ¿Por dónde huir? ¿Hacia dónde? ¿Dón-

de estaban ellos? ¿A quién dispararle? La locura del juicio final. «¡Ríndanse! ¡Ríndanse! ¡Somos la Teófilo Forero!» Yo le tenía menos miedo al patas que a esa gente. Y no me equivocaba. Cuando paró la plomacera, un guerrillo nos mandó hacer fila: «Los civiles a un lado, los uniformados al otro». Yo estaba de bluyines y me hice donde me correspondía. Masacraron ante estos ojos que no me dejarán mentir ante Dios a cinco o seis de los nuestros, para escarmiento. Y se llevaron las armas, los uniformes buenos que encontraron, los radios, los encauchados, un televisor y una planta eléctrica. Y todo mi dispensario. En ese coge-coge, qué Ejército ni que nada.

Llevaba de andar curando enfermedades y dándoles aliento a los heridos como casi dos meses, cuando Doblecero me mandó llamar. Raro, dije, pero bueno, acepté sin protestar. Resulta que los comandantes comen mejor que los patrulleros y todo el mundo los atiende, les obedece y los ensalza. Era un sábado, me invitó a almorzar. Me preguntó: «Mona, ¿usted copia o no copia?» Yo quedé desconcertada porque si me lo hubiera preguntado por radio, lo habría entendido, pero fue en el momento en que nos estábamos sentando en su mesa. Yo me preguntaba para mis adentros qué será eso de copiar. O mejor, la mujer que una lleva adentro sabía qué me preguntaba, pero la de afuera se sorprendía mientras definía qué contestar. «¿Qué, comandante? No le entiendo». Entonces el hombre se me echó encima: «¿Qué si quiere dormir conmigo esta noche?» Seguro que para otra habría sido un honor, pero para mí era un golpe bajo. «¿Sabe qué? Usted me irrespeta», le contesté; «yo soy la enfermera del Bloque Central Bolívar y no una de las putas que traen por aquí. Yo no soy la cantimplora de nadie». No había terminado la frase cuando sentí la palmada más fuerte y humillante que me han dado en mi vida. Una palmada sonora, cargada de rabia. A mí me salían estrellitas de esas de cómic y se me oscureció el mundo. Me gritó: «¡Yo soy su comandante y si digo que

el cielo es morado, usted lo ve morado!» Le paré la cara y lo escupí. Entonces me agarró por el cabello, me tiró al suelo y me dio dos patadas en las costillas. Gritaba: «¡Hijueputa, malnacida! ¿Usted con quién cree que está hablando?» Yo no sé si una cosa va con otra, pero hoy tengo en ese sitio donde me dejó marcada la punta de su bota un quiste. El hombre me dejó boqueando y se fue. Yo, como pude, volví a mi sitio. Al otro día llamé al médico a Pereira y le conté. Me respondió: «Nooo... Mona; eso sí, ¿quién te manda ser la única mujer alta y tetona del campamento?»

Con esa respuesta comencé a perder la moral, la selva se me fue metiendo con toda su humedad entre el cuerpo y, lo peor, entre el alma. Ya ni quería volver a pararme de la hamaca. Tres días sin moverme, hasta que una tardecita llegó Doblecero. Le dije: «Comandante, yo doy por terminada mi labor con ustedes; págueme lo que me deben, que son cuatro meses; me voy y todo queda bien». «¿Acaso qué le pasó, Mona?» Le contesté: «No sea cínico, no sea bruto. Usted no sabe tratar seres humanos y menos mujeres. Máteme, pero no me humille». Dijo: «Huy, qué mona más alebrestada, si sólo le hice un cariño...» Me llené de ira, me salí del costal, como dicen, y le dije en su cara: «¡Asqueroso!» Me dio la espalda sin decir nada, pero en la puerta se volteó y me dijo: «Qué pena, Mona, pero usted de aquí no se puede ir. Usted ya hace parte de las autodefensas, del Bloque Central Bolívar, de la zona de aquí, del Caquetá, y usted ya no se manda sola; yo soy su mando y no puede irse. ¿Entendió?» Y llamó a un patrullero: «A esta vieja démele entrenamiento militar, un fusil y un camuflado». Así terminé yo de tigre.

4

Me fui amoldando a fuerza de esperanza. Yo no podía dejarme morir, ni podía dejarme matar. Mis hijos estaban vivos, me necesitaban. Fui aceptando el cambio de mis bluyines y mi bata blanca por un camuflado. El primero que me puse olía a saín, un sudor reconcentrado y ácido; el uniforme debía tener mucha trocha encima. No había de otra, me metí entre ese forro como meterme en otro cuerpo. Así fue también cambiando mi cabeza. Me volví como cualquier patrullero cuando trochábamos, hacíamos guardia o combatíamos. No era mucho lo que se combatía y con el Ejército, nunca. Con el Ejército se trataba de jugar a las escondidas, de no dejarnos pillar; con los hijueputas guerrillos la cosa era otra cosa: o matábamos o salíamos muertos. Hoy puedo decir que estuve en muchos combates y no me arrepiento. A la guerrilla hay que acabarla, darle por la cabeza, erradicarla como las plagas. ¿No hizo Dios eso en Egipto, según nos enseñaron? Yo no llegué al Bloque Central como combatiente, me hicieron combatiente. Cuando a una le dan un fusil —y el mío no era un dulce R-15, sino un AK-47— es para defenderlo porque es él el que le defiende a una la vida. O mato o me matan. No tengo seguridad de no haber matado. Quizá sí, porque en una balacera se cierra todo lo que una es, todo sentimiento humano, todo pensamiento. Una se convierte en una fiera que ha quedado enganchada a un enemigo que hay que matar. Cuando vuelve la calma y una recapacita, es terrible la sensación de haberse convertido en un animal, en el portador de un uniforme que lo identifica como un objetivo militar. Yo me miraba y no reconocía a la mamá del ternero. La cosa va tan allá, que muchas veces a una un comando le saca la pistola y se la pone en la cabeza. Sucede porque una quiera rendírsele a una loma, a un mal sueño, a un miedo. A mí ya no se me daba nada cuando me sacaban el fierro y sentía esa boca fría

en mis sienes. «¡Dispare, hijueputa, que si sacó el arma es para usarla! ¡Dispare, gonorrea!»

Casi nunca se llegaba a disparar. Aunque casos vi. En una ocasión, por allá en Curillo, recibimos unos pelados recién reclutados. Llegaban con ganas de mostrarse hombres. Muy probones. La trocha, los sufrimientos del monte, la malparidez con que a veces se amanece, la hijueputez de un comando, van bajando a los recién llegados del palo donde los han trepado. Esos pelados llegaban oyendo el cuento de que el Bloque Central lo que hace es crear fuentes de ingreso porque se les pagarán trescientos cincuenta mil pesos mensuales, más ropa, más comida, más alojamiento, más salud, más primas, más bonificaciones. Todo bien hasta ahí. O mejor, hasta cuando se pregunta cuándo pagan, y responden «ya la plata está en camino», y así pasa un mes y otro mes y una aguantando hambre y frío y miedo, y la respuesta es la misma. Una va haciendo cuentas, sumando promesas, y si una se aguanta es por no perderlo todo. Pero el día no llega y el chiste es que a nadie se le dijo el mes, y ni siquiera el año, en que llega la moneda. Eso desmoraliza. Muchos se mantienen porque están embarcados en un problema, porque ya han sido identificados o porque el comando les recuerda lo que hicieron y con esa amenaza es difícil pelear. El gobierno se vuelve la justicia de una ley que está en manos de un mando. Si éste da el parte, o sea, denuncia, o sea, sapea, la Fiscalía empapela a quien ha hecho lo que le manda el mando. Y no se trata de un morraco de combate, se trata de hechos más graves donde ha habido muertos inocentes.

Uno de los pelados reclutados en Curillo, que había pasado ya por las maduras y las duras, se negó un día en que andábamos perseguidos y acorralados a seguir cargando el morral de la rancha, es decir, un bulto de panela. La panela es sagrada. Puede faltar de todo en un comando, menos la santa panela. Sin ella no se recupera el resuello, ni siquiera el

aliento. Se ranchó: «Ni un paso más», dijo, y botó la carga. El comando se le vino encima con el fierro pelado, se lo puso en la frente y le gritó: «¿Camina o no camina?» «¡No camino!», gritó el otro, y el comando, sin más, le destapó los sesos. El pelado dio un salto ya muerto, templó el cuerpo y se fue desangrando. Silencio. Todos quedamos mudos. El mando gritó sin más: «Sigan en la marcha, so malparidos ¿Alguien más quiere botar la maleta? ¡Entumidos!»

En el Bloque Central Bolívar, de nuestra misión ni se hablaba. Al único que yo le oí decir algo por ese lado fue a Carlos Castaño: que las Autodefensas se habían creado para liberar al pueblo de la guerrilla. Cuando yo ya estaba cansada de comer mierda, llegué a hablar con los muchachos y les preguntaba: «Oigan, ¿y ustedes por qué están acá?» «Ah..., por la causa», contestaban. «¿Causa? ¿Cuál causa? ¿Qué es eso? ¡A ver, digan!» Nadie podía responder, nadie sabía. Yo entonces me emberracaba y les decía: «Vayan y mírense ustedes a ver cómo están, con camuflados rotos, cansados, con hambre, palúdicos, amarillos, apergaminados, lejos de la familia. ¿Causa? Causa la de los comandantes, con buenas viejas, buena plata en el bolsillo, buenos camuflados. ¿Cuál causa es la de ustedes? ¡Tan maricas!»

Así me fui volviendo combatiente o patrullera, que llamaban, sin dejar de ser lo que soy: enfermera. No era fácil porque la orden era: primero el fusil, después el caído. Yo podía explicar por qué se me moría un patrullero, pero no podía explicar por qué se me perdía el fusil. Es decir, lo primero que había que salvar era el fierro, después la vida del herido. Aunque no todos los heridos eran iguales. La consigna era, primero los mandos, después los rasos. Si a un patrullero le daban un tiro en el cuerpo y se estaba desangrando, pero al mismo tiempo un comando se rasguñaba, primero había que atender al rasguñado que al desangrado. Y así debe ser, porque la vida de una patrulla depende del comandante; él es

el que sabe, el que ve, el que tiene la orden de dar órdenes. Tiene jerarquía y su vida vale más que las de los demás.

Una vez cayó Doblecero, que me la tenía montada. Me timbró por el radioteléfono —porque al ser yo enfermera, siempre andaba comunicada— y me dijo: «¿Qué hubo, mija, dónde está? Venga que su comandante está herido. Deje lo que tenga y preséntese de inmediato». Así lo hice. Dejé al muertico que estaba arreglando y me enfleté al comando. Yo no sólo atendía heridos, sino que tenía que arreglar los cadáveres de los combatientes caídos para sacarlos de la zona y entregarlos. No era a todos los muertos los que había que *formolizar*, sino a algunos. Tampoco sé a quién se le entregaban los cuerpos. Podía ser, digo yo, a la misma autoridad, o al Ejército. Bueno, me llamó Doblecero urgente. Llegué a la casa donde estaba no sólo él, sino tres o cuatro heridos, botando el pulmón por la boca. Y me dijo: «¡Saque a los heridos y atiéndame! Me atiende a mí solo; es una consulta privada». No entendí como enfermera la orden, pero como mujer pillé lo que pretendía. Él se acostó en un camastro y dijo con soberbia: «¡Examíneme! Tengo un tiro en la cadera». Le estaba yo aflojando el cinturón cuando sentí que me mandó la mano. Traté de quitármela, pero él era un hombre fuerte y, para completar, ágil. En el forcejeo, caí al suelo, me puso una bota en el pecho y sacó su pistola, una Beretta que, me dijo, era muy obediente. Se arrodilló a mi lado y me metió el cañón entre la boca. Fue bajándose el pantalón. Yo cerré los ojos y me encomendé a Dios. ¡Fue tan humillante y tan bajo todo! Pero ahora, viendo los toros desde la barrera, pienso que esa experiencia me dio fuerzas. Desde ese día a lo único que temo es a la ira de Dios.

Doblecero murió en febrero del 2005. Lo mataron los mismos que lo amamantaron cuando ya no les servía y las conversaciones de los altos jeques estaban a medio camino. Doblecero era una piedra en el zapato del Bloque para ese

arreglo. Tenía un cerro de órdenes de captura. Había asesinado con sus propias manos a mucha gente inocente y ordenado la muerte de otra tanta. En el infierno debieron cobrarle, como le dije el día que me llamaron al búnker donde estaba desangrándose y donde nadie entraba. «Mona», me gritó: «¡Hay un perro con los ojos rojos y la cola en candela! ¡Sáquelo de aquí!» «Tranquilo, comandante, tranquilo: ¡es el diablo que viene por usted!» Se le salían los ojos de terror. Comenzó a disparar a todo el que había bajado al búnker a ayudarlo o a verlo morir. Fue la última vez que lo vimos vivo, aunque ya no coleara. Después, los mandos ordenaron desaparecerlo.

5

Por necesidad y por miedo me amoldé a la vida del monte. La gente armada me producía asco y para curármelo, buscaba a los civiles. Eran campesinos dispuestos siempre a colaborar con quien llegara, fuera o no conocido. Cultivaban la coca sin malicia. Vivían de enfermedad en enfermedad. Males incurables. La pobreza es la mamá de la enfermedad. Yo mantenía en mi despensa comida que dizque necesitaba para curar a los enfermos del Bloque. En realidad, yo la pedía para dársela a la gente. No era mucha comida, pero era necesaria para ayudar a pararse a los más delicados. El campesino que no trabaja, no come. El niño que no juega está al borde de la muerte. Yo me las arreglaba para conseguirles leche en polvo, maní, panela. Me lo agradecían y a mí eso me bastaba. Ver corretear de nuevo a un niño era el pago de mis honorarios. Algún mando que supo de mis ayudas a los civiles me llamó: «Usted, señora, no puede colaborarles a esos hijueputas guerrilleros. Los que no son guerrilleros disfrazados, van a terminar siéndolo. Le queda prohibido siquiera mirarlos». Bajé la cabeza y pasaba por sus casas sin mirarlos. Ellos nos ayudaban a nosotros

tanto como a la guerrilla. Avisaban cuando venía el Ejército, por dónde salir de una enmontada, y cuando a uno se le acababa la logística, pues por fuerza les caía a pedir auxilio.

En el Pirarucú, un puertico sobre el Caquetá, viví lo peor de lo peor. Después de esa tarde, no volví a ser la misma. Fue mi rompimiento con todo lo que había vivido. Veníamos sudando entre los camuflados de una correría larga. No sé qué estaba buscando el comando. Llegábamos a los ranchos, mirábamos si había algo sospechoso y seguíamos sudando cada vez con menos aire. Tres días de trocha son muchos. Agua de panela, tinto y por la tarde yuca. No siempre es así. En el comando se come. No langosta, pero no falta la liga, sea carne, pescado, marrano. Pero en comisión se sufre porque siempre hay que andar y no queda tiempo para cocinar. Algunas veces, pocas, nos daban ración de campaña: fríjoles, tamal, lechona, ajiaco con pollo, leche condensada, todo enlatado. Los que conocían decían que era la misma comida que le dan al Ejército. Pero aquella vez, ni agua.

Pirarucú es muy pobre. Tres o cuatro ranchos que dan a una barranca sobre el río. Nos sentamos a descansar mientras nos arreglaban un pescado y nos hacían una preparada. La gente, entre miedosa y amigable. Hombres no se veían; sólo un anciano nos miraba con ojos lagañosos. Muchachas, ni una. Sabían lo que les podía pasar. Casos se habían oído. Los niños, en silencio, nos atisbaban desde las puertas a medio abrir. Era un cuento al que estábamos acostumbrados. El mando miraba para todas partes, se ponía de pie y volvía a echarse. Estaba serio, como pensando cosas, mientras nosotros comíamos. De pronto, sin haber podido gozar el pescado, dio la orden: «¡Continuar!» Nos levantamos de mala gana porque no habíamos podido recuperar fuerzas. Un niño como de siete añitos que había estado mirándonos sin despegar sus ojos, comenzó a jugar con nosotros. Nos amenazaba con un palo como si fuera un fusil: ¡ratatatatatá! Repitiendo

lo que de seguro había oído. El comando, ya de salida, volteó a mirarlo con rabia y mandó a que se lo trajeran. Un patrullero lo alzó y se lo trajo. El peladito repitió su juego. El mando lo miró de arriba abajo, sacó el machete y lo degolló mientras el niño seguía tratando de jugar. Yo me boté al suelo a chillar, mientras la mamá gritaba y trataba de arañar al mando. El niño se desangró entre convulsiones. Yo vi a mi hijo morirse sin que pudiera hacer algo. No pude volver a dormir y ya ni la enfermería me importaba. A quien se tuviera que morir, se moría, porque yo no bregaba contra la muerte. Mi vida comenzó a peligrar.

6

En el Llanito se me presentó la oportunidad. Un muchacho arrimó al comando a pedir auxilio porque su mujer se estaba muriendo. Era un civil que nos había hecho algunos cruces y era estimado. El mando estaba ocupado por radioteléfono y me dijo: «Vaya y mire a ver». Yo la vi calva. Arreglé mi mochila de botiquín y me fui con un patrullero que yo había curado de una herida y que casi me cuesta la vida. El muchacho se estaba ahogando en sangre porque un balazo le había tocado un pulmón. Había que drenarlo. Todo de afán, porque estábamos en un operativo. Puse mi fusil a un lado, saqué mi cuchillo para hacer una incisión y para descargarlo, cuando sentí el cañón del mando en mi nuca: «¿Es que quiere matar al compañero, vieja hijueputa?» Le reviré duro: «¡O me deja trabajar o entierre a su compañero, malparido!» El pelado se salvó porque ya estaba morado. Me tenía mucho afecto. A mitad del camino le pedí que me dejara ir sola, que no necesitaba compañía y que se devolviera rápido. El mando estaba enredado en cosas de plata y no iba a poner mucha atención a mi vuelta. Atendí el parto de la mujer, el bebé ve-

nía de culo y me puso a mí misma a parir borugos, pero lo salvé. A las tres de la madrugada corté el cordón umbilical y a las tres y media estaba yo trochando por esos arrabales de cortadera que parecían cuchillas de afeitar. Estábamos, según mi intuición —más que mi orientación—, a medias entre Valparaíso y Morelia. Corrí y corrí. Corrí mucho. Me caía cada tres pasos; el miedo a las culebras, que nunca me había abandonado, desapareció. Tiré el fusil y el morral lleno de piedras en el primer caño que encontré. Eran mi vida y las de mis hijos lo que estaba en juego. Los pulmones no me daban, las piernas me temblaban. Pero el bombillo seguía encendido. Clareando arrimé a la casa de unos colonos que yo había tratado y les había conseguido una droga controlada para curar el pito. Les pedí, con el poco resuello que me quedaba, ayuda, que me facilitaran ropa de civil. Me dieron un bluyín, unos tenis y una panela. Seguí corriendo de monte en monte sin salir a caminos abiertos y ni siquiera a trochas por donde podían estar buscándome. Calculaba que a medio día se darían cuenta, cuando mandaran a buscarme, y de ese momento en adelante, mi cabeza tendría precio. Cuando oscureció, rendida, me eché debajo de un guácimo y me quedé dormida. Me desperté a la madrugada con el sabor que me dejó una «prueba de oro» que nos había hecho Doblecero días antes de que lo templaran. Regresábamos de recibir una remesa grande y los patrulleros venían cargados y botando el bofe. Habíamos caminado toda la noche. Doblecero les preguntó, con esa sobradez que tenía: «¿Qué les pasa a mis pupilos? ¿Tienen hambre? Yo les tengo preparada una sorpresa: un sancocho de marrano. ¿Alguno no quiere comer? Se lo merecen, ¡ustedes son unos berracos!» Mandó abrir las ollas y los muchachos, todavía sin resuello, se pusieron alegres en fila para recibir la ración. A mí se me hizo rara tanta amabilidad, conociendo el cerdo que era. Servían yuca, plátano y había hasta una olla con frutiño, un verdadero premio al

valor. Probé el caldo, pero a mí me seguía dando vueltas tanta afabilidad. Me hice la enferma: «Comando —le dije—, lo que pasa es que *pacho* anda conmigo y a mí la mensual me quita la gana de todo, hasta de comer». Se rio malicioso porque el *hasta* le debió quedar sonando como una invitación para después. Cuando los muchachos estaban fumándose el cigarrillo y recochando, el hombre los llamó y les preguntó: «¿Y qué, muy rica la comida? Ustedes son muy sobrados». «Sí, gracias, comandante», dijeron a coro. «Pues sepan», dijo el mirándolos con rabia, «que era carne de cristiano, del guerrillo que ustedes mismos dejaron amarrado».

Lo peor estaba por pasar. Llamó a dos pelados a los que se la montaba porque eran flojos y alguien hasta había dicho que eran marido y mujer. Sí, mi comandante, somos patrulleros, defendemos la patria, matamos guerrilleros, comemos del muerto. Era una retahíla acostumbrada. Miró al ranchero y le gritó: «Traigan las menudencias». Eran el hígado y el corazón.

Escupí al levantarme, me limpié la boca con la manga y seguí corriendo. El tiempo sabe andar. La selva todavía estaba oscura. Yo sacaba fuerza de mis hijos y ellos eran la luz de aquellas trochas. A la tarde, ya no podía más. Miré una casa en el destapado y me fui acercando con cuidado. Los perros comenzaron a ladrar y una muchacha salió del fogón a mirar quién llegaba. Su figura me dio confianza y me le aparecí: «Ayúdeme, necesito comer y dormir». Me sirvieron un platado de arroz sin sal. Me eché, pero el zancudero no me dejó dormir. Descansé. El hombre de guerra no duerme, decía Doblecero, descansa. Y así hice. Cuando me sentí repuesta, me calcé y pregunté dónde estaba y por dónde podía llegar a Florencia. Muy formal, el marido me mostró por dónde reventaba en el basurero. A la noche llegué. El mal olor era insoportable, pero en un tapado me quedé dormida. Me despertó el ruido del motor de una volqueta que descargaba ba-

sura. Me le acerqué al chofer y le pregunté si podía llevarme a Florencia. Me miró con lástima: «¿Y qué, el marido le cascó?» «Sí —le respondí—, pero fue por un malentendido. El que tiene moza es él». Se rio. «Súbase; la dejo en la variante porque voy para Neiva». Se me apareció la virgen. «Pues mejor, lléveme: ese hombre me va a matar».

Arrancamos. Yo me sentí segura con mi ángel de la guarda y dormí hasta llegar a Pitalito. Me invitó a comer en un restaurante de la entrada y me preguntó si me quedaba en el pueblo o si pensaba seguir. «Pues me quedo a rebuscarme para el pasaje porque yo voy para Bogotá». «Yo le presto», me dijo. «Pues yo algún día se lo pago o, si no, a alguien tan necesitado como yo ahora, le haré un favor en su nombre». Pasé por Neiva y no quise ni bajarme del bus. Macaco era quien coordinaba el DAS y toda la inteligencia de la zona. Un desertado no vale ni la lápida.

Llegué a Bogotá el lunes 23 de junio de 2005 a las cuatro de la mañana, tres meses después de que a Doblecero lo habían despachado. Hacía mucho frío, me entumecí en un rincón esperando que acabara de amanecer. No tenía ni para un caldo, ni siquiera para un tinto. Busqué unas páginas amarillas para tener la dirección exacta de la Fiscalía. Cogí un taxi sin tener un centavo. Hay una valla con seguridad. Le dije al guardia del CTI: «Vengo desertada; vengo a hablar con el Fiscal». El chofer del taxi me miraba sin entender; tampoco el guardia entendía. Yo insistía: «Quiero hablar con el Fiscal». «¿Con cuál fiscal?», me preguntó el hombre con un tonito de mamadera de gallo que me saltó el bloque. «Con el que sea». «Señora, hay muchos fiscales». «¡Con cualquiera!», dije ya emputada.

Llamaron a un doctor. Yo nunca confié en la corbata, pero tampoco tenía otro camino que contar mi historia. Entramos a una oficina cerrada. Había un par de cámaras de video y una gente seria. Empecé diciendo: «Soy Jota Cé, en-

fermera general del Bloque Central Bolívar, pero no hablo una palabra hasta que me traigan a Daniela y a Juan David». «Excusas, señora», me dijo un doctor calvo y alto que no sabía dónde ponerme. «¿Qué se toma, doctora? ¿Quiere desayunar con nosotros? ¿Quiere dormir un rato mientras llegan sus hijos?»

Así fue. Cuando me desperté, estaban ellos frente a mí. Los habían traído en un avión de la Fiscalía desde Pereira: «Mamá, mamita, mamita, no vuelvas a dejarnos nunca. Promételo, júralo». Abrazos y lágrimas. Y a cumplir la palabra. Conté todo lo que podía, porque una, aunque nada sepa, sabe qué contar y qué dejar para llevárselo a la tumba. Al final del cuento, que duró varios días, el Fiscal de Derechos Humanos, o algo así, me advirtió: «Para que usted tenga todas las ventajas de la libertad tan merecida y valiente que se ha ganado, tiene que inscribirse en el programa». «¿Programa?», pregunté. «¿Qué programa? Yo no tengo nada con nadie», y le pegué un golpe a la mesa. «¿Ustedes me van a obligar? ¿Saben qué? ¡Nada! Yo me voy. Si he vivido cinco años al margen de la ley, como dicen, yo no tengo nada que hacer aquí. Pues seguiré al margen de la ley. A mí nadie me va a obligar a nada». Entonces el fiscal me dijo: «No, mira, no te va a pasar nada, nadie te va a obligar a nada. Fue un acto muy valiente el que has hecho entregándote a la autoridad legítima». Convenía. Me prometieron reinsertarme en Vancouver y darme hasta la nacionalidad canadiense. Pero yo sólo quería estar con mis hijos. Necesitaba protección. Yo sabía que Macaco no me perdonaba. Lo sabía desde antes de que vinieran a decirme que habían asesinado al padre de mis hijos, tres meses después de que la Fiscalía había tenido que pagarme el taxi. El día que extraditaron a Macaco me sentí, por fin, libre.

SEIS

Ahí les dejo esos fierros

Duré dos años dándole vueltas y vueltas a mi futuro. No sabía qué estudiar al salir del bachillerato que terminé en el colegio San Simón de Ibagué. La Medicina se me hacía muy difícil y eso de oler cadáveres me repugnaba; el Derecho me parecía aburrido, mucho código, mucha memoria y mucha caspa; Veterinaria, Agronomía, poco doctorales. El profesor de historia en cuarto año nos había entreabierto la historia de Colombia, con Bolívar y con Manuel Murillo Toro y algo social me dejó sonando. En quinto, el mismo profesor nos dirigió seminarios de Filosofía y a mí me tocó exponer al Zenón de Elea. Me fascinaron sus paradojas, sus sarcasmos, la fábula de Aquiles y la Tortuga y sobre todo la de la flecha que para llegar al blanco tenía que haber recorrido la mitad del trayecto y para llegar allí, la mitad de la mitad, y así hasta demostrar que la flecha no salía del arco. Falso, decía mi profesor: hubiera sido otra su tesis si le hubieran clavado a Don Zenón una flecha en el culo. Era una idea que me daba vértigo. El mismo que me daba el cuadro de La Lechera que llevaba un cubo de leche en la cabeza, que tenía pegado el mismo cuadro en su cubo y se reproducía hasta el infinito. Me producía cierta atracción morbosa esa repetición. El profesor me dijo un día: estudie Filosofía. ¿Y de qué vivo? le pregunté. Entonces, matricúlese en Sociología, una carrera nueva en la Universidad Nacional. Es gente rara, medio comunista, medio rebelde. Amasé la idea. Se fue fermentando sola. A mis padres y abuelos

les dije que me gustaría el derecho, y los dejé convencidos de mi decisión, cuando salí de Cajamarca para Ibagué a tomar el tren para Bogotá, donde me presenté a mediados de enero del 63 en la facultad de Sociología a exámenes de admisión. El primer examen era escrito. Un formulario preestablecido y unos veinte muchachos de mi edad; la mitad por lo menos, muchachas. Como había tenido un buen bachillerato, no me fue difícil el examen, salvo cuando tropecé con una pregunta: el artículo k transitorio de la Constitución del 86 trata de: a) Pena de Muerte; b) libertad de prensa; c) rentas de los departamentos? Quedé en Babia y además desconcertado de que el derecho me persiguiera. Una paradoja, dije, como las de Don Zenón. Pero la flecha no llegó. Humberto Rojas, que sería desde ese día mi gran amigo, me sopló: libertad de prensa. Al día siguiente fue la entrevista. Diez de la mañana en la sala de la decanatura de Sociología. Estaban Orlando Fals, Eduardo Umaña Luna y Carlos Escalante. Fals y Umaña eran ya muy famosos por el libro La Violencia en Colombia, publicado un año antes. La pregunta la hizo Escalante: ¿Por qué quieres estudiar Sociología? No recuerdo qué respondí, pero una semana después aparecí en la lista de los admitidos. Mientras tanto viví en la pieza de mi tía que terminaba medicina en la Nacional. Fueron ocho días en que caminé el trayecto entre Sociología y Medicina mil veces, conocí la Biblioteca Central, el Estadio, las Residencias, la cafetería, la capilla, los prados. Me sentía viviendo en otro mundo, me vivía yo mismo como un héroe.

Los primíparos no teníamos derecho a residencias y viví cerca a mi tía en una alcoba compartida con otro compañero de sociología, José María Rojas, de Armero, medio poeta, medio bohemio, medio revolucionario. Tenía la violencia metida en la cabeza, como todos los tolimenses y los santandereanos. Yo la había visto desde lejos porque mi mamá no nos dejaba sueltos y nos protegía de los cuentos que se oían. Aunque era

inevitable saber que un viernes por la noche habían botado desde Puente Ladrillo a la quebrada Bermellón, que forma el Cañón de Anaime, «diez cadáveres de chusmeros»; o que habían picado a tantos godos en la Loma de las Cruces. Nosotros vivíamos, como decía mi madre, en un predicamento: mi abuelo materno era godo, presidente del directorio conservador de Cajamarca, y presidente vitalicio del Consejo Municipal. Tan godo, que en su hacienda, la más grande de la región, sus peones tenían que ir a misa los domingos y las muchachas del servicio, si eran solteras, usar delantales rosados; si eran casadas de azul oscuro. Y eran catorce. Para completar, todos sus trabajadores tenían que votar por los conservadores y estar dispuestos a «salir en defensa del Partido», según se le oía decir. Y debió haber sido así, porque mi padre lo odiaba. Mi abuelo paterno era liberal, vivía de una miscelánea miserable. Mi papá era el cajero del Banco de Colombia, un puesto que le había palanqueado mi mamá, profesora y fundadora del colegio Monseñor Ismael Perdomo. Mi bisabuelo materno era Estrada y había llegado de España a vivir en Aguadas y luego fue fundador de Cajamarca, por allá en 1913. Se enorgullecía de una placa de piedra que había dejado en su casa de Vitoria: «Esta es la casa de Estrada, levantada en un peñasco, más antigua que Velasco y al rey no se le debe nada». Mi bisabuelo paterno, en cambio, había sido todo lo contrario: sargento de la tropa del general Avelino Rosas, que peleó en Cuba contra España y contra Estados Unidos y trajo el Código Maceo, un manual de guerra de guerrillas, como el del Che Guevara. Nosotros, que éramos cinco hermanos —dos hembras y tres varones—, nacimos en el filo de la navaja. Oyendo de lado y lado. Por eso, cuando Rojas Pinilla fue a inaugurar el puente de Cajamarca que evitaba una curva de una hora y canceló el puente desde donde botaban los muertos, todos nos volvimos rojistas. El General anunciaba la paz y hacía obras. Mi familia, en cambio, por ambas cosas, desconfiaba del hombre.

La Facultad de Sociología tenía fama de ser rara. A diferencia de los estudiantes de derecho, que iban a la universidad con corbata y vestido de paño, y de los estudiantes de medicina, que vivían de bata blanca, los de sociología usaban bluyines y suéteres; las niñas iban de falda corta, mallas y zapatos planos; algunos fumaban marihuana en los prados y no faltaban a mítines, manifestaciones y pedreas. Camilo Torres era profesor de Sociología Urbana. Pésimo profesor: nunca llegaba a clase, y cuando llegaba corriendo en su vespa, soltaba un cuento político lleno de sugerencias. Pero de sociología urbana como tal, ni pío. Tenía mil compromisos. Dictaba conferencias, atendía la Parroquia de Las Cruces, daba clases en la ESAP y ya andaba encangrejado con el cardenal Concha Córdoba. Era un hombre carismático e irreverente, sus posiciones políticas y académicas nos daban seguridad y nos guiaban. De alguna manera, los curas seguían jugando un gran papel en la izquierda. Aunque la mayoría de nosotros éramos anticlericales, para no decir paganos, íbamos a las misas que daba en la capilla y entendíamos sus sermones: eran directos, francos y poco o nada hablaban del otro mundo. Teníamos unos profesores conocidos como Juan Friede, Virginia Gutiérrez, Gerardo Molina y Jesús Arango Jaramillo, y otros no tan conocidos, pero sí muy ilustrados, como Tomás Dukay, republicano español; Henry Valencia, profesor también de la UNAM, y Nelly de Aparicio, que nos enseñó algo de gramática y mucho de literatura. Respirábamos rebeldía por todos lados. Yo iba a las conferencias que dictaban en Derecho, Sociología y Artes. En Sociología oí a Rafael Caldera, después presidente de Venezuela; en Artes, a Marta Traba, bella e irreverente, y en Derecho, a Álvaro Gómez Hurtado, brillante, provocador, movía las manos como un alquimista. ¿Quién hubiera pensado que terminaría en manos del M-19? Recuerdo una frase que me atornilló y todavía me suena: «Revolución es el giro que una línea da sobre sí misma trescientos sesenta

grados. Es decir —agregó triunfante—: es la vuelta que se da para que todo quede igual». Los enfrentamientos de nuestros profesores con la caverna académica eran pan de cada día y nos daban alas; y nosotros, en las asambleas estudiantiles, cumplíamos un papel similar con sectores conservadores, liberales y demócratas cristianos. Hacíamos causa común con los radicales de Derecho, donde había buenos agitadores y oradores, y con los de Medicina, que editaban un periódico, *El Bisturí*, muy revoltoso. Allá estudiaban Julio César Cortés, Evelio Loaiza, el Tigre Ojeda, Germán Liévano, el viejo Cotes, en fin, vanguardia. En Arquitectura estaba Armando Correa, Kiko, y en Derecho, quien sería después un senador cuestionado, Félix Salcedo Baldión, y Ricardo Villa, asesinado después por Jorge Gnecco. En Sociología se publicaba de vez en cuando *El Rayo*, un mural sarcástico que repartía dobles y mandobles a izquierda y derecha, cuyo encabezado decía «no tenemos moral, tenemos hambre» . En la cafetería central oímos por primera vez —y muchas, muchas veces— *La Segunda Declaración de la Habana*, que fue la Biblia del movimiento estudiantil durante los años sesenta. Oíamos *Radio Habana*, cantábamos las canciones de Carlos Puebla. *La Segunda Declaración* y *La historia me absolverá*, otro discurso que sabíamos de memoria, los había traído de Cuba Antonio Larrotta, que fue uno de los primeros colombianos amigos de la Revolución Cubana, asesinado en Cauca intentando convertir a los bandoleros liberales, como Tijeras y Aguililla, en comunistas. Decía: es más fácil que gente armada aprenda marxismo a que los marxistas aprendan a manejar armas. Lo asesinó Tijeras para robarle veinticinco mil dólares que cargaba para crear un foco al estilo Sierra Maestra en el Valle del Cauca, y el Che Guevara bautizó el primer ingenio azucarero estatizado de Cuba con su nombre. Luis Emiro Valencia, esposo de Gloria Gaitán, la hija de Jorge Eliécer, era también un gran amigo de la revolución y había fundado con ella, con

Alfonso Romero Buj y Antonio García, un movimiento político llamado Frente Unido de Acción Revolucionaria (FUAR), al que perteneció Andrés Almarales. Yo lo conocí siendo dirigente del FUAR, aunque no fuera de la Nacional. Pero es que compañeros como Marco Palacios —llamado también Aquelarre— eran de la Libre o del Externado y se la pasaban haciendo vueltas y movidas en la Nacional y hasta dormían en las residencias Santander.

La Universidad era un hervidero. Camilo cumplió un papel central. En el año 62, los empleados de Avianca declararon una huelga por salarios. El movimiento estudiantil, que tenía un gran prestigio político debido a su participación en la caída de Rojas Pinilla, se solidarizó con los huelguistas. Hubo una gran manifestación en la Plaza de Bolívar, pero el presidente Lleras recibió a los dirigentes y los hizo desistir del movimiento. Al año siguiente el gobierno de Valencia decretó un alza de transporte y los estudiantes volvieron a salir a la calle, donde hubo enfrentamientos con la Policía. A Guido Gómez, valluno, y a Luis Eduardo Torres, tolimense, se les ocurrió secuestrar buses de transporte público y meterlos a la universidad. Fueron más de treinta vehículos. La rectoría expulsó a una docena de estudiantes. Camilo protestó. Hubo reuniones en la capilla de la universidad, pronunciamientos, mítines y el cardenal le pidió a Camilo los hábitos. Camilo desobedeció y el cardenal se enfureció. Camilo inició entonces en *cleriman* su campaña política en universidades, sindicatos, pueblos y barrios. Publicó el periódico *Frente Unido*, donde tomó posiciones frente a políticas radicales. El gobierno lo fue cercando, los partidos lo declararon enemigo del orden, los gremios económicos lo calificaron de comunista e incendiario. Peligraba su vida. La revolución cubana era para todos un ejemplo a seguir y para muchos, a copiar. De eso no nos dábamos cuenta. Camilo buscó entonces las armas. Se entrevistó con la cúpula del ELN y poco a poco desapareció de nuestro mundo.

En la facultad de Sociología había en ese entonces tres organizaciones políticas fuertes: la Juventud Comunista (JUCO), los Comandos Camilistas y la Democracia Cristiana. Yo estaba más cerca de los camilistas, pro cubanos y cercanos al ELN. En la JUCO se fermentaba una tendencia partidaria de las FARC, recién creadas, que encabezaban el Flaco Bateman, Alvarito Fayad y Lucho Otero; en la Democracia Cristiana había partidarios del Camilo ideólogo, y partidarios de Eduardo Frei, el político chileno. Los enfrentamientos eran continuos, maniqueos y dogmáticos. Después, a la sombra, llegaron los compañeros pro chinos del Partido Comunista ML y luego Sol Rojo y Fusil. Excepto los democristianos, los grupos apoyaban un sector. La combinación de todas las formas de lucha no era un cuento. Pero además, era una consigna calcada de la estrategia del poder dominante. Siempre la han usado y la seguirán usando.

Algunos profesores de sociología amigos de Camilo organizaron un viaje a Cuba. Varios nos inscribimos. Al mismo tiempo, una fundación respaldada por la socialdemocracia europea abrió un programa de campamentos universitarios. Varios nos inscribimos. Al final, y ya contra el tiempo, tuve que optar. El viaje a Cuba era barato, unos mil dólares por todo. Pero yo no los tenía. Me atrajo más el campamento universitario, que consistía en convivir con comunidades campesinas para ayudarles con un equipo de estudiantes a resolver algunos pequeños problemas o necesidades con lo poco que sabíamos: sacar una muela, poner una inyección, levantar un muro, hacer un taller. En el fondo, claro, buscábamos otras cosas. El Ejército Nacional nos regaló unos morrales antiguos, quizá de la guerra con el Perú, y la universidad puso el transporte. A Cuba viajaron compañeros que al regreso hicieron varias reuniones para contar el viaje, hablando de Fidel, a quien conocieron, del Che, al que vieron, de las escuelas, de los hospitales, de la zafra. En fin, de las mil maravillas. Lo

creíamos y además, no era un embuste. Nos transmitieron lo que ellos habían sentido, que era haber rozado la gloria del triunfo. La primera escala del grupo fue San Andrés, luego Nicaragua y de allí en bus hasta Ciudad de México, donde se alojaron en un hotel cerca a la casa donde se conocieron el Che y Fidel. *«Me recuerdo en esta hora de muchas cosas, de cuando te conocí en casa de María Antonia, de cuando me propusiste venir, de toda la tensión de los preparativos»*, escribió el Che en la carta de despedida a Fidel. Eso hacía sentir a los compañeros embarcándose en el Granma. Pero volaron a La Habana.

Se alojaron en el —todavía lujoso— Habana Riviera, y viajaron por tierra a Santa Clara y a Isla de Pinos. Allí, el gobierno cubano les comunicó la muerte de Camilo. Llanto, rabia, juramentos. El fin de Camilo, cuando apenas comenzaba la pelea, el primer gran paso hacia la toma del poder, fue algo trágico. Una especie de orgasmo revolucionario interrumpido. Un golpe del que nunca pudimos reponernos. La gira se suspendió. Viajaron por Praga a Bélgica, y en Lovaina asistieron al homenaje que la universidad —donde Camilo había sido estudiante— le tributaba a nuestro héroe caído.

De ese viaje a Cuba salieron contactos que luego tendrían desenlaces distintos. Uno con Barbarroja y su departamento América, que preparaba guerrilleros para luchar en América del sur. Y otro con Augusto Leyva, que era una especie de canciller del MOEC en París y Pekín. De regreso a Colombia, en la capital francesa, estuvieron muchas horas en el Café La Petite Suisse, frente al Jardín de Luxemburgo, reunidos discutiendo lo de siempre: como tomarse el poder. Algunos de los compañeros de este grupo regresaron usando boina, fumando puros y entonando el himno de la Revolución cubana: «Adelante cubanos, que Cuba premiará vuestro heroísmo....». Al cabo de pocos meses terminaron en las filas del ELN, donde nos esperaba una nueva tragedia.

El otro paseo eran los Campamentos Universitarios. A mí me tocó la región de García Rovira, en Santander, hoya del río Chicamocha, donde se cosechaba tabaco desde la época de la Colonia. Sin decirlo, pero diciéndolo, se trataba no sólo de una experiencia de campo útil para nuestra formación —que lo fue— sino de un trabajo político: la organización de los campesinos para luchar por la tierra. Debajo de este objetivo, había otro: alguien sabía que un viejo gamonal liberal de Capitanejo, tenía un lote de fusiles escondido, y tras él íbamos. El hombre nos recibió en su casa. Éramos cinco muchachos y tres niñas. Muy amable, muy dispuesto. Pero era un campesino rico que no necesitaba tierra y además, era rojaspinillista. Toda la región de Málaga y Capitanejo era adicta al general. A mí Rojas me sonaba por mi recuerdo de niño, por el puente que hizo sobre la quebrada Bermellón, pero a mis compañeros, todos afiebrados, no. Ellos tenían un modelo en la cabeza o en el alma: campesinos pobres listos a enfierrarse. Fue un golpe duro porque ni lo uno ni lo otro. Descubrimos otra cosa: el robo que la Compañía Colombiana de Tabaco les hacía a los cosecheros, y la explotación que los campesinos acomodados, es decir, los dueños de una finca, les hacían a los medieros o arrendatarios. Mejor dicho: la compañía explotaba a los cultivadores y los cultivadores a sus aparceros. Una cadena que no aparecía en los manuales de la izquierda. A mí me siguió sonando lo del rojaspinillismo. Era de verdad gente de carne y hueso, pobre, explotada de una u otra manera y dispuesta a pelear. En cambio, ese otro campesino puro no existía. Las armas que buscábamos no las encontramos por ese lado. Pero sí en la sacristía de la iglesia de Capitanejo, regida por un cura que vivía con una sobrina que a todos nos enamoró. No eran muchas las armas, apenas seis fusiles máuser, pesados, difíciles de transportar. Pero nos dimos mañas de empacarlos por piezas y de entregarlos, meses después, cerca a San Vicente de Chucurí, al ELN.

2

Cuando regresamos a la Nacional ya los de Cuba habían vuelto. Echamos las experiencias en una olla y de ahí salieron varios caldos. Unos, terminaron haciendo parte del MOEC; otros, seguimos la huella de Camilo, y otros se matricularon en el FUAR, en la JUCO o en uno de los pequeños grupos que seguían a Mao Tse Tung, Lim-Piao y la Revolución Cultural China.

El MOEC había sido fundado en el año 1959 por Antonio Larrotta, uno de los más importantes dirigentes de la Unión de Estudiantes Colombianos (UNEC), cargada de prestigio después de la caída de Rojas. Es decir, antes de la victoria de Fidel y al mismo tiempo en que Jacobo Arenas trataba de volver revolucionarios a los bandoleros del occidente de Cundinamarca. Antonio fue un precursor. Después de la ruptura entre China y la Unión Soviética, la izquierda colombiana se dividió aun más y un sector comenzó a tildar al Partido Comunista de «camarilla mamerta, reformista, cobarde». Pero al mismo tiempo rechazaba la lucha armada debido, digo, a los fracasos que se habían sufrido: Larrotta en Cauca, Gleidys Pineda en Urabá, Federico Arango Fonnegra en el naciente Puerto Boyacá y Tulio Bayer en Vichada. Después de la derrota en el Vichada a manos del entonces coronel Valencia Tovar, Tulio viviría en Cuba y los compañeros estuvieron conversando con él. Preparaba un grupo de colombianos para volver al país a crear un foco guerrillero en la Sierra Nevada de Santa Marta. Los cubanos recelaban pero admiraban a Tulio y le ayudaron. Alguna compañera del grupo que visitaba Cuba le dijo, como buena bogotana que era, «Tulio, por allá te esperamos, pásate por la casa cuando vayas». Y así fue, meses después comenzaron a llegar a casa de la compañera cartas de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional firmadas por Tulio Bayer con órdenes militares expresas. Y luego, un comando de cuatro colombianos y un español, Pedro Baigorri, cocinero del Che

y antiguo militante de las FALN de Argelia. Más tarde, dólares y dólares enviados desde París. La compañera no sabía qué hacer entre su lealtad revolucionaria y su pavor de meterse en honduras armadas con las que no comulgaba. Las FALN de Tulio terminaron su vida en la Sierra Nevada poco tiempo después de que él y sus comandantes arribaran. Baigorri siguió su pelea solo y murió en un combate con el Ejército en la Serranía del Perijá. De estas aventuras se apartaba el MOEC y se acercaba a la línea civil pro China. Hacia el 65 circuló un mamotreto en la universidad: «Hagamos del MOEC un auténtico partido marxista leninista», redactado sin duda por Pacho Mosquera, un dirigente sindical muy ilustrado, que facilitó su unión con Ricardo Samper, Marcelo Torres, Mauricio Jaramillo, el Chiquito Arévalo, Ricardo Camacho y Germán Moure, que habían creado Sol Rojo y Fusil y Combatamos. Así nació el MOIR, en medio de contradicciones y diferencias.

El FUAR nunca sacó la cabeza del todo. Seguramente tuvo efectivos en el Sumapaz, en Tolima, y seguidores en las universidades, pero las peleas entre sus dirigentes lo sepultaron muy pronto. Gloria Gaitán siguió luchando sola y Andrés Almarales encontró en un sector de la ANAPO —después del juicio al general Rojas y del bautizo del movimiento en Villa de Leyva— su verdadera salsa. Gran parte del M-19 saldría de la gente influida por Almarales en la ANAPO.

En la Juventud Comunista, después de la invasión a Marquetalia en el 64, y de la Segunda Conferencia, creadora de las FARC, Jacobo vio la orfandad intelectual del nuevo movimiento y llamó a integrarse a la guerrilla a muchachos de la JUCO. Fue el momento en que se fueron para el monte Hernando González y Arturo Alape. A González lo mataron en Riochiquito. Después subieron el Flaco Bateman, Álvaro Fayad y Lucho Otero, que eran miembros regulares del Centro Bertold Brecht, la célula de la JUCO en la facultad de Ciencias Hu-

manas de la Nacional. En Sociología los veíamos misteriosos; no lo decían, pero se sentía que andaban haciendo vueltas. Se perdían semanas enteras y regresaban arañados, quemados por el sol y con una cara de deber cumplido que era una boleta. Desde ese entonces, las diferencias entre ese grupo y la línea clásica de la JUCO eran evidentes. Después se integraron a las FARC, cuando lo hacían también Alfonso Cano, Reyes, Braulio Herrera, los consentidos de Jacobo. Hubo problemas. El Flaco, Fayad y Otero temían que la tendencia campesinófila prevaleciera sobre otra más obrerista y pequeñoburguesa. No se podía excluir la clase media del paquete, por más ambigua y floja que pareciera. Las masas, para Bateman, no estaban con las FARC. Lo veía más claro que nadie, la gente estaba más con el MRL y con la ANAPO que ya se comenzaba a ver, que con la insurgencia. Hoy ya no es un secreto: Jacobo había autorizado a unos pocos de sus consentidos para fundar el FALN y fundirlo con algunos compañeros del Frente Unido del Pueblo (FUP), a principio de los años setenta. Se creó así el FALN-FUP, un movimiento que trató de tener las dos alas. De ese núcleo saldría Comuneros, que fue la verdadera cuna del EME. Al Flaco Bateman lo perseguía una obsesión, una idea fija que nunca abandonó: equilibrar la lucha armada y la lucha civil, las llamadas formas de lucha. El Partido las proclamaba, pero entendiendo que las guerrillas estaban subordinadas a su mando y eran su herramienta militar; en las FARC esa tutela tenía contradictores, uno de ellos Jacobo y, claro, Manuel, que no estaban dispuestos a poner sus armas en manos de un comité central ausente. El Flaco mediaba desde la JUCO: ni tanto que queme al santo, ni tan poco que no lo alumbre. Cuando subió en sus días de obediencia al monte, su misión personal era sacarle al Secretariado el visto bueno para formar guerrillas de ciudad, un vacío que él consideraba fatal. Pero el partido se oponía: un poder urbano les competiría y el argumento era que eso era terrorismo y daban los ejemplos

del hermano de Lenin, que le puso una bomba al Zar y nada hizo, salvo desencadenar la represión. El Flaco les retacaba: Lenin sabría de estepas heladas, pero no se podía imaginar siquiera un calor como el del valle del Patía.

Era una realidad que tampoco nosotros los Comandos Camilistas queríamos ver. Reconocíamos que Camilo había despertado un movimiento dormido con el Frente Unido, pero pensábamos que su herencia verdadera era el compromiso con las armas y ello nos ocultaba su papel de dirigente de masas. Las masas, como decíamos, nos seguirán cuando las guerrillas se fortalezcan, y a eso nos pusimos. Más por afecto a Camilo que por comprensión de lo que en el país sucedía. Estaban vivos también la relación y el afecto a dirigentes estudiantiles que poco a poco desaparecían y meses después ingresaban al ELN. Hablo de Julio César Cortés, Jaime Arenas, el Mono Garcés, Hermides Ruiz, Armando Correa. Otros nunca se decidieron a enmontarse. Yo tampoco. Pero Armando Correa, que había sido el organizador de los Comandos después de la muerte de Camilo y antes de su propio sacrificio, nos pedía desde el monte favores, acciones y operativos. Unos los hacíamos, otros los disculpábamos, les dábamos largas o nunca los cumplíamos. Había sospechas y, claro está, miedo, mucho miedo de coger el fusil y «echar a andar», como nos lo pedía *La Segunda Declaración*. El vía crucis del Che ya había terminado en La Higuera. Un día, nuestras sospechas encarnaron: Medina Morón y Julio César Cortés habían sido fusilados por traición. ¿Cómo así? A Julio César lo habíamos visto y oído en asambleas, nos había representado en consejos estudiantiles, en el Consejo Superior, en el Académico, sabíamos de sus convicciones, que eran las nuestras, lo habíamos acompañado en giras con el Frente Unido en Ibagué, Cali, Bucaramanga; era uno de los fundadores de la poderosa Federación Universitaria Nacional (FUN). A Morón no lo conocíamos en Bogotá porque era cos-

teño, para más veras, de La Paz, Cesar, pero confiábamos en él como confiábamos hasta ese momento en Fabio Vásquez, en Manuel Vásquez, en Jaime Arenas. Las cosas siguieron, aunque la fe ya estaba tocada. Seguíamos consiguiendo sardinas, penicilinas, sulfas, municiones, fierros, información. Las redes de colaboradores y militantes se iban formando con rapidez y poca meticulosidad porque, digamos, la oferta era mucha y los contactos se crecían en mando. El problema era que la relación con el campo era difícil, poco regular. Fabio, con su letra perfecta, nos enviaba órdenes con campesinos que tan pronto se bajaban del tren no sabían para dónde coger ni cómo llamar por teléfono; no sabían pasar una calle ni montar en bus. Miraban asustados para atrás y para adelante. Temblaban. Eran como podía ser un estudiante universitario en las selvas del Carare-Opón: un inepto. Los contactos hacíamos giras por medio país sosteniendo la caña porque del monte, de lo alto, poco llegaba. Esperábamos iniciativas políticas: organizar juntas en barrios, trabajo en sindicatos, universidades, colegios, y recibíamos órdenes de conseguir más botas, más armas y un pedido especial: un corte de paño rojo para los *rabodegallo* que Fabio usaba.

Cada día el corto circuito era más grave, los contactos más espaciados, más inútiles. Supimos que a Hermides Ruiz lo habían condenado en un Consejo de Guerra Revolucionario a cargar morral, pero desarmado. Pedíamos explicaciones. Nos explicaron que era un cobarde y que había caído en un combate. Después supimos que había roto las gafas, se había perdido en el monte y que el Ejército lo había encontrado y fusilado. La verdad, nunca supimos su fin. Nos dolía. También lo conocíamos. Era médico, director de *El Bisturí*. No podía ser un traidor. Su sitio no era la guerrilla.

Un día llamaron a Bernardo Manrique, nuestro contacto principal con Kiko. Se fue. Lo llevamos hasta Bucaramanga y lo dejamos ahí. Iba nervioso. Cuando se despidió con el

tradicional «Hasta siempre compañero», lo vi descompuesto. Nunca volvió. A los pocos días un gran despliegue en la prensa: Jaime Arenas Reyes se había volado de la guerrilla y se había entregado a las autoridades. Desconcierto total. Jaime había sido el heredero del carisma de Camilo, mientras él estuviera enguerrillado, todo lo demás podía ser falso, justificarse. Pero ya con Jaime afuera, la cosa era a otro precio. Yo había reemplazado a Manrique, llamado el Águila Negra, por aquello de «Aquí está el Águila Negra pa lo que ustedes quieran mandar, amigos soy de los pobres y de los ricos, pues ya ni hablar». Me paralicé de terror. Subir era pedir explicaciones de los fusilamientos y luego aceptar, sin decir ni mu, las justificaciones de Fabio Vásquez. Era, además, comprometerse en trabajos cada vez más logísticos y menos políticos. Eso lo teníamos todos muy claro. Pero ¿cómo hacer ahora para bajarme del bus en que yo había subido a tanta gente? Consulté, hablé, pataleteé y subí. Tren hasta Puerto Berrío. Canoa hasta el río San Bartolomé, caños, lomas y por fin, Antonio Vásquez en persona. Gran abrazo con palmadas en los hombros: «¿Cómo le va, compañero? ¿Buen viaje? Por aquí esperándolo». El «esperándolo» me dejó seco. Mientras lo seguía al comando, pensaba en cómo hacer para salir del laberinto. Dos días de espera: «El compañero le manda decir que lo excuse, que está ocupado, que tan pronto pueda viene». Al fin, una madrugada llegó. Alto, fuerte, pelo largo, mi al hombro y raboegallo al cuello. Abrazo reglamentario. «¿Qué cuenta? ¿Por dónde comenzamos?» Duramos dos días con sus noches conversando, incluida la noche de navidad. El planteamiento era el mismo que vivíamos en Bogotá: la ciudad es la despensa de la guerrilla; nuestros mensajes políticos atraviesan el espacio como un rayo láser y la gente los recibe y nos sigue. «Pues sí», resolví responder, sin saber que respondía. Incluí la existencia de una imprenta lista para imprimir todo tipo de textos, comunicados, informes. Al desembarcar

en Barranca, después del susto de pasar en sombras los puestos militares, me tiré a llorar en una cama de hotel como una quinceañera engañada. Lloré lo que el miedo me había hecho guardar. En Bogotá me reuní con los compañeros y les dije: «Hasta aquí llego». Se mandó razón y el altísimo pidió la imprenta. Hicimos vaca y compramos una para devolver. Fabio Vásquez había ordenado la edición de cien mil volantes con la Carta de cura Laín anunciando su ingreso al ELN. Un plagio de lo que se había hecho con Camilo. Mi pecado no era sólo mortal, era un delito más grave: una traición.

3

Yo salí escaldado de la militancia con el ELN. Me aterroricé el día en que me gritaron por teléfono: «Hijueputa, todo traidor merece la muerte». Puse punto y coma a mi alzamiento. No dejé las ideas tiradas, sino la militancia. Eso de no poder revirar, discutir, me parecía una condena y más cuando cualquier desviación de la línea era castigada con el ajusticiamiento. El temible ajusticiamiento. Y no era mierda. Era una realidad. Fabio no convenía en que la ciudad fuera algo distinto a una bodega. Creo que temía que los grupos de «ciudadanos» —como llamaban a los que no éramos campesinos— tuvieran poder en la organización. Compartir el poder es siempre difícil y muchas veces imposible. Los triángulos no aceptan ser polígonos, salvo que estos sean de tiro al blanco,

En la universidad me dediqué de tiempo completo a estudiar. Leí mucho. Traté de leer *El Capital*, pero me sacó en el segundo tomo sin haber comprendido el primero. Lenin fue más fácil, pero más aburrido. Trotsky me engatusó un rato. Mao me pareció religioso. La literatura me fue absorbiendo: un poco de Sabato, un poco de Fuentes, mucho de Rulfo. Leí de pasta a pasta un libro raro: *El retorno de los brujos*. Lo anti-

rreligioso era mi campo. Volví a cuanta conferencia daban en la Nacional. Le seguía los pasos a Antonio García; me parecía el expositor más completo, el más claro, el más ilustrado. Un seductor. Recuerdo con pasión todavía una conferencia en la que se refirió al «papel de sordina» que tenía el Partido Comunista en las FARC. No entendí bien el caso hasta cuando, a la salida, el Flaco Bateman, que había asistido, me dijo: «Güevón, ¿acaso usted no ha oído la Sonora Matancera? Pues ese taquito que le pone Calixto Leicea a la trompeta es una sordina». Yo conocía al Flaco muy bien porque era cliente permanente de la cafetería de Ciencias Humanas. Vivía envuelto siempre en una gabardina descolorida, siempre mamando gallo, siempre con la cara trasnochada, un poco anieblado. A veces se le notaba un descompás al caminar.

Aquel día, después de la conferencia del maestro Antonio García, hablé con Andrés Almarales y conocí a Élmer Marín. Yo no sé si todos ellos tenían ya una relación, si eran amigos o compañeros. Se trataban con sequedad. Tampoco supe si Marín ya había dejado sus coqueteos con los elenos. Mis miedos no me dejaban ver claro. Almarales me daba más confianza porque no tenía aire de militancia. Lo sentía más libre, menos comprometido. Las críticas que García había hecho a las militancias comunistas, incluidos los elenos, eran, palabra más palabra menos, las mismas que yo tenía: los ejércitos no tienen pueblo. Pero Almarales agregaba: «Eso no es menos trágico que un pueblo sin ejército». Fidel había hecho el milagro de equilibrar las dos fuerzas. También Ho-Chi-Min y Mao. Pero todo eso era posible porque esos movimientos no tuvieron encima a la Unión Soviética. O se la habían quitado. Esas palabras fueron haciendo hueco en mi caparazón de escepticismo, que se rompió el día que Rojas Pinilla ganó las elecciones. Yo había acompañado a mi padre a la fundación del partido Alianza Nacional Popular en Villa de Leyva y había caído de espaldas como Condorito al ver la

cantidad de gente —verdaderas masas— que llegó a aclamar al General y a la Capitana. Era el pueblo. El mismo que vimos salir a la calle a votar el 19 de abril y que vi llenar al día siguiente la carrera séptima al grito «¡Rojas al Poder, Rojas al Poder!». No era un desfile, era un río de gente reclamando el triunfo. En la calle 19 vi desfilar en perfecta formación militar a los suboficiales en retiro. La gente aplaudía y aplaudía. La Guardia Roja, comentó a mi lado Libardo González, el primer trotskista del país. Había un clima de levantamiento armado, de nueve de abril, de rabia con los resultados que el gobierno de Lleras había dado a la media noche declarando presidente a Pastrana, cuando todos los boletines de la Registraduría le habían dado la ventaja a Rojas. A la tarde la rabia era furia, y al anochecer, ira. Fue cuando Lleras sacó el reloj y mandó a la cama a todo el mundo y todo el mundo obedeció no esa orden, sino la que había dado María Eugenia horas antes: desfilar con ramos de flores. Esa orden dividió a la ANAPO. Ahí nació Anapo Socialista, con Almarales, Toledo, Santamaría a la cabeza. Ahí nació también el M-19. Recuerdo a Marín viendo esa derrota decir: «Faltan fierros». Ahí volvió a nacer mi fe.

Me fui acercando a Almarales. De vez en cuando me aparecía por la Casa de la ANAPO en la décima con sexta, primero a conversar con los políticos que habían sido elegidos y luego a trabajar en propaganda. Conocí a Jaime Piedrahíta Cardona, a Samuel Moreno Díaz y a Carlos Toledo Plata, que venía de vivir su historia con los Montoneros. En 1975, cuando se fundó *Mayorías*, el periódico de la ANAPO, yo ya era militante de la causa. Andrés Almarales me había conectado con Carlos Duplat y, en medio de misterios, de implícitos y de silencios alargados, yo hacía favores y pasaba pruebas. Hasta cuando con franqueza hablamos de compromisos: «Se trata, hermano, de hacer parte del M-19». Dado mi paso por el ELN, había cierta desconfianza, que Élmer Marín poco a

poco fue borrando. Y una noche, en un bar cercano al Teatro de la Candelaria, me dijo sin rodeos: «Usted será un cuadro militar urbano, un guerrillero de ciudad». Bajé la cabeza, acepté. «Espere, espere, le llegará la flecha». Llegó. Era el compañero Bermeo. Simplemente lo seguí, como Juan o Pedro o Santiago a Jesús. Vino el juramento de lealtad. Una ceremonia de ambiente masón. Quizás Almarales lo había sido. En Ciénaga, Magdalena, donde nació, existe aún uno de los capítulos más fuertes de la masonería que aún se reúne en el más bello edificio del pueblo.

En la sala de un apartamento de gente rica, al norte de Bogotá, me esperaban Carlos Duplat, Augusto Lara, Bermeo, Marín y Carlos Pizarro, a quien en ese tiempo llamábamos Mauricio. En una mesa estaba una espada. Era la del Libertador, que el EME había recuperado en la Quinta de Bolívar. Duplat había participado en el robo, pero la operación fue craneada por Álvaro Fayad, que era un adorador de Bolívar. Cuando el Flaco vio el trofeo, dizque había dicho: «Estos hijueputas ricos no son capaces ni de cuidar sus propias cosas: miren cómo tienen de oxidada la espada». La espada fue el símbolo del EME. El juramento de lealtad consistía en repetir el juramento de Bolívar en el Monte Sacro frente a la espada: «¡Juro delante de usted; juro por el Dios de mis padres; juro por ellos; juro por mi honor, y juro por mi Patria, que no daré descanso a mi brazo, ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español!». Se leía la última proclama del Libertador: «Colombianos: Mis últimos votos son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la Unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro». También leíamos el Mensaje del Che a la Tricontinental: «En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea, siempre que ése, nuestro grito de guerra, haya llegado hasta un oído receptivo y otra mano se tienda para empuñar nuestras armas, y otros

hombres se apresten a entonar los cantos luctuosos con tableteo de ametralladoras y nuevos gritos de guerra y de victoria». A mí me dieron una Browning de 14 tiros que estaba de moda en la organización desde cuando se había hecho relación con un grupo de esmeralderos de Otanche que sabía de armas y nos dio la flecha para hacer uno de los primeros golpes con éxito que dejaron plata. En otros, lo que se invertía en información, o sea en inteligencia, era más de lo que se recuperaba. En este no. Se compró la información a un esmeraldero que se sentía tumbado por otro. Era un viejo muy rico que tenía un hijo estudiando en los Andes. La vuelta fue breve: se alzó el pelado y se recuperaron cien mil dólares. Con eso el EME cogió pista y alzó vuelo. Ya con confianza se hizo el secuestro de Donald Coopers, gerente de Sears Roebuck de Colombia. El EME se embolsó con este negocio, un millón de dólares, la más grande recuperación económica hasta ese entonces. Al tiempo se hizo lo de José Raquel Mercado.

Después del juramento, y mancado con la Browning, salí a entrenarme en la escuela militar del EME: largas caminatas, poca comida, silencios, tiro al blanco, fabricación de explosivos, medidas de seguridad, códigos. Leíamos a Marighela, el revolucionario brasileño que dirigió la guerrilla urbana en Brasil. Cada ocho días entrenábamos, a veces hacíamos polígono en Cajamarca. Al pueblo llego Germán Rojas, Raúl, con dos costales de café que contenían, apretado, el millón de dólares de Coopers. Lo guardamos en estantes con Carmenza Chaux, que era una de las varias militantes de la organización. Yo estaba enamorado de Claudia, algo mayor que yo, abogada y poco dada a la revolución. Nos encarretábamos en la cama y no hablábamos una sola palabra de política. En la escuela todos parecían tener amores o amoríos con todas. Eso me daba desconfianza. Yo no quería hacer amistades, sino hacer operativos. El día llegó. Lo tomé como una prueba porque mi papel era de campanero y de contención. Nos re-

unimos en un apartamento en el barrio Lijacá. El oficial que planeó el operativo era un tal Felipe a quien no conocía. De bigote, mirada fuerte y poco hablar. Explicó sobre un mapa levantado por él. Nos hizo repetir dos o tres veces las instrucciones y con un «Suerte, compañeros» nos despidió hasta el día siguiente a las 10:30 alrededor de la estatua de Epifanio Mejía frente al del Museo Nacional. Se trató de un asalto al Banco de Colombia en la calle 32. Me tocó en una esquina. Yo temblaba. La muerte me daba vueltas, las manos me sudaban y temía que si necesitaba sacar el fierro, se me resbalara de las manos. Acariciaba la cacha para darme fuerza. Tenía orden de disparar para cubrir el retiro de dos compañeros que se abrirían con el botín recuperado. Pasaban los minutos. Yo seguía temblando. Caminaba sin dejar de mirar. Vi salir a dos personas, bien vestidas, de corbata, caminando como si estuvieran en su casa. Conversaban. Uno me pareció conocido pero distinto. Se montaron en un carro que estaba parqueado frente. Pasaron los minutos y yo seguía esperando a los «asaltantes» para abrir fuego. Del carro salieron de nuevo los dos señores a empujarlo porque no prendía. Lo empujaron hasta que cogió vuelo, se montaron de brinco y se fueron. Yo seguí haciendo guardia. Las alarmas sonaron. Había una mujer en la otra esquina que parecía hacer en espejo lo mismo que yo: mirar, esperar y sudar. Nos miramos. Nos sonreímos de lado por las comisuras y terminamos tomando tinto y confesándonos. Uno va cogiendo cierta sensibilidad con tiras y compas y casi nunca se equivoca. Era, como yo, novicia. Tenía los ojos picantes. Llamamos por teléfono a ver qué había pasado porque hasta ese momento no habíamos visto nada sospechoso. Pensábamos que la acción había abortado. Me dijeron que el negocio se había hecho, que mis tíos estaban bien y que todo o.k. Yo quedé frío. Ella recibió la misma información. Nos abrazamos y abrazados amanecimos en un hotelito de la calle 17. Los señores habían sido Felipe, o sea Iván Marino, y

Vulcano, un tupamaro uruguayo muy sabido en armas que se les había escapado a los milicos de una cárcel militar. Aunque no hubiéramos disparado un tiro, yo me sentí graduado y dispuesto a lo que fuera.

Me dieron la orden de contactar a Carlos Pizarro. Tenía la misma luz que Camilo Torres. Sin mucha vuelta me dijo: Usted debe saber que la verdadera fuerza del EME está en el sur, en el campo. Usted va remitido a la Móvil de Roncesvalles. Preséntese en Chaparral mañana a las 18 horas. Me tocó contar en los dedos: 13, 14...18, o sea: seis de la tarde. Viajé en bus. El comandante de la Móvil era Julián Ospina, Germán, que venía del ELN.

Roncesvalles es una región que yo conocí de niño porque mi abuelo materno, que era supervisor de escuelas, me había paseado por todo ese sur del Tolima. Una región muy alzada, muy recorrida por el viejo Gonzalo Sánchez, el íntimo de Quintín Lame. Manuel Marulanda comenzó su vida guerrillera allí, con sus primos los Loaiza. Álvaro Fayad tenía conocimientos de esa zona por boca de Jacobo Arenas. La idea del Batallón América ya maduraba, sería integrado por compañeros de varios países como las Brigadas Internacionales de la guerra civil española. El segundo al mando era Germán Rojas, Raulito, con quien me volví a encontrar y nos hicimos buenos amigos. Entrenábamos. Yo era raso. Malo para el monte, malo para la marcha, malo para disparar. Mi ventaja era que entendía de política y ese era mi papel: el carretazo. En esas nos pilló la noticia del Cantón. Habíamos oído el chisme de que a media docena de compañeros los tenían castigados echando garlancha en Bogotá. Nadie imaginó —ni podía imaginar— qué estaban haciendo en realidad: el hueco donde se acomodaron unos tres mil quinientos fusiles. Cuando lo supimos, nos abrazamos unos con otros, saltamos, disparamos, nos emborrachamos. «No contaban con mi astucia», decía Julián. El trago en el EME no era pecado, no es

que fuéramos viciosos, pero no éramos monjes. Tampoco el rock estaba orillado. Lo oíamos, éramos de la generación del 68. El Flaco decía: «Prohibir la yerba es hacerla clandestina» y nosotros nos metíamos tal cual cacho sin tanto misterio, siempre y cuando no hubiera una operación ni una tira por ahí andando. En las FARC y el ELN un cacho era juicio de guerra y papayo seguro.

En Ronces me tocó la horrorosa. Éramos una guerrilla casera, vivíamos en las casas de los campesinos, nos ayudaban mucho, nos colaboraban con la yuca, el plátano, nos traían la sal, y sobre todo, la información. Ellos siempre sabían dónde estábamos nosotros y dónde el Ejército. Una vez nos pasaron la voz de que el enemigo andaba rondando. Raulito dio la alerta. Julián no dio la orden a tiempo y cuando la dio, ya estábamos encerrados. Entonces, ¡sálvese quien pueda! Nos invadió la chulamenta. En las primeras me dieron un tiro en una pierna, un tiro perdido, porque yo no era blanco; me dejó arrastrando una pata. Raulito peleaba duro y nosotros, protegidos, tratábamos de encontrar el hueco de salida. Raúl logró volarse con algunos compañeros. De ahí se movería hacia Caquetá, donde organizó la Regional del Sur. En el ataque cayó una compañera, de un tiro en el estómago. Botaba mucha sangre, pero seguía viva. La alzábamos por turnos. Se quejaba, pero sin angustia. Era una estudiante de Chaparral, bonita y liviana. Cuando me tocó el turno de echármela al hombro, le vi sus ojitos diciendo adiós con una entereza como de santa. Se me murió a la espalda. No tuvimos tiempo de enterrarla. La dejamos en la casa de un campesino. Nadie sabía el nombre propio para que viniera su familia a reclamarla. La dejamos con el nombre de guerra: Dora. Quedó cerca al Cambrín. Quedamos todos marcados con su sangre. Seguimos huyendo, tratando de llegar a Cajones, donde las FARC, que trabajaban esa región desde siempre, nos podían dar apoyo. En el camino se nos cruzó una comisión del ELN,

que también combatía por esos lados. Para fortuna mía, iba un médico. No lo conocía. Como siempre, hubo un rápido intercambio de referencias que dan o quitan confianza. Conocíamos en común algunas personas y algunos hechos. Son las llaves para entrar en confianza. Me cosió, me dio desinflamantes y seguimos cada guerrilla por su camino. En lo frío, arriba de una hacienda llamada Germania, acampamos. Estábamos en las últimas. Julián me mandó a buscar comida a una tienda que no estaba cerca. Necesitábamos panela para salir del soroche. Me destacó para ir a buscarlo. Yo no estaba bien del todo, pero podía moverme. Caminé una hora hasta divisar la tienda. Estaba todo en calma, no parecía haber movimientos. Se me hizo extraño; todo estaba tan callado... Me acerqué con cuidado. Golpeé, me abrieron y vi al compañero Rojas, presidente de las Cooperativas Campesinas, colgado de un palo. Me miró como diciéndome: «Hasta aquí llegamos». Los soldados me cayeron a patadas antes de que yo pudiera reaccionar, aunque yo no estaba en condiciones de correr. Sentía sus patadas, su olor, su odio. Me colgaron amarrado al mismo palo de Rojas, dándonos la espalda. Nos insultaban. A la hora, mis manos estaban negras y el dolor en los huesos de los hombros comenzaba a abrir brecha. Pero los soldados nada preguntaban. A media noche, cuando sentíamos que los brazos se desprendían del tronco, llegó un sargento y de una entró a golpearnos con la culata de su G3. Cada golpe era un quejido amordazado porque no estábamos dispuestos a darles el gusto de nuestro dolor. No estábamos uniformados, y sólo dispuestos a dar el nombre de la agrupación a la que pertenecíamos y nuestra identidad. La culata seguía haciendo daño. El sargento trataba de asfixiarnos por turnos con una toalla mojada. Resistimos. A la madrugada nos sacaron amarrados hasta la carretera y nos botaron en el platón de una volqueta. Éramos su trofeo. Los soldaditos que nos vigilaban, nos pateaban con sus botas en la cara como si fuéramos chanchos

que llevaran al matadero. Ni nos miraban. Sólo nos pateaban. Llegamos al Batallón Rook y de una, sin identificarnos, nos llevaron a un sótano oscuro. Por primera vez sentí entrar a la muerte de ronda. En ese hueco nadie oiría nada, podían hacer con nosotros lo que les viniera en gana, éramos una especie de cadáveres con información. La cuestión era sacárnosla usando lo poco que teníamos de vida. El menú de tortura era el mismo: colgada con esposas de una varilla de hierro a la que le soltaban corrientazos que nos corrían por el cuerpo de arriba abajo, picana en los huevos, toallas mojadas y la combinación del interrogador bueno y el malo. En esas andábamos cuando entraron a rastras a la compañera Carmenza Chaux, que todos queríamos por lo valiente, como lo demostró frente a nosotros. Le aplicaron durante la noche, o lo que suponíamos era la noche, los métodos que sabían. Ella firme. Ni una queja. Sólo los miraba con desprecio. En el cambio de guardia llegó un tenientico envalentonado, le dio un par de trompadas y luego con un alicate —lo vi— le destrozó los pezones de las tetas. Ella gritaba para adentro, lloraba, pero no les soltó prenda. El peligro de la tortura son los derechos humanos. Una vez comenzada, tienen que seguir hasta cuando puedan hacer aparecer el cuerpo destrozado en una balacera para tapar unas heridas con otras. Ella no les regaló ni un hijueputazo. Lloraba callada y miraba a sus torturadores con desprecio. El machismo de los soldados, su deseo de la mujer, hacía que con ella se ensañaran. No la violaron, como sabían hacer. Inclusive a los hombres nos violaban con un palo no sólo para hacernos el daño físico, sino para dejarnos con la sensación de haber sido servidos y humillados

Del Rook nos trasladaron un par de semanas más tarde, cuando el dolor era recuerdo, a la cárcel de Ibagué. Nos tomaron declaraciones jueces militares y nos condenaron sin más. No esperábamos otra cosa. Gracias les dimos, nos evitaron el sainete de la justicia ordinaria. Conocimos entonces

otra gente que también había peleado y se hacía vieja entre esos muros sin haber oído nunca su sentencia. Eran los viejos guerrilleros liberales con toda su historia a cuestas. Del panóptico de Ibagué me trasladaron a La Picota, donde me encontré de nuevo con mi gente: Carlos Pizarro, Almarales, Toledo Plata, Orlando, la Sombra, Élmer Marín, Marmolejo, en fin: abrazos acumulados. En esos encuentros nace una sustancia de solidaridad y amor que nunca se borra.

4

En la Picota me piden trabajar al lado de Duplat, a quien después de muchos días de recelo y desconfianza, la organización había «reinsertado». Él era un artesano por naturaleza. Fino, hábil, fabricaba almohadas, colchonetas, reparaba zapatos, cosía camisas, construía bibliotecas. Era un taller de dos manos, una mesa y una sonrisa permanente. Había construido el túnel por donde habíamos sacado los cinco mil fusiles. Yo le ayudaba. Me enseñó mucho, leíamos y comentábamos libros. Era un maestro de literatura y teatro. A veces hacía un personaje clásico, Hamlet o Falstaff, o imitaba a los políticos de turno. Pero mi verdadero parcero fue Augusto Lara. Era un intelectual, abogado, economista y un gran militar. «El revolucionario —repetía la frase del Che— debe ser un hombre duro sin perder la ternura». La tortura lo había disminuido, pero no liquidado. Tenía su moral intacta y era íntimo del Flaco. Era el revolucionario comprometido con un sueño. A veces yo apoyaba también a la dirección. La situación de la organización fuera de la cárcel era difícil. Raulito y Boris trataban de echar raíces en el suroccidente, pero la falta de armas los paralizaba. Presos había unos cuatrocientos compas, el mayor número de la historia de un movimiento político. Quedaba libre el Flaco, su espíritu, su carácter, su disciplina,

su entrega y, sobre todo, su originalidad. No se copiaba de nadie y no se repetía. Por eso fue tan difícil, o mejor tan imposible, reemplazarlo.

Yo salí a los ocho meses por pena cumplida. Salimos cuarenta. A mí me habían cogido sin armas y sin uniforme. Yo fui para el juez un «personaje sospechoso, pero creíble»: promovía el desarrollo comunal, a pesar del tiro en la pata y la sangre de Dora en la camisa. Salí a buscar cómo vivir. Mis padres se habían separado y mi madre trabajaba en Bogotá. En la organización estaba prohibido que un guerrillo urbano viviera acompañado. Pero aun para vivir solo, necesitaba una entrada. Darío Ortiz, mi amigo, que sería codirector de *Consigna*, prometió ayudarme. No pasaron 24 horas en llamar a decirme que Horacio Serpa me había conseguido un puesto bien pago en la Registraduría. Acepté, claro, y me puse corbata. Fue la primera y única vez que use esa prenda. Después de un par de meses volví a la Picota como visitante. Había que sacar permiso en la Brigada y luego en la dirección del penal. El paso por la brigada era una reseña y una boleta. Me convertí en un estafeta entre la dirección de afuera y la de adentro. Fue el tiempo en que traté con el Flaco. Él grababa largos y —creo— muy detallados mensajes políticos y militares; pedía opiniones e instrucciones de la dirección de adentro. Grababa con una grabadora y luego dejábamos sólo la cinta, que acomodábamos en una caleta que Duplat le había hecho a mi cinturón; él mismo volvía a enrollarla en otro casete para oírla. Fue un tiempo plano. Tenía prohibida toda actividad militar, hasta cuando me dieron de alta y volví a formar parte de un cuerpo especial: la Fuerza Militar Urbana (FMU).

Hacer la guerra a un ejército al que no le quedaba difícil conseguir recursos nos creaba un desafío cada día mayor. Para el gobierno se trataba sólo de traslados presupuestales o de creación de impuestos. Para nosotros significaba sangre y dolor. Nos obligaron a recurrir al secuestro para poder conse-

guir armas y equilibrar nuestras fuerzas con las del gobierno. El Flaco no descuidaba este flanco. Tenía una iniciativa infinita. También los de adentro la tenían. Pedacito por pedacito, billete con billete, pasito a pasito, con paciencia y fe, logramos confeccionar dos soberbios y solemnes uniformes para Iván Marino y Élmer Marín. Salieron como dos oficiales por la puerta de la Picota sin tomarse siquiera el trabajo de despedirse de los guardias, algunos bien pagos. Yo no pude volver a mi oficio de correveidile y me asignaron una responsabilidad: participar en la planeación de un asalto en Chía, el primero de tres y el único que tuvo un cierto éxito. El verdadero objetivo era propagandístico: decir que estábamos en las goteras de la capital. Al tiempo, asaltamos el Banco de Bogotá, recuperamos buena plata, pero se nos cayeron dos compañeros: Vulcano, el hombre que fabricaba las más bellas y perfectas bombas —de ahí su nombre, el rey de la forja—, y el compa Cáceres. Ellos tenían que asegurarnos la salida y como era ya tradición, el carro en que huiríamos se varó. Simplemente no prendía. Los «seguros» tuvieron que aguantar la llegada de la Policía mientras nosotros huíamos a pata limpia, por potreros, saltando cercas. Cuando el Flaco se enteró, dijo: «Güevones, habiendo taxis». Y taxi fue el que cogimos para ponerle a la embajada yankee de la 34 su roquetazo en protesta por el incumplimiento del tratado Carter-Torrijos, que se veía venir. Apretamos un chofer, lo amarramos al asiento del copiloto, una compa manejaba el taxi y yo accionaba el rocket. Era uno de los tres que habíamos conseguido. Los otros dos no alcanzaron a entrar al Palacio de Justicia. Otra habría sido nuestra suerte en esa ratonera de haberles podido poner un par de roquetazos al Ejército y al Presidente. Todavía en esos días estábamos lejos del 85. Yo me acomodé en el asiento trasero, desaseguré el rocket. Una vez fuera de su horma original, los rocket no pueden ser reenfundados sino por profesionales, y yo no lo era. Así que no había Santa Lucía que

valiera. Apunté, según las instrucciones que me habían dado, y salió la carga. Dio en un alféizar, hizo un boquete y rompió un vidrio de seguridad. Uno de los fragmentos degolló a una empleada gringa. Lo sentimos, no era nuestra intención. Iván Marino desde México dijo: «Toda acción contra el imperialismo es legítima». Estuve en desacuerdo: había sido un error colateral, como se diría después. Dejamos al taxista amarrado y amordazado y con la cáscara de nuestra arma secreta. No habíamos llegado a un lugar seguro cuando el hombre ya había puesto la denuncia y los gringos reparado los daños.

Mientras tanto, el Flaco se rebuscaba. Plata había ya. No hubo un solo secuestro después del de Coopers que bajara de un millón de dólares y hubo varios, para no decir muchos, operativos de retención en esa época. En Bélgica se negociaron siete mil fusiles. Se pensaba en grande. La mitad llegó vía Panamá a Nicaragua. Quizás el Flaco iba por ellos cuando cayó en el Darién. A Tomás Borges, hombre del Comité Central del Partido Comunista de Nicaragua y gran dirigente sandinista, no le servía quizá que hubiera una guerrilla colombiana distinta a las FARC. Confiscó la mitad de los fierros que llegaron. La otra mitad, logró esconderla Sombra, el Compa Orlando, enterrándola. Se dijo que en la diferencia se llegó a desenfundar armas. Mientras tanto, nosotros llorábamos al Flaco. Que si fue un atentado o un accidente, nada importaba. El Flaco, nuestro comandante en jefe, el más astuto y la más lúcida figura de la revolución colombiana había muerto. La sensación de estar huérfanos, de haber perdido uno de los puntos cardinales de nuestra lucha, de haberse evaporado una dimensión era trágica. Pero, además, triste. Era la pérdida de un ser querido por todos, que había hecho nido en nuestros corazones. Nunca la organización se repuso de este golpazo del destino. Y lo que desencadenó fue peligroso, muy peligroso: la rivalidad entre hermanos por la sucesión del padre. Para mí, algunas de las discusiones que

terminaban en peleas me parecían copiadas de *Los hermanos Karamazov*. De todos modos, hubo muchos fusiles que entraron bien por el río Micay, bien por el Patía, y otros, no pocos, por Dibulla.

Lo de Chía y lo del roquetazo me estrecharon el camino aquí y me abrieron otro: Cuba. Me enviaron a un curso de guerra de guerrillas, explosivos y armamento, en la escuela militar de Barbarroja, el Gallego. Aproveché la enseñanza. Era un entrenamiento avanzado y un poco monótono para quien ha estado en la acción caliente. Allá me reencontré con Carlos Pizarro, llamado ahora Antonio, y con el viejo Toledo, con Almarales y con una manotada de compas. Aprendimos más de lo que podíamos hacer. El objetivo era crear un gran ejército tanto en el campo como en la ciudad. Cuba nos ayudó hasta donde pudo. La discusión entre los comandantes del EME era cuándo regresar al país. Porque había un sector, el de siempre, que hacía lo imposible por dilatar el regreso. Fue cuando Augusto Lara, el viejo, planteó una consigna simple: «La revolución se hace en Colombia». Creó tensiones a pesar de ser algo obvio. Pero había mandos que esperaban tenerlas todas para regresar, e inclusive no tenerlas. La sombra de los misiles tierra-aire pasó por la isla. De todas maneras, yo regresé con Carlos. Dedicamos todo lo que podíamos dar a crear con chilenos, argentinos y ecuatorianos el Batallón América y el Frente Sur. Carlos, que era muy bolivariano, hijo al fin de un militar, fue encargado de lo primero, y Raulito y Boris, a quienes yo acompañé, de lo segundo.

Vino la Novena Conferencia, ya éramos adultos. Se conformaron los Comandos Urbanos Especializados (CUES). La tregua por el atentado contra Navarro se había roto. El reto era enorme, aunque no excepcional: conseguir dinero. Belisario Betancur y los Cano de *El Espectador* tenían entre ojos los malos manejos del dinero de los ahorradores que hacía el señor Jaime Michelsen Uribe, presidente del Grupo Granco-

lombiano. Su figura y su imagen eran sostenidas a punta de pauta en los periódicos y sobre todo de la publicidad de Cine Colombia, que pagaba una o dos páginas diarias. Las denuncias de los Cano fueron retaliadas: suprimieron la pauta en *El Espectador*. Belisario llevó a Michelsen y a sus cómplices a los tribunales. El desprestigio y la impopularidad del grupo, y de los Michelsen en particular, eran crecientes y en el EME se comenzó a rumorar la idea de un gran golpe publicitario y económico. Tiramos a lo más alto, con la oposición de Carlos, que había estudiado en la Javeriana con Pablito Michelsen. Carlos era un tipo de lealtades y un gran guerrillero, como lo había demostrado con los secuestros del gerente de la Texas y de Germán Ribón. Se opuso, pero no tuvo éxito. Se planeó la detención de Camila, hija de Michelsen. Fui uno de los compañeros destacados para hacer la operación. Sabíamos que como ninguna otra, la vida estaba de por medio, la nuestra y la de nuestra cautiva porque la consigna era salir coronados con dólares o con flores de azucena.

Camila estudiaba finanzas en el Politécnico Grancolombiano, uno de los tentáculos del Grupo. La seguimos unos días. Teníamos compañeros en su curso. Sabíamos detenidamente sus rutinas. Y un día, le llegamos a la clase. Golpeamos. Nos bajamos las capuchas. El profesor nos abrió. Le apuntamos con un R-15 que llevábamos. En ese momento se filmaba una telenovela en los predios de la universidad y el profesor creyó que hacíamos parte del equipo; se rio, trató de chancearse con nosotros hasta cuando alzamos a Camila, le metimos un pan francés entre la boca, y nos bajamos al vuelo por las escaleras al parqueadero. Le disparamos a un guardia de seguridad, que moriría después, y salimos por la portería sin más. Habíamos acondicionado un apartamento donde vivían dos compañeros como una parejita enamorada. La caleta donde iríamos a meter a Camila la hicimos como una cabina de radio, a prueba de ruido. Disparamos un par

de tiros de fusil para probar su aislamiento. Era perfecto. Entramos a Camila. Lloraba, mejor, sólo sollozaba. Nos identificamos como delincuentes comunes. «No me vayan a hacer nada, mi papá les paga, por favor. Él tiene, él tiene. Por favor». Nada le respondíamos. Ni una palabra salió de nuestra boca en tres días. Ella imploraba: «Por favor, por favor, yo no tengo nada que ver, yo soy estudiante, mi papá es el rico, él responde». Le dábamos tisanas para calmarla. Era obediente, sólo nos reclamaba: «No me vayan a hacer daño, por favor, respétenme». Nada se le contestaba ni nada se le aclaraba. Duró tres días moqueando sin comer, pero al tercer día pidió Corn Flakes. Le trajimos veinte paquetes, como diciéndole: «La cosa es larga». Una compañera sicóloga de la Nacional la acompañaba sin decirle nada. Cuando se fue calmando, la compañera le fue conversando, llevándola al paso. Le propuso que escribiera. Yo la visitaba de tanto en tanto. Éramos diez compas, armados de fusiles y granadas. El apartamento estaba minado en ciertos sitios que, como es obvio, sólo conocíamos nosotros. Cada uno tenía su puesto de combate. Camila no sabía nuestro dispositivo. Tampoco los vecinos, que sólo veían entrar y salir a la parejita. Pasaron varias semanas. El escándalo en la prensa, radio y televisión subía de nivel día a día. Pero el gobierno no tenía ni una pista. Nuestra compartimentación era perfecta. La mano izquierda no sabía lo que hacia la derecha, según la Biblia. Al mes, Pedro Pacho, Gerardo Quevedo, comenzó a negociar desde Panamá, donde el Grupo tenía otros tentáculos: «Treinta millones de dólares o nada. Punto». Se le cayó a don Jaime en un coctel. Quedó mudo. Se habló en voz baja. No entendía ni comprendía que nosotros lo abordábamos en un salón lleno de gente. Después, las negociaciones siguieron con todos los cuidados posibles. Eran conversaciones de ascensor, en medio de esos silencios que nacen cuando todos miran sin mirar el número del piso marcado. No había sino distancias. Los números

eran muy diferentes. Dos idiomas distintos. Ellos tenían sus límites y nosotros los nuestros. El mero sostenimiento de nuestro aparato del operativo nos costaba dos millones de pesos de la época. Mucho dinero. Yo conversaba con Camila de temas triviales, trataba de distraerla, pero ella se fue pillando que no éramos tan delincuentes comunes. Nuestras maneras, nuestros silencios, nuestra disciplina le fueron mostrando que no éramos malandros. Y creo que nosotros lo hacíamos para distinguirnos de lo que tanto odiábamos: la violencia. El gobierno siempre nos trató así, y parte de lo que hacíamos tenía el objetivo de desmentirlo: éramos una organización política, con ideales, románticos, sin duda, pero ideales de una patria mejor. Camila, que poco a poco recuperaba su control, se pillaba nuestro mensaje silencioso, hasta que se me olvidó la capucha. «No importa —le dije—, ya nos hemos visto el alma». La verdad, me sentí bien, porque nunca me gustó la capucha, que me recordaba la que usaban en la Brigada para torturarme. Temía que ella hiciera la relación que yo hacía: no éramos torturadores, éramos revolucionarios, tratábamos de construir un mundo más justo, así tuviéramos que pasar por éste, el que nuestros enemigos hacían, y tuviéramos que usar las mismas armas que ellos usaban. Siempre pretendía que ella entendiera que no éramos enfermos, que a pesar de todo lo que hacíamos, queríamos la paz.

Un día hubo una emergencia. Yo andaba hablando con ella sobre *El hombre que calculaba*, un libro dedicado entre otros a «todos los que estudian, enseñan o admiran la prodigiosa ciencia de las magnitudes, de las formas, de los números, de las medidas, de las funciones, de los movimientos, de las fuerzas». Yo trataba de mostrarle que nuestra fuerza era un movimiento de la forma que tomaba la injusticia y la arbitrariedad calculada. Cuando de pronto, la alarma. Teníamos la Policía enfrente, formada. Cada uno se puso en su puesto de combate. Los dedos índices sobre los gatillos. A Camila se

le informó: «Calma, niña, calma, estamos en una emergencia, pasamos por una turbulencia». Sonrió. Era inteligente. Si la Policía hubiera dado dos pasos, los habríamos encendido a fuego. Habrían caído por lo menos diez de una sola pasada. Nada ocurrió, era un ejercicio de rutina. Pero yo quedé con ganas de volver a ver sonreír a Camila. Yo me había puesto el nombre de Belisario. Cuando ella me preguntó cómo me llamaba, le dije: «Belisario». «Qué nombre tan feo, odio ese nombre». «Pues ¿cómo quiere que me llame?» «Camilo», dijo, y Camilo me quedé. Cada vez conversábamos más y más. Los dos necesitábamos distraernos. Nos aburríamos vigilándonos mutuamente. A veces caíamos en bolsas de silencio. Nos mirábamos. Nos mirábamos. Pedro Pacho ya había llegado a una cifra de veinte paquetes y la devolución de la plata que les habían quitado a los ahorradores. Ellos sólo ofrecían diez. La distancia era todavía muy grande. Pero la que había entre Camila y yo, disminuía. Tuvimos una segunda emergencia. A un compa se le salió un tiro de fusil cuando le hacía aseo. Un tiro que dio en el techo, cimbró la construcción porque era de un R-15. El silencio y la expectativa se espesaban a medida que pasaban minutos interminables. Camila enmudeció porque ya se le permitía salir a la sala. Nada pasó. Nadie se dio cuenta de que hubo un disparo en un apartamento donde vivían dos palomitos. A Pedro Pacho lo siguieron y lo desaparecieron. A nosotros, los que cuidábamos a Camilita, nada nos dijeron para evitar todo tipo de represalias. Supimos después que ya habían negociado por quince millones de dólares. Rosenberg quedó como negociador, dada la experiencia que tenía como Comandante Uno en el caso de la Embajada Dominicana.

La revista *Semana* sacó en carátula a Maza Márquez, director del DAS, presentándolo como el Kojak colombiano. Camila decía: «Venga, General, venga si puede». Ella ya se burlaba de la inteligencia del gobierno, como nosotros. El

puente estaba hecho. No lo buscamos, pero como sucede, a veces las cosas llegan por la espalda. Mis compañeros siempre supieron de la amistad entra Camila y yo, nunca la censuraron, ella siempre tuvo claro que en cualquier momento teníamos que separarnos. No sé si supe que nos habíamos enamorado. Nunca lo hablamos.

Creo que los dos sabíamos que estábamos tratando de sobrellevar en buenos términos una relación muy difícil. Participábamos de las «cadenas de oración», la herencia que nos dejó Clementina, la mamá del Flaco y que se convirtió en un ritual para soportar lo que todos vivíamos en un sitio tan estrecho para vivir. Veintidós meses hombro con hombro, cara con cara, humores, lágrimas, risas. Hablando siempre a media voz. Los únicos autorizados a conversar en tonos normales eran los palomitos que, por lo demás, se odiaban. Sólo salí una vez a un operativo nocturno de la Fuerza Especial y volví al hueco. No veíamos el cielo. Una noche llegó Alvarito Fayad a contarnos que nos íbamos a tomar el Palacio de Justicia para denunciar la violación constante de la tregua. No era sitio para contármelo, sabiendo lo que estábamos haciendo. Y sabiendo, de añadidura, que unos días antes habían cogido a Blanquita Chavarro con «los planos del polvorín». Se me hizo una locura. Una locura más. Yo confiaba en Lucho Otero, que era un militar curtido. Había peleado en el Escambray de Cuba contra los bandidos «comevacas» de la CIA. Álvaro salió tarde de la caleta y al día siguiente, a las 10 de la mañana: el EME se tomó el Palacio. Saltábamos de la felicidad, nos abrazábamos. La fiesta duró poco. Hasta cuando vimos entrar el tanque al Palacio de Justicia, romper las puertas, disparar. No sé por qué me vino a la cabeza la imagen de Alfonso Jaquin, Pombo. Parecía una despedida. Nunca pude saber si ese disparo del cañón de coronel Plazas, héroe de la democracia, lo había matado. No sé. Las imágenes de los compañeros que yo quería pasaban a medida que las descargas se oían. De El-

vencio Ruiz, que habían entregado encostalado por el MAS en el Park-Way como respuesta al secuestro de Martha Nieves Ochoa; de La Mona Enciso; del menor de los Erazo; de Irma, la abogada que no abandona la lucha veinte años después de ser asesinada. Estuvimos oyendo palabra por palabra, imagen tras imagen la suerte de nuestros compañeros.

Se hizo la negociación de Camila, nos despedimos, nos dimos un beso, nos deseamos mucha suerte, yo sentía mucha ansiedad de volver a ver a los míos, de volver a la libertad a recibir el sol. En la calle veinticuatro con carrera quinta, frente a la Biblioteca Nacional, y arriba de Inravisión, se la entregamos al periodista Hernando Corral; él la subió jalada a los estudios donde en ese momento Pilar Castaño presentaba el *Noticiero de las Siete*. Hernando y Camila entraron en «vivo y en directo», como se decía. El país presenció la entrega. Misión cumplida y coronada, pensamos. Pensaba yo. Poco después de separamos mataron a Alvarito Fayad. Pena honda. Liberado de Camila, me fui a buscar a mis amigos escritores, pintores, políticos, para desahogarme de toda esa presión que había tenido durante catorce meses. Regresé a la pelea casi un año después. En la conmemoración del primer aniversario me encontré con Édgar Molano. Me contó que al viejo, Augusto Lara, que yo quería mucho, lo había entregado el Ricardo Franco entalegado en el mismo sitio donde habíamos dejado, años atrás, a José Raquel Mercado. Por supuesto, no había sido el Ricardo Franco. Y teníamos dudas porque, además, Hernando Pizarro, hermano de Carlos, era el segundo al mando. El Ricardo Franco era un grupo de asesinos, lo sabíamos, pero la información no les daba para tanto. El gobierno pasaba la cuenta de cobro.

Poco tiempo después me ordenaron reforzar la retaguardia del Batallón América. Carlos Pizarro estaba en Europa. A pesar de que Otty Patiño nos desautorizó, yo resolví, con miedo, esperar a Carlos. Cuando nos encontramos me dijo:

«Hermano, yo siempre me opuse al operativo de Camila, pero cuando supe que estabas tú, me tranquilicé porque sabía que tú la tratarías bien y que la cosa saldría bien». Le conté con detalle toda la historia. Él remató: «Hermano, pero sólo se recibieron quinientos mil dólares, de los quince millones que se habían acordado. ¿Sabe usted qué se hizo la diferencia?» Quede atónito, y atónito sigo hoy después de un cuarto de siglo.

5

Dejé sin mucho recuerdo la historia con Camila. No quise volver a sentirla y pedí a la dirección del EME, donde yo tenía ya méritos reconocidos, mi nueva responsabilidad. Me asignaron el mando de los grupos de Boyacá y Casanare. En Boyacá las FARC habían hecho su oficio por los lados de Miraflores, un pueblo liberal que sufrió como el que más la violencia conservadora. Los godos se ensañaron con los liberales que de hecho mandaban sobre la Brigada. Conocí historias de Rojas Pinilla cuando fue su comandante. El General era tunjano, tenía la socarronería boyacense. Miraflores fue arrasado. El resentimiento se mantuvo vivo durante muchos años, tantos, que Ciro Trujillo quiso revivirlo. Ciro era un comandante de estirpe. Salió de Riochiquito, lo mismo que Marulanda de Marquetalia, y fue con Isauro Yosa y con Guaracas, fundador de las FARC. Ensayó plantarse en el Cañón de Garrapatas, cerca a Cartago, pero fracasó. El cuento completo de esta derrota se lo llevaron a la tumba Ciro e Iván Marino que lo acompañaba. El viejo salió para Boyacá y se metió por esos lados de Miraflores, Sogamoso, Aquitania, mirando para el Llano. Lo pillaron delatado y lo liquidaron. Se rumoraba que el Partido Comunista algo tuvo la mano metida porque Ciro no le comía al Partido lo que le daba. Sin embargo, recuerdo que a su muerte, la JUCO puso un enorme cartel en el edificio

de Ciencias Humanas de la Nacional, en el mismo lugar donde nosotros, los comandos, habíamos puesto el de Camilo en el primer aniversario de su muerte.

Boyacá tenía otros dos cultivos: el que había dejado Guadalupe Salcedo en Casanare, por los lados del Cusiana, el Pauto y sobre todo sobre el Cravo Sur. El trillo que dejó Guadalupe era difícil de borrar, por eso Camilo Torres organizó a los vegueros, a los colonos, de todas esas costas de río. Era entonces miembro de la Junta Directiva del Incora en representación de la Iglesia. De esa experiencia salieron sus posiciones radicales sobre reforma agraria y en esa zona comenzó a escribir su trabajo sobre los efectos sociales de la Violencia que presentó en el Primer Congreso Colombiano de Sociología. El surco estaba fresco y ahí el ELN buscó poner pie. Pero más lo pusimos nosotros, el EME, siendo yo mando del grupo Guadalupe Salcedo Unda, nombre que propuse y fue aceptado. Era un gran nombre, muy famoso, muy pomposo, pero nuestro grupo era pobre, no teníamos armas, ni siquiera teníamos un carro para movernos. Vivíamos en la encrucijada. No teníamos fondos y por tanto, no podíamos crecer, y no teníamos fondos por ser muy débiles. Por algún lado había que romper el círculo vicioso. Hicimos de entrada un operativo exitoso que nos dio plata y, sobre todo, moral, con un cebollero de Aquitania, o sea, de Tota. Conseguimos seis fusiles R-15 que compramos en Venezuela a la Guardia Nacional, unas pistolas P-38, granadas, munición.

Planeamos otro golpe. Más fuerte y más ambicioso. Todo se planeó con cuidado. Se trataba de recuperar un billete de Concasa, un banco que endeudaba a la gente con el cuento de la casa, y que luego la remataba cuando el paciente caía en bancarrota. Se odiaba. Se trataba de entrar y salir. Los empleados de banco son flojos, se cagan del susto al oír el primer grito. Nosotros teníamos un ojo adentro que nos dio claves, horarios, lugares. Entramos como lo habíamos pensado, nos

habían abierto ya la caja fuerte y habíamos empacado el billete que tenían por fuera. Eran las nueve de la mañana, el banco apenas abría al público. Una compañera que estaba de campanera y que, como le habían enseñado, debería contener un ataque en el caso de ser pillados, se asustó con cualquier sombra y soltó una descarga, dizque para alertarnos. Puros nervios. Nosotros pensamos que era algo serio y real. Abandonamos a la carrera el banco con meros billeticos de a peso. Pero quedamos fritos. Huimos, cierto; nos encaletamos, cierto, y a pesar de todo nos echaron mano: el carro quedó frente al banco y al que iba a sacarnos del área se le cayó una libreta con apuntes y teléfonos. Nos cayeron. Estábamos frescos y limpios porque los fierros pesados se habían ido por otro lado y habíamos logrado ponerlos en tierra segura. Dejamos con nosotros dos P-38 para no delatar las otras armas, era difícil que nos creyeran que estábamos en lo que estábamos sin nada. Las pistolitas iban de puro despiste.

En esos días estaba vigente el Estatuto para la Defensa de la Democracia que dictó Barco y que era una norma hecha por los Generales contra las guerrillas cuando ellos comenzaron a sospechar que se vendría una negociación. El delito de rebelión, que era un costal donde se metían muchos delitos como porte ilegal de armas, uso de uniformes, combates, robos, secuestro, era castigado hasta con veintiocho años de prisión. Nos allanó el grupo militar Cobra, compuesto por Ejército y Policía. No había nada que hacer. Salvo lo que hacían por nosotros. Yo había organizado grupos de apoyo que armaran un escándalo público si alguien caía. Era la única manera de salvarnos de la desaparición. El Ejército lo hacía para hacer aparecer al detenido, luego de torturarlo y de sacarle la información que tuviera. A nosotros nos echaron mano y a la Brigada fuimos a parar. Igual que siempre: colgada, patadas, amenazas, chuzones, submarinos. La diferencia con mi primera caída fue que los grupos de afuera dieron el parte inme-

diato a la revista *Consigna*, que dirigían Jorge Mario Eastman, Pedro Manuel Rincón y nuestro amigo Darío Ortiz, también lo dieron en *Radio Santa Fe* y en una revista fundada por la gente del MOIR en Boyacá, *Tierra*. Esas denuncias nos salvaron de la desaparición, pero no de la tortura. Yo llegué donde la señora juez con las uñas negras de sangre por los chuzones que nos habían hecho con alfileres. Habíamos tomado la decisión de presentarnos como delincuentes comunes, que eran menos castigados que los delincuentes políticos. Son decisiones que se toman casi con los ojos, pestañeando. No nos creían que tratamos de robarnos el banco por pura necesidad, por hambre, que éramos muchachos sin empleo, con ganas de vivir y que el sistema no nos daba oportunidades. Siempre la pata política se nos quedaba afuera. La doctora no nos creía, pero debía tener su problema con los militares porque al final nos peleó para ella, para que cumpliéramos en el Barne diez y seis años por robarnos el banco. Nada se dijo de los anteriores problemas. En el Barne la cosa era dura por el frío, un frío que se había metido entre los muros desde quién sabe cuántos años atrás y que ya tenía familia. Era un frío que no se quitaba con nada, que a toda cobija derrotaba. Era además una cana de malevos, de gente dura como los mineros de Coscuez, que sabían trabajar tajos con almocafres y pulverizar montañas con dinamita; cachilaperos de las sabanas del Casanare, simples, fuertes, ingenuos; matarifes de Sogamoso acostumbrados al cuchillo, a despresar una res en veinte minutos. Gente toda que sabía hacer su oficio con las manos. El Barne era la prisión de castigo del régimen, había reemplazado a Gorgona.

A los pocos días nos llamaron a la reja. Teníamos visita: Amandita Rincón, siempre sonriente, festiva; siempre con sus labios húmedos como acabadita de bañar. Nos llevaba cobijas, suéteres de lana de oveja de Tibasosa, gruesa y grasosa; nos llevaba comiso y un libro de poesía de Benedetti con el

que enseñamos a leer a mucho reo. Su visita nos dejó alentados. Nos visitaba cada ocho días. Era nuestra fiesta. La señora juez también nos visitaba o nos mandaba llevar a su despacho. Al principio éramos tres en su oficina. Después mandaba sólo por mí, y al final, Amandita iba cada quince días o cada mes porque la juez le negaba el permiso. En cambio, a mí me llamaba la doctora porque se le había caído un lápiz del escritorio. Yo lo entendí y lo acepté. A nadie se le debe negar la amistad ni siquiera cuando ella va para la cama. Pasamos amores en su despacho.

Yo me convertí en correo de corredor porque la doctora me hizo nombrar en ese puesto. Cuando cierran las celdas a las cinco de la tarde, después de haber comido una mazamorra espesa, y todo mundo queda enguandocado, el cartero —correo de corredor— se convierte en una persona importantísima a quien todos llaman y necesitan porque en los patios todo los negocios quedan sin rematar. Uno va y lleva, trae y va. Como a mí me veían leer, me llamaban magistrado, y como yo me las picaba de magistrado, dieron en hacerme preguntas sobre sus casos. Unas las respondía y otras las consultaba con la doctora mientras ella me escarbaba. Al fin, aburrida de tanta conversa y consulta a deshoras, me regaló un código penal y uno de procedimiento. Me volví tinterillo: redactaba manifiestos, peticiones, protestas. Atendía en los pasillos y resolvía casos juzgados o por juzgar. A mucha gente saqué del hueco y a otra le mejoré su vida.

El juez de orden público especializado se volvió «un amigo más», como me dijo cuando nos presentaron. Él era un simpatizante de la causa. Nos ayudó mucho. Me convertí en su consejero y los dos discutíamos y resolvíamos algunas decisiones que él firmaba. Los internos sabían que yo tenía mano metida y me lo reconocían y me lo agradecían. Amanda llegó una tarde hecha una fiesta: todo le sonreía: Carlos Pizarro había salido del Cauca con una columna de treinta

compañeros y compañeras —así lo dijo— a buscar a las FARC al río Duda para proponer la formación de un ejército único. Llevaba la firma de Raulito. La plana mayor, los históricos, estaban todos muertos: Andrés, Lucho Otero, Boris, Alvarito e Iván Marino. Navarro se reponía lentamente del atentado. La responsabilidad de los sobrevivientes era gigantesca. Carlos duró dos meses en la travesía. Pasaron el Cañón de Las Hermosas a caer a Chaparral; de ahí, cruzaron el Magdalena y salieron por la Alpujarra, subieron y a La Caucha llegaron. Los recibió Jacobo. Eran amigos a pesar de las diferencias y de las peleas que habían tenido. Carlos había sido reclutado cuando el FALN-FUP se estaba formando. Le gustaban los fusiles, la guerra, el canto de las ametralladoras, las gestas. Tenía por allá adentro un cierto anticomunismo natural, un cierto miedo a la estepa, una cierta desconfianza a los santorales: Lenin, Stalin, Brézhnev. Pero respetaba a Jacobo y a Marulanda. Siempre criticó la dependencia de la guerrilla al Partido y del Partido a la Unión Soviética.

Carlos Pizarro fue recibido con fiestas por Jacobo. Que sí, que claro, que se unieran como ejercito único el EME, el EPL, el ELN, que era una necesidad histórica, dijo Jacobo, y lo dijo con menos palabras Manuel: «Sí. Punto». «Pero —agregó Jacobo—, bajo nuestra dirección. Tenemos más experiencia y más fuerza. Ustedes apenas están en la etapa del tiro que mató a la monjita en Inzá. Así que nos agrada mucho que ustedes vengan a pelear a nuestro lado». En ese instante se firmó, sin quererlo, el acta que unos pocos días después, en Tolima, se redactó entre Carlos y Rafael Pardo, y abría la puerta a la dejación de armas —no a la entrega— y a la «corraleja» de Santo Domingo. Fue esa pretensión de Jacobo la que nos empujó a Santo Domingo, a donde llegaron Raulito y Pizarro «por nuestros propios medios» —en un par de jeeps destartalados—, como le dijo con arrogancia Carlos a Pardo cuando este le ofreció desplazamiento seguro.

En el Barne lo supimos y estábamos al tanto de los pasos que se iban dando. Yo no los compartí. Eran muchos los muertos que habíamos dejado en el camino y los que iríamos a dejar en la nueva etapa. Dejar las armas, aunque no las entregáramos, nos dejaba al descubierto. Nadie dudaba que la lucha armada hubiera llegado para el EME a su límite superior, pero tampoco estábamos derrotados y la guerra tenía aun mucha cuerda por dar. El asunto era que, de ser así, la invitación de Jacobo era la única salida posible. Muchos de nosotros creíamos que la guerra, a la larga, era insostenible. Recuerdo una frase que dijo Navarro al regreso de un viaje por Libia y Argelia: «Sin misiles tierra-aire, mejor dejar la lucha armada». El monopolio del aire por las Fuerzas Militares y la respuesta de Jacobo nos llevaron a la Constituyente. La realidad: esas armas no las pudimos conseguir en el mercado mundial y no por plata, que la teníamos. Los gringos, los rusos, los chinos tenían amarrado el negocio y negociar con ellos era negociar la entrega a sus estrategias políticas. Pero, de otro lado, y a pesar de tener encima, escurriéndonos, la sangre derramada por la Unión Patriótica, de estar todavía vivo el asesinato de tres mil o cuatro mil compañeros, creíamos que la puerta de la acción política civil se entreabría. Y a eso le jugaron Carlos, Navarro, Otty. En el Barne la discusión entre los viejos y los nuevos compañeros que iban cayendo, se volvía una pelea abierta. Una baba ácida, amargosa nos quedaba a todos después de las broncas. Yo iba de lado a lado tratando de no dejar que la grieta que se abría entre nosotros se hiciera más profunda. Me ponía en el lado contrario del que tenía el compa con quien discutía. Armas o votos; dejación o entrega. Un día amanecía con la entrega y a la noche me acostaba con la dejación; una semana defendía los votos y a la siguiente, los fierros. Un laberinto. Una pesadilla.

Los cerrojos de las cárceles se fueron aflojando a medida en que en Santo Domingo las partes se iban acercando.

Cuando arriba llegaron a un acuerdo, abajo nos abrieron las puertas. En el umbral había, sin embargo, un retén: «Los fierros compañeros, todos los fierros deberíamos dejarlos en nuestras manos para hacer un monumento». Los fierros se convertían en lingotes en un gran horno al que sólo nosotros los del EME teníamos acceso. Nadie podía tocar las armas que habíamos ganado en combates abiertos. Para mí el espectáculo era un desenlace épico, una ceremonia exculpadora. Yo pensaba en los tantos muertos que habían dejado las paces en el país: Uribe Uribe, Guadalupe Salcedo, Alvear Restrepo, Dumar Aljure y todos esos campesinos alzados que creyéndoles a sus patrones habían vuelto al azadón y terminaban asesinados. Los acuerdos de paz han traído más muertos, pensaba yo, que los combates. Me la pasaba día y noche debatiéndome entre caminos, entre atajos y por ninguno podía echar.

El día que dejé el Barne hablé por teléfono con Carlos; ya se había entrevistado con Barco. Estaba engolosinado con el futuro político de la organización. Le dije: «Bueno, compa, vamos a celebrar, yo viajo mañana y nos enrumbamos». Me contestó: «Que sea tardecito, compita, porque yo viajo en la mañana a la costa y regreso en la noche, así que por ahí a las nueve nos vemos». «Bueno, así quedamos». Al día siguiente yo viajaba de Tunja a Bogotá. Reencontraría a muchos compañeros y compañeras: la rumba era segura. Cuando pasábamos por Tierranegra, *Caracol* dio la noticia: «Asesinado Carlos Pizarro en pleno vuelo». Frenamos para oír la ampliación de la noticia, pero la radio se silenció. En Ventaquemada llamé por teléfono a Sombra: «Estamos verdes, nada sabemos. Pero Antonio sí viajaba en ese vuelo». La misma incertidumbre, la misma rabia, el mismo miedo que nos paralizó cuando se mató el Flaco. No sabíamos qué hacer. Al medio día la noticia fue confirmada, yo entraba al apartamento donde vivía con Liliana. Me abrió enloquecida. Nadie podía creer: Carlos

asesinado. Juré, como homenaje a nuestro comandante, no dejar las armas ni siquiera para hacerle un monumento.

Yo tenía mis fierros ganados en Boyacá, que ni la Policía ni el Ejército habían podido pillar, que tanto me habían costado. Mantenía el secreto de la caleta, primero porque andaba ocupado con la juez y tenía sospecha de que los anduvieran buscando. Después porque ya comenzaban los rumores de volver a la lucha civil. Ni la noche me traía la paz. Un día decidí sin más: «No entregaré mis fierros a nadie; así como la espada de Bolívar volvió con nosotros a la lucha, mis fierros deberían seguir nuestra pelea, así los empuñaran otras manos». Una solución, como se dice, salomónica. Obedecía la dejación, pero lo que los fierros habían costado no iba a la caldera. Seguirían la lucha armada mientras nosotros volvíamos a la civil. Decidí, muy solemne, dejar mis fierros en manos de los compañeros de las FARC.

Yo tenía un viejo amigo, paisano, que conocía desde cuando jugábamos fútbol en el San Simón: hoy es Genaro, el comandante del los frentes del Tolima, heredero de la Gaitania y de las batallas de Marquetalia. En esa época era apenas un compañero sin mando. Lo busqué por un medio que habíamos acordado hacía mucho tiempo: Nos encontramos y fijamos, entre abrazos, la hora y el sitio para llevar el bulto de fierros. Los transporté solo en un carro alquilado, desde Tunja a Bogotá, sin novedad. De Bogotá salimos en un camioncito de las autodefensas del Sumapaz, al mando de un tal Desconfianza, para San Juan. Allá nos facilitaron bestias y montamos nuestro cargamento de testimonios y sueños en un tren de mulas. Primero a La Playa, luego al páramo Tripadeyeguas, las costas del Sinaí, el puente construido por Balín en madera de cedro, un puente que no destruían ni las bombas, y al final, La Caucha. Salió a encontrarnos el mismo Jacobo en un caballo blanco que llamaba Palomo: lo abracé y, sin más, le dije: «Ahí les dejo esos fierros».

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres gráficos de Nomos Impresores,
en el mes de agosto de 2009,
Bogotá, Colombia.